

Una palabra oculta durante siglos ha sido pronunciada



# EL MISTERIO DE LA PALABRA DESVELADA

MANUEL CRIBA

D.J.57

# **El misterio de la palabra desvelada**

Serie

La canción de los viejos dioses

Volumen 1

Manuel Criba

© Manuel Criba, 2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa del autor, la distribución o la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluido el tratamiento informático o la reprografía, y el alquiler o préstamos públicos de ejemplares.

# Índice

[PREFACIO](#)

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTA DEL AUTOR](#)

[PRÓXIMAMENTE...](#)

# PREFACIO

Toledo, año 1078 d. C.

El joven Soleimán atravesó el zaguán de su casa acompañado de sus dos escoltas y encontró a Baquí tendido en el acceso al patio. Los rizos del muchacho se le pegaban a la frente sudorosa y su piel lucía una palidez mortuoria. Soleimán observó su vientre. Con las dos manos, trataba inútilmente de contener la hemorragia. El charco de sangre se extendía por el suelo del patio y llegaba casi hasta la alberca que había en el centro.

—¿Qué ha ocurrido?

—Es un monstruo, señor —respondió Baquí con un hilo de voz—. Ha venido a por la señora Santzia.

—¿Dónde está?

—Ahí, en el salón recibidor.

Soleimán se adentró en el patio y oyó el ruido de las espadas en una sala anexa. Vio las sombras de lucha reflejadas en la pared. Luego echó un vistazo general a su casa. Santzia estaba al final de la escalera que conducía a la galería superior.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nosotros nos ocupamos. Enciérrate en tu cuarto.

Santzia no le obedeció. Tenía la mirada fija en el salón recibidor.

—Hay una pelea.

—No te preocupes por eso. Ayudad a los demás —ordenó Soleimán a sus escoltas y estos desenvainaron y se dirigieron hacia la lucha.

Soleimán subió los peldaños y sujetó a Santzia por los brazos.

—¿Quieres obedecerme, mujer? —le dijo. Prácticamente la condujo a rastras hasta una habitación, la empujó a su interior y cerró con llave.

Soleimán recorrió el camino de vuelta y, cuando se disponía a bajar las escaleras, lo vio. La criatura lo observaba desde el centro del patio. Sus escoltas se hallaban muertos y tendidos a sus pies. Vestía una camisa blanca y ancha cubierta de sangre. Aquel ser era enorme. Al menos le sacaba palmo y medio a Soleimán. En su frente, dos protuberancias hacían que las cejas cayeran sobre sus ojos, ensombreciéndole la mirada. Su boca y nariz se hallaban torcidas y en la mandíbula sufría tal deformidad que casi no se advertían las orejas tras ella. El

monstruo levantó su arma y lo señaló.

—¿Dónde está Santzia? —preguntó.

—No te la vas a llevar —respondió Soleimán. Desenvainó su espada curva y descendió los escalones.

El gigante observó al joven Baquí y dijo:

—No quiero más muertes.

—Pues no deberías haber venido —contestó Soleimán. Lo miró a los ojos y se puso en guardia. «No es lo mismo entrenarte con tus hombres que enfrentarte en un combate a muerte», le repetía siempre su padre. Bien, era la ocasión de comprobarlo.

El deforme lanzó un mandoble que el joven vio venir sin problemas. Interpuso su espada, pero la fuerza del golpe le hizo retroceder unos pasos. Su oponente se abalanzó de nuevo contra él y, al choque de los metales, sintió un calambre por todo el antebrazo. Si seguía defendiéndose, acabaría muerto. Embistió sujetando el arma con las dos manos y el gigante dio un paso atrás y detuvo el ataque. Soleimán acometió de nuevo contra él y este volvió a retroceder. El joven sonrió satisfecho. Se le daba mejor de lo que pensaba. El deforme replicó con un movimiento curvo de su espada y Soleimán se agachó y respondió, produciéndole a su adversario un corte en mitad del muslo. El gigante se miró la herida y esbozó una mueca de dolor.

—No eres tan fiero como parecías.

El deforme se lanzó de nuevo contra él con una velocidad que le sorprendió. Interpuso su hoja y el golpe le hizo hincar una rodilla en tierra. Adivinó el segundo mandoble y se escabulló entre las piernas del monstruo. Trató entonces de ensartarlo por detrás, pero este soltó una arremetida y Soleimán solo pudo retroceder. El gigante embistió con una suerte de estocadas rápidas que no le permitieron al joven más que defenderse. Se sorprendió al sentir en su espalda uno de los pilares de mármol. Su atacante empujó su espada contra él con una sola mano mientras Soleimán resistía sujetando su arma con las dos. Podía sentir cómo las fuerzas le iban abandonando y buscó la manera de liberarse de la trampa. De repente, un dolor agudo penetró en su costado y lo sintió muy hondo. Bajó la mirada y vio la empuñadura de un cuchillo sostenida por aquel monstruo y que salía de entre sus costillas. Su adversario se separó de él y Soleimán cayó de rodillas.

—¿Dónde está Santzia?

Soleimán trató de responderle que se fuera al infierno, pero lo único que salió de su boca fue una regurgitación de sangre que le manchó el pecho de la

camisa. El deforme le dio la espalda y se dirigió hacia la escalera.

—¡Santzia! —le oyó gritar. Soleimán cayó y dio con el rostro en el suelo. Ya no escuchó nada más porque la vida se le había ido en un momento.

El gigante llegó hasta la planta alta y se detuvo al ver a una mujer en el centro de la galería. Llevaba la cabeza y el cuello tapados por un velo de color naranja que le dejaba al descubierto el óvalo de la cara.

—¿Quién eres?

—Me llamo Jalila —contestó ella—. Soy la mujer del hombre al que acabas de matar.

—¿Dónde está Santzia?

—Ahí.

La mujer señaló una puerta cerrada en mitad de la galería. El deforme se acercó a esta y dio unos golpes.

—¡Santzia!

—¿Ludovicus? —preguntó Santzia al otro lado.

El gigante asestó varias patadas a la madera y esta se abrió en un estrépito. Santzia se encontraba de pie en mitad de una sala con el suelo cubierto por alfombras y cojines.

—Ludo, ¿qué haces aquí?

—He venido a liberaros a ti y a la niña. ¿Dónde está Iradi?

La alarma creció en los ojos de Santzia. Se dirigió a él y lo apartó de un empujón. Se asomó al muro de la galería y gritó de forma desgarradora:

—¡Soleimán!

Descendió a toda prisa las escaleras, atravesó el patio y se arrodilló junto al cadáver. Sostuvo su cara entre las manos y lloró sin contención. Ludovicus se dispuso a seguirla, pero una mano lo detuvo. Al girarse, vio el rostro de Jalila.

—Si no te llevas a esa zorra contigo, haré que la maten —dijo esta.

Ludovicus se desprendió de la mano de la mujer dando un tirón y descendió las escaleras. Llegó hasta Santzia, que lloraba mientras mecía el cadáver de Soleimán.

—No era su esclava —dijo.

—¿Qué quieres decir? Su padre es un esclavista. Te secuestraron.

—No es verdad. Estoy aquí por mi propia voluntad.

—¿Dónde está nuestra hija?

—¡Eso que trajiste no era nuestra hija! —le respondió con rabia—. ¡Era un demonio!

—La curé —dijo Ludovicus.

—Tú no la viste. Era un ser maligno. No sé qué pacto hiciste para sanarla, pero abrió las puertas del infierno.

—¿Qué has hecho con ella?

Santzia le despejó el pelo de la frente a Soleimán y le cerró los ojos. Ludovicus levantó la espada.

—¡Qué has hecho con nuestra hija!

—¿Me vas a matar a mí también? Adelante, hazlo. Ya no me queda nada —respondió su mujer con rabia—. Con ella hice lo que debía. Un hombre me mostró la realidad.

—¿Qué hombre? ¿Dónde está Iradi?

Santzia siguió acariciando el rostro de Soleimán.

—Has matado al hombre que me amaba —dijo.

—¿Dónde está Iradi?

—Se la entregué a Sargón. Él sabrá qué hacer con ella.

—Santzia, por favor... ¿Por qué lo has hecho? Es nuestra niña.

—No es verdad. Si hubieras visto lo mismo que yo... Sargón me abrió los ojos. Se dirige a Córdoba con ese demonio que se parece a nuestra hija y que habla como ella, pero que no trae más que dolor y muerte a cuantos la rodean. Deja que él te lo explique y lo entenderás todo.

# CAPÍTULO I

## LA MALDICIÓN

*El señor del sacro conjuro, el que  
revive a los muertos; el que tuvo  
misericordia de los dioses derrotados*

*Tablilla VII*

*Enuma Elish, poema babilonio de la  
creación*

*Ante ellos se extendía la gran llanura de Capadocia que se perdía en el horizonte. Pocas veces verde, la mayor parte del color de la tierra seca. Había que esforzarse para hallar alguna mancha de vegetación en medio de aquella estepa. Al sur destacaba un pequeño macizo de piedras grises que se elevaban a gran altura con forma de chimenea. La naturaleza caprichosa le había dado una apariencia circular y, desde donde estaban Ludovicus y los demás, se podía ver un claro en el medio de aquellas rocas.*

*—Esos son los Salones de Piedra —dijo Obaidala.*

*Ludovicus se puso la mano sobre los ojos para protegerlos del fuerte sol de primera hora de la tarde. Divisó el lugar que le indicaba su guía y le pareció inhóspito y abandonado.*

*—¿Ahí es donde vive el Sanador? —preguntó—. ¿Lo has visto alguna vez?  
El guía se acarició la barba encanecida.*

*—No, nunca. Ni conozco a nadie que lo haya visto. Hace más de veinte años que nadie viene por aquí.*

*—Puede que haya muerto.*

*—¿Muerto? No, ese no. No sé lo que será, pero dicen que no es humano.*

*—Bueno, también lo dicen de mí. ¿Nadie ha intentado llegar hasta él?*

*—Sí. De vez en cuando algún idiota como tú decide probar suerte. No avanzan más de unas yardas, se asustan y se dan la vuelta. Otros mueren en el camino.*

—¡Muertos!

—Así es. Cuando te aproximes verás los cadáveres. Tal vez tú también te conviertas en uno. ¿Ves los buitres? —Obaidala indicó con la cabeza a dos aves que volaban en círculo sobre ellos a bastante altura—. Nos han visto y piensan comer hoy.

Entonces los caballos comenzaron a agitarse y a relinchar. Obaidala se giró y Ludovicus también. Su hija Iradi había acariciado a uno de ellos y ahora se alejaba asustada. Selin estaba junto al fuego bebiendo vino caliente de un vaso.

—¡Maldita sea, muchacho! —dijo Obaidala—. Ocúpate de los animales.

—No les pasa nada —respondió el joven—. Es este lugar. Los pone nerviosos.

Obaidala se dirigió a donde se hallaban atados y se aseguró de que las riendas no estuvieran sueltas. Iradi se acercó a su padre y le dio la mano. Ambos miraron de nuevo a los Salones de Piedra.

—He perdido la cruz que me dio madre al salir. No la encuentro por ninguna parte.

—No te preocupes ahora por eso.

Ludovicus miró a su hija y sonrió. Contempló los estragos de la lepra en sus mejillas y notó los dedos mutilados por la enfermedad en la palma de su mano.

Oyó los pasos de Obaidala que se acercaban. Se detuvo a unos metros.

—Si no quieres que se te haga de noche, deberías salir ya —le dijo.

—Sí, es el momento.

—Te esperaremos aquí.

—Si te vemos caer —aseguró Selin desde la hoguera— nos largaremos. No esperes que nos acerquemos a rescatarte.

—Entiéndelo, Ludovicus —respondió Obaidala—. Es demasiado peligroso.

El gigante asintió. Se dirigió a su caballo y tiró del brazo de su hija y la subió a la grupa.

—Ese tipo está loco —comentó Selin como si hablara consigo mismo.

Obaidala no contestó nada. Siguió con la mirada al gigante mientras atravesaba el claro en que estaban y se adentraba en el camino que lo conduciría al macizo. Lo vio alejarse por la llanura seca. Movié la cabeza y se acercó de nuevo al fuego.

Ludovicus detuvo al animal a unos treinta pasos de las dos rocas majestuosas que servían de entrada a los Salones de Piedra. Tomó aire y notó los brazos de su hija apretarse contra su vientre. Espoleó al caballo y este se agitó nervioso y se negó a seguir. El gigante se deshizo de los brazos de Iradi,

que lo rodeaban, y descendió de su montura. Sujetó a su hija por los costados y la hizo bajar también.

—Continuaremos a pie —dijo.

Avanzaron por un camino de tierra en dirección al pequeño macizo rocoso. El paisaje a ambos lados de la ruta lo componían pequeñas rocas y bajos matorrales como verrugas en una piel envejecida por los años. A unos pasos, Ludovicus divisó un esqueleto humano. Llegaron hasta él y la niña se quedó mirándolo. Los huesos relucían al sol, blancos como la sal.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Iradi.

—No lo sé.

Al decir esto, Ludovicus sintió cómo el corazón se le agitaba. Unas palpitaciones lo golpeaban en las sienes y un dolor agudo le perforó el cráneo desde dentro y se llevó las manos a la cabeza. La vista se le nubló, cayó de rodillas y, en un momento, ni siquiera recordaba dónde estaba. Giró la cabeza y vio a Iradi como a un bulto que lo observaba. Tuvo la certeza de que se moría. Todo su cuerpo cayó a tierra y se dejó ir. Notó cómo su conciencia se apagaba.

Al abrir los ojos vio las lágrimas descender por las marcas blanquecinas de las mejillas de Iradi. Esta paró de llorar cuando Ludovicus se incorporó.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Un buen rato —respondió la niña—. Los guías se han ido.

Ludovicus elevó la vista hacia el promontorio en que lo aguardaban Obaidala y Selin y lo vio vacío. Se puso de pie y se sacudió el polvo de la ropa.

—Vamos, debemos seguir —dijo.

Caminaron por el sendero y contemplaron un segundo esqueleto al borde del camino. Se detuvieron frente a las rocas puntiagudas que miraban al cielo y Ludovicus asomó la cabeza por el pasillo que se abría ante ellos.

El gigante se adentró con su hija de la mano. Atravesaron un corredor de paredes de roca de unos diez o doce pasos y ante ellos surgió un claro luminoso rodeado de piedras enormes como si fuera un gran salón. En el centro de este claro, una gran piedra con la forma de un barco parecía hacer las veces de una mesa. Al fondo, una gruta oscura como la boca de un animal se perdía en las profundidades de la tierra.

De esta oscuridad emergió una silueta. Observaron cómo se acercaba y se hacía visible a la luz. Un hombre llegó hasta ellos y se detuvo a un paso. Su piel era de un color grisáceo sin vida alguna y tenía una flecha clavada en mitad del muslo izquierdo y otra en el costado derecho. Además, de un tajo abierto en el cuello no paraba de manar sangre.

—Antes he estado a punto de matarte —afirmó—. No sabía que eras tú.

—¿De qué me conoces?

El Sanador no contestó. Se quedó mirando a la niña con curiosidad.

—¿Tiene lepra?

—Así es —respondió Ludovicus.

—Ven —ordenó el Sanador extendiéndole la mano a la niña.

Iradi miró a su padre y este asintió. Deslizó sus dedos mutilados entre los de aquel hombre tan extraño y desapareció con él en el interior de la gruta.

Ludovicus se vio solo en aquel lugar. Contempló el cielo despejado y observó los pasillos que se abrían alrededor del claro y en los que no se adivinaba el final. Luego se sentó sobre la piedra central y aguardó.

Cuando el cielo ya se hallaba estrellado y en el salón la luz azulada de la luna convertía a las piedras en formas veleidosas a los ojos humanos, oyó un sonido a su espalda. De pronto vio aparecer por la cueva al hombre de las flechas acompañado de Iradi. La niña se deshizo de su mano y corrió hacia Ludovicus. Este no podía creer lo que veía. Sus dedos habían recuperado su forma original y su rostro estaba limpio de llagas. Le miró los brazos y no advirtió resto alguno de la enfermedad. Una congoja atenazó su garganta. El gigante notó correr las lágrimas por sus mejillas. Levantó la vista para agradecerle el milagro al Sanador, pero este había desaparecido.

—Ha sido increíble. Me invitó a una cena buenísima sobre una mesa de oro con unos dibujos extraños tallados en ella. Le pregunté si te podía invitar también a ti, pero me dijo que no. Cuando terminamos me susurró una palabra al oído. No la había oído nunca, pero era muy bonita. De repente la piel se me empezó a estirar —comentó Iradi emocionada y pasando su mano por el antebrazo—. ¿Sabes qué palabra era?

Ludovicus contempló las señales de magia que rodeaban a su hija. La magia más poderosa que podía imaginar. Una magia que tan solo había visto en los libros.

—Escúchame, hija —dijo—. No le repitas a nadie esa palabra, ¿quieres? No se la digas ni siquiera a tu madre.

Iradi asintió seria.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —aseguró la niña.

Córdoba, año 1078 d. C.

Einat soltó el cálamo junto al papel y se masajó la muñeca. Esas horas eran las más provechosas; cuando los escritores hombres ya se habían marchado y los últimos rezagados que necesitaban que alguien les redactara una carta o un documento oficial vencían sus reticencias a que lo hiciera una mujer.

El campesino que tenía delante cogió su papel, lo dobló y se lo guardó en uno de los bolsillos del albornoz de lana. Inclino la cabeza en señal de agradecimiento y se la cubrió con la capucha. Luego se unió a la fila que salía de Córdoba a esas horas por la Puerta del Nogal y se dirigía de vuelta a sus casas en el campo. Einat juzgó que el hombre tenía un aura cálida, de color naranja, propia de alguien sin complicaciones. Debía cuidarse de no mostrar su habilidad; sobre todo ahora que esos locos de la *Mihna*<sup>[1]</sup> andaban por ahí persiguiendo brujos.

Le gustaba recostarse en su silla para ver pasar a la gente y contemplar los distintos colores de las auras. Unas grises, otras blancas... Le resultaba de lo más entretenido. Levantó la vista en dirección al principio de la calle y casi se cae de la silla cuando vio aquel color. Un aura dorada refulgente con unas finas vetas negras. Su dueño era un hombre alto, con la barba blanca y la cabeza cubierta por un turbante color turquesa, que avanzaba calle abajo en dirección a ella. Lo vio acercarse y pasar a su lado seguido de dos o tres hombres que parecían acompañarlo. Se apoyaba en un cayado al menos dos palmos más alto que él. Mantuvo la cabeza erguida y ni siquiera hizo ademán de mirarla, pero ella no pudo evitar fijar su atención en aquella estela extraña que lo rodeaba. ¿Dónde había visto antes esos colores?

El hombre atravesó la puerta de la ciudad y descendió por el terraplén de tierra. De repente se detuvo al inicio de la carretera que conducía a Almodóvar y se giró. En ese instante lo recordó. Durante años había visto esa aura en uno de los libros de Judá, su marido.

El hombre la observó fijamente y su mirada parecía reflejar curiosidad. Le dijo algo al oído a uno de los que lo acompañaban y este también la miró. Einat bajó entonces la cabeza y recogió, nerviosa, sus útiles de escritura. Después replegó la mesa y la silla contra la pared. Cruzó la calle con cuidado de taparse la cara con el pañuelo de algodón que llevaba en la cabeza. Antes de doblar la esquina y adentrarse en otra callejuela, dedicó una última mirada de soslayo al hombre. Este seguía observándola con verdadero interés.

Dos chicos charlaban junto a una pared sin encalar al fondo de un callejón.

Elhabib se detuvo a la entrada de este y los observó. Uno de ellos le daba la espalda y el otro hablaba sin percatarse de su presencia. Este último levantó la mirada, hizo una seña con el mentón y dijo:

—Es el negro.

El otro chico se volvió. Tenía el pelo rubio bajo un gorro rojo con forma de cubilete y los ojos azules. No debía contar con más de quince años. «El bastardo de uno de esos *saqaliba*<sup>[2]</sup>», pensó Elhabib. Los *saqaliba* servían casi todos en el Alcázar<sup>[3]</sup>. Habían sido traídos a al-Ándalus dos o tres generaciones atrás como esclavos desde Europa. Muchos de Franquia, la Normandía e incluso Germania. Algunos de ellos prosperaron y habían llegado a gobernar incluso algún reino. Unos fueron castrados y convertidos en eunucos y los que no llenaron las ciudades de bastardos rubios y de ojos azules, como aquel.

El chico se sorprendió al verlo y miró a su alrededor. El callejón no tenía más salida que la que cubría Elhabib. Se quitó el gorro rojo y se lo guardó bajo la chaqueta. Luego se encaramó a un saliente de la pared, se alzó con agilidad y trepó por el muro como si lo hiciera por una escalera. Viéndolo subir hasta la azotea, Elhabib supo que se trataba del Gato. El ladrón que había aterrorizado toda el área de al-Sharqiya entrando en las casas desde los tejados o las ventanas superiores y que ahora se atrevía a robar incluso en la medina<sup>[4]</sup>.

Elhabib corrió hacia él, se agarró al mismo saliente de la pared y, con mucha más torpeza que el chico, escaló por los huecos que dejaba el muro y llegó a la azotea. Miró a lo lejos y vio que el ladrón avanzaba dos o tres viviendas por delante de donde él se hallaba. Comenzó a seguirlo saltando de tejado en tejado y de azotea en azotea. El Gato se dirigía directo a la muralla de la medina.

Elhabib vio que el muchacho se detenía donde terminaban las casas, frente al gigantesco muro de piedra. Corrió en su dirección y se paró al final de un tejado con una leve inclinación que daba a una calle estrecha. Tuvo que retroceder unos pasos para tomar carrerilla y luego saltar al otro lado. Se encontró entonces en una azotea amplia a unos pasos del ladrón. Este contemplaba la muralla.

—No lo hagas —aconsejó Elhabib—. Te vas a matar.

Para huir, el Gato debía lanzarse por encima de una calle de seis o siete pasos de anchura por lo menos y encaramarse a un hueco entre dos piedras. El chico se dio la vuelta y miró a Elhabib a los ojos. Su mirada reflejaba dudas.

—Ven conmigo. No te pasará nada.

La expresión del Gato adquirió seriedad. Se dio la vuelta y emprendió la carrera. Pisó el borde de la azotea y se lanzó contra la muralla moviendo las piernas y los brazos en el aire. Sus dedos se agarraron desesperados al saliente y

se quedó allí suspendido unos instantes. Elhabib creyó que caería, pero el chico consiguió alzar la otra mano y colocarla también en el hueco. Buscó un punto de apoyo para uno de sus pies y comenzó a subir metiendo los dedos en las ranuras que quedaban entre las piedras. Elhabib agarró un ladrillo roto que encontró junto a él. Si se lo lanzaba y acertaba, lo haría caer. Suspiró resignado y soltó el ladrillo. Lo vio escalar la muralla como si tal cosa.

Cuando llegó a la cima, el Gato se detuvo entre dos almenas y se giró. Miró sonriente a Elhabib. Sacó su gorrito rojo de debajo de su chaqueta y se lo puso. Finalmente se marchó por las murallas en dirección al río.

Elhabib se dio la vuelta, bajó de la azotea hasta un patio y los habitantes de la vivienda lo miraron extrañados.

—Soy el *sahib as surta*<sup>[5]</sup> —dijo.

Atravesó el patio y salió a la calle. Tomó aire y paseó durante un buen rato por las callejuelas hasta que llegó a una plaza. Allí vio a varios hombres correr en la misma dirección. Extrañado, los siguió. Entró tras ellos en una calle recta y larga y vio una pequeña multitud que se agrupaba al final.

Al llegar hasta allí, uno de sus guardias sostenía una ballesta y otro le palmeaba la espalda. Los viandantes charlaban entre si formando un círculo en torno a algo. Elhabib se abrió paso y lo primero que vio fue el gorro rojo con forma de cubilete tirado en el suelo. Junto a él, el chico rubio, bocabajo y con los ojos azules abiertos. De la nariz le salía un hilo de sangre que goteaba en el suelo. En medio de la espalda una flecha.

—*Sahib*, es el Gato —dijo uno de los guardias.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Elhabib.

—Lo vi acercarse por las murallas —relató el que tenía la ballesta. Apenas era un muchacho no mucho mayor que el ladrón—. De un salto se lanzó sobre aquella casa. Supuse que era el Gato. Me aposté en esa esquina y lo esperé. Fallé mi primer disparo. Empezó a huir y lo seguí. Cuando lo tuve a tiro lo alcancé y cayó desde allí arriba.

—Tendrá su recompensa, ¿verdad, *sahib*? —dijo su compañero—. Ha cazado al Gato.

Elhabib miró a su alrededor. La gente comenzaba a agolparse y ya representaban un número considerable. Luego observó al guardia con tristeza.

—Sí —aseguró—, tendrá su recompensa. Buscad una manta y cubrid el cuerpo. Mostrad un poco de respeto.

El *sahib as surta*, el jefe de la policía de la ciudad, se marchó del lugar cabizbajo.

El ajedrecista cruzó el umbral de su propia casa y le llegó el olor del guiso que cocinaba su esposa Sahalú. Atravesó la sala principal, entró en la cocina y vio a su mujer de espaldas entre los fogones. Le encantaba contemplarla sin el velo puesto. Se aproximó a ella, tratando de no hacer ruido con sus pasos, con la intención de besar su cuello esbelto. Sin embargo, cuando se hallaba a medio camino, tuvo que apoyarse sobre la mesa para toser con fuerza. Sahalú se dio la vuelta y le acercó una silla. Él se sentó y cuando ella se alejaba, la tomó de la mano y la empujó a sentarse en sus rodillas.

—Estás contento —dijo Sahalú—. ¿Por fin has podido dormir?

—En absoluto. No he pegado ojo, pero mira lo que he conseguido.

Ruy puso una bolsa de seda roja atada con un hilo sobre la tabla de la mesa. Sahalú la cogió entre sus dedos y se la llevó a la nariz.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Ya te lo conté, ¿no te acuerdas? —Ella negó con la cabeza—. Las hierbas aquellas que le pedí al boticario de la alcaicería. Las cultiva un médico egipcio de Alejandría. Dicen que puede curar cualquier tipo de tos.

Sahalú desató el nudo del hilo y abrió la bolsa. Introdujo dos dedos en ella y sacó unas finas hebras de color verde.

—Ten cuidado —le aconsejó Ruy—. Son muy caras.

—Pero esto es muy poco.

—Bastan unas hebras por infusión antes de dormir. En unos días estás curado.

—¿Te vas a acostar ahora? ¿Quieres que te las prepare?

—No, no puedo. Debo ir al Alcázar. Ibn Ukasa quiere jugar al ajedrez. Debo recuperar lo que me he gastado con las hierbas.

Su mujer se levantó y se llevó la bolsa a un estante lleno de otras bolsas y tarros. Ruy se acercó a ella y le dio un beso en los labios.

—Creo que esta vez me curaré... —susurró.

—Claro que sí, cariño. Estoy segura de ello.

Ruy salió de la cocina y se marchó. Sahalú estiró el cuello para seguirlo con la mirada. Cuando lo hubo perdido de vista cogió de nuevo la bolsita roja y la palpó con las yemas de los dedos. Volvió a desatar el nudo y olió el interior. Desprendía un aroma agradable, distinto a las hierbas que normalmente se vendían en los zocos. Este era más dulzón. Se aproximó entonces al fuego y vació en él el contenido de la bolsa. Contempló cómo ardían los filamentos verdes hasta ponerse negruzcos, para luego desaparecer entre las llamas.

Sahalú se acercó entonces a un estante que colgaba de la pared y cogió una

caja de madera donde se hallaban separados distintos tipos de hierbas. Las observó una a una y pensó que, si picaba muy fino el romero, podría confundirse. Acercó un cuchillo y se puso a la tarea. Cuando hubo terminado, sacó del mueble una taza de cristal que contenía un polvo negro. Se puso un guante de seda y espolvoreó las hojas de romero con este polvo. Todo junto, lo metió en la bolsa roja y la cerró con el hilo. Se quitó el guante y lo guardó en el cajón habitual.

La muchacha permaneció en silencio en el centro de la habitación con la cabeza gacha y esperando a que su señora se dirigiera a ella. Samara se apoyó en la mesa donde guardaba sus ungüentos para no caerse. De la botella vertió vino en una copa de metal y bebió un largo trago. Luego se retiró de la mesa, se dio la vuelta y la cabeza se le fue. Dio con sus nalgas en el suelo y la copa salió disparada y votó varias veces en las baldosas. La criada se agachó con rapidez y sujetó a Samara de los brazos. Esta, con un aspaviento, la apartó de su lado. Apoyó las manos en el suelo y se levantó despacio. Se miró las palmas vacías y preguntó:

—¿Qué ha pasado con mi copa?

La joven criada se acercó a la mesa y echó más vino en un vaso de cerámica y se lo llevó a su señora.

—Gracias, Ikram —dijo esta, mirando fijamente a la muchacha y parpadeando muy despacio, como si le costara enfocar la vista—. No te cambies de bando. No te unas a esas arpías. Te recompensaré, te lo prometo.

—Sí, señora —afirmó Ikram.

Samara se acercó a la cama. Se sentó en ella, bebió un poco y puso el vaso en el suelo. Se tendió entonces y se tapó los ojos con el brazo.

—¿Qué era el ruido de hace un rato? —inquirió.

—Ha venido el médico. La otra señora ha empeorado. La criada nueva, Lambra, se ha puesto a gritar. Al parecer, el médico le ha dicho que el malestar es por un envenenamiento.

Samara apartó el brazo de su cara y fijó los ojos en Ikram.

—¿Veneno? ¿En serio? —dijo. La criada asintió—. ¡Vaya! ¿Se va a morir?

—Está muy mal, señora. Tiene mucha fiebre.

—Seguro que esa vieja acaba recuperándose, aunque solo sea por fastidiarme.

Samara apoyó su cabeza en la almohada y cerró los ojos. Ikram la cubrió con la sábana blanca de seda. Su señora se acurrucó y dijo algo que ella no entendió. Se retiró entonces de la habitación con cuidado de no despertarla.

Einat llegó a la judería con el recuerdo de aquel hombre, con su extraña aura, observándola desde el otro lado de la Puerta de los Nogales. Avanzó por la calle principal que no medía más de dos pasos de anchura y giró en la primera desviación que encontró a la izquierda, como hacía siempre. Al fondo vio el portón de madera clara del que había sido su hogar. Golpeó la puerta con la aldaba y deseó que Judá no se hallara en casa. Oyó en el interior unos pasos que se acercaban. Un leve hormigueo le agitó el estómago. Se descorrió el cerrojo de hierro y una mujer mayor, con el pelo corto y blanco, apareció en la entrada. La sorpresa iluminó el rostro de la anciana cuando vio a Einat.

—¡Oh, mi niña! ¿Qué haces aquí?

—¡Menda! ¡Cuánto te he echado de menos! Hace mucho que no te veo, ni siquiera en el zoco.

—Las piernas no me dan más que disgustos. El señor le paga a una joven para que nos haga los recados y yo no me tenga que mover demasiado. Pero ¿a qué has venido? Te vas a meter en problemas.

—Necesito entrar, Menda.

—No puede ser, Einat. Sabes que el señor Judá prohibió que pisaras esta casa.

—Será solo un momento. Te lo prometo.

La anciana miró hacia el inicio de la calle y después hacia ella.

—Después de lo que hiciste, Einat... Esto no está bien. Deberías irte antes de que llegue.

—Por favor, Menda.

La criada guardó silencio y después observó de nuevo la calle desierta. Asintió y abrió más la puerta para que Einat pudiera entrar. La escritora recorrió el pasillo tan rápido como pudo y se fue directa a la biblioteca. Se detuvo frente a la gran estantería y contempló la pila de libros que la llenaban desde el suelo hasta el techo.

—¿Dónde estás? —murmuró.

—Date prisa, Einat —dijo Menda desde la puerta.

La joven se agachó en el segundo estante sobre un grupo de libros pequeños de distintos colores. Extrajo uno rojo y miró el título: *El mal y sus servidores*. Lo hojeó deprisa.

—¡Ya viene! —exclamó la criada.

Einat se detuvo en una página y observó el dibujo. Era la silueta oscura de un ser alto y fuerte envuelta en un aura dorada con vetas de color negro. Idéntica a la que había visto en aquel hombre. Entonces leyó el nombre escrito al pie de la

página y lo repitió en voz baja. Colocó el libro rojo en su lugar y se dirigió a la salida.

Judá se hallaba apoyado en la jamba de la puerta de la biblioteca. Einat se sobresaltó al verlo.

—¡Qué susto me has dado! —exclamó.

Lo encontró más envejecido. Su pelo rizado ahora lo tenía todo gris y su habitual expresión risueña se había tornado en una amargura evidente. La observaba en silencio y serio.

—Ya me voy —dijo ella.

Judá se apartó de la puerta y se sentó en su sillón de terciopelo rojo en el centro de la biblioteca.

—¿Sabes? —preguntó—. Mis amigos me han recomendado iniciar un juicio por lapidación contra ti.

—¿En serio?

—Me negué.

—¿Y qué pretendes? ¿Que te dé las gracias? —inquirió Einat irritada—. ¿Se supone que te tengo que estar agradecida por no matarme?

—No, la culpa es mía. No debí casarme con una mujer tan joven.

Ahora fue Einat la que se apoyó en el marco de la puerta.

—Nunca quise hacerte daño —dijo—. No creo que sea culpa de nadie. Siempre he deseado que fueras feliz.

—Y, sin embargo, aquí estás. A pesar de que te prohibí volver. Recordándome lo que he perdido.

—Tenía que venir. Debía consultar un libro. Algunos de ellos son míos.

—Entérate bien, todo lo que hay en esta casa es mío. La adúltera pierde todos sus derechos de propiedad.

Einat no respondió. Suspiró y lo miró con tristeza. Luego se dio la vuelta y se dirigió a la salida. Le dio un abrazo silencioso a Menda cuando pasó a su lado. Ya en la calle, respiró hondo y observó las estrellas. La noche se había echado encima. La callejuela estaba oscura, salvo por un candil colgado de un gancho al inicio de esta. Empezó el camino de vuelta a su casa. Al borde del resplandor que dibujaba la llama del candil le pareció ver a alguien. Avanzó unos pasos y la figura se le apareció más clara. Era un hombre con una larga túnica blanca que la miraba fijamente. Lo había visto alguna vez en el zoco. Era un vendedor de esclavos. Tuvo un mal presentimiento. Se dio media vuelta, llegó de nuevo hasta la puerta de la casa de Judá y llamó. Nadie le abrió. Tomó la callejuela a la derecha. Oyó que la seguían y apretó el paso. Antes de darse cuenta estaba

corriendo. Al llegar al final de la estrecha travesía esta giraba de nuevo a la derecha y luego a la izquierda. Se apoyó en una esquina y miró hacia atrás. Enseguida apareció el esclavista de la túnica blanca. Cuando la vio sonrió. Einat comenzó a correr de nuevo.

—¡La escritora sabe lo que no debe! —oyó que decía la voz de su perseguidor.

Einat lanzaba miradas a su espalda mientras corría esperando que aquel hombre dejara de seguirla. Cuando volvió a mirar al frente se detuvo asustada. A unos pasos delante de ella, el hombre del aura dorada, con su turbante color turquesa y el cayado, le cerraba el paso en mitad de la callejuela. El perseguidor llegó también por detrás.

—¿Ya has averiguado quién soy? —preguntó el hombre del cayado.

—Sargón —contestó Einat.

Elhabib encontró la puerta de su casa cerrada a esas horas, pero no se sorprendió. No era la primera vez. Giró la llave y, con los documentos entre los brazos, se adentró en la pequeña sala a oscuras. Palpando, llegó hasta la mesa. Puso los papeles encima. Después, tocó sobre ella el pedernal, una loza de barro y a su lado la yesca. Acumuló unas hebras de esta sobre la loza y golpeó el pedernal contra su navaja. Enseguida prendieron las hebras de yesca. Acercó a la llama la torcida del candil y se iluminó la estancia.

Elhabib se derrumbó entonces sobre su hamaca. Se sentía muy cansado aquella noche. Tomó la pila de documentos y la agrupó, dándole unos golpecitos contra la tabla. Se puso los papeles en el regazo y suspiró. Últimamente debía ocuparse más de las conspiraciones que de la delincuencia. Ibn Ukasa, el gobernador, estaba paranoico. Veía enemigos por todas partes.

Apoyó la cabeza en el respaldo y comenzó a mecerse. Se prometió a sí mismo que no se dormiría hasta que volviera Einat. La discusión de la mañana le dejó una mala sensación que lo había acompañado durante todo el día. Y la muerte de aquel chico no hizo más que empeorarla. No se acostaría sin haberse reconciliado con ella antes.

Comenzó a leer el primer papel y las letras se le juntaron ante los ojos. Debió revisar un párrafo hasta tres veces antes de comprender lo que decía. Puso el montón de documentos de nuevo sobre la mesa y bajó los párpados. Su respiración se hizo más pausada. «Solo un momento —pensó— para descansar la vista».

Ibn Ukasa se metió media naranja en la boca y el jugo le corrió por la comisura, manchando su barba negra y el ancho cuello. Se limpió con la mano y

uno de los eunucos le acercó una servilleta. El gobernador la cogió y se secó la palma. Levantó el codo del cojín en el que lo tenía apoyado y quedó sentado en la alfombra. Hizo un gesto con la cabeza al otro eunuco más joven y este se aproximó para ayudarlo a levantarse. Apoyó sus brazos en el hombro del muchacho y se alzó con esfuerzo.

—Ibrahim Ibn Hixam —dijo dirigiéndose hasta el hombre que aguardaba de pie frente a él. Observó al chico que estaba a su lado—. Este es tu hijo, ¿verdad?

—Así es, señor. Se llama Hamdún.

El gobernador le dio a Hamdún una palmada en la mejilla.

—He decidido apostar por ti, Ibrahim. Esta misma mañana he hecho enviar una carta al emir recomendado tu nombramiento como cadí<sup>[6]</sup>.

El viejo Ibrahim se quedó serio, tomó aire e inclinó la cabeza.

—Pero ¿qué te ocurre? —dijo Ibn Ukasa—. Pensé que te alegrarías más. Te he dado mi apoyo en lugar de a Abu Bakr.

—Te estoy muy agradecido. Es un gran honor.

El gobernador pasó una mano por los hombros de Ibrahim y la otra por los de Hamdún y los condujo a la salida.

—Bien —afirmó—. Me alegro de que pienses así. Quizá tú me podrías devolver el honor aceptándome como yerno.

Ibrahim se detuvo y se quedó mirando a Ibn Ukasa. Este sonreía satisfecho.

—¿Quieres casarte con mi hija Omara?

—Claro que sí, amigo Ibrahim. Sería de una gran dignidad pertenecer a tu familia.

Los tres hombres llegaron hasta el corredor oscuro donde se encontraba apostado un guardia con una lanza.

—Os invitaré a mi próxima fiesta —les confirmó el gobernador—. Ahora debo dejaros, me espera una partida de ajedrez. —Se metió de nuevo en la sala de las alfombras y cerró la puerta tras de sí. El guardia dio dos pasos al frente, se giró de forma ceremonial y se mantuvo firme ante la puerta.

Ibrahim y su hijo se miraron y emprendieron el camino solitario por el corredor en dirección a la salida.

—Son buenas noticias, ¿no, padre? —preguntó Hamdún—. Serás cadí.

—Nunca seré cadí.

Hamdún se detuvo y su padre siguió caminando. El muchacho corrió entonces hasta ponerse a su altura.

—Abu Bakr al-Xantamari será el nuevo cadí y encima me veo humillado entregando a mi hija a ese animal.

—No lo entiendo, padre. Ha enviado una carta de recomendación con tu nombre al emir.

—Cualquier recomendado por el gobernador queda de inmediato descartado para el puesto.

—¿Por qué?

Ibrahim se detuvo a la salida del palacio, bajo el pórtico que rodeaba el patio. Miró en ambas direcciones para asegurarse de que nadie le oyera y acercó su rostro al de su hijo.

—Hace tres años —susurró— el anterior emir, el abuelo del emir actual, murió bajo sospecha de envenenamiento. Todo el mundo sabe que la orden la dio Hakam Ibn Ukasa, incluido el emir de Toledo.

Padre e hijo prosiguieron su camino y llegaron hasta la Puerta de la Azuda. Se cruzaron con una pequeña guarnición de guardias bereberes y se mantuvieron en silencio. Ya en la calzada, junto a la orilla del río, Hamdún se acercó de nuevo a su padre.

—No lo entiendo —repuso—. ¿Por qué el emir no lo manda ejecutar?

—Lo haría si pudiera. Mientras tanto, Ibn Ukasa se ha hecho fuerte en Córdoba y cualquier intento de venganza supondría una guerra. El emir aún no se siente fuerte para eso, sobre todo desde que tiene que pagar esas cantidades enormes de oro al rey de Castilla.

Hamdún guardó silencio y pensó en su hermana Omara. No le haría ninguna gracia acabar en el harén de Ibn Ukasa.

Ludovicus mantuvo la vista fija en la hoguera que había encendida en mitad de un olivar, mientras el hombre se acercaba por detrás. No iba solo. El gigante aparentó no moverse, pero apoyó la mano en la empuñadura de su cuchillo. El hombre estaba más cerca.

—*As-salamu`alaykum* —saludó.

—*Wa alaykum as-salam* —respondió Ludovicus sin volverse.

—Amigo, ¿podríamos compartir fuego esta noche?

El gigante se giró y el hombre quedó paralizado al verle la cara. Su mujer soltó una exclamación ahogada y se cubrió la boca con la mano. Dos niños lo contemplaron con los ojos muy abiertos. Ludovicus posó su mirada en cada uno de ellos y retiró la mano del cuchillo. La extendió invitándolos a sentarse, pero la familia no se movió.

—No os haré daño —afirmó.

El hombre miró a su mujer y asintió. Se acercaron entonces a la hoguera y se sentaron a su alrededor algo alejados. Los niños lo observaban en silencio.

Ludovicus le guiñó un ojo al menor y este miró a su hermano. Ambos sonrieron. Levantó el odre de vino y se lo ofreció al padre.

—No, no, gracias. Intento ser un buen musulmán. El Corán... —Su mujer puso una mano en su antebrazo, instándolo a callar.

—Me llamo Ludovicus.

—Mi nombre es Mumen y estos son mis hijos, Mumen y Baxir. Mi mujer se llama Zuleima.

—Tenemos pan y queso —repuso la mujer y sacó los alimentos de una bolsa de tela que llevaba al hombro.

—Yo también tengo pan —respondió Ludovicus y les acercó a los niños un trozo calentado al fuego.

—¿Adónde te diriges, Ludovicus? —inquirió Mumen.

—A Córdoba.

—¡Ah! Nosotros huimos de allí.

—¿Huis?

—¿No has oído lo de la maldición?

—¿Qué maldición?

—Desde hace por lo menos dos meses todos los niños nacen muertos en la ciudad.

—¿En serio?

—Así es. Zuleima está embarazada y hemos decidido marcharnos.

Ludovicus se fijó en el vientre de la mujer hinchado bajo la túnica. No debía quedarle mucho para parir.

—¿Vais muy lejos?

—A Zaragoza. Tengo allí un hermano tonelero. Trabajaré un tiempo con él hasta que me pueda establecer por mi cuenta.

Ludovicus levantó las cejas, lo que le permitían las protuberancias de la frente.

—Lo sé, lo sé... —respondió Mumen, agitando la mano—. Sabemos que parirá durante el viaje, pero Alá cuidará de nosotros.

—Dime una cosa, Mumen. ¿Conocías a alguien en Córdoba que se llamara Sargón?

—¿Sargón? —Mumen miró a su mujer y esta negó con la cabeza—. No sabemos quién es, amigo. Es un nombre extraño. No es musulmán.

—No, no creo.

—¿Por qué lo buscas? —Zuleima volvió a poner su mano en el antebrazo de su marido—. Disculpa, amigo Ludovicus. Soy demasiado curioso.

Ludovicus se quedó mirando las llamas un instante.

—En realidad, busco a mi hija —confesó—. La tiene ese tipo y lo único que sé de él es su nombre.

Todos quedaron en silencio, en torno a la hoguera, y comenzaron a comer. Después de un rato Zuleima se inclinó hacia delante y le preguntó a Ludovicus casi en un susurro:

—¿Eres humano?

—Así es. Uno bastante feo.

Los niños empezaron a reír.

Gudrun colocó el candil en la mesa y desplegó el rollo de pergamino que acababa de recibir. Al leer la receta contra los quistes que se desarrollan dentro del vientre se preguntó cómo demonios iba a conseguir aquellos ingredientes. Después ojeó una fórmula contra el olor de pies y le pareció una tontería. Volvió a enrollar el pergamino y lo tiró a un rincón del cuarto, mientras se lamentaba de haber gastado tanto dinero en él. Se atusó el pelo y, al llegar a la nuca desnuda, echó de menos su melena.

Dos golpes fuertes en la puerta la distrajerón de sus preocupaciones.

—¿Quién es? —preguntó en voz alta.

—Busco a Gudrun —respondió alguien al otro lado.

Abrió la puerta y vio a un muchacho moreno y delgado, que portaba una tea en la mano. Respiraba agitadamente, como si hubiera llegado hasta allí corriendo.

—¿Qué quieres?

—Mi mujer se ha puesto de parto.

—No soy partera —contestó Gudrun.

—Ya tenemos una partera. Te necesitamos a ti. Por la maldición. Eres una hechicera, *mayús*<sup>[7]</sup>. Mi suegra dice que sabrás qué hacer.

Gudrun apretó los labios y pensó no acudir. Hasta ese momento había evitado intervenir. Finalmente volvió a entrar en el cuarto, se puso un velo sobre su pelo corto y recogió su bolsa de piedras. Cerró la puerta de su casa y ambos se encaminaron hacia el norte, bordeando la muralla de la medina. Ya había anochecido, pero las calles no estaban aún vacías. Se cruzaban con los trabajadores que regresaban a sus casas. El muchacho llevaba un paso que a ella le costaba seguir.

—Si te pierdo —repuso— no habrá servido de nada que me hayas venido a buscar.

El joven se detuvo.

—Perdón.

—¿Cómo te llamas?

—Harit.

Gudrun llegó a su lado y este reanudó la marcha más despacio.

—Dime, Harit. ¿Ha ocurrido algo que os haga sospechar que la maldición os ha caído encima?

—No, señora. La maldición no distingue entre personas. Todos los niños nacen muertos. Sin excepción. Estamos muy asustados. Mi suegra me ha pedido que te fuera a buscar.

Giraron a la derecha y encontraron a un grupo de hombres frente a una pequeña puerta iluminados con la luz que salía de la casa. Eran tres y se volvieron al verlos.

—Ya están aquí —anunció uno.

Gudrun y Harit llegaron hasta ellos. Los hombres inclinaron la cabeza y el mayor de los tres la invitó a entrar con un gesto de la mano. Harit pasó adelante y recorrió un estrecho pasillo. Gudrun lo siguió.

Este se detuvo junto a una cortina de paño blanco y le hizo una indicación con la cabeza para que cruzara al otro lado. Cuando ella se acercó pudo oír los gritos de la parturienta. Descorrió la cortina y penetró en un ambiente húmedo y cargado. Debía haber por lo menos seis mujeres allí dentro, todas ellas sin velo. En el centro de la habitación se encontraba una cama con una joven de pelo ondulado y sudando a chorros. Al ver a Gudrun todas se giraron en su dirección. Una de ellas se acercó y le estrechó las manos. Tendría unos cincuenta años y conservaba todo su pelo negro sin canas.

—Por favor, *mayus* de ojos azules —le dijo—. Salva a mi nieto. Es el primero.

Gudrun se aproximó a la cama donde se hallaba la joven y le sonrió. Esta tenía la cara contraída y respiraba con dificultad. Se encontraba desnuda de cintura hacia abajo.

—¿Cómo se llama? —preguntó Gudrun, mirando a las mujeres que la rodeaban.

—Malika —respondió la madre de la chica.

—Escúchame, Malika. No tienes nada que temer. Estoy aquí para ayudar a tu hijo.

—Sálvalo, por favor —repuso la muchacha.

Gudrun puso una mano sobre la tripa de la embarazada y notó la nueva vida bajo la piel. «Este niño no está muerto», pensó.

De repente sintió que algo le atrapaba el brazo con fuerza. Gudrun tiró suavemente, pero no pudo zafarse. Entonces, el lugar por el que la agarraban aquellos dedos invisibles comenzó a quemar. La piel le ardía desde dentro. Dio un fuerte tirón y se liberó.

Malika empezó a gritar y a empujar sujeta a las manos de las otras mujeres. Gudrun se apartó a un rincón y extrajo sus piedras de río de la bolsa. Hizo un círculo con ellas y se arrodilló frente a él. Podía sentir la mirada fija de la madre de la muchacha. Gudrun decidió ignorarla y se centró en el círculo de piedras.

—Tu fiel servidora, Gudrun, te invoca, diosa Frigg —susurró.

—¡Ah! —gritó Malika.

—Una madre te necesita, Frigg.

—Vamos, empuja, muchacha —ordenó la partera.

—El poder de la mujer te convoca a esta reunión de vida, Frigg.

Dentro del círculo, Gudrun oyó el sonido de unos pasos que se acercaban. La visión de unas nubes apareció entre las piedras, ante sus ojos.

—¡Oh, Frigg! Diosa del cielo... Ven hasta nosotras. Serás recibida entre mujeres.

De repente, los pasos se detuvieron y un silencio se hizo en el círculo.

—Frigg, te lo suplico. No te vayas. Una madre te necesita.

—¡Ah!

—Muy bien, muchacha. Ya casi está —dijo la partera.

Gudrun oyó los pasos alejarse. Apoyó la palma de las manos en el suelo, entre las piedras, y la visión pareció disolverse.

—¡Maldita seas, Frigg! —gritó Gudrun—. No puedes hacerle esto. Es casi una niña. Tú también eres madre.

—¡Aaaah!

—Ya está —anunció la partera.

Gudrun levantó la vista y advirtió la mirada expectante del resto de mujeres. Oyó las palmadas y el silencio posterior. Más palmadas.

—Vamos, pequeño —dijo su abuela.

Unas nuevas palmadas. La partera acercó su oído a la boca del bebé y luego negó con la cabeza. Las mujeres comenzaron a llorar.

—Quiero verlo —expresó Malika, con la voz agotada.

La partera colocó al pequeño en el regazo de su madre. Gudrun oyó cómo esta sollozaba. Pronto, el llanto de la joven se hizo más desesperado y el desgarró recorrió el corazón de las allí presentes.

Gudrun recogió en silencio las piedras y las introdujo en la bolsa. Cuando

terminó salió de la habitación y se dirigió a la salida. Los hombres aguardaban en el salón principal. Habían oído los gritos y el llanto, y la reserva se impuso en ellos. Gudrun salió de la casa y deambuló despacio por las calles, ahora sí, vacías. A la luz de un candil se miró el brazo en el lugar en el que había recibido la quemadura. No existía rastro de ninguna marca.

Eloise trató de moverse, pero las correas mantenían atados todos sus miembros y le resultó imposible. Estiró el cuello y contempló su entorno. Se encontraba en una sala amplia iluminada por velas. Las paredes estaban construidas con piedras de sillería y no parecía haber nadie con ella.

En ese momento entraron tres hombres y se colocaron a su lado. Uno de ellos le sonrió y Eloise vio que tenía los dos dientes delanteros separados. Se acercó a ella y le acarició la frente con los dedos. Todo el mundo en Córdoba conocía aquel hueco en la dentadura.

—¡Vaya! Si ya ha despertado la hechicera —dijo.

—Sois la *Mihna*. Y tú eres Ocba —contestó Eloise, asustada.

—Sí, yo soy Ocba. Ya te imaginabas que éramos nosotros. Has recibido nuestras advertencias y no has hecho ni caso. ¡Enciende el fuego! —le ordenó a otro de los hombres.

Este se acercó a una maceta de barro sobre un pie de hierro forjado y comenzó a introducir troncos que tenía amontonados junto a la pared. Luego cogió con ambas manos paja seca del suelo y la metió también en la maceta. A continuación, acercó una vela y prendió un fuego poderoso que alcanzó varios palmos de altura.

Ocba sacó su cuchillo y se lo enseñó a Eloise.

—¿Sabes lo que te vamos a hacer?

—Por favor, no me hagáis daño...

Ocba se dirigió al fuego y calentó la hoja de su cuchillo en él. De vez en cuando giraba su cara hacia Eloise y le sonreía mostrando el hueco entre sus dientes.

—Los niños nacen muertos —dijo—. ¿Tú tienes algo que ver con eso, hechicera?

—Nada en absoluto. Mi magia es blanca. Me dedico a ayudar a la gente.

Ocba continuó moviendo su cuchillo a un lado y a otro entre las llamas. Sus hombres lo miraban como hipnotizados. Se aproximó a Eloise con el cuchillo candente en la mano.

—Lo que te voy a hacer es una advertencia. Perderás tus manos y tus pies, pero conservarás tu vida. Si sigues practicando tu magia, te arrancaré el corazón

con mis propias manos.

Ocba acercó la hoja a la muñeca de Eloise y, cuando la oyó gritar, cerró los ojos para sentir el placer más intensamente.

Clío vio al hombre con el turbante color turquesa sentado en el murete de la fuente, en mitad de la plazoleta y apoyado en un cayado enorme. La muchacha atravesó la plaza y fue a sentarse a su lado. Se le quedó mirando. Contempló su barba y la túnica, y sonrió.

—Hábil disfraz —dijo.

—Gracias —respondió Sargón.

—Los viejos dioses están de acuerdo en ayudarte. El deforme está a punto de llegar a la ciudad.

—Bien. Es una buena oportunidad para que se una a nosotros.

—¿Nosotros? —preguntó Clío—. No te equivoques. No eres de los nuestros. Sirves a un demonio miserable y os dejaremos actuar porque podéis destruir a Atón. Si no fuera por eso, acabaríamos contigo y con tu amo sin pestañear.

—Cuánta sinceridad...

—¿Tienes a la niña?

—Así es.

—¿Es verdad lo que se dice? ¿Que la palabra le ha sido desvelada?

—Es verdad.

Clío soltó un silbido.

—Bien —dijo—. Me acercaré a Ludovicus. Lo estudiaré de cerca y le mostraré la verdadera cara del albino. No te puedo asegurar que lo convenza.

—Me vale. Aun si no acepta, ya sería un triunfo separarlo de Atón.

—¿Me puedes ayudar a llegar hasta él?

Sargón le entregó un trozo de papel.

—Búscalo —expresó señalando el nombre escrito en la hoja—. Él te ayudará.

La joven se levantó del murete y se alejó de Sargón. Cruzó la plaza, torció una esquina y desapareció por una de las callejuelas.

Hacía rato que el dolor de las muñecas le resultaba insoportable. Podía ver la piel rasgada bajo los grilletes oxidados. Intentaba no moverse para que el roce con el metal no la torturara más. Los hombros, en cambio, ya no le dolían. En los músculos sentía la tensión de estar colgada, pero el dolor se había convertido en un hormigueo.

Santzia trató de tragar saliva, pero en la boca seca no quedaba el menor rastro de humedad. Tenía la lengua tan inflamada que pensó que, dentro de poco,

no le cabría en la boca. Abrió un poco los ojos y observó a su alrededor. Un lugar oscuro con suelo y paredes de piedra. Había varias ánforas de barro en un rincón y unas cuerdas enrolladas junto a la puerta. Más alejado vio un cubo de madera. Santzia trató de enfocar la vista para averiguar si contenía agua, pero le fue imposible. Junto al cubo la observaba Jalila, con los brazos cruzados sobre el pecho y su mirada dura en ella.

—Dame agua, por favor.

—Si no hubieras seducido a mi marido —respondió Jalila—, ahora no estarías en esta situación.

—Yo no...

Jalila avanzó unos pasos y situó su cara a un palmo de la de Santzia.

—Me has dejado viuda y pagarás por ello.

—También le quería.

El resonar de unos tacones se oyó descender por la escalera. Jalila se dio la vuelta y Santzia levantó la vista. En la entrada vio aparecer primero las botas con tachuelas de metal. Después el pantalón y la camisola ancha y la barba gris, con algunos mechones negros. Otmán portaba una antorcha en la mano y la depositó en un aplique de hierro fijado a la pared. Jalila retrocedió y volvió a su lugar. Su suegro se acercó entonces a Santzia. Observó las cadenas de las que colgaba ella y tanteó los grilletes, arrancándole un grito cuando el metal rozó las laceraciones de sus muñecas.

—El monstruo te buscaba a ti —dijo Otmán.

Santzia levantó la vista en dirección al cubo. Aún no pudo enfocar bien, pero vio que el líquido de su interior brillaba a la luz de la antorcha. Solo de verlo aumentó su sed.

—Dame agua, por favor —suplicó.

—¿Quién es el monstruo?

—No es un monstruo.

—¿Quién es?

—Es mi marido: Ludovicus.

Santzia sintió que la conciencia la abandonaba. La habitación comenzó a darle vueltas y cerró los ojos. Ahora estaba en su cama, acurrucada entre las mantas. Recibió una fuerte bofetada. ¿Quién le pegaba? Levantó los párpados y se encontró con la mirada fiera de Otmán.

—¿Se llama Ludovicus?

—Sí.

Santzia enfocó aún más la vista en el cubo. Podía verlo con más claridad. No

era agua.

—¿Dónde está ahora?

—¿Qué? —preguntó Santzia.

Recibió otra bofetada por parte de Otmán.

—¿Dónde está el monstruo que ha matado a mi hijo?

—En Córdoba, creo. Allí es donde está el demonio.

Santzia volvió a fijar su mirada en el cubo. Esta vez sí pudo identificar el líquido: brea. Inmediatamente abrió los ojos de par en par y comenzó a agitar todo su cuerpo, tratando de liberarse de los grilletes. El terror le impedía sentir el dolor de sus muñecas o el entumecimiento de sus hombros.

—¡No me quemes! —gritó—. ¡Por favor!

Otmán frunció el ceño.

—¿Quemarte? Yo no... —Miró a Jalila—. ¿De qué habla?

—No lo sé —respondió su nuera.

El hombre siguió la mirada aterrorizada de Santzia hasta el cubo de brea y Jalila hizo lo mismo. Fue ella la que se acercó al cubo y lo levantó.

—Es lo que deberíamos hacer —dijo—. Quemarla como a las brujas.

Otmán miró a su nuera. Se quedó pensando y luego asintió.

—Dámelo.

Vertió la brea sobre la cabeza de Santzia y dejó que el líquido viscoso descendiera lentamente por su cuerpo. Ella se agitaba como si los huesos se le fueran a salir de las juntas.

—¡Te lo suplico! ¡No me quemes! ¡Haré lo que quieras!

Otmán cogió en su mano la antorcha de la pared y, con todo el odio que sentía, acercó la llama a la brea.

## CAPÍTULO II

### LA AUSENCIA

*Lo recitó y lo hizo permanecer en las  
aguas en tanto que vertía sueño sobre él.*

*Profundamente dormido yace*

*Tablilla I*

*Enuma Elish, poema babilonio de la  
creación*

*Santzia se revolvió en la cama. Llevaba tres días sin dormir, pero en absoluto estaba preocupada. Al contrario; se sentía feliz. No pensó que recuperaría a Iradi cuando Ludovicus le comunicó que había descubierto cómo curarla. No guardaba demasiadas esperanzas. Cuando la vio sin esas llagas que deformaban su piel, la dicha la envolvió de tal manera que creyó que soñaba.*

*A su lado oía a su madre, Emilia, roncar como si se hubiera colado un animal en la habitación. Ni siquiera ese sonido que tanto le molestaba la ponía de mal humor.*

*Se sentó sobre la cama y buscó con los pies las alpargatas. No le había contado a nadie que le gustaba ver dormir a su hija, ni que se podía pasar horas observándola. Se levantó y salió del cuarto midiendo sus pasos para no hacer ruido. Oyó moverse a Emilia y cesar el ronquido. Creyó que la había despertado, pero el ronquido surgió de nuevo. Santzia salió al pasillo, observó la sala principal de la casa desde la altura del primer piso y se asomó a la habitación de Iradi. Se apoyó en el marco de la puerta y la contempló con una sonrisa bobalicona que, esta vez, se le heló en el rostro.*

*La niña se hallaba sentada en el borde de la cama mirando al frente. Santzia se arrodilló junto a ella y vio que tenía los ojos en blanco, como vueltos del revés. La sujetó por los brazos y la zarandeó.*

*—¡Iradi! ¿Qué te ocurre?*

*La niña no respondió. Santzia la agitó con más fuerza. Iradi sacudió la*

*cabeza, parpadeó varias veces y sus pupilas aparecieron. Miró entonces a su madre con una expresión sorprendida.*

*—Estabas sentada en la cama.*

*Iradi echó un vistazo a su alrededor y se llevó una mano a la frente.*

*—Me duele la cabeza —dijo.*

*—Acuéstate.*

*Santzia guio a su hija hasta que esta se tendió y la cubrió con la manta. Luego se recostó a su lado.*

*—He tenido un sueño muy extraño.*

*—¿Sí? ¿Qué sueño?*

*—La abuela Emilia estaba sentada a la mesa de la sala y comía gusanos.*

*—¿Gusanos? ¿Y por qué iba a hacer eso?*

*—No lo sé.*

*—Era solo una pesadilla —dijo Santzia—. Anda, duérmete.*

*Se quedó junto a su hija un buen rato hasta que la oyó respirar acompasada. Dudó si volver a su cuarto. Observó la cara de Iradi y la vio normal. Permaneció a su lado y, cuando giró la cabeza hacia la puerta, vio a su madre allí, mirándolas.*

*—¿Qué ha ocurrido?*

*—Nada. Ha tenido una pesadilla.*

*—No me parece muy cristiana la forma en que esa niña se ha curado.*

*—Me da igual. Iradi está sana. Es lo único que me importa.*

*—Si no te hubieras casado con el deforme, no habrías llegado a esto. Ese hombre es una aberración.*

*—Ya no vivimos juntos. Nuestra relación está rota. Supongo que te alegrarás por ello.*

*—Ahora ya es tarde. Estáis casados a los ojos de Dios. Los arreglos a los que lleguéis son cosa vuestra, no de Él.*

*Santzia guardó silencio. Emilia se dio la vuelta y se alejó por el pasillo.*

Ludovicus se hallaba acuclillado junto a la leña apagada. Vació las últimas gotas del odre sobre los rescoldos y un siseo elevó un humo blanco hacia el cielo. Miró al final del olivar y vio al albino aproximarse a lo lejos. Como siempre pisaba firme, y lo miraba fijamente. Ludovicus se puso de pie y Mumen se acercó a él extendiendo su mano. El gigante se la estrechó.

*—¡Amigo Ludovicus! —exclamó—. Debemos irnos.*

Desde encima de la burra, Zuleima le dedicó una sonrisa discreta. El pequeño Baxir también lo miró sentado tras su madre. Mumen, hijo, se echó un fardo sobre la espalda, agarró las riendas del animal y se despidió de Ludovicus con un gesto de la cabeza.

—Mucha suerte, amigo —le dijo a Mumen.

—Lo mismo te digo. Espero que puedas encontrar a tu hija.

—Gracias.

Vio a la familia alejarse por el camino de tierra. El albino llegó a su lado y se quedó mirando cómo se marchaban. El pequeño Baxir mantuvo su cabeza vuelta y la mirada fija en el recién llegado.

—El chico puede verte —dijo Ludovicus.

—Sí —respondió este—. Es especial.

—¿Qué haces aquí?

—No quiero que vayas a Córdoba.

—¿Por qué?

—Es una trampa.

—Me da igual. Debo encontrar a mi hija.

—Secuestra a la niña y le dice a tu mujer dónde podrás encontrarlo y hasta cómo se llama.

—¿Sabes quién es?

—Claro que lo sé, soy un dios —afirmó Atón—. Llevo demasiado tiempo por aquí para que se me escape algo.

Ludovicus suspiró y observó cómo la familia de Mumen se perdía de su vista.

—No me lo vas a decir —repuso.

—Aléjate de aquí —respondió Atón—. Tengo hombres en la ciudad que pondrán a salvo a la niña.

—¿Qué está ocurriendo en Córdoba? ¿Los niños que nacen muertos?

—No te incumbe.

—No será cosa tuya.

—No digas tonterías.

—Esta vez no pienso obedecerte —dijo Ludovicus. Se agachó y recogió del suelo su cinturón con las armas. Se lo puso mientras se acercaba a su caballo.

—¡Escúchame! —exclamó Atón—. Si entras en la ciudad, estarás solo. No cuentes conmigo.

Ludovicus subió a su caballo y lo espoleó.

—No pensaba contar contigo —afirmó mientras se alejaba.

Sahalú oyó a Ruy deambular por la sala. Sus pasos resonaban contra el suelo de un lado a otro. Se sentó en la cama y se quedó así un rato. Luego se levantó, se acercó a la puerta y escuchó con atención. Los pasos habían cesado. Recorrió el pequeño pasillo y atravesó la cocina. Encontró a su marido sentado en un sillón con la mano en la frente y los ojos cerrados. Los abrió cuando notó su presencia y ella vio que lloraba. Llegó hasta él y lo abrazó.

—Esas malditas hierbas no me han servido de nada. Soy incapaz de dormir. Oigo cada mínimo sonido y me desvelo. No sé qué voy a hacer.

—Quizá debas darles tiempo para que hagan su efecto.

—El boticario me aseguró que era inmediato.

Se quedó un rato en silencio mientras su mujer le acariciaba la cabeza. Sentía cierto alivio, pero también las caricias las percibía con tal intensidad que le producían cierta incomodidad. Después de un rato fue incapaz de soportarlas. Se levantó del sillón bruscamente y se dirigió a la ventana. Comenzó a toser de forma incontenible. Sahalú lo siguió y lo rodeó con sus brazos. Él se zafó de ellos. La tos cesó.

—¿Qué ocurre, Ruy?

—Ya no soporto que me toques.

—¿Ya no me quieres?

—No es eso. Es, más bien, algo físico. El contacto me pone enfermo.

Su mujer se apartó de él.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Ya es de día. De momento debo ir a jugar con Mondhir, el mercader de telas. Me avisó ayer.

El ajedrecista atravesó la sala, la cocina y se dirigió a su dormitorio. Sahalú esperó un poco y luego fue hasta él. Se apoyó en el marco de la puerta y observó cómo su marido se vestía. Introdujo la cabeza por el hueco de la túnica azul y sacó después los brazos. Luego se dirigió al armario y abrió el cajón donde guardaba las fajas. Eligió la verde. Rodeó su cintura con ella más veces de lo habitual. Su delgadez le hizo suspirar.

—Tal vez deberías quedarte —dijo Sahalú—. Excúsate con que estás enfermo.

—Da igual. No voy a mejorar. Al menos ganaré algún dinero.

Ruy se calzó unas babuchas de fieltro azules, a juego con la túnica, y salió del dormitorio. Cuando pasó junto a su mujer se detuvo.

—Siento haber sido tan brusco. Sé que no te lo mereces.

Sahalú le acarició la mejilla y él hizo un gesto de incomodidad y apartó la cara. Ella retiró la mano y lo vio marcharse por el pasillo. Oyó cómo descorría el cerrojo y el sonido de la puerta al salir.

—Ahora no te echés atrás —murmuró tratando de convencerse a sí misma.

Cuando Elhabib despertó creyó que estaba en la cama. Extendió el brazo izquierdo para tocar a Einat, pero este quedó suspendido a un lado de la mecedora. Abrió los ojos y le costó un instante ubicarse en su propia casa. Se desperezó y se quejó del dolor de espalda y de cuello. No creía que hubiera un solo hueso que no le doliera.

Al tratar de ponerse en pie, los calambres de las piernas se lo impidieron. Sacudió las extremidades para desentumecerse y se impulsó con los brazos apoyados en la hamaca. Se lamentó de haberse dormido. Si Einat hubiese vuelto, lo habría despertado para que volviese con ella a la cama. A no ser que siguiese enfadada.

—¡Einat! —exclamó y se arrepintió al instante de haberlo hecho. No le iba a servir para reconciliarse despertarla a gritos.

Elhabib cruzó la sala y apartó la cortina de la entrada al dormitorio. La cama estaba intacta. Todo en la habitación seguía como en la noche anterior. Sintió una punzada en la boca del estómago. La misma que aparecía siempre que algo iba mal.

—¿Dónde estás, Einat? —dijo para sí.

Gudrun terminó de llenar el último frasco verde y lo puso en la mesa con los demás. Fue a buscar su bolsa al dormitorio. Al levantarla del suelo sonaron las piedras de río usadas para invocar a la diosa. Como en un acto reflejo, se acarició el antebrazo en el lugar donde había sido agarrado por aquella fuerza. Lo que fuera que había en la habitación de la joven había reclamado al niño como suyo, y no iba a renunciar a él.

Gudrun pensó en la madre. Apenas una muchacha que había perdido a su primer hijo. Y en la diosa. Era la segunda vez que la invocaba y jamás supuso que le fallaría de aquella manera.

Sacó las piedras y las colocó sobre un mueble junto a la pared. Se dirigió a la sala e introdujo todos los frascos en la bolsa.

En ese instante oyó unas voces en la calle. Abrió el pequeño ventanuco en mitad de la puerta. Dos de sus vecinas charlaban y negaban con la cabeza. Una de ellas, Eleonora, se giró y miró a Gudrun con ojos llorosos. La hechicera salió de su casa con la bolsa al hombro y se acercó a ellas.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Han encontrado a Eloise —dijo la segunda mujer, Bashira.

Eleonora no dejaba de llorar. La casa de Eloise se hallaba junto a la suya y mantenían una relación casi de hermanas.

—¿Dónde está?

—La han dejado en la casa de un médico, Nasir.

—Sé dónde es. ¿Está sola?

Bashira asintió.

—Tiene una hermana en Écija. Le hemos enviado un mensaje con un mercader que seguirá esa ruta hacia Sevilla.

—Yo he estado con ella hace un momento —dijo Eleonora—. Volveré a verla esta tarde.

Gudrun puso una mano sobre el hombro de la mujer.

—¿La han...? —preguntó.

Las lágrimas brotaron con fuerza en los ojos de Eleonora, al tiempo que asentía. Bashira la abrazó y ella lloró desconsolada sobre su hombro.

—Voy a verla —dijo Gudrun—. No os preocupéis. Es una mujer fuerte. Saldrá de esta.

La hechicera se alejó calle abajo y sintió un estremecimiento en la piel cuando imaginó a Eloise, su vecina en el zoco, sin manos ni pies.

Agachado junto a la mesa y la silla de Einat, Elhabib las observó de cerca. No veía nada extraordinario. Se puso de pie y contempló la calle. Los campesinos entraban en la ciudad por la Puerta de los Nogales cargados de cestos de frutas y verduras en dirección al zoco. Otros muchos transeúntes se unían a ellos formando una muchedumbre. En la puerta de la ciudad los guardias, con sus lanzas en las manos, vigilaban a la gente, conscientes de que Elhabib los miraba a ellos. Se acercó y notó la tensión en sus mandíbulas.

—¿Has visto a Einat en su puesto de escritura esta mañana? —le preguntó al de la derecha.

—No, *sahib* —respondió este.

—¿La viste irse ayer?

—Sí, *sahib*. Estábamos en la aquella plaza y la vi marcharse hacia el norte —dijo el otro guardia.

—¿Hacia el norte? ¿Estás seguro? ¿Hacia la judería?

—No sé adónde iba, *sahib*.

Elhabib contempló la calle y se quedó pensando. Paseó por esta, hasta llegar a la plaza que los guardias le habían dicho. Su casa quedaba al este y al norte la

de Judá Ben Saruq, su marido. «Y la de miles de personas más», pensó. ¿Había vuelto con Judá solo por una discusión? No, Einat no era así. ¿O sí?

Aparecieron dos guardias de la *surta*<sup>[8]</sup> por una bocacalle de la plaza. Uno avisó al otro en cuanto vio a Elhabib. Se pararon a su lado.

—¿Qué ocurre? —preguntó el *sahib as surta*. Los guardias se miraron el uno al otro—. ¿Queréis que lo adivine? Hablad, no tengo humor para esto.

—Verás, *sahib* —empezó uno de ellos, pero enseguida miró al otro.

Elhabib suspiró.

—Han visto a un monstruo entrar en Córdoba.

—¿Un monstruo? ¿Me tomas el pelo?

—Lo sé, *sahib*. Yo también pienso que es una tontería. Pero lo han visto nuestros propios hombres y mucha más gente.

—¿Cómo es ese monstruo?

—Según dicen —explicó uno de los guardias—, es muy alto y tiene la cara deforme.

—La frente la tiene muy grande y la boca y la nariz torcidas —dijo el otro.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sabemos.

—Bien, id a buscarlo. Cuando lo encontréis, avisadme.

—Sí, *sahib*.

—Sí, *sahib*.

Los guardias se dieron la vuelta y emprendieron camino.

—¡Ah! Una cosa —dijo Elhabib y en esto se detuvieron—. Si veis a Einat decidle que la estoy buscando.

—Sí, *sahib*.

—Sí, *sahib*.

Los dos guardias se alejaron y desaparecieron entre el gentío. Elhabib levantó la vista en dirección al norte de la medina. No le hacía ninguna gracia ir a buscar a su novia a la casa del marido de esta.

—Maldita sea —murmuró y se puso en marcha.

Los tres muchachos rodearon al viejo en mitad del callejón. Uno de ellos, el que parecía mayor, llevaba una espada; otro portaba un machete y un tercero un cuchillo. El viejo cubría su cabeza con un turbante azul turquesa y se apoyaba en un largo cayado al menos dos palmos más alto que él. Observaba a los muchachos con una tranquilidad digna de elogio.

—¡Eres un blasfemo! —gritó el de la espada.

Ludovicus sacó su arma.

—¡Eh! —exclamó.

Los tres jóvenes se giraron hacia él. Se quedaron paralizados con la vista fija en su rostro. El de la espada se armó de valor y dijo:

—¡Lárgate, deforme! ¡Esto no es asunto tuyo!

—Vais a matar a un hombre desarmado. No me pienso largar.

El viejo contempló el intercambio de palabras con una sonrisa en los labios. A Ludovicus le pareció el espectador de una obra de teatro. Mientras tanto, el joven de la espada miraba la punta del arma de Ludovicus y su cara de forma alterna. Los otros dos hacían lo mismo y, de cuando en cuando, se miraban entre sí.

—Es un imam blasfemo —dijo el del machete—. En su mezquita rezan juntos hombres y mujeres.

—Me da igual. Escuchad, muchachos —dijo Ludovicus tratando de mantener un tono sosegado—, no tenéis ninguna posibilidad. Vuestras armas son deficientes. Y aunque fueran buenas, miradme. Os mataré a los tres.

Los dos acompañantes del de la espada se volvieron a mirar.

—Yo me voy —dijo uno de ellos. Se guardó el cuchillo en el cinturón y se alejó. El otro hizo lo mismo sin decir nada.

El que quedó parecía decidido. Observó marcharse a sus amigos, pero mantuvo su posición. Apuntó su arma hacia Ludovicus.

—Te has quedado solo —dijo el imam.

El gigante lanzó un mandoble contra el muchacho y este lo paró a duras penas. Saltaron chispas. Una segunda embestida lo hizo retroceder y una tercera le arrebató la espada de las manos y la lanzó a unos metros. El chico se quedó mirando el arma. Cuando trató de ir a por ella se encontró con la hoja de su adversario a una pulgada del cuello. Observó a Ludovicus y este negó con la cabeza. El muchacho levantó las manos y huyó calle abajo.

Ludovicus se guardó el arma y se dirigió al viejo imam.

—No pareces muy asustado —le dijo.

—Solo son unos niños intentando hacer méritos para que los acepten en la *Mihna*.

—Esos niños te podrían haber matado.

—Estaba seguro de que no lo harían. Mi destino me protege. Ahora tú formas parte de ese destino. ¿Cómo te llamas, forastero?

—Ludovicus.

—Nombre de reyes. El mío es Moavia. Mi mezquita está algo lejos, pero puedes acompañarme, si quieres, y refrescarte de tu viaje.

—Te lo agradezco, Moavia. No puede ser. Tengo cosas que hacer. En otra ocasión.

El imam inclinó levemente la cabeza y se alejó de él con paso tranquilo.

Ludovicus salió del callejón a una calle más ancha y allí ya se notaba la vida de la ciudad con toda su fuerza. Los carros se agolpaban mientras los transeúntes se cruzaban entre ellos. Los zapateros gritaban sus servicios y los precios a los que los ofrecían. Una mujer vendía una decena de melones apilados sobre una manta.

—Son todos dulces, señor —le dijo cuando pasó a su lado.

El gigantón avanzó a trompicones entre la gente. De pronto, un hombre lo señaló y varias cabezas se volvieron en su dirección. Un grupo de niños se acercó y la gente comenzó a agolparse a su alrededor. Ludovicus agachó la cabeza y apretó el paso. Notó entonces un tirón de su camisa y se dio la vuelta. Un anciano con la boca desdentada lo agarraba con fuerza.

—Espera, hombre. Dinos qué clase de bicho eres.

Ludovicus le dio un empujón que lo tiró de espaldas y se abrió paso entre el pequeño grupo que se había formado en torno a él. Levantó la vista. Un cartel de madera vieja se movía sobre una puerta al albor de la brisa de la mañana. La Fonda del Meruaní, decía. Se dirigió hasta allí y entró en el establecimiento sin llamar siquiera. El choque con el silencio del interior le pareció la gloria en sus oídos.

Una mujer lo miró desde el otro lado de un pequeño mostrador. Tenía la boca abierta y no podía apartar sus ojos de él. A Ludovicus le pareció atractiva. Aparentaba unos cuarenta años, de piel morena y tras su velo surgían unos mechones negros con alguna cana.

—Quiero una habitación —dijo.

Ella asintió, nerviosa. Se dirigió a un mueble que colgaba de la pared, abrió las dos puertas y descolgó una llave. Luego la puso sobre el mostrador.

—La segunda —respondió—. ¿Cuántos días te vas a quedar?

—Aún no lo sé.

—No quiero problemas.

—No los tendrás —contestó Ludovicus.

El gigante subió por las escaleras y llegó hasta un pasillo con tres puertas. En cada una de ellas había dibujado un número. El dos parecía una S latina invertida. Giró la cerradura y encontró un cuarto austero, con una cama estrecha en el centro, en la que le sobraría la mitad de ambas piernas, una palangana de cerámica sobre una mesita y un arcón bajo la única ventana. Ludovicus se

descolgó la bolsa del hombro y la metió en el arcón. Al levantar la vista hacia la ventana vio que el pequeño revuelo formado, cuando él apareció, ya se había disuelto. La vida de la calle recuperaba la normalidad y los sonidos ascendían hasta su altura.

El gigante abandonó la habitación. Echó la llave y descendió por las escaleras. La posadera seguía tras el mostrador. Pasó por su lado, la saludó con una inclinación de cabeza y salió de la fonda. Cruzó la calle para adentrarse en una transversal.

Dos guardias al otro lado de la calle se quedaron mirándolo. Uno de ellos, el que parecía más veterano, le dio una orden al más joven y este salió corriendo. El otro comenzó a seguirlo. Ludovicus vio el cartel de una taberna al final de la calle y se dirigió hasta allí.

Elhabib golpeó tres veces la puerta de Judá. Esperó un instante hasta que se abrió ante él. Lo atendió la mujer anciana, a la que solo conocía de vista y por lo que Einat le había contado.

—Quiero hablar con ella —dijo—. Sé que está aquí.

—¿Einat? Vino ayer, pero se marchó enseguida.

Elhabib retrocedió unos pasos y levantó la vista hacia un pequeño balcón que había sobre la puerta.

—¡Einat! —gritó.

—¡*Sahib!* —exclamó Menda—. Te he dicho que no está aquí.

Por la estrecha callejuela, Elhabib vio acercarse a Judá Ben Saruq. Caminaba despacio y con la vista fija en el suelo. Cuando se halló más cerca, entornó los ojos e identificó a Elhabib.

—¿Qué haces aquí? —le dijo—. Ayer vino tu novia y hoy es tu turno. ¿Es que no me podéis dejar en paz?

Elhabib se abalanzó sobre el viejo judío y lo lanzó contra la pared. Lo mantuvo agarrado de la capa marrón y preso con sus brazos.

—¡Estás loco! —gritó Menda, tratando de apartarlo de Judá.

—No juegues conmigo —dijo Elhabib, ajeno a la anciana—. Me vas a decir ahora dónde tienes a Einat.

—Yo no la tengo. No sé dónde está.

—Anoche no volvió a casa.

—Estuvo aquí, pero la eché.

—¿Qué quería?

Judá miró a Menda.

—Vino a ver un libro —respondió esta.

—¿Un libro?

Menda asintió.

—¿Qué libro?

Los dos se encogieron de hombros.

—¿Os dijo adónde iba después?

—No dijo nada —contestó Judá.

—Como le hayas hecho algo... —Elhabib señaló con el dedo al judío.

El *sahib* soltó a Judá de malos modos. Este se agachó, recogió la kipá del suelo y se la puso de nuevo en la cabeza. Elhabib le sostuvo la mirada mientras se alejaba. Dobló la esquina y deambuló por las callejuelas de la judería, lamentándose de lo que acababa de hacer. El pellizco en la boca del estómago regresó. Todo aquello era de lo más raro. Su novia no tenía más que un enemigo y Judá parecía inofensivo. ¿Quién más le iba a hacer algo? Vio que dos guardias esperaban apoyados en la cancela abierta que cerraba por la noche la judería. Elhabib se acercó a ellos y estos se pusieron derechos.

—Te estábamos buscando, *sahib*.

—¿Habéis visto a Einat?

—No, *sahib*.

Elhabib siguió caminando sin detenerse cuando paso a su lado. Los dos guardias lo siguieron.

—Hay un nuevo mutilado.

—¿Otro? ¿Dónde está?

—En la casa del médico Nasir Ibn Ziad.

Elhabib suspiró y se dirigió hasta allí.

Cuando Judá entró en la casa se quitó la kipá de la cabeza y la colgó de la percha que había junto a la puerta. Luego se dirigió a la biblioteca. Menda lo sujetó del brazo y lo detuvo, nerviosa, en mitad del pasillo.

—¿Estás bien, señor?

—Sí, perfectamente.

—¿Qué le habrá pasado a Einat?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa?

—¿No te preocupa?

Judá la miró fijamente. No dijo nada. Movi6 la cabeza y se metió en la biblioteca. Menda se tapó la boca con la mano para reprimir el llanto, se dio la vuelta y se fue a la cocina.

Judá se acercó al estante de libros donde había visto a Einat la noche anterior. Uno de ellos se encontraba mal colocado. Lo cogió y, al abrirlo, observó

manchas de tinta en los márgenes. Si hubiera seguido con él, Einat no tendría que dedicarse a escribir para nadie ni mancharse las manos de tinta.

Hojeó el pequeño libro rojo y se detuvo en una página con la huella del dedo de Einat marcada. Se fijó en el dibujo pintado en ella. Era una silueta negra con un color amarillo vivo a su alrededor y algunas pinceladas también negras.

—Sargón —leyó. Cerró el libro y miró el título—. *El mal y sus servidores*.

Judá se quedó pensativo. Moshé lo orientaría.

Ludovicus se sentó en una mesita junto a la pared, de espaldas a la puerta. Esperó a que lo atendieran, pero no apareció nadie. Levantó la vista y vio que uno de los taberneros estaba de pie junto a una escalera de apenas tres peldaños. Ludovicus levantó la mano llamándolo. El tabernero miró en su dirección y enseguida apartó los ojos. El gigante insistió. Junto al tabernero apareció otro muchacho que descendió por las escaleras en ese momento. También lo miró y le dijo algo al oído a su compañero. Empezaron a discutir. De pronto se sentó a su misma mesa una mujer sonriente. Apoyó los brazos en la tabla y le mostró un escote abundante.

—Te tienen miedo —dijo—. Creen que la gente como tú da mala suerte.

—Tienen razón.

El muchacho pareció perder la discusión y se dirigió hasta él. Se detuvo a su lado mirando al suelo.

—¿Qué deseas, señor? —preguntó.

—Vino.

El joven miró a la mujer.

—¿Dos vasos?

—Sí, dos vasos —respondió ella. El muchacho dirigió la vista hacia el gigante y este asintió. Luego se dio media vuelta, se dirigió a las escaleras y desapareció.

La mujer acarició la mano de Ludovicus y dijo:

—A mí me da igual.

—¿Qué te da igual?

—Tu cara.

—¿Qué le pasa a mi cara?

La mujer entornó los ojos y se puso muy seria. Luego estalló una carcajada en su boca y se echó hacia atrás en la silla para reírse más.

—Qué la pasa a mi cara, dice.

Cuando se le pasó el ataque se aproximó a Ludovicus y, en una confidencia, le dijo:

—Por dos *dirhams* podemos ir ahí atrás.

Ludovicus negó con la cabeza:

—Otro día.

—Si es por dinero, por medio *dirham* te puedo aliviar con la mano.

—No, gracias.

La mujer se recostó en el respaldo de la silla y echó un vistazo general al establecimiento. El muchacho apareció con una jarra en la mano y dos vasos de lata cogidos con los dedos. Lo puso todo sobre la mesa y se marchó. Ludovicus se reclinó hacia la mujer.

—Si quisiera encontrar a alguien en la ciudad, ¿a quién tendría que preguntar?

—Bueno, las putas conocemos a mucha gente.

—¿Has oído hablar de alguien llamado Sargón?

—¿Sargón? Con ese nombre, debe ser un extranjero. No lo he oído nunca.

La mujer se quedó pensando. Luego se llevó el vaso a la boca y se lo bebió de un solo trago. Lo llenó de nuevo de la jarra.

—Quizá... —dijo.

—¿Sí?

—En Córdoba casi todo el mundo acude a los brujos por una cosa u otra. Puede que no le gusten las putas, pero seguro que ha comprado algún remedio.

—¿Los brujos?

—Hay un zoco donde se reúnen todos. Desde que la *Mihna* los anda persiguiendo ya no están tan esparcidos por la ciudad. Se han agrupado en el zoco de los brujos, a la orilla del río, al otro lado de la muralla. Creen que así están más protegidos. Puedes preguntar allí.

En ese instante, un hombre subió a un pequeño escenario elevado al fondo del local y comenzó a afinar las cuerdas de una cítara.

—Este es bueno —dijo la mujer—. Podrías pedir más vino y algo de comer.

Ludovicus se levantó.

—No tengo tiempo.

Sacó unas monedas de cobre de la bolsa que llevaba en el cinturón y las arrojó sobre la mesa.

La mezquita Aljama<sup>[9]</sup> se alzaba sobre los tejados vecinos con el porte majestuoso de quien ha sido alguien y no está dispuesto a dejarse arrastrar por el olvido. La gran mole de piedra llenaba por completo la visión de Ludovicus a medida que este se acercaba. Llegó al final de la callejuela que desembocaba en una esquina del templo y un bullicio de jóvenes que tapaba la salida de la calle le

impidió seguir su camino. Ludovicus se puso de puntillas aprovechando su altura para ver la causa del tapón.

—Todos los viernes lo mismo —comentó un hombre a su lado. Ludovicus lo miró. Era menudo y sostenía los dos cabos de un diminuto carromato cargado de ropa vieja.

—¿Voy bien por aquí para llegar al zoco de los brujos? —le preguntó.

—En un día normal, sí —respondió el ropavejero y no dijo nada más.

—Debes seguir hacia el sur —dijo un anciano apoyado en la pared a unos pasos—. Rodea el templo y sal de la medina por la Puerta del Puente. Luego tuerce al este y sigue la orilla del río. No tardarás mucho en encontrarlo.

—Eso si te dejan pasar todos estos idiotas —contestó el portador del carromato—. No sé por qué Ibn Ukasa permite esto.

Ludovicus volvió a dirigir su mirada a la multitud de jóvenes que se agolpaba al inicio de la calle.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Que es viernes —respondió el anciano—. Los muchachos se acercan para ver a las mujeres que acuden al rezo.

—A las mujeres, no —repuso el ropavejero airado—. Vienen a ver a una en particular.

—Se refiere a Tasmílah —aclaró el anciano con calma—. Es una joven con los ojos tan azules que parecen violetas. Ningún chico se quiere perder el espectáculo.

Un joven de los que formaban parte del tapón se dio la vuelta y dijo:

—No son azules, señor. Son violetas, yo los he visto.

El gigante exhaló un suspiro y comenzó a avanzar entre los jóvenes provocando que alguno se girase para protestar. Al llegar al final de la calle, juzgó imposible seguir adelante sin causar una pelea. Se detuvo y contempló el espacio amplio que se extendía ante las puertas de la mezquita atestado de muchachos que dejaban abierto tan solo un estrecho carril humano. El caminito transcurría por toda la calle y se perdía en una callejuela adyacente. Por él pasaban de vez en cuando grupos pequeños de mujeres con la vista fija en el suelo y andando a toda velocidad. Ludovicus observó a los dos o tres guardias que trataban de poner orden en el bullicio. «Muy pocos», pensó el gigante.

De repente, alguien gritó:

—¡Ya viene!

Todas las cabezas se giraron al unísono hacia la izquierda. Por una esquina aparecieron cinco mujeres cubiertas por sus velos. Una de ellas caminaba en el

centro, rodeada por las demás, con una mano en su vientre abultado por un embarazo y la otra sujetando el velo sobre su frente para que no se le vieran los ojos.

Cuando llegaron a la altura de Ludovicus, la joven se detuvo en mitad del caminito y levantó la vista. Se hizo un silencio general entre los muchachos. Las demás mujeres siguieron avanzando hasta que se percataron de que la habían dejado atrás. Tasmílah clavó sus pupilas violetas en las deformidades del rostro de Ludovicus. El asombro se reflejó en su expresión. Una de sus acompañantes llegó hasta ella, posó las manos sobre sus hombros y la instó a continuar. El grupo siguió su camino y desapareció por una de las puertas del templo.

—Me ha mirado a mí —dijo un muchacho delante de Ludovicus.

—¡Qué dices! Me ha mirado a mí —repuso otro joven junto a él.

—Ha mirado al deforme —aseguró un hombre de unos treinta años al otro lado del carril.

Los dos jóvenes se volvieron y se quedaron mirando a la cara de Ludovicus. En un instante, la multitud se disolvió y la calle quedó lo bastante despejada para que el gigante pudiera continuar su camino.

—¡Por fin! —exclamó el ropavejero cuando pasó a su lado.

El viejo médico observó los ojos del muchacho a la luz que entraba por la ventana. Apartó la vista de su paciente un momento y advirtió en el patio la presencia del hombre negro que ahora era el *sahib as surta* de Córdoba. «Todo un hito para alguien de su raza», pensaba cada vez que lo veía. Elhabib levantó la cabeza y miró alrededor del patio hasta que sus ojos se posaron en él. Nasir le dio una palmada en la mejilla al muchacho y le dijo:

—Esto va muy bien, Muhammad. Sigue aplicándote el unguento que te receté.

El joven asintió, salió de la pequeña consulta y se dirigió hacia su padre, que lo esperaba sentado en uno de los bancos dispuestos en el patio. Nasir apareció en la puerta y se apoyó en el marco. Elhabib se acercó a él.

—Me han dicho que tienes otro mutilado —dijo.

El viejo afirmó con la cabeza.

—Ve por allí. La encontrarás al final del pasillo.

—¿Es una mujer?

—Así es.

—¿Está muy mal?

—Sobrevivirá.

Elhabib suspiró como si así ganara las fuerzas que necesitaba. Atravesó el

patio y se adentró en el interior del edificio. Recorrió un pasillo con cortinas blancas a ambos lados y llegó hasta el fondo. Apartó el último trapo y se encontró con una mujer tendida en un camastro con las manos y los pies amputados y los muñones vendados. Dormía profundamente con la cabeza inclinada a un lado.

—¿A qué vienes? Ya sabes quién lo ha hecho —dijo Gudrun sentada a un lado de la cama. Tenía el velo sobre los hombros y ni siquiera hizo el gesto de cubrirse la cabeza en la presencia del *sahib*.

Elhabib acercó un taburete y se sentó al otro lado de la cama.

—¿Puede hablar?

—No. Nasir le ha dado adormidera.

—No puedo hacer nada mientras los niños sigan muriendo.

Gudrun se removió en su asiento.

—Así que esos locos de la *Mihna* seguirán segando manos y pies impunemente a todo aquel que tenga alguna habilidad fuera de lo común o algún conocimiento de magia.

—La gente los ve como a los únicos que luchan contra la maldición.

—Eres un maldito cobarde, *sahib*.

La mujer se levantó y se cubrió la cabeza con el velo.

—¿Adónde vas? —preguntó Elhabib.

—Al zoco, a vender mis productos. Mientras me queden las manos y los pies debo evitar morirme de hambre.

—Deberías tener cuidado. Ya sabes, no dejarte ver mucho.

—Por supuesto —respondió ella—. Se supone que la *surta* está para protegernos, pero como no hace su trabajo, ya nos protegeremos nosotros.

Gudrun apartó la cortina de un manotazo y se alejó por el pasillo. Elhabib la observó mientras se iba y se pasó la mano por su pelo negro y rizado. Apoyó los codos en las rodillas y se quedó mirando a la paciente dormida.

—Maldito seas, Ocha —murmuró.

Por el pasillo en que había desaparecido Gudrun, Elhabib oyó unos pasos firmes que se acercaban. Dos de sus guardias apartaron la cortina y se plantaron ante él.

—Hemos encontrado al monstruo, *sahib* —dijo uno de ellos—. Nuestros hombres lo están siguiendo.

—Bien. Detenedlo y llevadlo al cuartel.

Ludovicus dejó atrás el río, atravesó una porción de terreno embarrado y se adentró en el zoco de la brujería. Este se hallaba algo escondido tras unos

cañaverales. Se fijó en las mantas que se extendían a uno y otro lado de un sendero de tierra. Los brujos, magos y hechiceros habían colocado en ellas sus amuletos, frascos de pociones y raíces. Algunos recitaban a voz en grito sus poderes; otros permanecían en silencio a la espera de que se acercase algún cliente.

Ludovicus se acuclilló frente a una manta. Ninguno de los frascos de cristal poseía el menor indicio de magia.

—Las mejores pócimas de toda Córdoba —dijo el brujo al otro lado. Su cabeza se hallaba envuelta en un turbante blanco y fijó en Ludovicus sus ojos azules maquillados con henna.

—Ninguno de estos ungüentos sirve para nada —respondió el gigante. Giró levemente la cabeza y vio que a la entrada del zoco dos guardias lo vigilaban. Se les acercaron tres más y charlaron mientras le lanzaban a él algunas miradas.

—Puedo curarte la cara —dijo el brujo.

—¿En serio?

—Sí. Sé cómo hacerlo.

—El último que lo intentó murió en el acto —mintió Ludovicus—. La maldición resultó demasiado poderosa.

El brujo tensó los músculos de la cara y apretó la mandíbula.

—Creo que me he equivocado contigo, amigo. Tal vez deberías buscar en otro lugar.

—¿Conoces a un tipo llamado Sargón?

—Claro, por unos *dirhams* te diré dónde encontrarlo.

Ludovicus rodeó la manta y agarró al brujo del cuello. El hombre asió el antebrazo del gigante y tiró de él con una fuerza ínfima.

—¿Pretendes engañarme de nuevo?

—No sé quién es.

El gigante miró de soslayo a los guardias que seguían vigilándolo, pero estos no se inmutaron ante su movimiento. Recorrió el zoco y en ninguno de los puestos halló magia verdadera. Tampoco le importó demasiado. Preguntó por el tal Sargón a algunos magos más. Ninguno parecía saber nada.

Cuando ya se iba le llamó la atención un pequeño puesto de madera junto a la columna del soportal de una casa abandonada. Había tres mujeres con los rostros cubiertos por velos sopesando unos frascos verdes y charlando con la hechicera. Esta permanecía medio oculta entre las sombras de la vivienda. Ludovicus se aproximó al puesto y se detuvo tras las clientas. La hechicera lo miró un instante y continuó atendiendo a las posibles compradoras. Llevaba el

pelo corto y descubierto, y tenía unos brillantes ojos azules. Cada uno de los frascos que vendía contenía magia auténtica y lo mismo ocurría con las raíces y unos papelitos muy doblados en un cuenco. Las tres mujeres le dieron las gracias y se marcharon, cada una con un frasco.

Ludovicus dio un paso al frente y tomó entre los dedos una botellita verde cerrada con un corcho.

—Es un filtro de amor —dijo la hechicera.

—Lo sé —respondió Ludovicus.

—Ayuda, pero no hace milagros.

El gigante sonrió cuando ella le miró las protuberancias de la frente.

—Es magia auténtica.

—Menos mal. Así no me agarrarás del cuello como has hecho con el pobre Seth.

—¿Se llama Seth?

—No creo.

—Y tú, ¿cómo te llamas?

—Gudrun.

—Ludovicus. ¿De dónde eres?

—¿Qué quieres?

—Busco a alguien llamado Sargón.

—¿El de la canción?

—¿Qué canción?

—Si bebes demasiado la noche del equinoccio, no podrás proteger a tus hijos cuando aparezca Sargón.

—¿Qué canción es esa?

—Se la cantaban los hombres a las mujeres cuando yo era pequeña. Así conseguían que se fueran a la cama y los dejaran seguir la juerga solos.

—¿Y no sabes quién era?

—Solo es una estúpida canción. Ni siquiera rima.

Ludovicus giró la cabeza y vio que los guardias se habían adentrado en el zoco y ahora se dirigían hacia él.

—Debo irme —dijo.

—¿No me compras nada?

—Otro día.

—Está en el corral —dijo Zivit, la esposa de Moshé. Una mujer morena y alta de unos cincuenta años que jamás perdía la sonrisa de los labios y que esta vez le hablaba con seriedad—. No lo canses demasiado, Judá.

—No te preocupes.

El orfebre se dirigió al extremo del patio y vio cómo el viejo cortaba una miga de pan con los dedos y se la tiraba a las gallinas. Estas aceleraron el paso y lanzaron sus picos contra el alimento. Una negra lo atrapó y engulló al instante. Volvió a cortar otro trozo y lo lanzó de nuevo. Judá lo observó un momento sin decir nada.

—Hacía tiempo que no te veía, amigo —dijo el viejo como si tuviera ojos en la nuca.

—Es cierto —respondió Judá—. He estado ocupado.

Moshé se acercó a unas hamacas que había junto al muro del corral. Dobló las rodillas y Judá se apresuró a ayudarlo a sentarse. Lo cogió del codo y lo acompañó en el movimiento.

—Gracias, amigo. Me cuesta mantener el resuello. Se acerca el final.

—No digas eso, Moshé. No eres tan viejo.

—¿Cuántos dientes te quedan?

—¿Dientes? No lo sé.

—A mí ocho. Cuando seas capaz de contar tus dientes es que se acerca el final.

Judá se sentó a su lado y el viejo le dio un par de palmaditas en el dorso de la mano.

—¿Qué te trae por aquí, amigo?

El orfebre tomó aire y luego sacó del bolsillo de su túnica el pequeño libro rojo.

—Vaya. Pensé que ya no quedaría ningún ejemplar en Córdoba —dijo Moshé—. Debe hacer ya más de treinta años que lo escribí. No sabía que tuvieras uno.

Judá lo abrió por la página marcada y le enseñó el dibujo a su autor.

—¿Qué sabes de esto?

El viejo miró el papel con atención.

—En aquella época yo todavía pintaba bastante bien. Sargón. Oí de él en uno de mis viajes a Babilonia. Era una historia bastante oscura que se contaba en una vieja aldea. Incluso me enseñaron una tablilla de barro cocido en que se narraba.

Moshé comenzó a hojear el libro y se detuvo en una lámina. Se quedó mirando el nuevo dibujo en silencio.

—El libro se llama *El mal y sus servidores* —dijo—. Sargón es un servidor. Este es el mal.

Moshé le alargó el libro a Judá. Este lo miró. Se trataba de un ser pintado de

negro con la cabeza de un burro o una mula y una cola de pavo real. Leyó el nombre que figuraba debajo.

—Adramelec. ¿Quién es?

—Es un viejo demonio. Lo adoraban en una ciudad desaparecida llamada Sepharvaim. Ese Sargón que me has enseñado antes era su sumo sacerdote. Se encargaba de los sacrificios. Al parecer, cuando nacía un niño en la ciudad, Sargón se presentaba en la casa y decidía si era apto para ser sacrificado a Adramelec. Esto mantenía a aquella sociedad en un permanente estado de terror. Según la leyenda, el poder de Adramelec provenía del miedo que provocaba.

—Niños recién nacidos —murmuró Judá pensativo.

—Exacto. Lo más vil.

—¿Qué fue de él?

—En la tablilla se cuenta cómo todo este terror volvió tremendamente poderoso a Adramelec hasta el extremo de que se atrevió a desafiar al dios que en aquel momento reinaba en Egipto: Atón. Hubo una batalla prodigiosa que los viejos dioses gobernados por Amón vieron con agrado. Atón venció a Adramelec y lo condenó a quedar enterrado bajo una lápida de piedra en el país de los sueños. Después de la batalla, Atón quedó tan debilitado que Amón y los suyos aprovecharon para hacerse con el poder y este quedó olvidado.

—¿Y qué fue de Sargón?

—Cuando Atón venció, la ciudad de Sepharvaim se levantó contra Sargón. Este salió disfrazado del templo y se camufló entre la multitud. Sin embargo, el sacerdote tenía una característica que lo hacía especial: poseía un aura única en el mundo. —Moshé le mostró de nuevo el dibujo de Sargón con el aura dorada—. Una muchacha capaz de ver las auras de los hombres, lo identificó y el sacerdote fue apresado y tirado a un pozo, donde murió ahogado. Aquí la leyenda se vuelve más oscura. Por lo visto, Sargón regresa de vez en cuando y siembra la muerte a su paso.

—¿Y por qué regresa?

—En una versión se dice que para mantener viva la memoria de su dios. En otra que es indispensable para liberar a Adramelec. Que muchos nigromantes lo han invocado a lo largo de la historia para que el demonio volviera a la vida. Es más creíble la segunda, ¿no te parece? Siempre hay imbéciles dispuestos a traer al mundo a un asesino como ese.

—¿Y por qué no ha conseguido liberarlo?

—¡Ay, amigo! Porque no es más que una leyenda. Un montón de tonterías ordenadas para que tengan algún sentido. Aunque hay un libro... ¿Cómo se

llamaba? En él se cuentan las condiciones que deben producirse para que Adramelec salga de su tumba. Hubo un ejemplar en la biblioteca del califa al-Hakam. Ya me acuerdo. *Los cinco regresos*. Así se llamaba. No sé qué sería de él.

Judá sacó su cuaderno negro y apuntó el nombre del libro con un trozo pequeño de carbón.

—Amigo Judá, estos no son más que cuentos. ¿Por qué estás tan interesado? Juda se levantó de su asiento.

—Es solo curiosidad. Debo irme, Moshé. Te agradezco mucho tu paciencia.

El viejo Moshé se levantó con él. Judá le dio un abrazo y este le puso una mano en el hombro.

—Vamos, que te acompaño a la salida.

—No te preocupes, quédate con tus gallinas. No me perderé.

Judá se alejó de su amigo y se volvió para saludarlo por última vez cuando estaba en mitad del patio. Luego se dirigió a la puerta. Allí lo esperaba Zivit, que seguía seria.

—¿Por qué estás haciendo todo esto? —le preguntó cuando llegó a su altura.

—Ya se lo he dicho a Moshé. Es solo curiosidad.

—No me tomes el pelo. Me refiero a lo que le has hecho a Einat.

—¿De qué estás hablando?

—¿En serio, Judá? ¿Vas a pedir su lapidación? Por Dios, estamos hablando de Einat.

—Yo no voy a pedir... ¿Quién te ha dicho eso?

—Todo el mundo habla de ello en la judería. Has enviado a tus amigos a presentarle el caso al rabino de la comunidad.

—¿Yo?

—Por favor, Judá, reconsideralo. Einat no se lo merece.

Judá sintió cómo le ardía la cara. Era incapaz de pedirle la lapidación al rabino, pero le indignaba que alguien pudiera defender a su mujer. La ira salió despedida de sus labios como el fuego expulsado por un dragón desde sus entrañas.

—¿No se lo merece? —dijo—. ¿Le harías tú a Moshé lo que ella me ha hecho a mí? He estado aguantando estos meses todos esos cuchicheos a mis espaldas. Las risitas de las mujeres y los codazos de los hombres al verme pasar. Y su falsa condescendencia cuando me dirigían la palabra. Y aquí me tienes, preocupado por ella como un imbécil. ¿No se lo merece? Yo no le he pedido nada al rabino, pero empiezo a pensar que quizá no sea tan mala idea que pague

por sus actos.

Judá abrió la puerta, salió a la calle iracundo y oyó que Zivit lo llamaba a su espalda, pero no se volvió.

## CAPÍTULO III

### EL CASTIGO

*Ha reunido armas inigualables, ha  
dado a luz serpientes-monstruos agudas  
de dientes, de fauces inmisericordes. Con  
veneno en vez de sangre ha llenado sus  
cuerpos*

*Tablilla III*

*Enuma Elish, poema babilonio de la  
creación*

*Emilia observó a la niña mientras esta bajaba por las escaleras. Iradi llegó hasta la sala y se sentó a la mesa. Su abuela cogió un trapo, envolvió con él el asa de la jarra de hojalata, la apartó del fuego y se dirigió hacia su nieta. Esta agarró con ambas manos un cuenco de arcilla que había en la mesa y dejó que Emilia vertiera leche en él. Luego esta le acercó un mendrugo y se fue de nuevo al fuego y removió el guiso unas cuantas veces mientras canturreaba una vieja canción.*

*—¿Dónde está madre? —preguntó Iradi.*

*—Ha ido a tomarle medidas a la señora Elbire. Le ha encargado un vestido de paño.*

*Emilia se apartó del guiso y se sentó frente a su nieta. La vio romper el mendrugo y mojarlo en la leche y después llevárselo a la boca. Se quedó mirando su piel. No podía creer que no existiera el menor rastro de la enfermedad. Dirigió entonces los ojos a sus propios dedos. Los tenía doblados y sintió las pequeñas punzadas de dolor que a veces aparecían. Las manos le temblaban y había perdido casi toda la fuerza que siempre la acompañó.*

*—¿Adónde te llevó tu padre para que te curaran? —preguntó.*

*Iradi la observó. Dudó si contestar.*

*—A un sitio llamado los Salones de Piedra.*

—¿Salones de Piedra? ¿Qué es ese lugar?

*La niña se encogió de hombros. Volvió a sumergir una parte del mendrugo en la leche y se lo comió.*

—¿Y qué había allí?

—El hombre de las flechas. Él me curó.

—¿El hombre de las flechas? ¿Quién es? ¿Un brujo?

—No lo sé. Lo llaman el Sanador.

*Emilia se levantó de la mesa y se acercó de nuevo al guiso. Lo removió con el cazo y se miró las manos temblorosas. De espaldas a Iradi le preguntó:*

—¿Cómo te curó?

*La niña no contestó. Se quedó mirando a su abuela Emilia mientras esta se daba la vuelta y se sentaba de nuevo a la mesa.*

—Vamos, dímelo. ¿Cómo te curó?

—Me susurró una palabra al oído.

—¿Una palabra? ¿Qué palabra?

—Mi padre me dijo que no la repitiera, que podía ser peligroso.

*Emilia se sentó en la silla que había junto a Iradi.*

—¿Te dolió?

—No. Sentí calor y vi cómo las llagas desaparecían. En un momento estaba curada.

*Emilia contempló sus manos. Se palpó los dedos torcidos y miró a su nieta.*

—Si me dices la misma palabra, ¿crees que me curaría?

—Mi padre me dijo...

—Ya sé lo que te dijo tu padre, ya me lo has dicho. ¿Has visto mis manos, niña?

*Iradi observó cómo temblaban los dedos doblados.*

—¿Crees que esa palabra me devolvería la salud?

—No lo sé —murmuró su nieta.

—Dímela al oído.

*La niña se quedó quieta.*

—¿No quieres que tu abuela se cure? Te prometo que no se lo diré a tu padre.

*Iradi la miró. Emilia asintió y la niña se alzó en su silla y acercó la boca al oído de la anciana. Repitió en un susurro la palabra que le había dicho el hombre de las flechas y se volvió a sentar. Se arrepintió al instante. Sintió que desvelaba un secreto que no debía y una profunda vergüenza sonrojó sus mejillas. Emilia sonrió. Notó un hormigueo en sus manos y un calor agradable.*

*Sus dedos se pusieron derechos, como si tuvieran vida propia. Las manos dejaron de temblar y Emilia las levantó. Apretó los puños con un vigor que hacía años que no sentía. Iradi se alegró al verla feliz y la vergüenza desapareció.*

*La anciana notó de pronto un cosquilleo molesto que le subía por el pecho y le llegaba a la garganta. Se puso seria. Comenzó a toser. A continuación, algo negro y vivo salió despedido de su boca y cayó sobre la mesa. Era un gusano que se retorció sobre sí mismo. Una expresión de terror se dibujó en los ojos de ambas. El cosquilleo aumentó en intensidad y Emilia trató de toser con más fuerza, pero una masa en movimiento ocupaba toda su garganta. Se introdujo los dedos en la boca y sacó un buen puñado de gusanos. No era suficiente. De su interior salían muchos más. Le faltaba el aire. Si no se daba prisa en sacarlos todos, se iba a ahogar. Vio la cara horrorizada de Iradi y le pidió ayuda con gestos. La niña estaba paralizada y no parecía entenderla.*

*Emilia notó que las fuerzas se le iban y supo, con una certeza absoluta, que se estaba muriendo. Se apoderó de ella una furia intensa contra su nieta. Quiso insultarla, llamarla hija de Satanás, pero las palabras ya no salían de su boca. Estaba toda llena de gusanos y aún notaba cómo subían más desde la garganta. Perdió el equilibrio y cayó al suelo. Se mareó y todo se volvió de un blanco luminoso.*

*Iradi no se movió. Lloró con las manos recogidas sobre su pecho. No supo cuánto tiempo estuvo así, quieta. Tan solo apartó la vista de su abuela cuando vio abrirse la puerta de la casa. Entró Santzia con un capazo de mimbre que cayó al suelo cuando vio el cadáver de su madre.*

*—¡No! —gritó.*

*Se lanzó hacia ella y se arrodilló a su lado. Le levantó la cabeza a Emilia y quedó horrorizada ante los gusanos que llenaban su boca y se retorcían de forma nauseabunda. Dirigió entonces su vista hacia la niña y dijo:*

*—¿Qué has hecho, Iradi?*

El gobernador contempló a las tres muchachas que se bañaban los pies a orillas del río. Sus risas eran lo único que se oía en los alrededores. Se salpicaron y una de ellas salió corriendo hacia un terraplén de arena donde guardaban las sandalias. Los escoltas se miraron unos a otros e Ibn Ukasa recordó cuando también él era un muchacho. Cuántas veces había espiado a las jóvenes tras las cañas del río. Ahora ya no necesitaba esconderse. Podía mirar a las mujeres sin

ningún temor a que lo avergonzaran. La joven miró de soslayo hacia él y le sonrió. Esa era otra de las ventajas de su posición. Algunas se sentían atraídas por el poder y no le hacían ascos si él quería convertirlas en sus amantes.

Una mujer más mayor apareció por la cima de la colina. Se la veía enfadada. Se puso la mano en la frente para darse sombra sobre los ojos y, cuando vio a las muchachas, meneó la cabeza a un lado y al otro.

—¡Aquí estáis! —exclamó.

Llegó hasta ellas y levantó la vista en dirección a Ibn Ukasa y sus guardias. Hizo una reverencia, que este contestó con un gesto de la cabeza, y comenzó a tirar del brazo de las dos muchachas, que aún quedaban en el río.

—¡Vamos! —dijo mientras lanzaba de cuando en cuando miradas al gobernador—. Que las telas no se van a teñir solas.

—Aún tenemos tiempo —respondió la que se encontraba en la arena. Miró a Hakam Ibn Ukasa y le sonrió de nuevo inclinando la cabeza y aparentando timidez.

La mujer se acercó a ella y le propinó una bofetada que se oyó desde donde estaba el gobernador. Los escoltas rieron a carcajadas y la joven huyó embargada por la vergüenza.

—Nos vamos —dijo la mujer.

Hakam oyó los cascos acercarse a su espalda. No necesitaba volverse para saber quién era. Se quedó mirando a las muchachas mientras se calzaban las sandalias. El visitante llegó hasta su lado.

—¿Has tenido buena caza, señor? —preguntó.

Hakam vio cómo las jóvenes ascendían por los bancos de arena seguidas de la mujer y desaparecían tras la colina.

—No —respondió—. Hemos dejado marchar a nuestras presas.

—La próxima vez iré mejor.

—Hice lo que me pediste, Abu Bakr. Ibn Haxim no será cadí. Te he allanado el camino.

—Te estoy agradecido, señor —respondió al-Xantamari.

—Déjate de agradecimientos. Ya sabes lo que quiero.

Abu Bakr sacó un papel enrollado de debajo de su túnica. Se encontraba atado con un lazo blanco y se lo entregó a Ibn Ukasa. Este deshizo el nudo con rapidez y leyó el texto.

—Bien —dijo cuando hubo terminado.

—Varias copias de esa carta se dirigen en este instante hacia Sevilla. Serán entregadas a algunos alfaquíes<sup>[10]</sup> con los que guardo relación. Todos ellos tienen

la suficiente influencia en al-Mutamid para quitarle de la cabeza la idea de que invada Córdoba.

—Magnífico —respondió el gobernador.

Ludovicus se adentró en un barrio de casas blancas y bajas con calles anchas de tierra. Miró a su espalda por encima del hombro y vio que los guardias que lo seguían aceleraron el paso. Giró en la siguiente esquina a la derecha y luego a la izquierda. Se ocultó en el hueco de una puerta y sus perseguidores pasaron de largo. Entonces salió de su escondite y comenzó a caminar en dirección contraria. Oyó hablar a los guardias tras una esquina. Se detuvo y se pegó a la pared. Estos pasaron por el cruce de calles que tenía delante y siguieron su camino sin darse cuenta de su presencia.

Ludovicus volvió a la calle que acababa de abandonar. Llevaba recorridos unos cien pasos de una travesía desierta cuando se encontró de frente con tres jóvenes agentes que desenvainaron sus espadas al verlo. El gigante sacó la suya y se puso en posición. Otros cinco guardias llegaron a la carrera por su espalda. Se detuvieron con la respiración agitada y lo rodearon.

—No queremos pelear —dijo uno de ellos—, tenemos orden de llevarte preso.

—¿Orden de quién?

—Del *sahib as surta*.

El gigante se fijó en sus caras. Eran apenas unos muchachos. Dos de ellos portaban ballestas y lo apuntaban nerviosos. Ludovicus bajó su arma despacio, la apoyó en el suelo de tierra y levantó los brazos.

Dos guardias se acercaron por detrás y le ataron las muñecas con unas bridas de cuero. Ludovicus se dirigió a un balletero:

—Ten cuidado con eso, muchacho. Te tiemblan demasiado las manos.

El chico bajó la ballesta y los guardias lo empujaron calle abajo en dirección al cuartel.

El joven eunuco que lo precedía no debía tener más de veinte años. Era serio, callado y caminaba con paso firme por los corredores del Alcázar. A Judá le costaba seguirlo. Cuando ascendió por unas escaleras el eunuco se adelantó demasiado y el judío se vio obligado a hacérselo ver.

—Tranquilo, chico. Ya no tengo tu brío.

El muchacho se detuvo en mitad de la escalera y se volvió. Aguardó hasta que Judá arribó a su altura y emprendió de nuevo la marcha. Esta vez, al alcanzar el último escalón, lo esperó. El orfebre llegó arriba sin aliento. Apoyó la mano en la baranda de mármol y respiró profundamente hasta que el corazón

adquirió un paso más tranquilo.

—Vamos —dijo después.

El eunuco lo condujo entonces por un nuevo corredor medio en penumbra decorado con unos mosaicos bizantinos y una cenefa de yeso con caligrafía árabe tallada. Se detuvo frente a una puerta gigantesca de la que salía la luz apagada de la tarde. Extendió el brazo invitando a Judá a entrar.

El orfebre se encontró en una habitación con las paredes cubiertas casi en su totalidad de volúmenes encuadernados en piel de varios colores. En el muro del fondo, los estantes se hallaban repletos de rollos de pergamino apilados unos sobre otros. Frente a estos estantes, sentado tras una mesa estrecha y pequeña, y eternamente repleta de documentos, lo observaba Saúl, un anciano de pelo gris y nariz aguileña y tan delgado como siempre. Judá sabía que su vista escaseaba y probablemente no lo había reconocido. Se acercó hasta él y, cuando se hallaba frente a su escritorio, contempló la expresión de alegría del bibliotecario. Este se levantó, rodeó la mesa y le dio un fuerte abrazo a su amigo.

—¡Judá! ¡Qué alegría verte! ¿Qué haces aquí?

—Yo también me alegro, Saúl. He venido a pedir tu ayuda.

—Claro, claro. Ven, siéntate. —El bibliotecario acercó una silla a su invitado y trajo otra para él. Los dos hombres se sentaron frente a frente—. Cuéntame, ¿qué ocurre?

—Verás, Saúl, busco un libro en concreto. Se titula *Los cinco regresos*. Nuestro amigo Moshé Ben David afirma que alguna vez hubo un ejemplar en la biblioteca del califa al-Hakam.

—Si lo hubo debió ser hace mucho. No recuerdo haberlo visto por aquí. Ya sabes que nos queda una ínfima parte de lo que tuvimos. Ese libro podría estar entre los que quemó Almanzor o entre los que se vendieron con posterioridad. — Saúl se levantó de su silla y se acercó al escritorio. Abrió un cajón y sacó un pesado volumen con las tapas marrones. Lo dejó caer con estruendo sobre la mesa. Recorrió sus hojas con el dedo índice—. ¿*Los cinco regresos*?

—Así es.

—Lo que suponía. Aquí no está. Acompáñame.

Saúl se dirigió al corredor y Judá lo siguió. Recorrieron de nuevo el pasillo largo y en penumbra y subieron por una escalerita estrecha de madera que chirriaba bajo sus pies.

—No te apoyes en la baranda —dijo.

Judá subió cada peldaño pegado a la pared y mirando la baranda con desconfianza. Los dos hombres llegaron a una portezuela de madera en mitad de

un pequeño vestíbulo abandonado por los servicios de limpieza del palacio. Saúl giró el pomo y entraron en un almacén de pergaminos viejos. Dos muchachos luchaban entre sí con unas espadas echas de papel y se quedaron quietos cuando vieron aparecer al bibliotecario.

—A ver, vosotros dos. Necesito que busquéis en los registros. Hay que localizar un libro llamado *Los cinco regresos*. ¿Autor? —Judá se encogió de hombros—. Anónimo. Quiero saber qué ha sido de él. Si no se quemó en su momento, averiguad quién lo adquirió.

—Sí, señor —dijo uno de los muchachos.

—Sí, señor —afirmó el otro.

Saúl salió de nuevo del almacén y descendió por las escaleras acompañado de su amigo. Se detuvo en mitad del corredor.

—Localizarlo llevará tiempo. Estos chicos no son muy espabilados, pero sus padres han pagado para que estén aquí. Ya ves cómo están las cosas. El gobernador no pierde ocasión de ganarse unos dinares siempre que puede. Te aconsejo, amigo Judá, que vuelvas mañana, pero no se lo digas a nadie. No quiero que sepan que trabajo en Sabbat. Entonces, tendré alguna información que darte.

—Claro, Saúl. Te lo agradezco.

Judá recorrió el pasillo por el que había venido. De pronto se detuvo y se dio la vuelta.

—¡Saúl!

El bibliotecario ya había entrado en la sala y asomó la cabeza por el quicio de la puerta.

—¿Sí?

Judá se acercó hasta él.

—He oído que un grupo de amigos fue en mi nombre a ver al rabino de la comunidad para iniciar un juicio contra Einat. ¿Tú no estarás entre estas personas?

—Claro que sí, Judá. ¿Por quién me tomas? No soy de los que se esconden cuando se trata de ayudar a un amigo.

Judá acercó su cara a la del bibliotecario.

—Escúchame, Saúl. Quiero que paréis lo que estáis haciendo. No volváis a hablar en mi nombre ni tratéis de arreglar nada. Manteneos al margen.

—Pero ¿qué estás diciendo, Judá? ¿Vas a dejar que esa mujer salga indemne de todo esto?

—No es asunto tuyo.

—¿Cómo que no? El otro día la vi pasear por la orilla del río con el negro ese con el que está. ¿Pretendes que me quede quieto mientras humilla así a mi amigo?

—Te lo repito, Saúl. No es asunto tuyo.

—No te entiendo, Judá —dijo el bibliotecario mientras se alejaba de él y se metía de nuevo en la biblioteca.

Einat notó el sol a través de la venda que le cubría los ojos. La habían transportado envuelta en una tela, estaba segura de que era una alfombra, y ahora se hallaba sentada sobre un suelo de tierra caliente. Las manos atadas a su espalda le producían una hinchazón incómoda en los dedos y un dolor difuso en los hombros y en mitad de la espalda. Trató de cambiar de postura. Intentó ponerse de rodillas impulsándose hacia delante y recibió un puntapié en la cadera.

—¡Quieta! —oyó.

Einat obedeció. Unos pasos se aproximaron. Alguien se detuvo frente a ella. Percibió la sombra en la tela de sus ojos.

—¿Por qué me traes esto? —dijo una segunda voz, la de un hombre más maduro.

—Es capaz de ver el aura de Sargón. Él quiere que la escondamos abajo.

—¿En serio? ¿Por qué no la ha matado y ya está?

—Dice que es un alma vieja, que la conoce de otra vida.

Einat oyó el suspiro del hombre.

—Bien. Llévala tú.

—¿Yo? ¿Y qué pasa con los efluvios?

—Déjala en la puerta, imbécil. Sabrá entrar solita.

Unas manos agarraron a Einat por los hombros y la alzaron. Se quejó del dolor y sintió que sus piernas perdían fuerza. Las manos la empujaron hacia delante y Einat trastabilló. Consiguió mantener el equilibrio y avanzó en la oscuridad. Notó el cambio de ambiente y el fresco cuando la hicieron entrar en un edificio. Aguzó el oído, pero todo estaba en silencio. Siguió andando guiada por la mano de su captor que la mantenía sujeta del brazo.

No pasó mucho tiempo hasta que la obligó a detenerse. Unos dedos maniobraron en el nudo de su nuca y la venda cayó al suelo. Einat entornó los ojos ante la molestia de la luz. Cuando su vista se acostumbró, vio que se hallaba en un pequeño pasillo de piedra junto a una puerta grande tachonada con clavos brillantes de bronce y un pequeño postigo en el centro. Miró al hombre que tenía al lado. Se lo había imaginado más viejo. Tenía la piel bronceada, la cara bien

rasurada y el pelo negro, aunque cuando se agachó junto a ella para abrir el postigo con la llave, mostró una calva extensa desde la coronilla que parecía la tonsura de un monje cristiano.

Después de abrir, el hombre le desató las manos y la empujó hacia la entrada oscura que descendía mediante unos escalones de piedra.

—Baja —ordenó el captor.

Comenzó a descender los peldaños uno a uno. En mitad del camino se detuvo y miró hacia el secuestrador.

—¡Vamos! —dijo él.

Einat siguió bajando. Oyó la puerta cerrarse detrás de ella y también el giro de la llave. Todo se volvió más oscuro, pero vio luz al final de la escalera. Al llegar allí, giró a la izquierda y se encontró en una pequeña sala iluminada por un fuego escaso sobre una mesita arrimada a la pared. El fuego calentaba un cuenco de barro con una especie de sopa gris en su interior. Los vapores de esta sopa se habían extendido por el cuarto, formando una neblina fantasmagórica que se movía por el aire. Einat bostezó.

De pronto empezó a tener mucho sueño. Al final de la habitación, casi en la penumbra, parecía haber un bulto. Se dirigió hasta allí, pero las piernas cada vez le pesaban más. Tuvo que hacer un esfuerzo para dar cada paso. Al fin pudo distinguir a una niña de unos once o doce años, con el pelo castaño y corto y que dormía profundamente sobre un montón de paja cubierto por una manta.

Einat se sentó a su lado. Agitó el hombro de la niña, pero esta no despertó. Sintió más sueño del que había tenido nunca y apoyó la cabeza en el suelo. Si cerraba los ojos un momento, podría recuperar fuerzas y averiguar cómo salir de allí. Un sueño profundo se adueñó de ella y pronto no le importó más que descansar.

A Ruy Fáñez le llegó el olor del hombre que andaba delante de él y el de la mujer que iba a su lado, y el del puesto de quesos, y el de las pieles de los zapatos del remendón que los reparaba. Le llegó también un aroma que planeaba sobre todos los demás. Lo reconoció y, aunque en otro tiempo le hubiera parecido nauseabundo, ahora lo impulsaba a seguir su rastro. Era el hedor de la muerte.

El ajedrecista alzó la nariz y trató de discriminarlo entre los demás. Le resultó difícil. La mezcla de olores lo distraía. Perdió el rastro cuando pasó junto a un lavadero y la fragancia del jabón inundó sus fosas nasales. Lo recuperó más adelante, al penetrar en un callejón desierto. Ahora lo sentía más cerca. Lo siguió a través de unas curvas y revueltas. De pronto, al atravesar una plazoleta, el

hedor colmó todos sus sentidos y no pudo pensar más que en encontrar la fuente de esa emanación.

La halló detrás de un pozo. Tirado en el suelo, un perro muerto, con el vientre abierto, apestaba el lugar. Dos ratas negras se alimentaban con el hocico en sus entrañas. Ruy quiso irse, pero sus instintos lo empujaban. Se sintió una bestia. Golpeó a los roedores con el pie y estos huyeron espantados. Se arrodilló junto al cadáver y se odió a sí mismo por lo que no podía evitar hacer. Incluyó su cabeza y mordió el primer trozo de carne descompuesta. No le gustó su sabor ni la peste que desprendía. Aun así, comió y sintió la energía correr por su cuerpo, por cada uno de sus miembros. Royó cada pedazo de piel con una velocidad que le pareció sobrehumana. En un rato había devorado buena parte de la carne del animal y ahora ya se le veían los huesos del esternón.

Entonces, igual que habían llegado los olores, lo abandonó la vista. No conseguía enfocar en los objetos. Tan solo distinguía bultos. El brocal del pozo era ahora una masa informe de color gris. Todo a su alrededor parecía un cuadro con manchas de distintos tonos.

A su espalda oyó el ruido de un hierro que caía. Se dio la vuelta, pero no vio ningún movimiento. Aguzó el oído y percibió un susurro que se iba haciendo poco a poco más claro. Eran voces. Cientos de voces. Se concentró en una y la oyó con claridad: una mujer regañando a su hijo. Luego fijó su atención en otras dos: las palabras de un hombre y una mujer en plena pasión. Ruy se levantó y extendió los brazos. Avanzó despacio palpando la pared. Los sonidos se embotaban en su cabeza. ¿De dónde venía todo aquello?

De pronto, una voz de mujer destacó sobre las demás. «¿Dónde has conseguido tantas monedas?», preguntó. «Se las he robado a un viajero cerca de Rusafa», respondió una voz masculina. Ruy empezó a caminar. El diálogo que acababa de oír, cada vez lo sentía más cerca. «Con esto podemos vivir hasta el invierno», dijo ella. Los pasos de Ruy eran torpes, pero las voces lo guiaban. «Si nos administramos bien, podríamos llegar al verano, incluso». El ajedrecista vio una mancha negra a su izquierda. Parecía la entrada de una cueva oscura. Las voces provenían de su interior. Pensó que sería peligroso adentrarse allí, pero no se le ocurría nadie más a quien pedir ayuda para llegar a su casa.

La voz del hombre se hizo más cercana. «Tranquila, no me ha visto. Iba embozado». Ruy avanzó por una sala fresca y oscura y llegó hasta un lugar más luminoso, tal vez un patio. Estiró los brazos para palpar las paredes. A unos metros, dos bultos de varios colores se giraron hacia él.

—¿Quién es este tipo? —preguntó la voz del hombre al que había oído desde

la calle.

—Necesito ayuda, por favor —respondió el ajedrecista.

—Nos ha oído —dijo la mujer.

—No, no he oído nada. Lo juro.

—Nos ha oído y ha visto el oro. ¡Mátalo!

De los dos, el bulto mayor se dirigió hacia él a gran velocidad. En su mano sostenía algo metálico. Ruy se dio la vuelta y comenzó a correr. Todo a su alrededor eran manchas informes. Palpó las paredes para orientarse y salió de nuevo de aquella casa. Podía oír los pasos a su espalda. Se lanzó a la carrera por las calles de Córdoba mientras las formas de cientos de colores se precipitaban sobre él. Las muchas voces y miles de sonidos que le llenaban los oídos le impedían concentrarse en el camino que estaba siguiendo.

Pronto no supo ni dónde se encontraba. Se detuvo en una calle vacía. Apoyó las manos en sus muslos y trató de recuperar el aliento. «Lo he perdido», dijo la voz del hombre muy lejana. «Mierda», respondió la mujer. Otras voces cubrieron a estas y los cascos de unos caballos le sonaron atterradoramente cerca. Se cubrió la cara y esperó a que lo atropellaran. Se quedó quieto un rato y, al ver que estaba a salvo, siguió caminando.

La calle en la que entró parecía vacía. Nadie se cruzaba con él.

—¿Ruy? —oyó. Esa voz...

—¿Sahalú?

Una mancha de color verde, que olía como su mujer, se le acercó por un lateral y lo agarró de los brazos. A Ruy le temblaron las piernas y cayó al suelo. Las lágrimas se derramaron por sus mejillas sin que las pudiera detener. El llanto se apoderó de él y ni siquiera halló consuelo en el abrazo de Sahalú.

—No sé qué me está pasando.

—Tranquilo, no desesperes. Pronto estarás bien —mintió ella—. Estoy contigo. Vamos a casa.

Elhabib vio al grupo de hombres al inicio del Puente Romano. Parecían ociosos, hablaban entre ellos y se quedaban mirando a las muchachas que pasaban a su lado. Un poco apartado, Ocba se apoyaba en la baranda de piedra mirando al río. Giró la cabeza en dirección a Elhabib, les dijo algo a sus hombres y estos se pusieron serios.

El *sahib as surta* se detuvo frente ellos. Miró con detenimiento a cada uno, paseó a su lado y se dirigió al que le pareció el más veterano. Acercó su cara a la de él y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

El hombre miró a Ocba y este asintió.

—Morra —dijo.

Elhabib se apartó de él y observó a los demás. Todos bajaron la mirada y se hicieron los distraídos. El *sahib* se apoyó también en la baranda del puente, junto a Ocba.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

—Tomamos el sol, *sahib*. Hace muy buen día.

—Ya. Tomáis el sol.

—Así es, *sahib*.

—Esta mañana ha aparecido una mujer mutilada.

—¿De verdad? Estoy seguro de que se lo merecía.

Elhabib agarró por el pecho a Ocba, lo empujó y cayó al suelo. Se acuclilló sobre él y le golpeó en la cara. Ocba se llevó la mano al pómulo y se quejó del dolor. Hizo un gesto a sus hombres para que se quedaran quietos.

—No juegues conmigo, Ocba.

—La avisamos y no hizo caso. No queremos brujas en Córdoba. Le advertimos que se fuera. Solo intervenimos cuando no obedecen.

—Vas a parar esta locura.

—No pienso hacerlo mientras siga la maldición. Puedes pegarme lo que quieras, *sahib*.

Elhabib soltó la túnica de Ocba y se apartó de él. Se apoyó de nuevo en la baranda de piedra mientras este se recomponía. El jefe de la *Mihna* se puso de pie y se masajeó la mandíbula.

—¿Conoces a Einat? —preguntó Elhabib.

—Claro, es la mujer de un orfebre. Un judío. Según dicen es una puta. Lo abandonó para irse con un negro.

Al decir esto, Ocba sonrió mostrando el pequeño hueco entre sus dientes delanteros. Sus hombres se rieron. El puño de Elhabib se hundió en su vientre y lo hizo doblarse en un quejido.

—No te pases de listo. ¿La tenéis vosotros?

Ocba se quedó mirando a Elhabib.

—¿Me escondes algo, *sahib*? —dijo—. ¿Tu judía posee algún poder oculto? ¿Por eso me preguntas si la tenemos?

Elhabib le echó mano a la garganta y apretó. Las venas de las sienes de Ocba se hincharon y su cara enrojeció. Sus hombres se acercaron. El *sahib* apoyó la mano libre en la empuñadura de la espada y Morra extendió los brazos para que el resto de los hombres no avanzaran.

—¿La tenéis o no?

—No —susurró Ocba a duras penas. Cuando Elhabib lo soltó, empezó a toser y a jadear. Se dobló sobre la baranda y Elhabib se inclinó a su lado.

—Si me mientes y Einat aparece con el más mínimo rasguño, tú y los tuyos podéis daros por muertos.

El *sahib* pasó entre los hombres de la *Mihna* mientras estos acudían a ayudar a su jefe.

El gobernador arrancó un limón del árbol y lo apretó entre los dedos. Se lo llevó a la nariz y lo arrojó al canasto que sostenía el esclavo. Luego cogió otro y también lo olió. Vio llegar por el sendero de albero, entre los setos, al *sahib as surta*. No traía buena cara. Hakam sabía cuándo su hombre de confianza estaba enfadado y ahora lo estaba de verdad.

—¿Qué quieres? —le preguntó cuando llegó a su lado.

—La *Mihna* nos está dando problemas —respondió Elhabib.

—¿Nos?

—Han vuelto a mutilar a alguien, esta vez a una mujer, y ni siquiera lo niegan.

—¿No te llegaron mis órdenes?

—Me llegaron. Que no me metiera con ellos, pero si no los paramos pronto, serán los dueños de la ciudad. Ya se creen intocables.

—¡Maldita sea, Elhabib! ¡Son intocables! ¿Es que no lo entiendes?

—Pues no. No lo entiendo. Me quitan autoridad como *sahib as surta*. No puedo garantizar la seguridad de los ciudadanos.

—Solo se ocupan de los hechiceros, ¿verdad?

—Vamos, Hakam. Sabes que todo el mundo acude a los hechiceros. El pueblo simpatiza con ellos, no con la *Mihna*.

—Me da igual. No podemos pararlos. Eso es todo.

—¿Cómo que no podemos? Dame la orden y los detendré y los entregaré con una confesión al *sahib al medina*<sup>[11]</sup>. Podrá condenarlos a muerte.

—A muerte, ¿no?

—Sí, a muerte. Los ejecutaré yo mismo a la vista de todos. Su jefe, Ocba, no es más que un mequetrefe. No ofrecerá resistencia.

Ibn Ukasa soltó una carcajada.

—¿Crees que Ocba me importa? Te creía más listo, Elhabib.

—¿Qué quieres decir?

—Quien está detrás de la *Mihna* se llama Abu Bakr al-Xantamari. El hombre más rico de Córdoba y el jurista con más influencia. Es un alfaquí y está en

contacto con los alfaquíes de Sevilla. Al-Mutamid tiene sus ojos puestos en Córdoba desde que se la arrebaté a su hijo. Sus alfaquíes se oponen a la invasión y eso, de momento, nos da aire a nosotros, a ti y a mí, para seguir viviendo. En el momento en que decida atacarnos, tú y yo estaremos muertos. Lo único que lo impide es la influencia de al-Xantamari en Sevilla. Como comprenderás, no pienso renunciar a esa influencia.

—Eso solo nos permite ganar tiempo —dijo Elhabib—. Tarde o temprano cambiarán de opinión y nos arrasarán.

—Eso es lo único que necesito de momento: tiempo.

—¿Tiempo para qué? ¿Para aguantar un día más? ¿Una semana más? Es indigno. Deberíamos prepararnos para luchar.

—Ten cuidado con tus deseos, Elhabib. Mírate. Te estás construyendo una magnífica casa, haces tu vida con esa mujer judía, ganas dinero... La dignidad te hará perder todo eso. Es la cabeza la que te hará conservarlo.

—¿Y cómo se supone que vamos a conservarlo?

Ibn Ukasa miró al horizonte.

—Hay una nueva fuerza en África —dijo—. Hace ocho años fundaron una ciudad, Marrakech, que se ha convertido en su capital. El año pasado ocuparon Tánger y ya tienen puestos sus ojos en Ceuta. Es cuestión de tiempo que crucen el estrecho y barran a todos estos emires de al-Ándalus.

—Los almorávides —dijo Elhabib.

—Exacto. Todos los alfaquíes hablan maravillas de ellos. Les están preparando el terreno. Conciencian a la población para que los reciba como salvadores. Me consta que Yusuf Ibn Tashufín, su emir, ve con buenos ojos a la *Mihna*. Le gusta lo que hacen y se apoyará en ellos para afianzar su poder aquí. No nos conviene ser sus enemigos.

—Los almorávides son gente del desierto. Quizá ni siquiera les interese esto.

El gobernador le pasó el brazo por los hombros a Elhabib y caminó con él en dirección al Alcázar.

—Vendrán. Te lo aseguro. Escucha, Elhabib, eres un hombre importante para mí. Estoy contento contigo. No me obligues a elegir entre la *Mihna* y tú.

Hakam retiró su brazo de los hombros del *sahib*. Elhabib lo miró como si estuviera midiendo sus intenciones. Si le echaba un pulso al matón de Ocba, ¿lo perdería? Por la mirada de Ibn Ukasa, no había duda de que sí.

Elhabib se dio la vuelta y abandonó al gobernador entre los limoneros. Se dirigió a la salida con cierto regusto amargo en la boca.

Cuando Judá vio la puerta de su casa, ralentizó el paso. Trataba de retrasar lo

máximo posible su encuentro con Menda. No sabía qué decirle cuando le preguntara. Buscó en el bolsillo interior de la capa la llave y suspiró antes de introducirla en la cerradura. No hizo falta que la girara. Desde dentro, su criada abrió por él.

Judá entró en la casa apesadumbrado. Menda lo observó con las manos apretadas sobre su pecho. El orfebre se quitó la kipá de la cabeza y la puso en el pequeño mueble junto a la entrada. Se sacó la capa y se la entregó a la criada.

—¿La has encontrado? —dijo la mujer.

Judá negó con la cabeza y se dirigió a la biblioteca dándole la espalda a Menda. Esta lo siguió y apoyó una mano en su hombro.

—¿No hay ningún indicio de su paradero?

El hombre se detuvo sin volverse.

—Creo que Einat está en un buen aprieto. No estoy seguro de que pueda encontrarla.

—¡Ay! ¡Dios mío! ¡Mi niña! ¿Está viva, al menos?

—No lo sé.

—Judá, sé que te hizo daño, pero no podemos dejar que le ocurra nada malo.

El orfebre se quedó quieto en mitad del pasillo pensando en las palabras que acababa de escuchar. Recordó la conversación con Zivit y también la que había tenido con Saúl en la biblioteca del Alcázar.

—No —murmuró—, no podemos dejar que le ocurra nada malo.

Se dio la vuelta y se dirigió de nuevo a la puerta principal. Cogió la kipá del mueble y se cubrió la cabeza. Luego descolgó la capa del perchero y se la puso sobre los hombros. Salió a la calle sintiendo la mirada de Menda en su espalda.

La *Mihna* apareció en la entrada del zoco de los brujos a última hora de la tarde, cuando ya todos recogían sus puestos para marcharse a casa. Los hombres de Ocba deambularon con aire amenazante entre las hechiceras y los magos, y empezaron a burlarse de ellos. Uno se detuvo ante una mujer que leía el destino en las vísceras de los animales. Era una germana joven y menuda con ojos asustados. Él puso su cuchillo sobre la mesa y le sonrió.

—¿Qué te parece si te abro y trato de adivinar tu futuro?

La vidente se levantó de golpe. Comenzó a insultar al hombre, al tiempo que recogía sus cosas de forma atropellada y se marchaba del zoco a toda prisa. Los hombres de la *Mihna* se rieron a carcajadas.

Ocba hizo caso omiso. Cruzó el mercado con la vista fija en su objetivo y llegó hasta el pequeño puesto de madera de Gudrun. Ella arrastró con el brazo los dos o tres frascos verdes que le quedaban hasta su bolsa de tela. Luego

empezó a plegar el puesto.

—Haces bien en irte, *mayús*. Pero no es suficiente. ¿Has recibido nuestra nota?

—Habéis mutilado a una buena mujer —espetó ella—. Ojalá te alcance la justicia de los hombres y acabes colgado de un poste.

—¿Eso es una maldición?

—Un deseo.

—Tu amiga era una bruja, como tú, y recibió sus advertencias, como tú, y no hizo caso, como parece que también te ocurre a ti.

—No me pienso ir.

—¿Sabes, *mayús*? Tengo un arcón en mi casa que huele bastante mal, aunque no me importa. En él guardo las manos y los pies de los brujos con los que me he ido encontrando. No son tantos como me gustaría. La mayoría, cuando reciben la primera carta, se asustan y se largan; sin embargo, siempre hay alguien que me desafía. Por eso disfruto tanto de las mutilaciones. Porque toda la soberbia se termina cuando ven mi cuchillo candente. Tú harás como los demás: llorarás, suplicarás y te mearás encima.

—Eres un perro rabioso.

Ocba mostró el hueco entre sus dientes delanteros al sonreír. Gudrun se dirigió, cargada con sus bártulos, a la salida del zoco. Él caminó a su lado con las manos a la espalda mientras sus hombres destrozaban todo lo que los brujos dejaban atrás.

—Hazme caso, *mayús*. Vete. Lo que le ocurrió a tu amiga no tiene por qué ocurrirte a ti.

Gudrun llegó al final del mercado y Ocba se detuvo para verla marchar. Ella emprendió camino por un sendero de tierra que se extendía por la orilla del río. Cuando se halló a cierta distancia se volvió. Ocba la seguía observando con una sonrisa de hiena en los labios. Gudrun sintió un escalofrío que le erizó la piel. Pensó que necesitaba una copa.

La celda era una jaula de hierro oxidado a un lado de una gran sala casi vacía. En una mesa en el centro de esta sala, jugaban a los dados los muchachos que lo habían detenido. De cuando en cuando le lanzaban alguna mirada de soslayo y cuchicheaban entre sí. Ludovicus se impacientaba por momentos. Se levantó del camastro diminuto y se acercó a los barrotes.

—¿Cuánto tiempo tengo que estar aquí? —preguntó.

—Hasta que venga el *sahib* y decida —respondió uno de los jóvenes.

—¿Y eso cuándo será?

El guardia se encogió de hombros y arrojó los dados sobre la mesa. Ludovicus se dio la vuelta y se dirigió a la pared. Se apoyó junto a un ventanuco enrejado y se puso a mirar el cielo. Al cabo de un rato se abrió la puerta de la calle y un hombre de piel oscura y de la misma edad que Ludovicus entró en la sala y se detuvo junto a los guardias. Estos dejaron de jugar y lo miraron.

Elhabib se acercó a los barrotes y contempló a Ludovicus con curiosidad.

—¿Este es el monstruo?

—Sí, *sahib*.

—Ábreme.

El guardia que había contestado se levantó con un manojito de llaves en la mano. Escogió una y giró la cerradura. Elhabib entró despacio y se paró en mitad de la celda.

—¿Qué clase de bicho eres? —preguntó.

Ludovicus no respondió.

—¿Sabe hablar?

—Sí, *sahib* —dijo el guardia.

—¿Qué haces en Córdoba?

—Estoy buscando a mi hija.

—¿Tu hija es como tú?

—No.

—¿Por qué la buscas?

—Alguien se la llevó de su casa.

—¿Alguien?

—Un tipo que se hace llamar Sargón. Es todo lo que sé. Eso y que están aquí, en esta ciudad.

—Y tú, ¿tienes nombre?

—Ludovicus.

Elhabib se acercó al gigante. Miró de cerca las protuberancias de su frente y la mandíbula ancha.

—¿Cómo te has hecho eso? —preguntó.

—Nací así.

—¿A qué te dedicas, Ludovicus?

El gigante no respondió.

—Si quieres salir de aquí, más vale que contestes a mis preguntas.

—Soy un estudioso de las señales.

—¿Qué diablos es eso?

—Luchamos contra la magia cuando esta perjudica a las personas.

—¿Magia? ¿En serio? ¿No me estarás engañando?

—No.

—¿La desaparición de tu hija tiene algo que ver con la maldición?

—No que yo sepa.

Elhabib reflexionó un momento, se puso derecho y se dirigió a la salida de la celda.

—Si descubro que me mientes, Ludovicus, te encerraré en un sitio más profundo y oscuro. Puedes irte. No te metas en problemas.

Abrió la puerta un niño de unos siete u ocho años y lo miró sin decir nada.

—Quiero ver al rabino Ben Yosef —dijo Judá.

El niño se apartó y lo dejó entrar. Recorrió un pasillo en penumbra seguido por el orfebre y cuando llegó al patio señaló con el dedo. Judá se asomó y vio a Samuel Ben Yosef sentado a una mesa redonda y pequeña con un vaso de vino en ella. Su barba cuadrada y blanca afeitada en el bigote y su expresión severa siempre lo intimidaban.

—Judá Ben Saruq —dijo. Le indicó la silla vacía frente a él.

El orfebre echó un vistazo a las paredes encaladas del patio cubiertas de macetas de las que colgaban geranios y buganvillas, y comentó:

—Son muy bonitas las flores. Felicita a tu esposa de mi parte.

—Vinieron a verme tus amigos en tu nombre, Ben Saruq —respondió el rabino como si no lo hubiera oído—. Queda poco para que termine mi mandato como rabino de la comunidad. Es mi deseo poder ayudarte en ese asunto de tu mujer antes de dejarlo a mi sucesor.

—Gracias, rabí. Esperaba poder hablarte precisamente de eso. Los hombres que vinieron... Yo no les di mi autorización.

Ben Yosef levantó las cejas.

—No te entiendo.

—Lo hicieron contra mi voluntad. Yo no quiero que se tome ninguna represalia contra Einat.

El rabino echó los hombros hacia atrás, tomó aire y cruzó los brazos sobre su pecho.

—No sé lo que te habrán contado. Quizá alguien te ha desanimado diciéndote que no puedes ir contra el *sahib as surta*. Te diré que no es cierto. Es un asunto mixto en el que hay implicado un musulmán. Eso hace que la jurisdicción pertenezca al cadí. Es posible que ese Elhabib consiga solventar su sanción con una limosna; sin embargo, podríamos conseguir que se le azote en público. Sería una buena humillación. Pero tu mujer, Ben Saruq... —El rabino

levantó el dedo índice hacia el cielo—. Tu mujer será castigada como se merece. Estoy dispuesto a presentarme ante el emir de Toledo si es necesario. Eso te lo aseguro. No pienso abandonar a uno de los míos.

—No quiero que sea lapidada —dijo Judá tratando de mantener la calma.

Ben Yosef lo miró con el ceño fruncido.

—Comprendo. Es una pena demasiado cruel para ti. Hay muchos que la ven como una costumbre bárbara, lo entiendo. Podemos hacer una cosa, Ben Saruq. En el juicio le daremos la oportunidad de arrepentirse públicamente y de regresar a tu lado. La castigarás como creas conveniente. Te aseguro que tu honor quedará restaurado y nadie te echará en cara nunca los actos de tu esposa.

Solo de pensar que su mujer pudiera volver con él lo hacía feliz. No obstante, Einat nunca aceptaría tal cosa. No se humillaría. Antes se dejaría lapidar.

—No quiero que haya juicio, rabí. Ni ningún tipo de acción. Quiero que todo esto acabe.

—¿Quieres cargar con la vergüenza tú solo? Tu comunidad está aquí para apoyarte, pero si no te defiendes tú mismo, yo no podré detener las habladurías.

Judá se encogió de hombros. Ben Yosef se le quedó mirando. Luego movió la cabeza, bebió un corto sorbo del vaso de vino y lo volvió a colocar con cuidado sobre la mesa.

—Bien —dijo—. Si el ofendido no desea que se repare la ofensa... ¿Te trae algún otro asunto a mi casa?

—Ningún otro, rabí.

Judá se levantó y se dirigió a la salida. Las últimas palabras de Ben Yosef le hicieron detenerse.

—He conocido a muchos como tú, Ben Saruq. Demasiado pusilánimes para conservar a una mujer a su lado. Demasiado blandos para hacerla regresar.

Ludovicus no tenía sueño. Recorrió las calles oscuras y vacías del arrabal cristiano. Al volver una esquina se encontró con un pequeño grupo de jóvenes riendo al resplandor de una luz que surgía de una puerta abierta. Los muchachos se pusieron serios al verlo. Uno de ellos echó mano a la empuñadura de la daga que sobresalía de su faja.

—No te asustes, muchacho —dijo el gigante y le mostró las manos con las palmas extendidas.

Ludovicus vio que el local iluminado era una taberna. Del interior del establecimiento le llegó una voz grave de mujer. La canción que recitaba era lenta y triste, como si echara de menos algo. Se asomó a la puerta. Gudrun estaba subida a un pequeño escenario con las manos recogidas sobre su pecho y

balanceándose levemente al ritmo de la música de una cítara. Tenía los ojos cerrados y la letra salía de sus labios con una melancolía contagiosa. Su público guardaba un respetuoso silencio. Ludovicus se adentró en el local y buscó una mesa vacía. Halló una muy pequeña en un lateral, junto a una columna. El tabernero no tardó en traer una jarra de vino y un vaso sin que los hubiera pedido. Gudrun terminó su actuación y sonaron algunos golpes en las mesas. Ella saludó con un gesto de la cabeza y se bajó del escenario. Caminó entre las mesas recibiendo felicitaciones. Las agradeció con una sonrisa y se dirigió a la de Ludovicus. Se sentó frente a él sin pedir permiso y se vertió ella misma un vaso de vino.

—Te he visto entrar —dijo—. ¿Te gusta la música?

—Claro. Cuando te he visto en el zoco no imaginé que cantaras.

—Solo cuando estoy lo bastante borracha.

—Era una canción triste.

—Sí, sí que lo era.

—¿Qué decía la letra?

—¡Ah, bueno! Habla de las cosas que nos dejamos por el camino y ya no recuperaremos.

—¿En qué idioma?

—Nórdico.

—¿Eres nórdica?

—Así es, de Raumerike. Aunque aquí nos llaman *mayús*. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—Eres un estudioso de las señales, ¿verdad? Por eso sabías en el zoco qué magia era auténtica y cuál no.

—Así me gano la vida. ¿Has conocido a alguno?

—He oído hablar de vosotros. ¿Reconocéis cualquier tipo de magia?

—Siempre que esté hecha por humanos.

—Oye, dime una cosa —dijo ella—. ¿Has oído lo de los niños que nacen muertos?

—Sí, me lo han contado.

—¿Qué clase de magia es esa?

—No lo sé. Tendría que ver algún lugar en el que haya muerto uno de los niños.

—¿Estás aquí por eso?

—No.

—¿Y entonces por qué?

—Busco a mi hija.

—Y el tipo por el que preguntaste...

—Sargón.

—Sargón. ¿Es el que la tiene?

—Creo que sí. Mi mujer dijo que fue él quien se la llevó.

—¿Estás casado?

—Sí, lo estoy. Pero...

—¿Pero? O lo estás o no lo estás.

—Supongo que lo estoy.

—Ese Sargón... —Gudrun hizo una pausa, pensativa—. Es solo una idea. La canción habla de que se lleva a los niños, a ti te ha robado a tu hija y en Córdoba todos los niños nacen muertos. ¿No podría estar todo relacionado?

—Suponiendo que Sargón exista realmente.

—¿Qué quieres decir?

—Llevo todo el día buscándolo y nadie ha oído hablar de él salvo tú. Y resulta que es el personaje de una canción. Empiezo a pensar que quien tiene a mi hija también conoce la canción y usó el nombre como pista falsa.

—¿Quién lo haría?

—Un simple esclavista. Engañó a mi mujer de alguna manera para que se la entregara y luego la vendió por ahí.

—¿La entregó ella? Vaya.

Ludovicus dejó de hablar y sumergió su mirada en el vaso de vino. Un músico subió al escenario, se sentó y se apoyó la cítara en el muslo. Comenzó a pellizcar las cuerdas y sonó una melodía animada. Una pareja se levantó de su mesa y comenzó a bailar. Gudrun miró fijamente a Ludovicus y sonrió.

—¿Estás borracha?

—Sí. ¿Sabes? Eres el tipo más feo que he visto en mi vida —dijo—, pero tienes algo... Vamos a bailar.

El hecho de que tuviera que abrir la puerta de su casa con la llave ya significaba que Einat no había vuelto. Elhabib entró en la sala oscura. Se acercó a la mesa, palpó en la superficie hasta que halló los útiles para encender el fuego. La lámpara de aceite iluminó la estancia y a él le pareció el lugar más triste del mundo.

Cruzó la sala con la lámpara en la mano y llegó hasta el diminuto cuarto que compartía con Einat. La cama seguía hecha, sin una sola arruga. Cuántas veces habían hablado en ella de la casa nueva y de las ganas que tenían de dejar atrás

esta pequeña vivienda. Se echó en la cama y su mirada se perdió entre las vigas del techo. No recordaba haber echado tanto de menos a una mujer.

El *sahib* observó la cortina que cubría la entrada. Se imaginó a Einat apartándola con la mano y yendo a acostarse a su lado. Fantaseó con la cara de su mujer apoyada sobre su pecho. Él se disculparía por haberla hecho enfadar y ella le diría que no había sido nada, que todas las parejas se pelean.

—Vuelve, Einat —susurró.

La luz de la luna se coló por el ventanuco enrejado que había sobre su cabeza. Elhabib no dormiría en toda la noche, de eso estaba seguro. Como también lo estaba de que, cuando saliera el sol, iba a dar todo lo que tenía por encontrar a Einat.

Ella le acarició el pelo mientras él palpaba con las yemas de sus dedos las pequeñas cicatrices blancas de su vientre, justo debajo del ombligo. Gudrun se movió un poco y soltó una risita.

—Me haces cosquillas —dijo.

—¿De qué son estas marcas? —preguntó Ludovicus.

—Puñaladas.

Él levantó la cabeza y la miró.

—¿Puñaladas?

Ella asintió.

—Era casi una niña, pero no lo olvidaré mientras viva. Tenía dieciséis años. Un viajero visitó nuestro pueblo. Montó un pequeño escenario en la plaza del mercado y cada tarde representaba un espectáculo de marionetas. Me parecía milagroso. Me pasaba horas delante de su puesto. Me contó los secretos de los muñecos, cómo debían moverse, la manera en que tenían que hablar... A veces hacía funciones solo para mí.

»Me enamoré un poco de él. Antes de irse me pidió que lo acompañara. Lo pensé mucho. Dudé como nunca lo había hecho. Yo estaba comprometida con un muchacho del pueblo, Harald Sigurdson. Era un buen muchacho y me pareció una traición que no se merecía. Al final le dije que no.

»El viajero pospuso su marcha y comenzó a seguirme por todas partes. Pensé que, con el paso de los días, entendería que lo nuestro no podía ser y se marcharía. Pero sus maneras empeoraron. Se volvió amenazante y su mirada se oscureció.

»—Si no eres mía —me dijo—, tampoco vas a ser de ese chico.

»Lo mantuve en secreto mucho tiempo. Me sentía responsable por lo que había sucedido. Un día, Harald me vio discutir con él y me hizo contárselo. Este

pidió ayuda a mis hermanos. Tengo ocho, o tenía. Hace mucho que no los veo. No sé cuántos quedarán vivos.

»El caso es que le pegaron una paliza y el marionetista desapareció del pueblo y no se le volvió a ver en meses.

»Una tarde, cuando me dirigía a casa después de haberme pasado horas en el bosque buscando hierbas, lo vi. Se interpuso en mi camino en un pequeño sendero. Tenía la misma mirada torva que cuando me había amenazado y un cuchillo en la mano.

»Avanzó hacia mí y aún no me explico mi reacción. No tenía miedo. No hui. No grité. Simplemente dejé que me agrediera. Me dio tres puñaladas y yo sentí el dolor en lo más profundo de mi cuerpo. Me comporté como una espectadora de mi propia muerte. Agarré mi vientre y noté el calor de la sangre empapando mis dedos. Junto a mí, había una piedra grande y me senté en ella. Él se acuclilló a mi lado, blandió su cuchillo y yo creí que me cortaría el cuello. No fue así. Tomó un mechón de mi cabello, lo guardó en una bolsita que llevaba al cinto y dijo:

»—Así te podré recordar.

»Desapareció por el sendero del bosque y yo me quedé allí sola, contemplando cómo me desangraba y sin entender por qué no había opuesto resistencia.

»Debí perder la conciencia, aunque no lo recuerdo. Cuando desperté estaba en mi cama, rodeada de mis padres, mis hermanos y Harald. Todos saltaron de alegría al verme abrir los ojos.

—¿Te casaste con Harald?

—Sí, aunque no duró mucho. No le pude dar hijos. Algo debió romperse dentro de mí con las cuchilladas. Todos en el pueblo comentaban la pena que les daba Harald por haberse casado con una mujer yerma. Nadie parecía comprender mi situación. Al final encontró a otra que quedó encinta de él. Me sentí traicionada, abandonada, apartada como un trasto inútil. Me marché y no regresé jamás.

—¿Volviste a saber del viajero?

—Sí. Hace unos años, en un pueblo de Franquia. Vendía mis filtros en un mercado y lo vi aparecer. Por un momento me quedé paralizada, pero estaba decidida, esa vez me defendería. Agarré el puñal que guardaba entre la falda y la túnica y lo esperé. Cuando llegó a mi puesto me preguntó:

»—¿Cuánto cuestan?

»Yo quedé tan sorprendida que no contesté. Él levantó la vista y me miró con

sus ojos oscuros.

»—¿No hablas mi idioma? —Hizo un gesto con los dedos, juntando el índice con el pulgar—. ¿Cuánto?

»Al ver que yo no respondía se encogió de hombros y siguió su camino. Te juro que me dolió mucho más que no me reconociera que sus puñaladas.

—Vaya historia...

—No va a volver a ocurrir. Estoy segura. No me voy a quedar mirando mientras acaban conmigo.

—¿Crees que empleó magia para someterte?

—No, no fue magia. Estoy segura.

Ludovicus apoyó la cabeza en la almohada y Gudrun se recostó sobre su pecho.

—Dime una cosa, Ludovicus. Si vieras algún lugar donde se ha producido un parto, ¿podrías saber si se ha usado magia?

—Ya te lo dije. Si ha sido hecha por un hombre, sí.

—¿Y sabrías quién está detrás?

—Cada mago deja una especie de firma. Un modo de operar. Por ejemplo, tu magia es delicada. Tiene una forma sutil y bastante estable.

—¿Ah, sí?

—No es fácil de ver una magia así. La mayoría de los brujos y hechiceros han aprendido su arte aquí y allá. Sus maneras son hoscas y descuidadas. ¿Por qué te interesa tanto la maldición?

Gudrun guardó silencio unos minutos hasta que por fin dijo:

—La otra noche asistí a un parto. El padre y la madre estaban aterrados y me llamaron. Cuando le puse la mano en el vientre a la chica, algo me agarró del brazo. Sentí que tiraba de mí y su contacto me quemaba. Conseguí apartarme, pero me pareció que lo que me sujetaba era muy viejo y oscuro. Algo que había ido allí a por el niño y no iba a dejar que se lo arrebatara.

»Invoqué a Frigg. Lo hice con todas mis fuerzas y oí cómo se acercaba. De repente se detuvo y se dio la vuelta. Debe ser algo muy poderoso si es capaz de hacer huir a una diosa del Valhalla.

—Ummm... ¿Crees que podría ir a visitarlos?

—Puedo arreglarlo.

Cuando la vieja Anjum se despertó en mitad de la noche y vio al bebé junto a su jergón, creía que soñaba. ¿Cómo había llegado hasta allí? Se acercó a la pequeña cuna y la meció con delicadeza. Contempló a la niña envuelta en paño blanco y el poco pelo recogido en una diadema. Movía las manos y le sonreía.

Anjum no sabía si cogerla o no.

Le sobresaltó una voz en la sala. La vivienda era de una única habitación y no había dónde esconderse. Un hombre discutía con una mujer sin hacer ningún caso de Anjum.

—Calla —dijo ella—. Vas a despertar a la niña.

—Pues contéstame.

Anjum los miró asustada. ¿Cómo habían entrado? ¿Se le había olvidado cerrar la puerta?

—No hay nada que contestar. Te han engañado tus amigotes.

—¿Quiénes sois? —preguntó Anjum—. ¿Qué hacéis en mi casa?

No halló respuesta. La pareja siguió con su discusión.

—No me han engañado. Yo mismo te he visto con ese hombre.

La mujer guardó silencio. Se alejó de su marido y se asomó a la ventana del cuarto por la que entraba la luz azulada de la luna. Él alargó el brazo y puso la mano sobre el hombro de ella. Anjum avanzó hacia ellos.

—¿Quiénes sois? —repitió.

La mujer apartó la mano de su marido de un manotazo.

—Lo quiero —susurró.

—¿Qué? —exclamó el hombre con una expresión en su rostro a medio camino entre la incredulidad y la ira.

—Que lo quiero. Siempre lo he querido.

El bebé emitió un sonido gutural.

—La niña...

—Es tuya. Eso sí te lo puedo asegurar.

—No, no lo es. Eres una adúltera que ha tenido una hija con su amante.

—No digas tonterías, Said. La niña es tuya.

El hombre acercó las manos al cuello de la mujer. Ella dio un paso hacia atrás espantada. Anjum se quedó inmóvil. Said aferró sus dedos a la garganta de su esposa y apretó. Anjum podía ver los nudillos blancos y la mandíbula tensa. Se dirigió hasta él y lo agarró del antebrazo. La mujer asió las muñecas del hombre y, con sus ojos, suplicó por su vida. La anciana tiró de él con toda la fuerza que pudo reunir, pero Said lanzó su hombro contra ella y Anjum salió despedida contra la pared como si fuera un muñeco de trapo.

Quedó tendida en el suelo con la cabeza apoyada en el zócalo de azulejos. Contempló horrorizada cómo la mujer cerraba los ojos y se desvanecía entre las manos de su marido. Este siguió apretando durante un buen rato hasta que se aseguró de que estaba muerta. Anjum trató de levantarse, pero un dolor agudo le

recorrió la espalda desde la nuca hasta el coxis. El hombre depositó el cadáver en el suelo. La niña emitió un nuevo sonido en su cuna y la mirada de Said se dirigió hacia allí.

—¡No! —gritó Anjum. Su protesta quedó apagada por un fuerte dolor en el pecho que se le extendió al brazo izquierdo. Una angustia se apoderó de ella al sentir que se ahogaba. El marido se detuvo frente a la cuna y la vista de la anciana se nubló después de un intento desesperado por encontrar el aire que le faltaba.

## CAPÍTULO IV

### EL REGRESO

*Sobre el pueblo que produjo, que dotó  
de aliento, impuso el servicio de los  
dioses; que éstos pudiesen estar en paz.*

*Tablilla VI*

*Enuma Elish, poema babilonio de la  
creación*

*—¿Podemos hablar a solas?*

*Santzia abrió más la puerta y dejó pasar al padre Urko. Luego se dirigió a su hija:*

*—Sube a la habitación, por favor, Iradi.*

*La niña obedeció y el sacerdote y ella se quedaron solos en la estancia. Se sentaron a la mesa de madera y Urko echó un vistazo a la casa. Santzia guardó silencio y esperó a que fuera el padre quien iniciara la conversación.*

*—¿Qué le ocurrió a Emilia, Santzia? —preguntó.*

*—¿Qué quieres decir?*

*—Todo el asunto de la niña... Estamos en el pueblo muy preocupados por vosotras.*

*—Mi madre estaba enferma. No tiene nada que ver con Iradi.*

*—Todos esos gusanos...*

*—Hay enfermedades en las que se generan gusanos en el vientre.*

*—¿Tantos?*

*Santzia no contestó. Se limitó a bajar la cabeza. El sacerdote extendió su brazo y acarició la mano de Santzia y esta la apartó de pronto. Nunca había visto a un cura que tocara a una mujer. Enseguida se avergonzó de haber retirado la mano.*

*—Lo siento —dijo.*

*—No te preocupes, hija mía. Es mi culpa, no debí hacerlo.*

*Se hizo entonces un silencio incómodo entre ellos.*

*—¿Habéis hecho algún pacto? —preguntó al fin el sacerdote.*

*—¿Un pacto?*

*—Para curar a la niña. Estoy seguro de que Ludovicus sabe cómo hacerlo.*

*—¿Qué clase de pacto?*

*—¿Le habéis prometido algo a Satanás? ¿La vida de tu madre, por ejemplo?*

*Santzia arrugó la frente. ¿Cómo era posible que el sacerdote pensara siquiera que ella o Ludo...?*

*—¡No! ¡En absoluto! Ludovicus jamás haría eso.*

*—¿Dónde está?*

*Santzia guardó silencio.*

*—¿Ya no vivís juntos?*

*Ella negó con la cabeza.*

*—Sabes que eso es un pecado, ¿verdad? El marido y la mujer deben convivir bajo el mismo techo.*

*Santzia siguió callada. El padre Urko la miró fijamente.*

*—Me ocultas algo. Puedo notarlo.*

*Santzia pensó en el sueño de Iradi y estuvo a punto de contárselo.*

*—No te oculto nada, padre. Lo juro.*

*—No jures en vano.*

*—Perdón.*

*—El resto de los feligreses no quiere que volváis a la iglesia. Ni tú ni Iradi.*

*—No pueden hacer eso. No pueden negarnos la comunión.*

*—No, no pueden. Hablaré con ellos, pero de momento dejemos que se calmen las cosas.*

*Santzia asintió. El padre Urko se levantó de su silla y ella lo imitó aliviada de que se hubiera terminado la conversación. Se dirigió a la puerta y Santzia lo acompañó. Vio cómo el sacerdote salía de su casa y se alejaba calle abajo. Saludó a dos vecinas y estas le correspondieron, y después clavaron sus ojos como puñales en Santzia. Cerró rápidamente y volvió la vista hacia la planta alta. Iradi la observaba con el rostro entre dos barrotes de la baranda.*

El gobernador contempló a las tres muchachas que se bañaban los pies a orillas del río. Sus risas eran lo único que se oía en los alrededores. Se salpicaron y una de ellas salió corriendo hacia un terraplén de arena donde guardaban las sandalias. Los escoltas se miraron unos a otros e Ibn Ukasa recordó cuando también él era un muchacho. Cuántas veces había espiado a las jóvenes tras las

cañas del río. Ahora ya no necesitaba esconderse. Podía mirar a las mujeres sin ningún temor a que lo avergonzaran. La joven miró de soslayo hacia él y le sonrió. Esa era otra de las ventajas de su posición. Algunas se sentían atraídas por el poder y no le hacían ascos si él quería convertirlas en sus amantes.

Una mujer más mayor apareció por la cima de la colina. Se la veía enfadada. Se puso la mano en la frente para darse sombra sobre los ojos y, cuando vio a las muchachas, meneó la cabeza a un lado y al otro.

—¡Aquí estáis! —exclamó.

Llegó hasta ellas y levantó la vista en dirección a Ibn Ukasa y sus guardias. Hizo una reverencia, que este contestó con un gesto de la cabeza, y comenzó a tirar del brazo de las dos muchachas, que aún quedaban en el río.

—¡Vamos! —dijo mientras lanzaba de cuando en cuando miradas al gobernador—. Que las telas no se van a teñir solas.

—Aún tenemos tiempo —respondió la que se encontraba en la arena. Miró a Hakam Ibn Ukasa y le sonrió de nuevo inclinando la cabeza y aparentando timidez.

La mujer se acercó a ella y le propinó una bofetada que se oyó desde donde estaba el gobernador. Los escoltas rieron a carcajadas y la joven huyó embargada por la vergüenza.

—Nos vamos —dijo la mujer.

Hakam oyó los cascos acercarse a su espalda. No necesitaba volverse para saber quién era. Se quedó mirando a las muchachas mientras se calzaban las sandalias. El visitante llegó hasta su lado.

—¿Has tenido buena caza, señor? —preguntó.

Hakam vio cómo las jóvenes ascendían por los bancos de arena seguidas de la mujer y desaparecían tras la colina.

—No —respondió—. Hemos dejado marchar a nuestras presas.

—La próxima vez irá mejor.

—Hice lo que me pediste, Abu Bakr. Ibn Haxim no será cadí. Te he allanado el camino.

—Te estoy agradecido, señor —respondió al-Xantamari.

—Déjate de agradecimientos. Ya sabes lo que quiero.

Abu Bakr sacó un papel enrollado de debajo de su túnica. Se encontraba atado con un lazo blanco y se lo entregó a Ibn Ukasa. Este deshizo el nudo con rapidez y leyó el texto.

—Bien —dijo cuando hubo terminado.

—Varias copias de esa carta se dirigen en este instante hacia Sevilla. Serán

entregadas a algunos alfaquíes<sup>[10]</sup> con los que guardo relación. Todos ellos tienen la suficiente influencia en al-Mutamid para quitarle de la cabeza la idea de que invada Córdoba.

—Magnífico —respondió el gobernador.

Ludovicus se adentró en un barrio de casas blancas y bajas con calles anchas de tierra. Miró a su espalda por encima del hombro y vio que los guardias que lo seguían aceleraron el paso. Giró en la siguiente esquina a la derecha y luego a la izquierda. Se ocultó en el hueco de una puerta y sus perseguidores pasaron de largo. Entonces salió de su escondite y comenzó a caminar en dirección contraria. Oyó hablar a los guardias tras una esquina. Se detuvo y se pegó a la pared. Estos pasaron por el cruce de calles que tenía delante y siguieron su camino sin darse cuenta de su presencia.

Ludovicus volvió a la calle que acababa de abandonar. Llevaba recorridos unos cien pasos de una travesía desierta cuando se encontró de frente con tres jóvenes agentes que desenvainaron sus espadas al verlo. El gigante sacó la suya y se puso en posición. Otros cinco guardias llegaron a la carrera por su espalda. Se detuvieron con la respiración agitada y lo rodearon.

—No queremos pelear —dijo uno de ellos—, tenemos orden de llevarte preso.

—¿Orden de quién?

—Del *sahib as surta*.

El gigante se fijó en sus caras. Eran apenas unos muchachos. Dos de ellos portaban ballestas y lo apuntaban nerviosos. Ludovicus bajó su arma despacio, la apoyó en el suelo de tierra y levantó los brazos.

Dos guardias se acercaron por detrás y le ataron las muñecas con unas bridas de cuero. Ludovicus se dirigió a un balletero:

—Ten cuidado con eso, muchacho. Te tiemblan demasiado las manos.

El chico bajó la ballesta y los guardias lo empujaron calle abajo en dirección al cuartel.

El joven eunuco que lo precedía no debía tener más de veinte años. Era serio, callado y caminaba con paso firme por los corredores del Alcázar. A Judá le costaba seguirlo. Cuando ascendió por unas escaleras el eunuco se adelantó demasiado y el judío se vio obligado a hacérselo ver.

—Tranquilo, chico. Ya no tengo tu brío.

El muchacho se detuvo en mitad de la escalera y se volvió. Aguardó hasta que Judá arribó a su altura y emprendió de nuevo la marcha. Esta vez, al alcanzar el último escalón, lo esperó. El orfebre llegó arriba sin aliento. Apoyó la

mano en la baranda de mármol y respiró profundamente hasta que el corazón adquirió un paso más tranquilo.

—Vamos —dijo después.

El eunuco lo condujo entonces por un nuevo corredor medio en penumbra decorado con unos mosaicos bizantinos y una cenefa de yeso con caligrafía árabe tallada. Se detuvo frente a una puerta gigantesca de la que salía la luz apagada de la tarde. Extendió el brazo invitando a Judá a entrar.

El orfebre se encontró en una habitación con las paredes cubiertas casi en su totalidad de volúmenes encuadernados en piel de varios colores. En el muro del fondo, los estantes se hallaban repletos de rollos de pergamino apilados unos sobre otros. Frente a estos estantes, sentado tras una mesa estrecha y pequeña, y eternamente repleta de documentos, lo observaba Saúl, un anciano de pelo gris y nariz aguileña y tan delgado como siempre. Judá sabía que su vista escaseaba y probablemente no lo había reconocido. Se acercó hasta él y, cuando se hallaba frente a su escritorio, contempló la expresión de alegría del bibliotecario. Este se levantó, rodeó la mesa y le dio un fuerte abrazo a su amigo.

—¡Judá! ¡Qué alegría verte! ¿Qué haces aquí?

—Yo también me alegro, Saúl. He venido a pedir tu ayuda.

—Claro, claro. Ven, siéntate. —El bibliotecario acercó una silla a su invitado y trajo otra para él. Los dos hombres se sentaron frente a frente—. Cuéntame, ¿qué ocurre?

—Verás, Saúl, busco un libro en concreto. Se titula *Los cinco regresos*. Nuestro amigo Moshé Ben David afirma que alguna vez hubo un ejemplar en la biblioteca del califa al-Hakam.

—Si lo hubo debió ser hace mucho. No recuerdo haberlo visto por aquí. Ya sabes que nos queda una ínfima parte de lo que tuvimos. Ese libro podría estar entre los que quemó Almanzor o entre los que se vendieron con posterioridad. — Saúl se levantó de su silla y se acercó al escritorio. Abrió un cajón y sacó un pesado volumen con las tapas marrones. Lo dejó caer con estruendo sobre la mesa. Recorrió sus hojas con el dedo índice—. ¿*Los cinco regresos*?

—Así es.

—Lo que suponía. Aquí no está. Acompáñame.

Saúl se dirigió al corredor y Judá lo siguió. Recorrieron de nuevo el pasillo largo y en penumbra y subieron por una escalerita estrecha de madera que chirriaba bajo sus pies.

—No te apoyes en la baranda —dijo.

Judá subió cada peldaño pegado a la pared y mirando la baranda con

desconfianza. Los dos hombres llegaron a una portezuela de madera en mitad de un pequeño vestíbulo abandonado por los servicios de limpieza del palacio. Saúl giró el pomo y entraron en un almacén de pergaminos viejos. Dos muchachos luchaban entre sí con unas espadas echas de papel y se quedaron quietos cuando vieron aparecer al bibliotecario.

—A ver, vosotros dos. Necesito que busquéis en los registros. Hay que localizar un libro llamado *Los cinco regresos*. ¿Autor? —Judá se encogió de hombros—. Anónimo. Quiero saber qué ha sido de él. Si no se quemó en su momento, averiguad quién lo adquirió.

—Sí, señor —dijo uno de los muchachos.

—Sí, señor —afirmó el otro.

Saúl salió de nuevo del almacén y descendió por las escaleras acompañado de su amigo. Se detuvo en mitad del corredor.

—Localizarlo llevará tiempo. Estos chicos no son muy espabilados, pero sus padres han pagado para que estén aquí. Ya ves cómo están las cosas. El gobernador no pierde ocasión de ganarse unos dinares siempre que puede. Te aconsejo, amigo Judá, que vuelvas mañana, pero no se lo digas a nadie. No quiero que sepan que trabajo en Sabbat. Entonces, tendré alguna información que darte.

—Claro, Saúl. Te lo agradezco.

Judá recorrió el pasillo por el que había venido. De pronto se detuvo y se dio la vuelta.

—¡Saúl!

El bibliotecario ya había entrado en la sala y asomó la cabeza por el quicio de la puerta.

—¿Sí?

Judá se acercó hasta él.

—He oído que un grupo de amigos fue en mi nombre a ver al rabino de la comunidad para iniciar un juicio contra Einat. ¿Tú no estarás entre estas personas?

—Claro que sí, Judá. ¿Por quién me tomas? No soy de los que se esconden cuando se trata de ayudar a un amigo.

Judá acercó su cara a la del bibliotecario.

—Escúchame, Saúl. Quiero que paréis lo que estáis haciendo. No volváis a hablar en mi nombre ni tratéis de arreglar nada. Manteneos al margen.

—Pero ¿qué estás diciendo, Judá? ¿Vas a dejar que esa mujer salga indemne de todo esto?

—No es asunto tuyo.

—¿Cómo que no? El otro día la vi pasear por la orilla del río con el negro ese con el que está. ¿Pretendes que me quede quieto mientras humilla así a mi amigo?

—Te lo repito, Saúl. No es asunto tuyo.

—No te entiendo, Judá —dijo el bibliotecario mientras se alejaba de él y se metía de nuevo en la biblioteca.

Einat notó el sol a través de la venda que le cubría los ojos. La habían transportado envuelta en una tela, estaba segura de que era una alfombra, y ahora se hallaba sentada sobre un suelo de tierra caliente. Las manos atadas a su espalda le producían una hinchazón incómoda en los dedos y un dolor difuso en los hombros y en mitad de la espalda. Trató de cambiar de postura. Intentó ponerse de rodillas impulsándose hacia delante y recibió un puntapié en la cadera.

—¡Quieta! —oyó.

Einat obedeció. Unos pasos se aproximaron. Alguien se detuvo frente a ella. Percibió la sombra en la tela de sus ojos.

—¿Por qué me traes esto? —dijo una segunda voz, la de un hombre más maduro.

—Es capaz de ver el aura de Sargón. Él quiere que la escondamos abajo.

—¿En serio? ¿Por qué no la ha matado y ya está?

—Dice que es un alma vieja, que la conoce de otra vida.

Einat oyó el suspiro del hombre.

—Bien. Llévala tú.

—¿Yo? ¿Y qué pasa con los efluvios?

—Déjala en la puerta, imbécil. Sabrá entrar solita.

Unas manos agarraron a Einat por los hombros y la alzaron. Se quejó del dolor y sintió que sus piernas perdían fuerza. Las manos la empujaron hacia delante y Einat trastabilló. Consiguió mantener el equilibrio y avanzó en la oscuridad. Notó el cambio de ambiente y el fresco cuando la hicieron entrar en un edificio. Aguzó el oído, pero todo estaba en silencio. Siguió andando guiada por la mano de su captor que la mantenía sujeta del brazo.

No pasó mucho tiempo hasta que la obligó a detenerse. Unos dedos maniobraron en el nudo de su nuca y la venda cayó al suelo. Einat entornó los ojos ante la molestia de la luz. Cuando su vista se acostumbró, vio que se hallaba en un pequeño pasillo de piedra junto a una puerta grande tachonada con clavos brillantes de bronce y un pequeño postigo en el centro. Miró al hombre que tenía

al lado. Se lo había imaginado más viejo. Tenía la piel bronceada, la cara bien rasurada y el pelo negro, aunque cuando se agachó junto a ella para abrir el postigo con la llave, mostró una calva extensa desde la coronilla que parecía la tonsura de un monje cristiano.

Después de abrir, el hombre le desató las manos y la empujó hacia la entrada oscura que descendía mediante unos escalones de piedra.

—Baja —ordenó el captor.

Comenzó a descender los peldaños uno a uno. En mitad del camino se detuvo y miró hacia el secuestrador.

—¡Vamos! —dijo él.

Einat siguió bajando. Oyó la puerta cerrarse detrás de ella y también el giro de la llave. Todo se volvió más oscuro, pero vio luz al final de la escalera. Al llegar allí, giró a la izquierda y se encontró en una pequeña sala iluminada por un fuego escaso sobre una mesita arrimada a la pared. El fuego calentaba un cuenco de barro con una especie de sopa gris en su interior. Los vapores de esta sopa se habían extendido por el cuarto, formando una neblina fantasmagórica que se movía por el aire. Einat bostezó.

De pronto empezó a tener mucho sueño. Al final de la habitación, casi en la penumbra, parecía haber un bulto. Se dirigió hasta allí, pero las piernas cada vez le pesaban más. Tuvo que hacer un esfuerzo para dar cada paso. Al fin pudo distinguir a una niña de unos once o doce años, con el pelo castaño y corto y que dormía profundamente sobre un montón de paja cubierto por una manta.

Einat se sentó a su lado. Agitó el hombro de la niña, pero esta no despertó. Sintió más sueño del que había tenido nunca y apoyó la cabeza en el suelo. Si cerraba los ojos un momento, podría recuperar fuerzas y averiguar cómo salir de allí. Un sueño profundo se adueñó de ella y pronto no le importó más que descansar.

A Ruy Fáñez le llegó el olor del hombre que andaba delante de él y el de la mujer que iba a su lado, y el del puesto de quesos, y el de las pieles de los zapatos del remendón que los reparaba. Le llegó también un aroma que planeaba sobre todos los demás. Lo reconoció y, aunque en otro tiempo le hubiera parecido nauseabundo, ahora lo impulsaba a seguir su rastro. Era el hedor de la muerte.

El ajedrecista alzó la nariz y trató de discriminarlo entre los demás. Le resultó difícil. La mezcla de olores lo distraía. Perdió el rastro cuando pasó junto a un lavadero y la fragancia del jabón inundó sus fosas nasales. Lo recuperó más adelante, al penetrar en un callejón desierto. Ahora lo sentía más cerca. Lo siguió

a través de unas curvas y revueltas. De pronto, al atravesar una plazoleta, el hedor colmó todos sus sentidos y no pudo pensar más que en encontrar la fuente de esa emanación.

La halló detrás de un pozo. Tirado en el suelo, un perro muerto, con el vientre abierto, apestaba el lugar. Dos ratas negras se alimentaban con el hocico en sus entrañas. Ruy quiso irse, pero sus instintos lo empujaban. Se sintió una bestia. Golpeó a los roedores con el pie y estos huyeron espantados. Se arrodilló junto al cadáver y se odió a sí mismo por lo que no podía evitar hacer. Inclino su cabeza y mordió el primer trozo de carne descompuesta. No le gustó su sabor ni la peste que desprendía. Aun así, comió y sintió la energía correr por su cuerpo, por cada uno de sus miembros. Royó cada pedazo de piel con una velocidad que le pareció sobrehumana. En un rato había devorado buena parte de la carne del animal y ahora ya se le veían los huesos del esternón.

Entonces, igual que habían llegado los olores, lo abandonó la vista. No conseguía enfocar en los objetos. Tan solo distinguía bultos. El brocal del pozo era ahora una masa informe de color gris. Todo a su alrededor parecía un cuadro con manchas de distintos tonos.

A su espalda oyó el ruido de un hierro que caía. Se dio la vuelta, pero no vio ningún movimiento. Aguzó el oído y percibió un susurro que se iba haciendo poco a poco más claro. Eran voces. Cientos de voces. Se concentró en una y la oyó con claridad: una mujer regañando a su hijo. Luego fijó su atención en otras dos: las palabras de un hombre y una mujer en plena pasión. Ruy se levantó y extendió los brazos. Avanzó despacio palpando la pared. Los sonidos se embotaban en su cabeza. ¿De dónde venía todo aquello?

De pronto, una voz de mujer destacó sobre las demás. «¿Dónde has conseguido tantas monedas?», preguntó. «Se las he robado a un viajero cerca de Rusafa», respondió una voz masculina. Ruy empezó a caminar. El diálogo que acababa de oír, cada vez lo sentía más cerca. «Con esto podemos vivir hasta el invierno», dijo ella. Los pasos de Ruy eran torpes, pero las voces lo guiaban. «Si nos administramos bien, podríamos llegar al verano, incluso». El ajedrecista vio una mancha negra a su izquierda. Parecía la entrada de una cueva oscura. Las voces provenían de su interior. Pensó que sería peligroso adentrarse allí, pero no se le ocurría nadie más a quien pedir ayuda para llegar a su casa.

La voz del hombre se hizo más cercana. «Tranquila, no me ha visto. Iba embozado». Ruy avanzó por una sala fresca y oscura y llegó hasta un lugar más luminoso, tal vez un patio. Estiró los brazos para palpar las paredes. A unos metros, dos bultos de varios colores se giraron hacia él.

—¿Quién es este tipo? —preguntó la voz del hombre al que había oído desde la calle.

—Necesito ayuda, por favor —respondió el ajedrecista.

—Nos ha oído —dijo la mujer.

—No, no he oído nada. Lo juro.

—Nos ha oído y ha visto el oro. ¡Mátalo!

De los dos, el bulto mayor se dirigió hacia él a gran velocidad. En su mano sostenía algo metálico. Ruy se dio la vuelta y comenzó a correr. Todo a su alrededor eran manchas informes. Palpó las paredes para orientarse y salió de nuevo de aquella casa. Podía oír los pasos a su espalda. Se lanzó a la carrera por las calles de Córdoba mientras las formas de cientos de colores se precipitaban sobre él. Las muchas voces y miles de sonidos que le llenaban los oídos le impedían concentrarse en el camino que estaba siguiendo.

Pronto no supo ni dónde se encontraba. Se detuvo en una calle vacía. Apoyó las manos en sus muslos y trató de recuperar el aliento. «Lo he perdido», dijo la voz del hombre muy lejana. «Mierda», respondió la mujer. Otras voces cubrieron a estas y los cascos de unos caballos le sonaron atterradoramente cerca. Se cubrió la cara y esperó a que lo atropellaran. Se quedó quieto un rato y, al ver que estaba a salvo, siguió caminando.

La calle en la que entró parecía vacía. Nadie se cruzaba con él.

—¿Ruy? —oyó. Esa voz...

—¿Sahalú?

Una mancha de color verde, que olía como su mujer, se le acercó por un lateral y lo agarró de los brazos. A Ruy le temblaron las piernas y cayó al suelo. Las lágrimas se derramaron por sus mejillas sin que las pudiera detener. El llanto se apoderó de él y ni siquiera halló consuelo en el abrazo de Sahalú.

—No sé qué me está pasando.

—Tranquilo, no desesperes. Pronto estarás bien —mintió ella—. Estoy contigo. Vamos a casa.

Elhabib vio al grupo de hombres al inicio del Puente Romano. Parecían ociosos, hablaban entre ellos y se quedaban mirando a las muchachas que pasaban a su lado. Un poco apartado, Ocha se apoyaba en la baranda de piedra mirando al río. Giró la cabeza en dirección a Elhabib, les dijo algo a sus hombres y estos se pusieron serios.

El *sahib as surta* se detuvo frente ellos. Miró con detenimiento a cada uno, paseó a su lado y se dirigió al que le pareció el más veterano. Acercó su cara a la de él y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

El hombre miró a Ocba y este asintió.

—Morra —dijo.

Elhabib se apartó de él y observó a los demás. Todos bajaron la mirada y se hicieron los distraídos. El *sahib* se apoyó también en la baranda del puente, junto a Ocba.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

—Tomamos el sol, *sahib*. Hace muy buen día.

—Ya. Tomáis el sol.

—Así es, *sahib*.

—Esta mañana ha aparecido una mujer mutilada.

—¿De verdad? Estoy seguro de que se lo merecía.

Elhabib agarró por el pecho a Ocba, lo empujó y cayó al suelo. Se acuclilló sobre él y le golpeó en la cara. Ocba se llevó la mano al pómulo y se quejó del dolor. Hizo un gesto a sus hombres para que se quedaran quietos.

—No juegues conmigo, Ocba.

—La avisamos y no hizo caso. No queremos brujas en Córdoba. Le advertimos que se fuera. Solo intervenimos cuando no obedecen.

—Vas a parar esta locura.

—No pienso hacerlo mientras siga la maldición. Puedes pegarme lo que quieras, *sahib*.

Elhabib soltó la túnica de Ocba y se apartó de él. Se apoyó de nuevo en la baranda de piedra mientras este se recomponía. El jefe de la *Mihna* se puso de pie y se masajeó la mandíbula.

—¿Conoces a Einat? —preguntó Elhabib.

—Claro, es la mujer de un orfebre. Un judío. Según dicen es una puta. Lo abandonó para irse con un negro.

Al decir esto, Ocba sonrió mostrando el pequeño hueco entre sus dientes delanteros. Sus hombres se rieron. El puño de Elhabib se hundió en su vientre y lo hizo doblarse en un quejido.

—No te pases de listo. ¿La tenéis vosotros?

Ocba se quedó mirando a Elhabib.

—¿Me escondes algo, *sahib*? —dijo—. ¿Tu judía posee algún poder oculto? ¿Por eso me preguntas si la tenemos?

Elhabib le echó mano a la garganta y apretó. Las venas de las sienes de Ocba se hincharon y su cara enrojeció. Sus hombres se acercaron. El *sahib* apoyó la mano libre en la empuñadura de la espada y Morra extendió los brazos para que

el resto de los hombres no avanzaran.

—¿La tenéis o no?

—No —susurró Ocba a duras penas. Cuando Elhabib lo soltó, empezó a toser y a jadear. Se dobló sobre la baranda y Elhabib se inclinó a su lado.

—Si me mientes y Einat aparece con el más mínimo rasguño, tú y los tuyos podéis daros por muertos.

El *sahib* pasó entre los hombres de la *Mihna* mientras estos acudían a ayudar a su jefe.

El gobernador arrancó un limón del árbol y lo apretó entre los dedos. Se lo llevó a la nariz y lo arrojó al canasto que sostenía el esclavo. Luego cogió otro y también lo olió. Vio llegar por el sendero de albero, entre los setos, al *sahib as surta*. No traía buena cara. Hakam sabía cuándo su hombre de confianza estaba enfadado y ahora lo estaba de verdad.

—¿Qué quieres? —le preguntó cuando llegó a su lado.

—La *Mihna* nos está dando problemas —respondió Elhabib.

—¿Nos?

—Han vuelto a mutilar a alguien, esta vez a una mujer, y ni siquiera lo niegan.

—¿No te llegaron mis órdenes?

—Me llegaron. Que no me metiera con ellos, pero si no los paramos pronto, serán los dueños de la ciudad. Ya se creen intocables.

—¡Maldita sea, Elhabib! ¡Son intocables! ¿Es que no lo entiendes?

—Pues no. No lo entiendo. Me quitan autoridad como *sahib as surta*. No puedo garantizar la seguridad de los ciudadanos.

—Solo se ocupan de los hechiceros, ¿verdad?

—Vamos, Hakam. Sabes que todo el mundo acude a los hechiceros. El pueblo simpatiza con ellos, no con la *Mihna*.

—Me da igual. No podemos pararlos. Eso es todo.

—¿Cómo que no podemos? Dame la orden y los detendré y los entregaré con una confesión al *sahib al medina*<sup>[11]</sup>. Podrá condenarlos a muerte.

—A muerte, ¿no?

—Sí, a muerte. Los ejecutaré yo mismo a la vista de todos. Su jefe, Ocba, no es más que un mequetrefe. No ofrecerá resistencia.

Ibn Ukasa soltó una carcajada.

—¿Crees que Ocba me importa? Te creía más listo, Elhabib.

—¿Qué quieres decir?

—Quien está detrás de la *Mihna* se llama Abu Bakr al-Xantamari. El hombre

más rico de Córdoba y el jurista con más influencia. Es un alfaquí y está en contacto con los alfaquíes de Sevilla. Al-Mutamid tiene sus ojos puestos en Córdoba desde que se la arrebaté a su hijo. Sus alfaquíes se oponen a la invasión y eso, de momento, nos da aire a nosotros, a ti y a mí, para seguir viviendo. En el momento en que decida atacarnos, tú y yo estaremos muertos. Lo único que lo impide es la influencia de al-Xantamari en Sevilla. Como comprenderás, no pienso renunciar a esa influencia.

—Eso solo nos permite ganar tiempo —dijo Elhabib—. Tarde o temprano cambiarán de opinión y nos arrasarán.

—Eso es lo único que necesito de momento: tiempo.

—¿Tiempo para qué? ¿Para aguantar un día más? ¿Una semana más? Es indigno. Deberíamos prepararnos para luchar.

—Ten cuidado con tus deseos, Elhabib. Mírate. Te estás construyendo una magnífica casa, haces tu vida con esa mujer judía, ganas dinero... La dignidad te hará perder todo eso. Es la cabeza la que te hará conservarlo.

—¿Y cómo se supone que vamos a conservarlo?

Ibn Ukasa miró al horizonte.

—Hay una nueva fuerza en África —dijo—. Hace ocho años fundaron una ciudad, Marrakech, que se ha convertido en su capital. El año pasado ocuparon Tánger y ya tienen puestos sus ojos en Ceuta. Es cuestión de tiempo que crucen el estrecho y barran a todos estos emires de al-Ándalus.

—Los almorávides —dijo Elhabib.

—Exacto. Todos los alfaquíes hablan maravillas de ellos. Les están preparando el terreno. Conciencian a la población para que los reciba como salvadores. Me consta que Yusuf Ibn Tashufín, su emir, ve con buenos ojos a la *Mihna*. Le gusta lo que hacen y se apoyará en ellos para afianzar su poder aquí. No nos conviene ser sus enemigos.

—Los almorávides son gente del desierto. Quizá ni siquiera les interese esto.

El gobernador le pasó el brazo por los hombros a Elhabib y caminó con él en dirección al Alcázar.

—Vendrán. Te lo aseguro. Escucha, Elhabib, eres un hombre importante para mí. Estoy contento contigo. No me obligues a elegir entre la *Mihna* y tú.

Hakam retiró su brazo de los hombros del *sahib*. Elhabib lo miró como si estuviera midiendo sus intenciones. Si le echaba un pulso al matón de Ocba, ¿lo perdería? Por la mirada de Ibn Ukasa, no había duda de que sí.

Elhabib se dio la vuelta y abandonó al gobernador entre los limoneros. Se dirigió a la salida con cierto regusto amargo en la boca.

Cuando Judá vio la puerta de su casa, ralentizó el paso. Trataba de retrasar lo máximo posible su encuentro con Menda. No sabía qué decirle cuando le preguntara. Buscó en el bolsillo interior de la capa la llave y suspiró antes de introducirla en la cerradura. No hizo falta que la girara. Desde dentro, su criada abrió por él.

Judá entró en la casa apesadumbrado. Menda lo observó con las manos apretadas sobre su pecho. El orfebre se quitó la kipá de la cabeza y la puso en el pequeño mueble junto a la entrada. Se sacó la capa y se la entregó a la criada.

—¿La has encontrado? —dijo la mujer.

Judá negó con la cabeza y se dirigió a la biblioteca dándole la espalda a Menda. Esta lo siguió y apoyó una mano en su hombro.

—¿No hay ningún indicio de su paradero?

El hombre se detuvo sin volverse.

—Creo que Einat está en un buen aprieto. No estoy seguro de que pueda encontrarla.

—¡Ay! ¡Dios mío! ¡Mi niña! ¿Está viva, al menos?

—No lo sé.

—Judá, sé que te hizo daño, pero no podemos dejar que le ocurra nada malo.

El orfebre se quedó quieto en mitad del pasillo pensando en las palabras que acababa de escuchar. Recordó la conversación con Zivit y también la que había tenido con Saúl en la biblioteca del Alcázar.

—No —murmuró—, no podemos dejar que le ocurra nada malo.

Se dio la vuelta y se dirigió de nuevo a la puerta principal. Cogió la kipá del mueble y se cubrió la cabeza. Luego descolgó la capa del perchero y se la puso sobre los hombros. Salió a la calle sintiendo la mirada de Menda en su espalda.

La *Mihna* apareció en la entrada del zoco de los brujos a última hora de la tarde, cuando ya todos recogían sus puestos para marcharse a casa. Los hombres de Ocba deambularon con aire amenazante entre las hechiceras y los magos, y empezaron a burlarse de ellos. Uno se detuvo ante una mujer que leía el destino en las vísceras de los animales. Era una germana joven y menuda con ojos asustados. Él puso su cuchillo sobre la mesa y le sonrió.

—¿Qué te parece si te abro y trato de adivinar tu futuro?

La vidente se levantó de golpe. Comenzó a insultar al hombre, al tiempo que recogía sus cosas de forma atropellada y se marchaba del zoco a toda prisa. Los hombres de la *Mihna* se rieron a carcajadas.

Ocba hizo caso omiso. Cruzó el mercado con la vista fija en su objetivo y llegó hasta el pequeño puesto de madera de Gudrun. Ella arrastró con el brazo

los dos o tres frascos verdes que le quedaban hasta su bolsa de tela. Luego empezó a plegar el puesto.

—Haces bien en irte, *mayús*. Pero no es suficiente. ¿Has recibido nuestra nota?

—Habéis mutilado a una buena mujer —espetó ella—. Ojalá te alcance la justicia de los hombres y acabes colgado de un poste.

—¿Eso es una maldición?

—Un deseo.

—Tu amiga era una bruja, como tú, y recibió sus advertencias, como tú, y no hizo caso, como parece que también te ocurre a ti.

—No me pienso ir.

—¿Sabes, *mayús*? Tengo un arcón en mi casa que huele bastante mal, aunque no me importa. En él guardo las manos y los pies de los brujos con los que me he ido encontrando. No son tantos como me gustaría. La mayoría, cuando reciben la primera carta, se asustan y se largan; sin embargo, siempre hay alguien que me desafía. Por eso disfruto tanto de las mutilaciones. Porque toda la soberbia se termina cuando ven mi cuchillo candente. Tú harás como los demás: llorarás, suplicarás y te mearás encima.

—Eres un perro rabioso.

Ocba mostró el hueco entre sus dientes delanteros al sonreír. Gudrun se dirigió, cargada con sus bártulos, a la salida del zoco. Él caminó a su lado con las manos a la espalda mientras sus hombres destrozaban todo lo que los brujos dejaban atrás.

—Hazme caso, *mayús*. Vete. Lo que le ocurrió a tu amiga no tiene por qué ocurrirte a ti.

Gudrun llegó al final del mercado y Ocba se detuvo para verla marchar. Ella emprendió camino por un sendero de tierra que se extendía por la orilla del río. Cuando se halló a cierta distancia se volvió. Ocba la seguía observando con una sonrisa de hiena en los labios. Gudrun sintió un escalofrío que le erizó la piel. Pensó que necesitaba una copa.

La celda era una jaula de hierro oxidado a un lado de una gran sala casi vacía. En una mesa en el centro de esta sala, jugaban a los dados los muchachos que lo habían detenido. De cuando en cuando le lanzaban alguna mirada de soslayo y cuchicheaban entre sí. Ludovicus se impacientaba por momentos. Se levantó del camastro diminuto y se acercó a los barrotes.

—¿Cuánto tiempo tengo que estar aquí? —preguntó.

—Hasta que venga el *sahib* y decida —respondió uno de los jóvenes.

—¿Y eso cuándo será?

El guardia se encogió de hombros y arrojó los dados sobre la mesa. Ludovicus se dio la vuelta y se dirigió a la pared. Se apoyó junto a un ventanuco enrejado y se puso a mirar el cielo. Al cabo de un rato se abrió la puerta de la calle y un hombre de piel oscura y de la misma edad que Ludovicus entró en la sala y se detuvo junto a los guardias. Estos dejaron de jugar y lo miraron.

Elhabib se acercó a los barrotes y contempló a Ludovicus con curiosidad.

—¿Este es el monstruo?

—Sí, *sahib*.

—Ábreme.

El guardia que había contestado se levantó con un manajo de llaves en la mano. Escogió una y giró la cerradura. Elhabib entró despacio y se paró en mitad de la celda.

—¿Qué clase de bicho eres? —preguntó.

Ludovicus no respondió.

—¿Sabe hablar?

—Sí, *sahib* —dijo el guardia.

—¿Qué haces en Córdoba?

—Estoy buscando a mi hija.

—¿Tu hija es como tú?

—No.

—¿Por qué la buscas?

—Alguien se la llevó de su casa.

—¿Alguien?

—Un tipo que se hace llamar Sargón. Es todo lo que sé. Eso y que están aquí, en esta ciudad.

—Y tú, ¿tienes nombre?

—Ludovicus.

Elhabib se acercó al gigante. Miró de cerca las protuberancias de su frente y la mandíbula ancha.

—¿Cómo te has hecho eso? —preguntó.

—Nací así.

—¿A qué te dedicas, Ludovicus?

El gigante no respondió.

—Si quieres salir de aquí, más vale que contestes a mis preguntas.

—Soy un estudioso de las señales.

—¿Qué diablos es eso?

—Luchamos contra la magia cuando esta perjudica a las personas.

—¿Magia? ¿En serio? ¿No me estarás engañando?

—No.

—¿La desaparición de tu hija tiene algo que ver con la maldición?

—No que yo sepa.

Elhabib reflexionó un momento, se puso derecho y se dirigió a la salida de la celda.

—Si descubro que me mientes, Ludovicus, te encerraré en un sitio más profundo y oscuro. Puedes irte. No te metas en problemas.

Abrió la puerta un niño de unos siete u ocho años y lo miró sin decir nada.

—Quiero ver al rabino Ben Yosef —dijo Judá.

El niño se apartó y lo dejó entrar. Recorrió un pasillo en penumbra seguido por el orfebre y cuando llegó al patio señaló con el dedo. Judá se asomó y vio a Samuel Ben Yosef sentado a una mesa redonda y pequeña con un vaso de vino en ella. Su barba cuadrada y blanca afeitada en el bigote y su expresión severa siempre lo intimidaban.

—Judá Ben Saruq —dijo. Le indicó la silla vacía frente a él.

El orfebre echó un vistazo a las paredes encaladas del patio cubiertas de macetas de las que colgaban geranios y buganvillas, y comentó:

—Son muy bonitas las flores. Felicita a tu esposa de mi parte.

—Vinieron a verme tus amigos en tu nombre, Ben Saruq —respondió el rabino como si no lo hubiera oído—. Queda poco para que termine mi mandato como rabino de la comunidad. Es mi deseo poder ayudarte en ese asunto de tu mujer antes de dejarlo a mi sucesor.

—Gracias, rabí. Esperaba poder hablarte precisamente de eso. Los hombres que vinieron... Yo no les di mi autorización.

Ben Yosef levantó las cejas.

—No te entiendo.

—Lo hicieron contra mi voluntad. Yo no quiero que se tome ninguna represalia contra Einat.

El rabino echó los hombros hacia atrás, tomó aire y cruzó los brazos sobre su pecho.

—No sé lo que te habrán contado. Quizá alguien te ha desanimado diciéndote que no puedes ir contra el *sahib as surta*. Te diré que no es cierto. Es un asunto mixto en el que hay implicado un musulmán. Eso hace que la jurisdicción pertenezca al cadí. Es posible que ese Elhabib consiga solventar su sanción con una limosna; sin embargo, podríamos conseguir que se le azote en

público. Sería una buena humillación. Pero tu mujer, Ben Saruq... —El rabino levantó el dedo índice hacia el cielo—. Tu mujer será castigada como se merece. Estoy dispuesto a presentarme ante el emir de Toledo si es necesario. Eso te lo aseguro. No pienso abandonar a uno de los míos.

—No quiero que sea lapidada —dijo Judá tratando de mantener la calma.

Ben Yosef lo miró con el ceño fruncido.

—Comprendo. Es una pena demasiado cruel para ti. Hay muchos que la ven como una costumbre bárbara, lo entiendo. Podemos hacer una cosa, Ben Saruq. En el juicio le daremos la oportunidad de arrepentirse públicamente y de regresar a tu lado. La castigarás como creas conveniente. Te aseguro que tu honor quedará restaurado y nadie te echará en cara nunca los actos de tu esposa.

Solo de pensar que su mujer pudiera volver con él lo hacía feliz. No obstante, Einat nunca aceptaría tal cosa. No se humillaría. Antes se dejaría lapidar.

—No quiero que haya juicio, rabí. Ni ningún tipo de acción. Quiero que todo esto acabe.

—¿Quieres cargar con la vergüenza tú solo? Tu comunidad está aquí para apoyarte, pero si no te defiendes tú mismo, yo no podré detener las habladurías.

Judá se encogió de hombros. Ben Yosef se le quedó mirando. Luego movió la cabeza, bebió un corto sorbo del vaso de vino y lo volvió a colocar con cuidado sobre la mesa.

—Bien —dijo—. Si el ofendido no desea que se repare la ofensa... ¿Te trae algún otro asunto a mi casa?

—Ningún otro, rabí.

Judá se levantó y se dirigió a la salida. Las últimas palabras de Ben Yosef le hicieron detenerse.

—He conocido a muchos como tú, Ben Saruq. Demasiado pusilánimes para conservar a una mujer a su lado. Demasiado blandos para hacerla regresar.

Ludovicus no tenía sueño. Recorrió las calles oscuras y vacías del arrabal cristiano. Al volver una esquina se encontró con un pequeño grupo de jóvenes riendo al resplandor de una luz que surgía de una puerta abierta. Los muchachos se pusieron serios al verlo. Uno de ellos echó mano a la empuñadura de la daga que sobresalía de su faja.

—No te asustes, muchacho —dijo el gigante y le mostró las manos con las palmas extendidas.

Ludovicus vio que el local iluminado era una taberna. Del interior del establecimiento le llegó una voz grave de mujer. La canción que recitaba era lenta y triste, como si echara de menos algo. Se asomó a la puerta. Gudrun

estaba subida a un pequeño escenario con las manos recogidas sobre su pecho y balanceándose levemente al ritmo de la música de una cítara. Tenía los ojos cerrados y la letra salía de sus labios con una melancolía contagiosa. Su público guardaba un respetuoso silencio. Ludovicus se adentró en el local y buscó una mesa vacía. Halló una muy pequeña en un lateral, junto a una columna. El tabernero no tardó en traer una jarra de vino y un vaso sin que los hubiera pedido. Gudrun terminó su actuación y sonaron algunos golpes en las mesas. Ella saludó con un gesto de la cabeza y se bajó del escenario. Caminó entre las mesas recibiendo felicitaciones. Las agradeció con una sonrisa y se dirigió a la de Ludovicus. Se sentó frente a él sin pedir permiso y se vertió ella misma un vaso de vino.

—Te he visto entrar —dijo—. ¿Te gusta la música?

—Claro. Cuando te he visto en el zoco no imaginé que cantaras.

—Solo cuando estoy lo bastante borracha.

—Era una canción triste.

—Sí, sí que lo era.

—¿Qué decía la letra?

—¡Ah, bueno! Habla de las cosas que nos dejamos por el camino y ya no recuperaremos.

—¿En qué idioma?

—Nórdico.

—¿Eres nórdica?

—Así es, de Raumerike. Aunque aquí nos llaman *mayús*. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—Eres un estudioso de las señales, ¿verdad? Por eso sabías en el zoco qué magia era auténtica y cuál no.

—Así me gano la vida. ¿Has conocido a alguno?

—He oído hablar de vosotros. ¿Reconocéis cualquier tipo de magia?

—Siempre que esté hecha por humanos.

—Oye, dime una cosa —dijo ella—. ¿Has oído lo de los niños que nacen muertos?

—Sí, me lo han contado.

—¿Qué clase de magia es esa?

—No lo sé. Tendría que ver algún lugar en el que haya muerto uno de los niños.

—¿Estás aquí por eso?

—No.

—¿Y entonces por qué?

—Busco a mi hija.

—Y el tipo por el que preguntaste...

—Sargón.

—Sargón. ¿Es el que la tiene?

—Creo que sí. Mi mujer dijo que fue él quien se la llevó.

—¿Estás casado?

—Sí, lo estoy. Pero...

—¿Pero? O lo estás o no lo estás.

—Supongo que lo estoy.

—Ese Sargón... —Gudrun hizo una pausa, pensativa—. Es solo una idea. La canción habla de que se lleva a los niños, a ti te ha robado a tu hija y en Córdoba todos los niños nacen muertos. ¿No podría estar todo relacionado?

—Suponiendo que Sargón exista realmente.

—¿Qué quieres decir?

—Llevo todo el día buscándolo y nadie ha oído hablar de él salvo tú. Y resulta que es el personaje de una canción. Empiezo a pensar que quien tiene a mi hija también conoce la canción y usó el nombre como pista falsa.

—¿Quién lo haría?

—Un simple esclavista. Engañó a mi mujer de alguna manera para que se la entregara y luego la vendió por ahí.

—¿La entregó ella? Vaya.

Ludovicus dejó de hablar y sumergió su mirada en el vaso de vino. Un músico subió al escenario, se sentó y se apoyó la cítara en el muslo. Comenzó a pellizcar las cuerdas y sonó una melodía animada. Una pareja se levantó de su mesa y comenzó a bailar. Gudrun miró fijamente a Ludovicus y sonrió.

—¿Estás borracha?

—Sí. ¿Sabes? Eres el tipo más feo que he visto en mi vida —dijo—, pero tienes algo... Vamos a bailar.

El hecho de que tuviera que abrir la puerta de su casa con la llave ya significaba que Einat no había vuelto. Elhabib entró en la sala oscura. Se acercó a la mesa, palpó en la superficie hasta que halló los útiles para encender el fuego. La lámpara de aceite iluminó la estancia y a él le pareció el lugar más triste del mundo.

Cruzó la sala con la lámpara en la mano y llegó hasta el diminuto cuarto que compartía con Einat. La cama seguía hecha, sin una sola arruga. Cuántas veces

habían hablado en ella de la casa nueva y de las ganas que tenían de dejar atrás esta pequeña vivienda. Se echó en la cama y su mirada se perdió entre las vigas del techo. No recordaba haber echado tanto de menos a una mujer.

El *sahib* observó la cortina que cubría la entrada. Se imaginó a Einat apartándola con la mano y yendo a acostarse a su lado. Fantaseó con la cara de su mujer apoyada sobre su pecho. Él se disculparía por haberla hecho enfadar y ella le diría que no había sido nada, que todas las parejas se pelean.

—Vuelve, Einat —susurró.

La luz de la luna se coló por el ventanuco enrejado que había sobre su cabeza. Elhabib no dormiría en toda la noche, de eso estaba seguro. Como también lo estaba de que, cuando saliera el sol, iba a dar todo lo que tenía por encontrar a Einat.

Ella le acarició el pelo mientras él palpaba con las yemas de sus dedos las pequeñas cicatrices blancas de su vientre, justo debajo del ombligo. Gudrun se movió un poco y soltó una risita.

—Me haces cosquillas —dijo.

—¿De qué son estas marcas? —preguntó Ludovicus.

—Puñaladas.

Él levantó la cabeza y la miró.

—¿Puñaladas?

Ella asintió.

—Era casi una niña, pero no lo olvidaré mientras viva. Tenía dieciséis años. Un viajero visitó nuestro pueblo. Montó un pequeño escenario en la plaza del mercado y cada tarde representaba un espectáculo de marionetas. Me parecía milagroso. Me pasaba horas delante de su puesto. Me contó los secretos de los muñecos, cómo debían moverse, la manera en que tenían que hablar... A veces hacía funciones solo para mí.

»Me enamoré un poco de él. Antes de irse me pidió que lo acompañara. Lo pensé mucho. Dudé como nunca lo había hecho. Yo estaba comprometida con un muchacho del pueblo, Harald Sigurdson. Era un buen muchacho y me pareció una traición que no se merecía. Al final le dije que no.

»El viajero pospuso su marcha y comenzó a seguirme por todas partes. Pensé que, con el paso de los días, entendería que lo nuestro no podía ser y se marcharía. Pero sus maneras empeoraron. Se volvió amenazante y su mirada se oscureció.

»—Si no eres mía —me dijo—, tampoco vas a ser de ese chico.

»Lo mantuve en secreto mucho tiempo. Me sentía responsable por lo que

había sucedido. Un día, Harald me vio discutir con él y me hizo contárselo. Este pidió ayuda a mis hermanos. Tengo ocho, o tenía. Hace mucho que no los veo. No sé cuántos quedarán vivos.

»El caso es que le pegaron una paliza y el marionetista desapareció del pueblo y no se le volvió a ver en meses.

»Una tarde, cuando me dirigía a casa después de haberme pasado horas en el bosque buscando hierbas, lo vi. Se interpuso en mi camino en un pequeño sendero. Tenía la misma mirada torva que cuando me había amenazado y un cuchillo en la mano.

»Avanzó hacia mí y aún no me explico mi reacción. No tenía miedo. No hui. No grité. Simplemente dejé que me agrediera. Me dio tres puñaladas y yo sentí el dolor en lo más profundo de mi cuerpo. Me comporté como una espectadora de mi propia muerte. Agarré mi vientre y noté el calor de la sangre empapando mis dedos. Junto a mí, había una piedra grande y me senté en ella. Él se acuclilló a mi lado, blandió su cuchillo y yo creí que me cortaría el cuello. No fue así. Tomó un mechón de mi cabello, lo guardó en una bolsita que llevaba al cinto y dijo:

»—Así te podré recordar.

»Desapareció por el sendero del bosque y yo me quedé allí sola, contemplando cómo me desangraba y sin entender por qué no había opuesto resistencia.

»Debí perder la conciencia, aunque no lo recuerdo. Cuando desperté estaba en mi cama, rodeada de mis padres, mis hermanos y Harald. Todos saltaron de alegría al verme abrir los ojos.

—¿Te casaste con Harald?

—Sí, aunque no duró mucho. No le pude dar hijos. Algo debió romperse dentro de mí con las cuchilladas. Todos en el pueblo comentaban la pena que les daba Harald por haberse casado con una mujer yerma. Nadie parecía comprender mi situación. Al final encontró a otra que quedó encinta de él. Me sentí traicionada, abandonada, apartada como un trasto inútil. Me marché y no regresé jamás.

—¿Volviste a saber del viajero?

—Sí. Hace unos años, en un pueblo de Franquia. Vendía mis filtros en un mercado y lo vi aparecer. Por un momento me quedé paralizada, pero estaba decidida, esa vez me defendería. Agarré el puñal que guardaba entre la falda y la túnica y lo esperé. Cuando llegó a mi puesto me preguntó:

»—¿Cuánto cuestan?

»Yo quedé tan sorprendida que no contesté. Él levantó la vista y me miró con sus ojos oscuros.

»—¿No hablas mi idioma? —Hizo un gesto con los dedos, juntando el índice con el pulgar—. ¿Cuánto?

»Al ver que yo no respondía se encogió de hombros y siguió su camino. Te juro que me dolió mucho más que no me reconociera que sus puñaladas.

—Vaya historia...

—No va a volver a ocurrir. Estoy segura. No me voy a quedar mirando mientras acaban conmigo.

—¿Crees que empleó magia para someterte?

—No, no fue magia. Estoy segura.

Ludovicus apoyó la cabeza en la almohada y Gudrun se recostó sobre su pecho.

—Dime una cosa, Ludovicus. Si vieras algún lugar donde se ha producido un parto, ¿podrías saber si se ha usado magia?

—Ya te lo dije. Si ha sido hecha por un hombre, sí.

—¿Y sabrías quién está detrás?

—Cada mago deja una especie de firma. Un modo de operar. Por ejemplo, tu magia es delicada. Tiene una forma sutil y bastante estable.

—¿Ah, sí?

—No es fácil de ver una magia así. La mayoría de los brujos y hechiceros han aprendido su arte aquí y allá. Sus maneras son hoscas y descuidadas. ¿Por qué te interesa tanto la maldición?

Gudrun guardó silencio unos minutos hasta que por fin dijo:

—La otra noche asistí a un parto. El padre y la madre estaban aterrados y me llamaron. Cuando le puse la mano en el vientre a la chica, algo me agarró del brazo. Sentí que tiraba de mí y su contacto me quemaba. Conseguí apartarme, pero me pareció que lo que me sujetaba era muy viejo y oscuro. Algo que había ido allí a por el niño y no iba a dejar que se lo arrebatara.

»Invoqué a Frigg. Lo hice con todas mis fuerzas y oí cómo se acercaba. De repente se detuvo y se dio la vuelta. Debe ser algo muy poderoso si es capaz de hacer huir a una diosa del Valhalla.

—Ummm... ¿Crees que podría ir a visitarlos?

—Puedo arreglarlo.

Cuando la vieja Anjum se despertó en mitad de la noche y vio al bebé junto a su jergón, creía que soñaba. ¿Cómo había llegado hasta allí? Se acercó a la pequeña cuna y la meció con delicadeza. Contempló a la niña envuelta en paño

blanco y el poco pelo recogido en una diadema. Movía las manos y le sonreía. Anjum no sabía si cogerla o no.

Le sobresaltó una voz en la sala. La vivienda era de una única habitación y no había dónde esconderse. Un hombre discutía con una mujer sin hacer ningún caso de Anjum.

—Calla —dijo ella—. Vas a despertar a la niña.

—Pues contéstame.

Anjum los miró asustada. ¿Cómo habían entrado? ¿Se le había olvidado cerrar la puerta?

—No hay nada que contestar. Te han engañado tus amigotes.

—¿Quiénes sois? —preguntó Anjum—. ¿Qué hacéis en mi casa?

No halló respuesta. La pareja siguió con su discusión.

—No me han engañado. Yo mismo te he visto con ese hombre.

La mujer guardó silencio. Se alejó de su marido y se asomó a la ventana del cuarto por la que entraba la luz azulada de la luna. Él alargó el brazo y puso la mano sobre el hombro de ella. Anjum avanzó hacia ellos.

—¿Quiénes sois? —repitió.

La mujer apartó la mano de su marido de un manotazo.

—Lo quiero —susurró.

—¿Qué? —exclamó el hombre con una expresión en su rostro a medio camino entre la incredulidad y la ira.

—Que lo quiero. Siempre lo he querido.

El bebé emitió un sonido gutural.

—La niña...

—Es tuya. Eso sí te lo puedo asegurar.

—No, no lo es. Eres una adúltera que ha tenido una hija con su amante.

—No digas tonterías, Said. La niña es tuya.

El hombre acercó las manos al cuello de la mujer. Ella dio un paso hacia atrás espantada. Anjum se quedó inmóvil. Said aferró sus dedos a la garganta de su esposa y apretó. Anjum podía ver los nudillos blancos y la mandíbula tensa. Se dirigió hasta él y lo agarró del antebrazo. La mujer asió las muñecas del hombre y, con sus ojos, suplicó por su vida. La anciana tiró de él con toda la fuerza que pudo reunir, pero Said lanzó su hombro contra ella y Anjum salió despedida contra la pared como si fuera un muñeco de trapo.

Quedó tendida en el suelo con la cabeza apoyada en el zócalo de azulejos. Contempló horrorizada cómo la mujer cerraba los ojos y se desvanecía entre las manos de su marido. Este siguió apretando durante un buen rato hasta que se

aseguró de que estaba muerta. Anjum trató de levantarse, pero un dolor agudo le recorrió la espalda desde la nuca hasta el coxis. El hombre depositó el cadáver en el suelo. La niña emitió un nuevo sonido en su cuna y la mirada de Said se dirigió hacia allí.

—¡No! —gritó Anjum. Su protesta quedó apagada por un fuerte dolor en el pecho que se le extendió al brazo izquierdo. Una angustia se apoderó de ella al sentir que se ahogaba. El marido se detuvo frente a la cuna y la vista de la anciana se nubló después de un intento desesperado por encontrar el aire que le faltaba.

## CAPÍTULO V

### LA MUERTE

*Que sus entrañas se pacifiquen, que  
su corazón se distienda. Si no quiere hacer  
acatamiento a tu palabra, dile entonces  
nuestra palabra a fin de que pueda quedar  
pacificada.*

*Tablilla II*

*Enuma Elish*

*Santzia seguía sin poder dormir. Las últimas noches apenas conciliaba el sueño durante un par de horas. Se sentó en la cama. Giró la cabeza y observó a su hija, acostada al otro lado. Desde la muerte de Emilia, la dejaba dormir con ella. Nunca admitiría que prefería tenerla cerca para vigilarla.*

*La palabra que había pronunciado el padre Urko no dejaba de repetirse en su cerebro como un martilleo molesto. ¿Un pacto? ¿Habría sido capaz Ludovicus de hacer tal cosa? Tenía los conocimientos para llevarlo a cabo, eso sin duda, pero ¿se había atrevido a pactar con el diablo?*

*Santzia se levantó inquieta y deambuló por la habitación. Se apoyó en la pared y se quedó mirando a Iradi. Su sueño parecía tranquilo. Su respiración acompasada no reflejaba la menor inquietud. Entonces la niña se dio la vuelta y se colocó boca arriba. ¿Tenía los ojos abiertos? En la oscuridad Santzia no podía estar segura. Se acercó a ella y la miró de cerca. Se quedó inmóvil. Los ojos de Iradi estaban en blanco y los mantuvo así durante bastante tiempo. Esta vez no se atrevió a despertarla. De pronto, el cuerpo de su hija se agitó y movió la cabeza a un lado y a otro. Cerró los ojos y cuando los abrió sus pupilas observaban a Santzia.*

*—He tenido una pesadilla —dijo.*

*—¿Qué has soñado?*

*Iradi no respondió.*

—¿Has soñado conmigo?

*Su hija negó con la cabeza. Se puso de lado y se quedó acurrucada. Santzia suspiró, rodeó la cama y se acostó a su lado y la abrazó. No sabía si hacerle la pregunta que le rondaba la cabeza. Estuvo un buen rato meditándolo sin decidirse. Quizá la niña ya se hubiese dormido.*

—¿Sigues despierta?

—Sí —respondió Iradi.

*Era el momento. Se lo preguntaría.*

—¿Has soñado con el diablo? —Su voz sonó temblorosa.

—No.

—Dime la verdad.

—No te miento.

—Entonces cuéntame la pesadilla.

—He soñado que el padre Urko me entregaba sus ojos.

La joven, sentada en una hamaca, observaba con inquietud a Judá. Tanto él como Nasir esperaban a que Nabila les diese permiso para hablar con su hija. La mujer miró al orfebre de arriba abajo y dijo:

—¿Qué clase de preguntas?

—Solo son unas sencillas, señora —respondió Judá.

—¿Acerca de qué?

—De los días previos al parto.

Nabila miró entonces a Nasir.

—Es un hombre honrado. Lo conozco desde hace más de veinte años. No pondrá en riesgo a Malika ni le hará pasar por una situación incómoda.

Nabila volvió a dirigir sus ojos a Judá y, después de meditarlo un momento, asintió.

—Gracias —dijo él. Se acercó entonces a la muchacha y le preguntó: — ¿Vino a visitarte algún hombre a quien no conocieras en los días previos al parto o durante el embarazo?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —interrumpió Nabila—. Mi hija es decente. ¿Quién cree que va a visitarla?

—No insinúo nada, señora. Me refiero a si alguien ha podido dirigirle algunas palabras que a ella le parecieran raras o misteriosas.

—¿Como de brujería? —inquirió la joven.

—Podría ser.

Malika lo negó. Judá leyó en voz baja en su cuaderno el párrafo que había escrito acerca del primer regreso, el regreso de la palabra.

—¿Has oído alguna palabra extraña que te recuerde a algo maligno?

—¿Oído dónde?

—No sé, en sueños o que te la haya dicho alguien.

—¿Qué palabra?

—No sé qué palabra, pero podría sonar a extranjera o antigua.

Malika volvió a negar con la cabeza.

—¿Conoces a alguien llamado Sargón?

—¿Sargón? No.

—¿Seguro?

—Es un nombre muy raro. Me acordaría.

—¿Has acudido alguna vez a la brujería?

—¿Qué tontería es esa? —dijo su madre, Nabila—. ¿Quiere meternos en problemas con la *Mihna*?

—¿Había alguien en el parto a quien no conocieras o ajena a tu círculo más próximo?

Malika guardó silencio un momento. Miró entonces a su madre y esta meneó la cabeza.

—Puedes confiar en él, Malika —dijo el médico—. Solo quiere aclarar por qué ha muerto tu hijo.

—Vino una mujer e hizo un conjuro. No vi mucho más, yo estaba con los dolores de parto.

Juda se dirigió a Nabila.

—¿Qué mujer?

—No sabe lo que dice, está confusa sobre lo que ocurrió. Aquí solo estábamos las mujeres de la familia y la matrona.

—Vamos, Nabila —dijo Nasir—. Lo que nos cuentes no va a salir de aquí.

La mujer se cruzó de brazos y se quedó callada un momento.

—Con la *Mihna* aterrorizando a los brujos —dijo al fin— podría meterse en problemas.

—No contaremos nada —replicó Judá.

Nabila se sentó en una silla y suspiró.

—Es una *mayús* del arrabal de Sabular. Envié a mi yerno a que la trajera. Hizo un conjuro con unas piedras, pero no funcionó. Es una buena mujer. Trató de ayudarnos. No quiero que le pase nada. Hace un rato ha venido a preguntarme si podía recibir a un amigo suyo que entiende de magia. Le he dicho que sí.

—¿A un brujo?

—No lo sé. Aún no lo he visto.

—¿Cómo se llama la *mayús*?

—Gudrun —respondió Nabila.

—La conozco —dijo Nasir—. Te diré dónde vive.

Los dos hombres salieron de la habitación y se dirigieron hacia la sala principal seguidos por la mujer. Malika se quedó sentada en la hamaca viendo cómo se marchaban.

—Gracias por dejarnos hablar con tu hija —dijo Nasir.

—No nos traerá problemas todo esto, ¿verdad? Ya es bastante desgracia haber enterrado a un nieto.

—No te preocupes. Seremos discretos. Nadie os molestará.

Elhabib llegó al zoco de los brujos con el sol en todo lo alto. La tierra amarilla estaba reseca y el polvo que levantaban algunas rachas de viento manchaba la ropa y la piel, y se podía sentir hasta en la boca. A esas horas no quedaban más que unos clientes tan desesperados como para desafiar el calor asfixiante en busca de un conjuro o de algún remedio contra sus males. Los propios hechiceros se refugiaban a la sombra de los rayos del sol bajo unos parapetos contruidos con telas oscuras y palos largos y retorcidos. A lo lejos, en el río, se oía a los niños darse chapuzones entre los cañaverales.

El *sahib* echó un vistazo general y halló a quien había ido a buscar. Gudrun lo miraba sentada tras su puesto, a resguardo del calor en los restos de una choza vieja y deshabitada. Elhabib se dirigió hasta ella y se detuvo ante la mesita de madera con los frascos verdes.

—¿Qué quieres? —dijo ella—. No creo que hayas venido a comprar nada.

—¿Qué sabes de muertos que vuelven de sus tumbas?

Gudrun levantó las cejas.

—¿Fantasmas?

—No. Fantasmas no. Personas muertas que regresan y hacen lo mismo que provocó su muerte.

—No lo había oído en mi vida.

—Ya. Yo tampoco. ¿Todas estas son pócimas mágicas?

—¿Qué quieres, Elhabib?

El *sahib* miró un momento a Gudrun en silencio. Parecía pensarse si hablar o no.

—¿Podrías encontrar a alguien que ha desaparecido?

—No.

Elhabib la miró confundido.

—¿No podrías o no lo harías si yo te lo pidiera?

—No podría.

El *sahib* se quedó mirando a Gudrun un momento. Luego se alejó del puesto y comenzó a caminar despacio y cabizbajo. Podría preguntarles a los demás. Alguno le diría que sí, que podía, pero sabía que la única que le hubiera dicho la verdad era la *mayús*.

—¿A quién estás buscando? —preguntó Gudrun.

Elhabib se detuvo.

—A mi mujer.

—No sabía que estabas casado.

—Bueno... No lo estamos.

—Entiendo. ¿Cómo se llama?

—Einat.

—¿Le pegaste? ¿Por eso se ha largado?

—¡No! Nada de eso. En realidad, no sé qué le ha podido pasar.

Gudrun se levantó de su asiento, rodeó su puesto y se acercó a Elhabib.

—Averiguaré si está viva o muerta, pero eso es todo lo que puedo hacer.

—Te pagaré lo que quieras.

—Lo que quiero me lo has negado mil veces.

—No puedo ir contra la *Mihna*. Ya habría acabado con ellos si fuera posible.

—¿Vivís juntos?

—Sí.

—Bien. Iremos a tu casa, entonces. Allí haré la prueba de vida. Ayúdame a recoger el puesto.

Ludovicus golpeó el portón y esperó a que abrieran. Un hombre con el pelo gris y rizado, y la barba del mismo color, apareció en el marco de la puerta y lo miró de arriba abajo.

—Entra —dijo.

El gigantón atravesó el porche y llegó hasta el patio. El criado subió las escaleras que conducían a una galería superior y se perdió de vista. Ludovicus se quedó allí en medio, solo. Unos golpecitos que venían del otro lado de una puerta entreabierta en un extremo del patio llamaron su atención. Se dirigió hasta allí, empujó levemente la madera y vio a una joven arrodillada y vuelta de espaldas que cavaba la tierra negra bajo un rosal.

La muchacha se giró y cuando lo vio se levantó de golpe, emitió un leve gritito y tiró la azada.

—Perdona —dijo él—. Te he asustado.

—No, no. Soy una tonta.

Ella bajó la cabeza y lo miró con sus ojos violetas. Con la mano derecha apoyada en su vientre hinchado se inclinó con dificultad para recoger la azada del suelo.

—Deja que te ayude.

Ludovicus se agachó veloz, tomó la herramienta y se la cedió a la mujer.

—Estabas en la mezquita Aljama ayer —dijo ella.

—Es cierto.

La joven puso la azada sobre una mesa algo destartalada junto a la pared del jardín.

—Bahij tardará un poco en recibirte. Le gustan las siestas largas. Después se pasa la noche trabajando.

—Eres aficionada a la jardinería —dijo Ludovicus señalando los rosales.

—Mucho —respondió ella—. Es casi lo único que hago. Mi marido no me deja muchas más opciones.

—¿A qué te refieres?

—Tengo prohibido salir a la calle. Bahij sólo me permite acudir a la oración en la mezquita y ya has visto el efecto que produzco. Dice que, si me dejara ir a los jardines los viernes, tendría que batirse en duelo con todos los que me miraran.

—Lo siento.

—Eres un experto en magia, según he oído. ¿Estás en Córdoba por la maldición? —Al decir esto se acarició el vientre.

—No. En realidad, busco a mi hija.

—¿A tu hija?

—Alguien la raptó y parece que la trajo hasta aquí.

—¡Oh! Vaya... Es una desgracia. Espero que la encuentres.

—Gracias.

—Bahij está preocupado por la maldición. Trajo a un brujo egipcio, un tal Seth, y me dio esto. —Le mostró un colgante de plata con un símbolo labrado en él—. A mi marido le costó una fortuna. Dice que así no correrá peligro mi hijo, pero no es más que un charlatán.

—¿No tienes miedo...?

—Tasmílah. Llámame Tasmílah. Supongo que sí, que tengo miedo. Como todas las mujeres en mi estado.

En ese momento apareció en el jardín el criado del pelo gris y dijo:

—Bahij te atenderá ahora.

Ludovicus se despidió de Tasmílah con un asentimiento y siguió al criado hasta el patio. Vio a Bahij apoyado en la baranda de la galería mirándolo con gesto serio. El criado le indicó la escalera con la mano y se marchó.

Cuando Ludovicus llegó a la planta alta, la seriedad de Bahij se había convertido en una sonrisa.

—¡Amigo Ludovicus! —exclamó. Le extendió las manos y apretó las suyas—. Espero que estés aquí para aceptar el encargo que te ofrecí.

Los dos hombres entraron en una sala austera con una mesa en el centro llena de documentos y varias sillas y una arqueta en la pared. Bahij le señaló a Ludovicus una de las sillas con la mano.

—Cobraré trescientos dinares —dijo el gigante nada más sentarse. Bahij levantó las cejas—. La mitad por adelantado.

—¡Vaya! Sí que son caros tus servicios. Espero que merezca la pena.

Bahij se dirigió a la arqueta junto a la pared, extrajo una llave de un bolsillo interior de su caftán y la abrió. Sacó una bolsa blanca de tela y otra más pequeña de cuero. Las depositó sobre la mesa.

—¿Cómo desapareció tu hermano?

—En realidad, no lo sé. Nadie parece saberlo. Salió una mañana de casa y no volvió.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un par de meses.

—Necesitaré su dirección.

—Bien, te la escribiré.

—¿Sabes si tenía algún problema en casa?

—Tiene dos mujeres que se odian. Te puedes imaginar, amigo Ludovicus, si tenía problemas...

—¿Tantos como para irse?

—No, no creo. Masarra me lo habría dicho. Tiene que haber otro motivo.

—¿Tiene hijos?

—Uno. Trabaja para mí. Es mi agente comercial en Almería.

—¿Podría estar con él?

—No. Ya le escribí preguntándole.

—Puede haberle mentado.

—Lo dudo, amigo Ludovicus. No se llevan muy bien.

—¿Sabes de alguien que pueda haberle dado cobijo?

—Mi hermano es un hombre muy reservado. Apenas sale de casa. Que yo

sepa, solo tiene dos amigos en Córdoba y ninguno de los dos está en disposición de esconderlo.

—¿Quiénes son?

—Uno es Ruy Fáñez, un ajedrecista. Lo último que he sabido de él es que está algo enfermo. El otro es Moavia. Es imam en una mezquita de Saqunda. A este no lo conozco. Cuando he intentado hablar con él me ha resultado imposible. Solo sé que mi hermano le financia su templo y sus obras caritativas.

—Bien. Empezaré por ellos.

Bahij le extendió un papel con las señas de Masarra escritas. Tras cogerlo, Ludovicus se dirigió a la puerta.

—Una última cosa, amigo Ludovicus. No vuelvas a hablar con mi mujer.

Agachada junto a la reja, Einat observó la cerradura. Sopló para limpiar el polvo y las telarañas y se fijó en el mecanismo interior. Había visto a gente abrir puertas con un simple alambre. No debía resultar muy difícil.

—¿Tienes una horquilla? —le preguntó a Iradi.

—¿Para qué?

—Para abrir la reja. Así podremos escapar.

—Esa reja no está ahí para impedirnos salir, sino para que no entren.

—¿Que no entren quiénes?

—Mis recuerdos.

Einat se sentó en su cama de piedra y observó a la niña. Vuelta de espaldas, dibujaba algo invisible en la pared con el dedo.

—¿Qué recuerdos son esos? —inquirió Einat. Iradi se encogió de hombros.

Einat se acercó a ella y le acarició el pelo. La niña se incorporó y quedó sentada a su lado.

—Quizá ahí fuera esté la clave para que podamos salir de aquí.

—No hay ninguna clave. Todo esto es mi cabeza. Saldremos de aquí cuando nos permitan despertar.

—¿Sabes cómo se abre la puerta?

Iradi asintió. Levantó levemente su capa y le mostró a Einat una llave grande de hierro sujeta a su cinturón. Einat trató de alcanzarla, pero la niña la cubrió enseguida.

—Quizá encontremos la forma de despertarnos por nuestra cuenta.

—Los recuerdos no nos dejarán.

—No estarás sola —dijo Einat—. Iremos juntas.

Iradi la miró fijamente. Había duda en sus ojos.

—Si vemos algo que te asuste, nos damos la vuelta.

La niña volvió a levantar la capa y se quedó mirando la llave. La sacó del cinturón y la conservó unos instantes entre sus manos. Luego se la entregó a Einat. Esta se dirigió rápidamente hacia la reja, giró la llave en la cerradura y abrió. Se volvió hacia Iradi, que la miraba sin moverse.

—Vamos —le dijo y extendió su mano. Iradi se la agarró y ambas salieron de la celda.

Todo estaba oscuro y vacío. Avanzaron con cautela y aguzaron el oído, pero el silencio era total. Recorrieron un buen trecho sin que divisaran nada ante ellas. Einat miró hacia atrás y vio la celda muy pequeña en la distancia. Un cubo de piedra en mitad de la oscuridad.

Siguieron adelante y vieron un punto de luz en la lejanía.

—Allí hay algo —dijo Einat.

Trató de avanzar, pero Iradi se había detenido y tiraba de su mano.

—Deberíamos volver.

—Vamos. Quizá sea una salida.

Iradi asintió con expresión asustada. Se dirigieron hacia la luz. Al llegar vieron que el resplandor no era más que el brillo de una gran piedra cuadrada, una lápida. Einat se agachó y limpió una capa de polvo que cubría una inscripción.

*Aquí yace Adramelec. Señor de los demonios. El gran hipócrita. El primer mentiroso. El mal oculto. Una palabra tuya y será libre.*

—¿Una palabra tuya? —se preguntó Einat—. ¿Qué querrá decir?

—No lo sé —mintió Iradi—. Vámonos.

Entonces, un sonido pareció abrirse paso en el silencio. Este comenzó a aproximarse. Era algo que se arrastraba. A unas decenas de pasos, una figura apareció de entre las sombras. Le costaba caminar. Tenía la piel abrasada por el fuego. Su ropa no era más que unos pocos harapos que apenas cubrían las espantosas ampollas que llagaban su cuerpo. En la cabeza le quedaban tan solo unos mechones de pelo y su expresión era la de una mujer atrapada en un dolor extremo.

—Iradi, por favor —susurró, aunque pudieron oírla con claridad.

La niña se soltó de la mano de Einat. Esta la vio huir y luego se volvió hacia la mujer quemada y también Einat corrió.

Cuando llegaron a la celda, Einat cerró de nuevo con llave. Iradi se había ovillado en su rincón y temblaba con cada músculo de su cuerpo y se agarraba las rodillas con los brazos.

—¿Quién era esa mujer? —preguntó Einat.

Iradi no respondió.

Judá dio un par de golpes a la puerta y escuchó en el interior si se oían pasos. Volvió a golpear. Aguardó unos instantes y miró a la calle. Una mujer con una niña cogida de la mano se acercaba despacio. Lo miró con curiosidad de arriba abajo y se detuvo a su lado.

—¿Buscas a Gudrun?

—Así es. ¿La conoces?

—Claro que sí. A esta hora ya debería estar aquí.

—¿Dónde podría encontrarla?

La mujer lo volvió a examinar.

—Tiene un puesto en el zoco de los brujos.

—Gracias.

El orfebre se puso en marcha, pero la mujer lo llamó.

—¡Espera, buen hombre! Si ahora vas hacia el zoco, es probable que ya se haya marchado. Es mejor que la esperes aquí.

Judá pensó que la mujer tenía razón. Esta siguió su camino y la niña no lo perdió de vista hasta que se hallaron lo suficientemente lejos. El orfebre se acercó a una pared blanca que había frente a la casa y apoyó allí su espalda.

La tarde avanzó. El sol ya no calentaba como hacía un rato. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero la espalda empezó a dolerle. Se sentó en el suelo y cerró los ojos. Sintió el alivio de los músculos lumbares al relajarse. Unas cuantas mujeres pasaron a su lado y se le quedaron mirando. ¿Por qué esperarla tanto? Quizá supiera lo mismo que él. O menos aún. Tal vez no apareciera en toda la noche. Judá se puso de pie. El sol ya estaba bajo.

—Lo siento, Einat —dijo—, pero hoy ya no puedo hacer mucho más.

Decidió acercarse al día siguiente al zoco de los brujos. No tenía muchas más pistas. «Sí, eso haré», pensó. Judá emprendió entonces el camino de regreso a su casa.

Gudrun recorrió la pequeña vivienda, se adentró en la habitación, se sentó en la cama y cerró los ojos. Elhabib la miraba atento. La hechicera se levantó y abrió un pequeño armario que había en la pared opuesta a la cama. Palpó la ropa de Einat y también la de Elhabib. Luego salió de nuevo a la sala. Se acercó a la mesa y tomó la lámpara de aceite.

—¿No tienes velas?

El *sahib* se fue hasta un arcón situado bajo la ventana, sacó de él un manojó de velas y lo puso sobre la mesa. Gudrun las cogió y las examinó una a una.

—Servirán —dijo—. Esta casa...

—¿Qué le pasa?

—No es muy cara.

—¿Y qué?

—No es propia de un *sahib as surta*.

—Nos estábamos construyendo otra cerca de la Puerta de los Nogales. Einat trabaja allí.

—¿Qué hace?

—Es escritora.

—Creo que la he visto alguna vez.

Gudrun descolgó la bolsa de tela de su hombro y sacó de ella una plancha de plomo. Se agachó y la colocó con mucho cuidado en el suelo.

—Debe mirar al norte —dijo.

Rebuscó en el interior de la bolsa y halló una pequeña tiza de yeso. Dibujó unos extraños símbolos en la plancha y dijo:

—Pase lo que pase, guarda silencio.

—Bien.

Gudrun se sentó en el suelo y entrelazó las piernas. Durante un rato no ocurrió nada. Pero de pronto la plancha de plomo comenzó a moverse sola. Al principio lo hizo suavemente, más tarde los movimientos se volvieron bruscos y hasta violentos. Y de repente se paró.

—¿Qué quieres? —dijo la voz de una mujer.

—Busco al Centinela —respondió Gudrun.

—¿Al Centinela? ¿Vas a ofrecerle algo?

—Tengo unas velas para él. Para que ilumine su camino en la oscuridad.

—Aguarda.

Se hizo el silencio en la casa. Elhabib observaba la escena expectante.

—¿Quién me busca? —sonó una voz masculina desde la plancha.

Gudrun puso el manojito de velas sobre el plomo y dijo:

—Te ofrezco estas velas para...

—¿Qué quieres?

—Busco a una mujer.

Las velas se derritieron rápidamente sobre la plancha como si fueran bolas de nieve en una parrilla encendida.

—¿Qué mujer?

—Se llama Einat.

—Hay muchas Einat.

—Ahora estoy en su casa. Seguro que puedes percibir su olor.

—Sí, puedo olerla. No ha pasado por aquí.

Gudrun tomó la plancha y limpió los símbolos dibujados con la tiza y después la guardó en la bolsa. Elhabib se acuclilló junto a ella.

—¿Qué ha sucedido? —dijo.

—Ya lo has oído. No ha pasado por ahí.

—Y eso, ¿qué quiere decir?

Gudrun se puso de pie.

—Que está viva.

—¿Viva? —Elhabib agarró por los brazos a Gudrun—. Pero ¿dónde?

—Te dije que yo no la puedo encontrar.

Elhabib la soltó.

—Perdona —dijo.

Ella se cargó al hombro su bolsa y recogió su puesto de madera del suelo junto a la puerta. Antes de marcharse le dedicó una última mirada compasiva a Elhabib. Este se derrumbó en la mecedora y se frotó la frente con la mano.

—Viva —murmuró.

Mandí aguardaba en el centro del patio con la niña a su lado. Esta vez lo protegían seis hombres armados que miraron con curiosidad a Ludovicus cuando este entró.

—Sé que no es tu hija.

Ludovicus se detuvo frente a él.

—¿Supone eso un problema? Tengo tu dinero.

—No gano nada con todo esto —dijo Mandí—. Te vendo a la niña por lo mismo que me costó. Sin embargo, pierdo a una buena esclava que me puede dar un hijo varón dentro de unos años. Deberías compensarme.

—Escucha —dijo Ludovicus—. Lo que me pediste es todo lo que tengo. He actuado de buena fe. Tú te rodeas de criados, les das espadas y crees que estás protegido. —Los criados se miraron unos a otros—. Si no aceptas el dinero... Bien, peleemos.

Nadie se movió. Los criados permanecieron atentos a su jefe, pero Mandí parecía meditar su siguiente paso. Entonces, le dio un empujoncito a la niña y esta recorrió veloz la distancia que la separaba de Ludovicus para colocarse detrás de él. El gigante le lanzó las bolsas llenas de monedas y ambos salieron de la casa sin perder de vista a Mandí y a los criados.

—Gracias —dijo ella cuando se hallaron fuera.

Emprendieron camino calle abajo y Ludovicus vio que la niña se estremecía y se agarraba los brazos. La tarde era cálida, no parecía que fuera el frío lo que la

hacía temblar.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Sabiñe.

—En tu cautiverio, ¿has conocido a alguna muchacha de tu edad que se llamase Iradi?

Sabiñe se quedó pensando. Luego negó con la cabeza. Ludovicus suspiró.

—¿Alguno de tus captores se llamaba Sargón?

La niña volvió a negar.

Llevaban ya un rato caminando cuando los adelantó un grupo de hombres y mujeres corriendo. Un momento después los pasó una pareja joven. Y más tarde varios niños también corrían calle abajo torciendo en la esquina del final.

—¿Qué ocurre? —se preguntó Ludovicus en voz alta.

Llegaron a un cruce de calles y giraron donde lo habían hecho los niños unos minutos antes. Una multitud se agolpaba en un espacio abierto entre varias casas y todos miraban en la misma dirección. Ludovicus y Sabiñe se colocaron detrás de ellos y el gigante levantó la vista por encima de los demás. Pudo ver una callejuela estrecha atravesada de lado a lado por arcos pequeños de medio punto. En cada uno de estos arcos colgaba de una cuerda una cabeza sin cuerpo.

Muchos espectadores miraban absortos mientras otros se paraban un momento, echaban un vistazo y huían sin mirar atrás.

Un muchacho se hallaba apoyado en la pared y charlaba con otros dos hombres.

—No vi nada —dijo—. Cuando volví la cabeza ya estaban ahí. Es imposible que alguien las colgara sin que yo lo viera.

—Es cosa de brujería —dijo una mujer delante de donde se hallaban Ludovicus y la niña.

El estudioso de las señales se fijó bien en las cabezas y contempló la extraña vibración del aire, la luz violeta apenas perceptible entre los rayos del sol y el sutil olor nauseabundo que impregnaba el ambiente. «Una magia oscura», pensó.

Echó un vistazo alrededor y vio en un extremo a un hombre de pelo gris y rizado con una kipá judía que lo observaba con atención. Cuando sus miradas se cruzaron, este agachó la cabeza y siguió tomando notas en un pequeño cuaderno con tapas de cuero.

—Vamos —dijo Ludovicus y ambos se alejaron del lugar.

Judá pensó que a cada paso que daba descubría algo peor. Lo que había leído se le mezclaba con la maldición de los niños muertos y a la mente le vino la imagen de un buitre sobrevolando la ciudad: Adramelec. Un demonio enterrado

durante miles de años y que, de repente, un loco pretendía resucitar. Y en el centro de todo, Einat. Judá ya se hacía una idea de lo que había pasado. Conocía la habilidad de su mujer. Era capaz de ver el aura de la gente. Vería la del tal Sargón y la descubrirían. Pensó en cómo acababan estas cosas y se estremeció. No quería imaginar su cadáver tirado en cualquier esquina.

Un bullicio lo sacó de sus pensamientos. Levantó la vista y contempló frente a él a un grupo de gente que se agolpaba en un cruce. Se acercó por detrás y se puso de puntillas. En una calle estrecha y algo en pendiente, colgadas de unos arquillos que la atravesaban, siete cabezas se balanceaban alineadas a lo largo de la callejuela.

La gente se llevaba la mano a la boca y murmuraba por lo bajo sobre los castigos que estaba recibiendo Córdoba. Judá escuchó varias teorías, cada una más retorcida que la anterior. Al recordar la leyenda del crimen de los infantes de Lara, buscó su cuaderno bajo la túnica. Lo abrió por la página donde había descrito los cinco regresos y leyó:

*El cuarto regreso es el del mal pasado. Cuando el pueblo haya entregado a sus hijos, los crímenes pasados serán glorificados. El mal antiguo producido regresará. Las víctimas y sus verdugos revivirán sus sacrificios como último paso para que viva el Gran Dios.*

—El cuarto regreso —murmuró para sí.

Eso significaba que ya solo quedaba uno para la llegada del demonio. Volvió a leer el primero. La palabra. ¿Qué palabra? Si consiguiera averiguar de qué palabra se trataba, quizá pudiera desentrañar el misterio y llegar hasta Einat.

De pronto, a la plaza llegó un hombre que a Judá le llamó la atención. Era mucho más alto y fuerte que los demás. Su cara estaba desfigurada. Dos protuberancias salían de su frente y empujaban las cejas hacia abajo, dibujándole una mirada fiera y oscura. La mandíbula era ancha y la boca pequeña y torcida, como su nariz. Contemplaba las cabezas con un especial interés. Echó un vistazo a su alrededor, como si buscara algo, y entonces sus ojos se cruzaron. Un escalofrío recorrió la espalda de Judá. Bajó la cabeza y se sumergió en las páginas del cuaderno. Después de un momento volvió a levantar la mirada y comprobó que el deforme había desaparecido.

—¿Dónde...?

Se dirigió al lugar en que este se encontraba hacía unos instantes y se asomó a la calle de la que había venido. Nada. Giró hacia la callejuela adyacente y tampoco allí lo encontró. Vio que un hombre subía calle arriba y se acercó a él.

—Perdona, buen hombre. ¿Has visto pasar a un individuo muy alto con la

cara desfigurada?

El hombre se encogió de hombros. Luego su mirada se fue hasta las sogas.

—¿Eso son cabezas?

Se apartó de Judá y se unió a los mirones. El orfebre hundió sus hombros y comenzó a alejarse del lugar. Deambuló por las calles sin rumbo, ensimismado en sus pensamientos derrotistas. Cuando se percató de ello no sabía dónde estaba. Pasó por la puerta de una taberna y se detuvo. Miró al interior y dudó si entrar o no. ¿Cuánto hacía que no bebía? Desde que le prometió a Einat que, si no lo abandonaba, no volvería a probar el alcohol.

Su mujer lo había dejado de todas formas, pero él cumplió su promesa. Puso un pie en el interior del local y echó un vistazo a su alrededor. La taberna apenas tenía cuatro o cinco mesas desperdigadas y solo una de ellas ocupada por un cliente con la mirada perdida y los ojos brillantes. Judá se sentó en una vacía. Enseguida apareció el tabernero.

—¿Qué va a ser, amigo? ¿Vino?

—Té —respondió Judá. El tabernero torció el gesto y se dirigió a un mostrador de madera gris con unos cuantos listones sueltos. Judá lo detuvo—. ¡Espera! Vino.

El tabernero asintió.

—Vino —repitió.

—¿Quién es? —inquirió Gudrun.

—Se llama Sabiñe. He pagado ciento cincuenta dinares para liberarla.

—¡Vaya! No sabía que tuvieras tanto dinero.

—No lo tengo.

Sentada a la mesa, la niña bebía leche de un tazón y comía galletas con canela. Ludovicus y Gudrun la dejaron sola. Salieron a la calle y se apoyaron en la pared de la fachada.

—Están pasando muchas cosas raras en esta ciudad, pero ninguna de ellas me lleva a mi hija.

—¿No tienes ninguna pista?

—Nada. No tengo nada.

—Con cosas raras, ¿te refieres a los niños muertos?

—No solo a eso. Cuando veníamos hacia aquí habían aparecido siete cabezas colgadas en una calle de la medina. Pude ver la magia por todas partes.

—¿Siete cabezas? ¿Como en la leyenda?

—¿Qué leyenda?

—Una muy conocida. En las tabernas te la cuenta cualquiera con dos copas

de más. Las siete cabezas de los siete infantes de Lara. De esto hace más de cien años. En los tiempos de Almanzor se celebró una boda en Burgos. A esa boda estaba invitado el conde de Lara, cuya mujer era hermana del novio, que se llamaba Rodrigo. Al conde y a su mujer los acompañaron sus siete hijos.

—Los infantes —dijo Ludovicus.

—Exacto. En un torneo, durante la celebración, uno de estos siete infantes mató a un primo de la novia. Esta le hizo prometer a su reciente esposo que obtendría venganza. El novio, Rodrigo, ideó un plan para deshacerse de su cuñado y sus sobrinos y ofrecer así a su mujer lo que deseaba.

»Rodrigo le pidió al conde de Lara que actuara como embajador ante Almanzor, que era un gran amigo suyo, con la idea de que este último le ayudase a sufragar los gastos de la boda. En realidad, en la carta pedía al visir cordobés que matase al mensajero. Almanzor, después de leer la misiva, se apiadó del conde y en lugar de matarlo, lo hizo prisionero en una casa de la calle en que deben haber aparecido las cabezas.

»Rodrigo contó a sus sobrinos que su padre había sido cautivo por Almanzor. Reunió un ejército e hizo que los siete infantes se unieran a él. Los condujo hasta una emboscada. Un capitán andalusí los esperaba y, después de capturarlos, los degolló. Envió sus cabezas a Córdoba y Almanzor ordenó colgarlas de los arquillos de la calle. Supongo que para mostrar a los cordobeses lo malos que eran los cristianos del norte.

—Y ahora las cabezas vuelven a aparecer.

—Yo pensaba que la leyenda era falsa. He oído historias similares con otros personajes en Germania y en Franquia. ¿No será un montaje?

—No creo —respondió Ludovicus—, la magia era auténtica. De cualquier modo, no parece que tenga nada que ver con Iradi.

—Pues he hablado con Nabila, la madre de la muchacha que dio a luz el otro día. La que atendí. Dice que te recibirá. Puedo cancelarlo si quieres.

—No, iré en un rato, aunque solo sea para descartar esa pista. Mañana quiero averiguar qué ocurrió con un tal Masarra.

—¿Quién es ese?

—Es un contratiempo. El tipo ha desaparecido y he aceptado buscarlo.

—Por ciento cincuenta dinares.

—Así es. Si no fuera por la niña, no me habría metido en ello. Cuanto antes me lo quite de encima mejor.

—¿Qué vas a hacer con Sabiñe? Ahora es tu esclava.

—Lo de la esclavitud no va conmigo. Tengo que encontrar la manera de

enviarla al norte de forma segura. De vuelta con su familia.

—Yo conozco a unos comerciantes de lana que viajan mucho por los reinos cristianos. Son buena gente.

—¿Crees que nos harían el favor?

—Estoy segura.

—Gracias.

Ruy cerró la puerta tras de sí. Echó el pestillo y atravesó el corredor en penumbra. Al llegar a la sala contempló a Sahalú sentada en la mecedora. Su mujer lo miraba seria. Él se acercó despacio con una sonrisa beoda en los labios. Se inclinó sobre ella e intentó besarla, pero Sahalú apartó la boca.

—Hueles a vino —dijo.

—Claro. Estoy borracho.

—¿Dónde has estado todo el día?

—Solo he hecho dos cosas: intentar curarme y beber para olvidarme de que no lo he conseguido.

—¿Curarte? ¿Has ido a un médico?

—No. He visitado a ese brujo egipcio. Seth.

—Ese es un sinvergüenza.

—Era.

—¿Qué quieres decir?

—Que ahora está en el paraíso... O en el infierno. No estoy seguro.

Ruy se sentó en una silla y apoyó los brazos en la mesa. Se recostó sobre ellos y cerró los ojos.

—¿Qué ha pasado? —dijo Sahalú.

—Que lo he matado. En realidad, mi maldición lo ha matado.

—No entiendo nada de lo que dices.

—Cuando intentó sacarme la maldición, esta lo atacó y acabó con él.

—¿Qué quiere decir que lo atacó?

Ruy sacó la cabeza de entre los brazos.

—Mi maldición es una alimaña. Le ha mordido hasta la muerte.

Sahalú se levantó de la mecedora, se acercó a su marido y le acarició el cabello de la nuca.

—No me crees, ¿verdad?

—Esta enfermedad que tienes te hace ver cosas.

Ruy se puso de pie, furioso.

—¡No veo cosas! ¡Son reales! ¡Te juro que...!

El ajedrecista se quedó mirando el rostro de Sahalú. Observó su cabeza y el

resto de su cuerpo. Se puso de puntillas y volvió a su posición.

—¿Qué ocurre? —dijo ella.

—Eres más alta que yo.

—¿A qué viene eso?

—Antes no eras más alta que yo.

—No digas tonterías. No soy más alta que tú.

Ruy se pegó a su mujer.

—¿Lo ves? Te miro desde abajo. Eres, por lo menos, cuatro dedos más alta que yo.

—Estás enfermo, Ruy. Esto no es más que un síntoma físico.

—Ya. Un síntoma físico. —El ajedrecista se apartó de su mujer y se dirigió a su habitación refunfuñando—. Me estoy transformando en otra cosa, eso es lo que me pasa.

—¿Quieres que te haga una infusión con las hierbas que compraste?

—¡Qué más da! Nada me puede salvar.

Sahalú se dirigió a la cocina y sacó la bolsa de seda roja. Vertió algunas briznas del romero picado en un cazo lleno de agua caliente con cuidado de no tocarlas.

—Un poco más —se dijo—. Un poco más y todo habrá acabado.

—¿Te envía la *mayús*? —dijo Nabila.

—Así es.

Ludovicus permaneció de pie. Nabila miró de arriba abajo al gigante. Sus ojos se quedaron quietos en la cara de Ludovicus y estudió sus facciones.

—Ven conmigo —dijo.

La mujer lo condujo por un pasillo. Llegó a una cortina que cubría la entrada a una habitación y la atravesó. Ludovicus se agachó para no dar con la cabeza en el dintel y se encontró en un dormitorio con una joven que lo observaba desde su mecedora a un lado de la cama.

—Te dejo llegar hasta aquí porque eres amigo de la *mayús* —dijo Nabila—. De lo contrario jamás permitiría a un hombre entrar en la alcoba de mi hija. Cuento con tu discreción. No quiero que todo el mundo ande diciendo falsedades de nosotras.

—Gracias —murmuró Ludovicus.

El gigante echó un vistazo al cuarto y observó la cama y la cuna vacía en un rincón. Contempló los restos de magia y reconoció las similitudes con las señales que había visto alrededor de las cabezas cortadas. «El mismo autor», pensó. Se echó al suelo y miró debajo de la cama. Ni rastro de amuletos ni

conjuros.

—¿Qué hace? —le preguntó la joven a su madre.

Nabila se encogió de hombros. Ludovicus se puso de pie y se sacudió las rodillas.

—El suelo está limpio —dijo la mujer.

—Claro —respondió Ludovicus azorado—. ¿En los días previos al parto notaste algo extraño? —le preguntó a la joven.

—Ya se lo dije al hombre que vino esta tarde. No, nada. Tampoco he oído hablar nunca de ese nombre tan raro.

—¿Qué nombre?

Malika miró a su madre.

—Argón —dijo esta—. Le preguntó por un tal Argón.

—¿No sería Sargón?

—Puede ser —dijo Nabila.

—Era Sargón —dijo Malika.

—¿Quién era ese hombre?

—Un judío. Vino con Nasir. Todo lo apuntaba en un cuaderno negro de cuero.

Ludovicus recordó al hombre con el cuaderno que miraba las cabezas entre la multitud.

—¿No sabéis cómo se llama?

—No me acuerdo —dijo Malika. Nabila también lo negó con un gesto.

—¿Quién es Nasir?

—El médico. Tiene una casa de enfermos en la medina. Todo el mundo lo conoce.

Ludovicus salió veloz de la habitación, recorrió el pasillo, la sala y cuando llegó a la calle comenzó a correr en dirección a la Puerta de Hierro.

A Judá le podía ser difícil pronunciar las palabras o costarle enfocar la vista, y un sopor placentero podía incluso impedirle levantarse de la silla, pero se pelearía con cualquiera que afirmase que estaba borracho. Se puso de pie y todo el entorno giró como si alguien le hubiera dado una vuelta con él dentro. Tuvo que apoyar las dos manos en la mesa para no caer. Comenzó a caminar hacia la puerta. Su cuerpo se desviaba hacia la derecha sin él pretenderlo. Fijó toda su atención en la salida y así fue capaz de mantener la línea que lo llevaría a la calle.

Una leve brisa le acarició la cara cuando salió. Era una brisa agradable en medio del calor asfixiante que sentía. Apoyó la espalda en la pared y cerró los

ojos. ¿Qué pensaría Einat si lo viera ahora? ¿Lo volvería a abandonar?

—¡Si ya me has dejado, zorra! —gritó—. ¡Puedo hacer lo que me dé la gana!

Al decir esto pensó en que quizá ya estaría muerta. Una tristeza profunda se instaló en su pecho. El llanto surgió de lo más hondo de su interior. Empezó el camino a casa con una mano en la pared. Las lágrimas se derramaban por sus mejillas y empañaban sus pupilas y le impedían ver la calle.

Una figura apareció ante él, a unos metros. Se secó los ojos y trató de distinguirla. Avanzó unos pasos con cautela. El hombre se acercó a él y la luz de un candil colgado sobre una puerta le iluminó el rostro.

—Yo a ti te conozco —dijo Judá—. Eres el criado de Hasday.

El hombre sonrió. No estaba solo. De detrás de él aparecieron otros tres. Judá vio los cuchillos en sus manos.

—Entiendo —dijo. Se puso derecho y se alisó la túnica—. Antes de que lo hagáis contéstame a una pregunta, por favor. ¿Einat sigue viva?

—Así es —dijo Dunas.

A Judá se le dibujó una sonrisa bobalicona en el rostro.

—Gracias por decírmelo.

Cerró los ojos y sintió cómo los cuchillos se abrían paso en sus entrañas y le provocaban un dolor profundo que lo dejó sin respiración. Las siguientes puñaladas le dolieron menos y halló cierto alivio en que así fuera.

Un guardia le había indicado cómo llegar a la casa del médico. Una puerta pequeña, pintada de verde, con una aldaba de hierro con forma de rama. La mujer que le abrió tendría unos cincuenta años y la cabeza cubierta con un pañuelo naranja.

—¡Alá misericordioso! —exclamó al verlo—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—No te preocupes. Es de nacimiento.

—No sé si Nasir podrá ayudarte.

—No vengo por mi cara. Necesito hablar con él.

—No está aquí. Ha ido a Almodóvar a visitar a un paciente. Volverá mañana a mediodía.

Ludovicus bajó los hombros e inclinó la cabeza.

—Quizá tú me puedas ayudar. Nasir ha ido esta tarde a visitar a una joven que acaba de perder a su hijo en el parto.

—¿Te refieres a Malika, la hija de Nabila?

—Esa misma. Lo acompañaba un amigo que portaba un cuaderno de piel.

¿Sabes quién es ese hombre?

La mujer arrugó el entrecejo y apretó los labios.

—No sabría decirte. Nasir conoce a mucha gente.

—Al parecer es judío.

—¿Judío? No lo sé.

Ludovicus suspiró.

—Te agradezco la ayuda —dijo—. Volveré mañana.

Descorrió un poco la cortina que daba al dormitorio y vio que, en la cama, Gudrun y Sabiñe dormían dándose la espalda. Ludovicus se dio la vuelta y se acercó a la mesa tratando de no hacer ruido. Se sirvió vino en un vaso y se lo bebió de un trago. Si había alguna conexión entre los niños muertos e Iradi, ese tipo la sabría, estaba seguro.

Cuando se sentó vio un papel medio arrugado en una esquina de la mesa. Pudo distinguir una palabra entre los pliegues: *Mihna*. Lo alisó y leyó lo que decía:

*No haces caso de las advertencias de la Mihna. Deja de vender tus pócimas o nos ocuparemos de ti.*

Ludovicus se guardó el papel bajo el cinturón. Se terminó el vino, se dirigió al sillón viejo junto a la pared y se acomodó en él. Colocó su espada sobre los muslos, bostezó y cerró los ojos.

Hakam Ibn Ukasa no podía creer lo que veía. El muchacho estaba tirado en mitad de la escalera. El modo en que su cuello descansaba en uno de los escalones resultaba imposible. El gobernador inclinó la cabeza a un lado para verle mejor la cara. Los ojos del cadáver parecían mirarlo con un tono de reproche. Él mejor que nadie sabía cuál había sido el único pensamiento del muchacho antes de morir: ¡traidor! Se inclinó a su lado y le cerró los párpados.

—Ha caído por las escaleras y se ha roto el cuello —dijo uno de los guardias.

—¿Lo habéis visto caer?

—No, señor. Oímos un ruido y cuando nos acercamos lo encontramos así. Hamsa dijo que debíamos llamarte.

Hamsa era el guardia más veterano. Miró al gobernador serio con el flequillo gris asomándole bajo el casco.

—¿Por qué has ordenado que me llamen? —dijo Hakam—. ¿Acaso sabes quién es?

—Así es, señor —dijo Hamsa—. Es Abbas, el hijo del emir de Sevilla.

—Pero, sabes que eso es imposible, ¿verdad?

—Sí, señor. Imposible.

Ibn Ukasa, acuclillado junto al cadáver, le hizo un gesto a Hamsa para que se acercara. Este se agachó a su lado.

—Acerca el candil —ordenó Hakam al otro soldado. El resplandor iluminó la cara del joven Abbas—. Puede ser alguien que se le parece. ¿Lo conociste bien?

—Sí, señor —dijo Hamsa—. Fui miembro de su guardia personal. Es él.

—¿Cómo es eso posible? Abbas lleva muerto tres años.

—Es brujería, señor —dijo Hamsa.

Ibn Ukasa levantó la vista en dirección al guardia más joven. Este no decía nada, pero el terror le había crispado el rostro y observaba el cadáver con los ojos muy abiertos.

—No le contéis a nadie lo que habéis visto. Si lo hacéis os mandaré ejecutar. A vosotros y a vuestras familias. Sabéis que lo haré si me obligáis.

—Sí, señor —dijeron al unísono.

—Llevad el cadáver a las mazmorras. Cubridlo, que no lo vea nadie.

Otmán llevaba por lo menos dos horas apoyado en la pared junto a la puerta con una rendija abierta. Tan solo veía oscuridad y quietud en el pasillo de la fonda. Abrió y asomó la cabeza. Puso un pie fuera de su habitación, luego el otro y se aproximó a la puerta contigua. Giró el pomo en vano. Acercó la oreja a la madera, pero no oyó nada. Se dirigió entonces al inicio del pasillo, al borde de la escalera, y aguzó el oído. Le llegó un suave traqueteo desde abajo. Descendió cada peldaño tratando de ser silencioso y se detuvo junto al mostrador de la entrada. El traqueteo era más fuerte y provenía del comedor. Otmán agarró el mango de su espada.

En un rincón de aquella sala grande, llena de mesas bajas y cojines, el muchacho de la fonda se mecía sobre las dos patas traseras de una silla mientras miraba por la ventana al exterior. Sostenía un vaso y, junto a él, en el suelo, una botella. Otmán entró en la sala. El chico, al verlo, se puso derecho y miró el vaso como si lo quisiera hacer desaparecer de repente.

—¿Deseas algo, señor? —dijo.

Otmán se detuvo en mitad de la estancia y miró a su alrededor. La luz plateada de la luna apenas iluminaba lo suficiente para ver unos vasos sobre la mesa que tenía al lado y cogió uno.

—Solo un poco de vino —respondió.

El muchacho sonrió y levantó la botella del suelo. Vertió el alcohol sobre el vaso del huésped y volvió a mecerse en la silla. Otmán se sentó en el alféizar de la ventana, a su lado.

—Escucha, chico. La habitación que está junto a la mía...

—Está ocupada, señor.

—¿Sabes por quién?

—Se llama Ludovicus.

—¿Lo has visto?

El chico miró a Otmán con los ojos entornados. Apoyó las cuatro patas de la silla en el suelo y se inclinó sobre el huésped.

—Es un demonio, señor —susurró—. Lo vi cuando llegó, en la calle. Es un tipo enorme. Tan alto como dos o tres hombres y de unas espaldas anchas y fuertes. Y su cara...

—¿Qué le pasa a su cara?

—La tiene completamente desfigurada. Si te quedas mirándola, empiezas a ver cosas extrañas.

—¿Cosas extrañas?

—Sí, caras de muertos.

—¿Tú las has visto?

—No, pero tengo un amigo que sí lo hizo.

—Ya.

—Mi amigo es de fiar, señor.

—¿A qué hora suele llegar el monstruo?

—Lo cierto es que nunca ha dormido aquí. No sé para qué ha alquilado la habitación. Creo que es por disimular. Mi amigo dice que es por la noche cuando atrapa a sus víctimas.

—¿No lo has vuelto a ver?

—No. No sé dónde está.

Otmán suspiró. Se levantó del alféizar en silencio, recorrió el comedor y salió de la fonda. Contempló la calle en calma. Miró a un lado y al otro y se preguntó dónde dormía el maldito monstruo.

## CAPÍTULO VI

### EL CADÁVER

*Oh, Señor, la vida de aquél que en ti  
confía, preserva; mas derrama la vida del  
dios que concibió lo malo.*

*Tablilla IV*

*Enuma Elish, poema babilonio de la  
creación*

*Anselmo vio aparecer al jinete por la colina cuando ya despuntaba la tarde. Agarró el hacha de cortar leña y avanzó por el camino para recibirlo. El hombre a caballo aminoró la marcha. Anselmo se echó el hacha al hombro y dejó que el visitante la viera.*

*—No vas a necesitar el arma, amigo —dijo el jinete mientras tiraba de las riendas—. Soy un hombre de paz.*

*—¿Qué te trae por aquí? —preguntó Anselmo.*

*—Estoy de paso.*

*—¿De paso hacia dónde?*

*—Cualquier lugar me vale.*

*El jinete desmontó. Una mujer salió de la casa acompañada de una niña y ambas se le quedaron mirando. Este se desabrochó el cinturón y dejó su espada en la grupa del caballo.*

*—No queremos que las mujeres se asusten, ¿verdad? —dijo—. Me llamo Sargón.*

*El campesino lo saludó levantando el mentón.*

*—Mi nombre es Anselmo. Nunca había oído el tuyo. ¿De dónde eres?*

*—De muy lejos, pero te digo una cosa, amigo Anselmo: soy un buen cristiano.*

*—Me alegra oír eso. Por estos parajes acogemos bien a los buenos cristianos.*

*Sargón sacó un odre de una de sus alforjas.*

*—Tengo vino para compartir. Solo me quedará un rato. Lo suficiente para calentar los huesos al fuego. Luego seguiré mi camino.*

*—Sea, pues —dijo Anselmo después de mirar a su esposa.*

*Los dos hombres se dirigieron a la pequeña casa de piedra y Sargón inclinó la cabeza cuando pasó junto a la madre y a la hija. El campesino dejó el hacha en la puerta y entraron. Se sentaron a una mesa coja en una estancia oscura en la que tan solo entraba un poco de luz por un ventanuco en una de las paredes. La mujer echó algo de leña a un hornillo en un rincón y acercó a la mesa una vela y un trozo de queso. El visitante ofreció su odre al anfitrión y este bebió un largo trago.*

*Sargón echó un vistazo a su alrededor. La mujer se fue a un rincón y comenzó a cortar trozos de pan sobre una encimera de piedra. La niña pasó junto a los hombres y se sentó en una silla bajo el ventanuco con un trozo de tela a medio bordar y una aguja en la mano.*

*—¿Qué edad tiene la niña? —preguntó Sargón.*

*—Doce años. Se llama Mencía. Tengo otros tres varones ya casados.*

*—Doce años. Casi como la otra.*

*La mujer se dio la vuelta y miró a su marido. La niña detuvo su labor un instante y luego siguió bordando. Anselmo le hizo un gesto apenas imperceptible a la esposa indicándole que no se preocupara.*

*—¿De qué hablas, amigo? Solo tengo una hija.*

*Sargón levantó las manos admitiendo su error.*

*—Lo sé, lo sé. La leprosa no era tu hija.*

*—Creo que te han informado mal. A mi granja no ha venido nunca ningún leproso. No se lo permitiríamos.*

*—¿Dónde la tienes enterrada?*

*Anselmo se puso de pie.*

*—No aceptaré que me insultes en mi casa. Voy a tener que pedirte que te marches.*

*Sargón sacó un cuchillo de debajo de su capa y lo apoyó en la mesa. La niña lanzó un gritito y su madre se puso delante de ella con su propio cuchillo en la mano.*

*—¿Dónde está?*

*Anselmo y su mujer se miraron.*

*—Arriba, en la loma —respondió ella.*

*Sargón se puso de pie.*

—Bien. Vamos. ¿Tienes pico y pala?

Anselmo asintió.

Cavaron al menos dos horas hasta hallar el cadáver. Lo cubría como mortaja una sábana que había sido blanca hasta que tanta tierra la tiñó de marrón. Sargón la levantó por los hombros y Anselmo por los pies. Ya había anochecido y la mujer sostuvo un candil en alto. Pusieron el cadáver sobre la superficie y luego ellos salieron del agujero.

—Cuando aquel tipo deforme llegó aquí, la niña ya estaba muy mal —dijo el campesino—. ¿Qué íbamos a hacer? Le dejamos nuestra cama. Somos buenos cristianos. La pobre murió a los dos días.

—Quemamos el colchón y las sábanas —dijo la mujer—. Debimos dar parte, pero, si alguien se hubiera enterado, habría sido nuestra ruina.

—El hombre nos compensó con algunas monedas. Te las devolveré, Sargón, pero te juro que nadie se contagió. Ni nosotros ni los que compran nuestra leche.

—No estoy aquí por eso.

—¿No eres un hombre del rey?

Sargón se dirigió a su caballo ante la mirada del matrimonio y agarró una manta que llevaba en la grupa y una cuerda de la alforja. Recorrió el camino de vuelta, extendió la manta en el suelo y tendió el cadáver encima. Lo envolvió en la manta y ató esta con la cuerda.

—Ayúdame a subirlo al caballo.

—Pero... Es el cadáver de una leprosa.

Sargón levantó la parte en la que estaba la cabeza y le hizo una señal a Anselmo para que agarrara los pies. Este se hizo el remiso y Sargón le lanzó una mirada fulminante. Los dos hombres emprendieron camino loma abajo hasta el caballo. Subieron el cadáver a la grupa y Sargón se sacudió las manos. Luego montó y se marchó sin decir nada más.

El cadáver se hallaba tendido y desnudo sobre una mesa en el centro de la cripta. Ibn Ukasa se apartó de la pared en que se encontraba apoyado y se situó junto al muerto. Apoyó el codo en su mano izquierda y con la derecha se sujetó la barbilla. Observó las facciones del muchacho y su torso y se quedó pensando.

Un ruido de pasos descendió por las escaleras de piedra. Hakam ya sabía quién era. Permaneció inmóvil hasta que el otro hombre llegó a la cripta.

—¡Es asombroso! —exclamó Elhabib cuando vio el cadáver.

—Espeluznante, más bien —respondió el gobernador.

El *sahib* se aproximó a la mesa y contempló al muchacho de cerca.

—Se parece muchísimo —dijo.

—No se parece. Es Abbas.

—Cómo va a ser él. Eso es imposible.

—He hecho traer por separado a tres eunucos que lo sirvieron. Han jurado que era él.

—Mienten.

—¿Ves el lunar que tiene en el vientre? Por lo visto, es el suyo.

—Se pueden haber puesto de acuerdo.

—¡Maldita sea, Elhabib! Anoche no tenías ninguna explicación para lo de las cabezas y ahora tienes todas las respuestas. —Elhabib guardó silencio—. Un guardia del Alcázar oyó un ruido, como si alguien rodara por las escaleras, y, cuando llegó hasta él, ya estaba muerto.

—Como hace tres años.

—Exacto, como hace tres años.

El gobernador deambuló por la cripta. Elhabib se llevó una mano a la frente y se quedó mirando el cuerpo.

—Me han llegado rumores —dijo Ibn Ukasa—. Dicen que hay un monstruo en Córdoba.

—No es un monstruo. Sólo es un tipo alto con una deformidad en la cara.

—¿Qué hace aquí?

—Busca a su hija. Dice que es un estudioso de las señales.

—¿En serio? —preguntó el gobernador levantando las cejas.

—¿Sabes lo que es?

—Claro, ¿tú no?

—Hasta que me lo dijo él, no tenía ni idea.

—Tráelo aquí. Quizá él sepa lo que está ocurriendo.

Ludovicus abrió los ojos y vio a Gudrun corretear por la sala. Llevaba una bolsa colgada al hombro y se agachó junto a un mueble bajo. Abrió las dos puertas y dijo:

—Aquí estás.

Agarró un tarro tapado con una tela y lo metió en la bolsa. Sabiñe la observaba apoyada en la jamba de la puerta. Los rayos del sol de la mañana iluminaban la casa y Ludovicus se desperezó. Gudrun se detuvo frente a él, observó la espada sobre los muslos y dijo:

—¿Estabas vigilando la casa? Pues no eres muy bueno. Llevamos una hora

haciendo ruido. Los malos nos habrían matado sin que te enteraras. ¿Averiguaste algo anoche?

Ludovicus se levantó. Metió de nuevo su espada en la vaina y estiró los brazos.

—Muchas cosas. La magia de los niños muertos y la de las cabezas cortadas está hecha por la misma persona. Y lo más importante, hay un tipo que anda preguntando por Sargón.

Gudrun se detuvo y lo miró directamente.

—Eso es una pista —dijo.

—No sabré más hasta que lo encuentre. Es amigo de un médico llamado Nasir.

—Lo conozco.

—¿Sí? ¿Lo has visto alguna vez con un hombre que lleva un cuaderno de piel?

Gudrun se quedó pensando. Luego negó con la cabeza. Se metió en la habitación y desde allí, dijo en voz alta:

—Si lo he visto, no lo recuerdo. Lo siento. ¿Es el que pregunta por Sargón?

—Se lo preguntó a Malika.

—Eso podría relacionar a los niños muertos con tu hija.

—Ummm... Ya veremos. A ver lo que tiene que decir cuando lo encuentre.

—Tengo que irme, Ludo. Me llevo a Sabiñe al zoco. Me ayudará hoy. Luego iré a ver a esa familia que te dije. Quizá puedan llevarla a casa.

Ludovicus miró a la niña y esta sonrió un poco. Gudrun la cogió del brazo y ambas salieron a la calle.

—¡Espera! —gritó. Gudrun asomó la cabeza desde fuera. Ludovicus sacó el papel de debajo de su cinturón y se lo enseñó a Gudrun—. ¿Cuándo lo has recibido?

—Hace unos días.

—¿Y no me lo ibas a decir?

—No.

—Me he cruzado muchas veces con esta gente, Gudrun. Los conozco. Son peligrosos.

—En la casa de tu médico, Nasir, tengo a una amiga a la que esos cobardes le han cortado las manos y los pies. No me hables de lo peligrosos que son. No soy tonta.

—Quédate en casa. No vendas hoy tus productos. No llames la atención hasta que se haya resuelto lo de los niños.

Gudrun se acercó a Ludovicus y le acarició la cara.

—Estoy aterrada, pero no voy a dejar que esos fanáticos me encierren en mi casa.

Ludovicus la vio salir de nuevo, agarrarse del brazo de Sabiñe y alejarse calle abajo. Antes de perderse de vista, Gudrun giró la cabeza y le sonrió.

Sahalú entró en el cuarto y oyó la respiración forzada de su marido. Llevaba el cuenco con la infusión caliente en las manos. Se sentó a su lado, colocó el cuenco en la mesita y lo ayudó a ponerse derecho. Luego se lo acercó a los labios y Ruy bebió un poco.

—¿Has dormido algo esta noche?

—Apenas —dijo su marido con un hilo de voz.

La cara de Ruy se había llenado de unos cabellos duros y foscos. Sus ojos parecían ahora más pequeños y su cuerpo se había quedado en la mitad bajo las sábanas. Sahalú le volvió a acercar el cuenco y este bebió de nuevo.

—Muy bien —dijo ella—. Ahora, otra vez.

—No, no quiero más.

La mujer puso el cuenco en la mesita y le acarició la frente y el pelo a Ruy. Este cerró los párpados y una expresión de calma se dibujó en su rostro. Estuvo así un rato hasta que se llevó la mano al vientre y se quejó. Sahalú se puso de pie, cogió el cuenco y se dirigió a la salida.

—Espera —la detuvo Ruy—. Quiero pedirte algo. Por favor, acércate.

Su mujer obedeció. Se sentó de nuevo en el mismo lugar y lo escuchó.

—Con nada de lo que me das, encuentro alivio. El final se acerca y ya no puedo sufrir más. Estoy agotado. —El ajedrecista hizo una pausa para descansar y poder seguir hablando—. Quiero que me ayudes a morir.

—Qué dices. Estás loco.

—Vamos, Sahalú. Ya casi no me quedan fuerzas. Coge la almohada y asfíxiame con ella. No me podré defender.

—No pienso matarte, Ruy. Es absurdo.

—No, no lo es. Es un acto de caridad. Ya no hay remedio para mí.

—No digas tonterías. Es solo un mal pasajero, te pondrás bien.

La mujer se puso de pie.

—Por favor, cariño. Te lo suplico.

Sahalú se dio la vuelta y salió de la habitación.

Menda retiró del fuego el cazo de leche y lo colocó sobre la piedra. Aguzó el oído para comprobar si Judá ya estaba listo. No oyó nada. La voz del muecín<sup>[14]</sup> sonó desde el alminar de la mezquita cercana llamando a la oración del

amanecer y se coló por las ventanas.

—*¡Allahu akbar!*

La anciana se extrañó de que aún no hubiera bajado. Desde que Judá había dejado de beber, la primera llamada siempre lo encontraba sentado a la mesa.

—*¡Allahu akbar!*

Menda se acercó a la puerta de la cocina y se quedó quieta tratando de oír los pasos de su señor. Asomó la cabeza y miró hacia lo alto de la escalera. El muecín seguía llamando a los fieles en la lejanía.

—*¡Ashadu an la ilaha illa llah!*

Subió los peldaños despacio, con cautela. No se oía nada en la planta alta. Llegó al final de la escalera y se acercó a la puerta de la habitación de Judá, que seguía cerrada.

—Qué extraño —murmuró.

—*¡Ashadu an la ilaha illa llah!*

Menda llamó.

—Señor, ¿te encuentras bien?

Ninguna respuesta. Giró despacio el pomo y abrió una rendija. Vio la cama hecha y no había rastro de Judá.

—*¡Ashadu anna Muhammadan rasul Allah!* —sonó el muecín.

Buscó nerviosa por toda la planta superior. Llegó hasta su propia habitación y al cuarto de Einat, ahora vacío.

—¡Judá!

—*¡Ashadu anna Muhammadan rasul Allah!*

Menda se asomó a la ventana y observó el pequeño patio. Se inclinó sobre el alféizar para comprobar cada rincón. Tampoco allí se encontraba Judá.

—Me llamo Ludovicus. Trabajo para Bahij Ibn Abdalá. Investigo la desaparición de su hermano Masarra.

La muchacha bajó los ojos y se apartó de la puerta. El estudioso entró en la casa y la criada lo llevó por un zaguán en sombras hasta una sala amplia con el suelo de mármol negro y un diván circular de terciopelo rojo en el centro.

—La señora Samara tardará un poco en atenderte. Está ocupada.

—Tengo entendido que Masarra tiene dos mujeres.

—Así es, pero la señora Haala se halla muy enferma. Avisaré a su esclava, Lambra.

La joven se retiró, salió por una puerta cuyo marco eran dos columnas blancas que sostenían un arco de herradura y Ludovicus se quedó solo. Paseó por la estancia y contempló los tapices que adornaban las paredes. En uno de ellos,

un rey musulmán se encontraba sentado en un lujoso trono y varios cristianos lo rodeaban arrodillados. El rey extendía su mano en un gesto de magnanimidad hacia ellos.

Ludovicus observó un hueco junto al tapiz que descendía a través de tres escalones. Se adentró por la abertura y llegó hasta una salita con una estatua central que representaba a una mujer en actitud tímida cubriendo su desnudez con ambas manos. En una esquina, el busto de un general romano lo miraba con aire severo.

En la sala, una segunda entrada se hallaba cubierta por varias cortinas. Oyó un murmullo al otro lado. Al apartar las cortinas, Ludovicus encontró un corredor oscuro que conducía a una estancia iluminada. El murmullo provenía de allí. Eran unas risas de mujer ahogadas por una respiración agitada. Ludovicus avanzó con cautela. Apoyó las manos en las paredes para guiarse en la oscuridad y trató de no hacer ruido con sus pasos.

Cuando llegó al final del pasillo, se detuvo y observó la habitación protegido por la oscuridad del pasillo. En una cama iluminada por el sol, una mujer joven, tendida y desnuda, y con los ojos cerrados, emitía una risita y un suave ronroneo al tiempo que levantaba el vientre y arqueaba la espalda. Un hombre arrodillado ante ella le lamía los pies y agitaba su mano derecha bajo su propia túnica.

Ludovicus se sintió azorado. Un calor incómodo le subió por el cuello y se instaló en sus mejillas. Cuando dirigió la vista a la cara de la joven, vio que esta le devolvía la mirada. La chica mostró una expresión divertida. Se llevó entonces el dedo a los labios instándolo a que guardara silencio. Ludovicus retrocedió. Dejó que las sombras del pasillo ocultaran su vergüenza y dio media vuelta. Atravesó de nuevo la pequeña sala de las estatuas, salió al salón principal y vio que la criada lo esperaba junto al diván con las manos recogidas en el regazo.

—Ven conmigo, señor —dijo.

Ludovicus la siguió por un corredor, esta vez más luminoso, hasta una puerta cerrada. Era de madera maciza tachonada con clavos de bronce. La joven criada la golpeó con los nudillos y aguardó. Se abrió una rendija. Luego la muchacha se fue y la puerta se abrió más para dejarlo pasar. Una vaharada repugnante le invadió las fosas nasales y la garganta. Una mujer cerró a su espalda. La única luz que iluminaba la habitación provenía de una vela alejada en un rincón. La mujer no era más que una silueta negra y muy alta que se movía por el lugar como si fuera un espíritu. En la cama un bulto sobresalía entre las mantas y se vislumbraba una cara pálida y arrugada con los ojos cerrados.

—Ella es Haala —dijo la silueta desde el otro lado de la habitación—. Yo me

llamo Lambra.

La vista de Ludovicus se acostumbró un poco a la penumbra y pudo echar un vistazo al cuarto. Era una estancia amplia. La cama estaba en el centro. En la pared opuesta una gran ventana se hallaba cerrada con celosías de madera y un cortinaje oscuro encima. Había varios vestidos de colores esparcidos por la habitación y al lado de Ludovicus, un pequeño mueble con tarros de maquillaje a medio usar y perfumes y una jarra de cristal llena de agua junto a dos vasos por la mitad.

—Le molesta la luz —dijo la mujer.

—Entiendo. ¿Puede hablar?

—No. Está muy mal.

Ludovicus se aproximó a la cama. Le llegó con más intensidad el hedor a excrementos y a sudor y se tapó la nariz. El bulto que hacía el cuerpo de Haala entre las mantas le pareció diminuto en comparación con su cabeza. El gigante tosió y la enferma abrió un poco los ojos y los volvió a cerrar enseguida.

—Esa zorra la está envenenando. Mira como está, le queda poco. Tienes que decírselo a Bahij.

—¿Quién la está envenenando?

—Samara. Es el demonio. Quiere ser la primera esposa de Masarra.

Unos golpes sonaron en la puerta. La mujer giró la cabeza con brusquedad y se dirigió hasta ella. Abrió apenas un palmo y dijo:

—Lárgate de aquí, bruja. No te acerques a nosotras.

—Disculpa, Lambra —dijo la criada—. La señora Samara ya puede recibir al señor.

—Cuando terminemos aquí.

Lambra dio un portazo y apoyó la frente en la madera. Luego se sentó en una silla que había junto a ella y se echó a llorar. Se cubrió la cara con las manos y comenzó a agitar los hombros y todo el cuerpo después. En un momento, pareció recomponerse. Se secó las lágrimas e inspiró.

—¿Estás bien? —dijo Ludovicus

La mujer asintió.

—Discúlpame —respondió Lambra—. Le he cogido verdadero aprecio a mi señora. No quiero que se muera por culpa de esa malnacida.

Ludovicus no supo qué decirle.

—¿Cuánto hace que no veis a Masarra?

—No lo sé. Por lo menos, dos meses.

—¿Ha desaparecido más veces?

—Yo apenas lo conocía. Se fue unos días después de que me compraran.

—¿Qué decía ella? —Señaló con el mentón a la enferma.

—No mucho. Estaba acostumbrada a no ver demasiado a su marido.

—Bahij dice que él no salía casi. Que tenía pocos amigos.

—Ya te he dicho que apenas lo conocía.

Ludovicus se dirigió a la puerta. Giró el pomo y se detuvo a dedicarle una última mirada a Haala tendida en la cama. Lambra lo observó sentada en la silla. Apenas podía verle la cara, pero supo que seguía llorando.

Salió al pasillo y la criada que lo había recibido a la entrada lo estaba esperando allí. Ludovicus cerró a su espalda y ella dijo:

—No hagas demasiado caso de lo que dice esa mujer. Mi señora es buena.

La muchacha lo guio por un corredor estrecho y se detuvo junto a una puerta. Abrió y le hizo una seña con la mano para que entrara. Reconoció la habitación luminosa, con cortinas de seda, una cama cubierta de pieles y un tocador lleno de perfumes. Al otro lado, casi en un rincón, estaba la entrada al pasillo desde la que había observado a los amantes hacía unos minutos.

—Es un buen escondite —dijo una joven sentada en un sillón en una esquina de la alcoba. Ludovicus no fue consciente de su presencia hasta ese momento. La reconoció, aunque ahora se encontraba vestida—. Yo soy Samara Bint Elarach. ¿Quién eres tú?

—Ludovicus.

La mujer se quedó mirando a la puerta cerrada.

—¡Ikram, sé que sigues ahí! —exclamó y se oyeron unos pasos que se alejaron por el pasillo—. Es hija de un enterrador. Se ha criado entre muertos, supongo que los vivos le despiertan una especial curiosidad. Es tan cotilla como tú.

—Lo siento —dijo Ludovicus—. No pretendía espiarte.

—No deberías contar lo que has visto. El hombre con el que estaba se llama Abu Bakr al-Xantamari. Es muy poderoso y no dudaría en acabar contigo si supiera que lo conoces tan bien. Ya me entiendes.

—Sí.

—¿Qué quieres? Ikram dice que te envía mi cuñado.

—Me ha contratado para buscar a Masarra.

—No sé dónde está.

Samara se levantó y se dirigió al tocador. Cogió una botella de un cajón y se sirvió un poco de vino.

—¿Quieres? —dijo ofreciéndole la botella.

Ludovicus meneó la cabeza. Fijó su mirada en los frascos del tocador. Contempló unas pequeñas botellitas verdes que le resultaron muy familiares. Había tres y pudo identificar la autoría de la magia que contenían. «Filtros de amor», pensó.

—¿Qué cuenta esa arpía de mí?

—Dice que estás envenenando a la señora.

—Es mentira, aunque no me importaría que Haala se muriera pronto. No somos muy amigas. Si hubiera querido envenenar a alguien, la esclava no se me habría escapado viva. Quizá me lo plantee.

—¿Eres la favorita de Masarra?

—Masarra no tiene favoritas. Solo le interesan sus libros.

—¿Sus libros?

—Sí, tiene un estudio ahí detrás del que no salía nunca.

—¿Podría verlo?

—¡Ikram!

Unos pasos apresurados se oyeron en el pasillo oscuro y la criada llegó a la habitación a través de él.

—Nunca sabes por dónde puede aparecer —dijo Samara—, pero Ikram siempre está ahí. Tortúrala y podrás conocer todos los secretos de esta casa. —La joven criada bajó la vista—. Ikram, llévalo hasta el estudio de Masarra.

La criada y Ludovicus atravesaron el patio principal y un corral sin animales. Ikram sacó un manojito de llaves y abrió una puerta al otro lado. Ludovicus entró en un pequeño cuartucho lleno de estantes vacíos y una mesa desnuda en el centro con una silla.

—Tu señora dijo que esto estaba lleno de libros.

—Así es. No sé dónde están. Creo que se los llevó el señor.

—¿Adónde?

Ikram se encogió de hombros.

—Dime una cosa, muchacha. ¿Tú sabes dónde está Masarra?

La joven guardó silencio un instante.

—No, señor —dijo al fin.

—Me dijiste que tu señora era una buena mujer. Me ha confesado que desea la muerte de Haala.

—Samara está siempre borracha. No dice más que tonterías, pero es incapaz de matar a una mosca.

Ludovicus comprobó las señas escritas en el papel. Aquella era la casa. Golpeó la aldaba y aguardó. Oyó el cerrojo descorrerse y una mujer apareció

ante él y quedó paralizado al verla.

—¿Qué haces tú aquí? —dijo.

—Yo podría preguntarte lo mismo —respondió Sahalú.

—¿Qué tienes que ver con Ruy Fáñez?

La mujer se apartó de la puerta y lo dejó pasar. Recorrieron el zaguán y llegaron a la sala.

—Es mi marido —dijo ella—. Está enfermo.

—¿Tu marido?

—¿Te vas a ofender porque no te haya hablado de él?

—Hace mucho que no me ofende nada de lo que haces.

—Supongo que querrás verlo.

—Si no es mucha molestia...

Sahalú se dirigió a la cocina seguida por el gigante, cruzó un estrecho pasillo y entró al dormitorio oscuro. Se apostó en un rincón y se quedó allí, en silencio. Ludovicus deambuló por la habitación. Contempló al enfermo, que tenía los ojos cerrados y le costaba respirar. Miró los alrededores de la cama y el suelo y abrió un armario. Luego observó a Sahalú y asintió.

Cuando regresaron a la sala dijo:

—¿Conoces a Masarra? Tu marido es amigo suyo.

—Apenas.

—¿Tienes algo que ver con su desaparición?

—Nada.

—No veo en tus manos rastro de la magia que lo está transformando. — Ludovicus señaló con el mentón a la habitación del ajedrecista.

—Tengo cuidado de no mancharme. Resultaría muy molesto.

—¿Por qué lo haces?

—No te concierne.

—Dime que no tienes nada que ver con los niños muertos o con las cabezas cortadas.

—Vamos, Ludovicus. Seguro que a estas alturas ya le has echado un vistazo a esa magia. Sabes que no es mía.

El gigante se quedó mirándola.

—Sé que ocultas algo —dijo—. Siempre lo haces.

Se encaminó a la salida y la mujer fue tras él. Cuando Ludovicus salió a la calle, se volvió.

—Mi hija ha desaparecido, ¿sabes dónde está?

Sahalú sonrió.

—Si lo supiera, te lo diría —contestó.

La puerta se cerró ante él y se quedó allí un rato contemplando la madera. ¿Era casualidad que se hubiera encontrado con ella? Nada de eso. Todo lo que rodeaba a Sahalú formaba siempre parte de un plan mayor.

Moavia apareció por la cuesta que conducía a su mezquita. Apoyándose en el cayado, llegó hasta la mujer que lo esperaba a la puerta del templo. Esta miraba al frente, preocupada. Moavia le siguió los ojos y entornó los suyos cuando el sol le dio en la cara. Ella mantuvo su vista fija en el mismo punto del camino.

—¿Qué ocurre?

—Ni siquiera se molestan en disimular —dijo la mujer.

El imam se fijó entonces en los dos hombres sentados en unas piedras que no dejaban de mirarlo.

—¿Quiénes son?

—La *Mihna*.

Moavia se dirigió al interior del templo. La mujer lo siguió. El imam se quitó las sandalias a la entrada y ella hizo lo mismo.

—¿No te molesta tenerlos ahí?

—Sí. Pronto haremos cosas importantes y no podemos permitirnos que nos vigilen tan de cerca.

—Deberíamos enviar a nuestros fieles contra ellos. Somos muchos más.

—El gobernador Ibn Ukasa es su aliado. Si iniciamos una guerra de bandas en las calles de Córdoba, nos echará a la *surta* encima. Tengo una idea mejor.

Moavia se dirigió al *mihrab* y se arrodilló ante él.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó la mujer.

—Lo que se hace siempre. Dividir y vencer.

Ludovicus atravesó el puente sobre el Guadalquivir. Se encontró en un espacio abierto de huertas y contempló unos molinos de harina junto al río. Decenas de campesinos también cruzaban el Puente Romano a esas horas. Recorrían una carretera de tierra y cuando llegaban a una bifurcación, se dirigían al este, hacia una almunia que se veía a lo lejos. Otros pequeños grupos de hombres y mujeres, en cambio, tomaban el camino de la derecha que se adentraba en una extensión desierta. Ludovicus se dirigió a uno de esos campesinos que cargaba un capazo de esparto. Este se cubría la cabeza con un pañuelo blanco sujeto a la frente por un cordón marrón oscuro.

—Perdona, amigo —le dijo—. Busco una mezquita. Está regida por el imam Moavia.

—Es un blasfemo. Se ha establecido en un lugar prohibido. Nadie puede

vivir en Saqunda. Recibe a hombres y mujeres por igual. No tiene respeto por las leyes del Corán.

Una mujer que cruzaba el puente en ese instante se detuvo junto a ellos.

—No le hagas caso —dijo—. Moavia es un hombre justo. Ahora nos dirigimos hasta allí. —Señaló a un grupo de tres hombres y dos mujeres que la acompañaban.

Emprendieron camino por una explanada de tierra y Ludovicus los acompañó. Enseguida llegaron a las ruinas de unas antiguas casas de las que solo quedaban algunos cimientos y unas cuantas columnas partidas por la mitad.

—Moavia nos ha enseñado a respetar nuestra historia, a defender nuestra ciudad —dijo la mujer—. Los cordobeses están obsesionados con que vengan los almorávides de África a defendernos de los cristianos del norte. Moavia dice que debemos ser nosotros quienes asumamos esa responsabilidad; con las armas si es preciso.

Avanzaron por el camino y Ludovicus los escuchaba mientras estos le contaban las bondades del imam. Contempló una mezquita construida con sillares sobre un promontorio. Un reguero de personas se dirigía hasta allí desde varios lugares.

—La mezquita la hemos vuelto a levantar nosotros —dijo la mujer—. Cientos de hombres y mujeres trabajando día y noche. Con nuestras manos, hemos reunido las piedras y mira ahora el resultado. En apenas mes y medio. Es para estar orgullosos, ¿no te parece?

Ludovicus asintió. Subieron la cuesta que conducía al templo y el estudioso de las señales se detuvo en la puerta. Todos los fieles que lo precedían se descalzaron y depositaron sus zapatos a un lado del porche de entrada, junto a la pared. Él hizo lo mismo. Luego se adentró en la mezquita y contempló la sala amplia con dos filas de columnas que la dividían en tres naves y que soportaban unos arcos de medio punto más parecidos a los de las iglesias cristianas que a los de herradura de las mezquitas.

En las paredes, unas ventanas estrechas situadas a gran altura, cerca del techo, dejaban entrar algunos rayos del sol de la mañana, insuficientes para iluminar adecuadamente el templo. A lo largo de los muros, colgadas sobre unos apliques de hierro, unas lámparas de aceite suplían la falta de luz.

En un suelo cubierto por completo por alfombras, se arrodillaban los fieles a medida que iban llegando. Los hombres y las mujeres charlaban animados entre ellos aguardando el momento en que se iniciase el rezo en dirección al *mihrab*<sup>[15]</sup> decorado con azulejos añiles y repujados de oro que les indicaba el lugar en que

se hallaba la Meca.

Ludovicus buscó un rincón discreto. De una puerta, en el extremo opuesto del templo a donde él se hallaba, surgió la figura del hombre al que había salvado de aquellos tres muchachos que lo llamaban blasfemo. Aunque ahora no estaba tan seguro de que aquel hombre le debiera nada. Vestía un turbante azul turquesa y llevaba una barba blanca muy cuidada. Levantó la vista y recorrió con ella la mezquita y a los fieles que quedaron en silencio cuando lo vieron aparecer. Sus ojos se posaron en Ludovicus. Era una mirada bondadosa, de una seguridad serena, como si no tuviera nada que temer de ningún hombre. Despacio, atravesó el templo rodeando las alfombras y se acercó al gigante.

—Todos estos fieles te veneran con devoción —dijo Ludovicus.

—Hace casi trescientos años —dijo Moavia—, un emir prohibió, tras una rebelión, que se volviera a construir en el arrabal de Saqunda. Los cordobeses han obedecido esa orden con absoluta obediencia. Yo les enseño a desobedecer.

—¿Y no es peligroso?

—Claro que lo es. Pero te contaré una cosa, amigo Ludovicus: obedecer lo es más. Aunque resulta paradójico que hayan reconstruido este templo porque yo se lo haya ordenado. Pero disculpa, sospecho que no has venido a escuchar mis teorías sociales. Eres un hombre de acción.

—Bahij Ibn Abdalá me ha contratado para que encuentre a su hermano Masarra.

—¿Crees que yo sé dónde está?

—Es amigo tuyo.

—Más que eso, diría yo. La reconstrucción del templo es obra de todos, pero es mérito de Masarra que se mantenga abierto.

—¿Te da dinero?

—Así es. Es un hombre rico y se lo gasta en lo que cree. Yo soy el guía de la comunidad, pero él es el factótum, el que hace todo esto posible.

—¿Cuánto hace que no lo ves?

—Diría que hace dos meses, al menos.

—¿Sabes dónde está?

—No.

—¿Y no te preocupa? Como sois amigos.

—Sé que está bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Si le hubiera pasado algo malo, lo sabría.

—¿Tienes tú sus libros?

—¿Sus libros? ¿Por qué iba a tenerlos yo?

—Han desaparecido.

—Solo hay un libro que me interese.

Los fieles comenzaron a volverse en dirección al imam y este sonrió a Ludovicus.

—Va a comenzar la oración del mediodía.

—No he oído al muecín —dijo Ludovicus.

—No lo necesitamos. La gente sabe perfectamente a qué hora tiene que estar aquí. Quédate si quieres.

El imam atravesó la sala entre los orantes que se hallaban arrodillados en la alfombra y adoptó él también esa postura frente a ellos. Ludovicus se dirigió a la puerta y se calzó las botas mientras oía el rezo a su espalda.

Otmán pidió vino y se recostó en el respaldo de la silla. Se desató la bolsa del cinto y sacó una moneda de oro que depositó sobre la mesa. Si aquello no funcionaba, ya no sabría qué hacer. El tabernero apareció con una jarra de vino y un vaso. No dejó de mirar el dinar mientras le servía.

—¿Lo quieres? —dijo Otmán.

—Claro, ¿qué hay que hacer?

—Busco a un tipo. Es alto y tiene la cara deforme. La gente dice que es un monstruo. Seguro que lo has visto por ahí.

El tabernero lo miró serio.

—Espera aquí —le dijo.

Otmán echó un trago y el vino le cayó por la barba blanca. Se limpió con la manga y vio que un viejo observaba la moneda. El toledano recogió el dinar y se lo guardó en el bolsillo. El viejo sonrió.

—Eres un hombre rico. El Corán aconseja ayudar a los pobres como expiación. Podrías invitarme a un vaso de vino.

—El Corán dice que el vino es obra del demonio —respondió Otmán.

El rostro del viejo adquirió un rictus serio. Se dio la vuelta en su silla y se dirigió a otro cliente.

El tabernero apareció por una puerta lateral, se acercó a la mesa y extendió la mano.

—Págame y te llevaré ante alguien que lo ha visto.

Otmán se quedó mirándolo. Luego se sacó la moneda del bolsillo y la puso sobre la palma del hombre.

—Si me engañas...

—No te engaño. Ven conmigo.

Los dos hombres salieron por la puerta lateral por la que había entrado el tabernero hacía un momento. Atravesaron un corral con varias gallinas deambulando por el suelo y se adentraron en un pasillo con el techo de vigas de madera. Llegaron hasta un establo con una sola mula que bebía de un abrevadero. El tabernero se acercó a un chico sentado sobre un fardo de paja.

—Cuéntale lo que sabes del deforme.

—Primero, págame —dijo el muchacho.

Otmán miró al tabernero.

—Dale unos *feluses*. Será suficiente.

El toledano sacó de su bolsa unas monedas de cobre y se las entregó al chico.

—Mis amigos y yo teníamos arrinconado al imam ese de Saqunda. El blasfemo. Queríamos castigarlo para poder entrar en la *Mihna*. Entonces apareció el monstruo ese armado con dos espadas y dos cuchillos y una maza de guerra y tuvimos que huir.

—¿Cómo podía cargar con tantas armas? —preguntó Otmán.

—Te lo he dicho, es un monstruo.

—¿Sabes dónde encontrarlo?

—Sí, lo hemos estado siguiendo para vengarnos. Se ha encamado con una *mayús* de Sabular. Va a dormir con ella todas las noches.

—¿Puedes llevarme hasta allí?

—Claro —dijo el chico y extendió de nuevo la mano. Otmán le dedicó una mirada de odio al tabernero y buscó unas monedas en la bolsa.

Ibrahim atravesó el patio de las abluciones de la mezquita Aljama y se adentró en una sala envuelta en la luz clara del mediodía. Se situó junto a la pared mientras al-Xantamari impartía la lección a sus alumnos. Declamaba con buena voz y el sonido llenaba los silencios del templo. Sus alumnos, ocho o nueve muchachos, lo escuchaban respetuosos a su alrededor.

—Por eso las parias deben ser denunciadas —dijo con el dedo levantado—. Porque no se han aprobado según la sharía<sup>[16]</sup>. No son más que un robo. Dinero que sale del bolsillo de los buenos musulmanes para acabar en manos de los cristianos del norte. Un hombre piadoso no lo permitiría. ¡Los almorávides no lo permitirían!

Al-Xantamari se interrumpió al ver a Ibrahim.

—Bien, muchachos. Mañana seguiremos.

El grupo de alumnos se disolvió en dos o tres más pequeños y abandonaron la sala en dirección al patio. Ibrahim aguardó hasta que al-Xantamari llegó a su altura.

—¿Por qué me has hecho venir?

Al-Xantamari le dirigió una sonrisa cordial.

—He oído lo que te ha hecho Ibn Ukasa.

—¿Me lo ha hecho él?

—¿Quién si no?

—¿Qué quieres?

—Quiero proponerte una alianza.

—No me interesa.

—No tenemos por qué ser enemigos, Ibrahim. No serás cadí de ninguna manera. Si Ibn Ukasa se decantara por ti y no por mí, no duraría ni un mes en el poder.

—Ni rastro de humildad —respondió Ibrahim—, como siempre.

—Si te tuviera de mi lado, estoy seguro de que podríamos conseguir mucho más. Pensamos lo mismos, coincidimos en cuáles son las soluciones a los problemas de al-Ándalus. Lo único que nos separa son nuestras ambiciones personales.

—Y quieres que yo renuncie a las mías.

—Estoy dispuesto a ofrecerte algo. Quiero que seas el nuevo *sahib al medina*. Cuando yo sea cadí habrá cambios. Mi hombre, Ocba, será el *sahib as surta*.

—Quieres que ayude a ese fanático a quitarte de en medio a todos tus enemigos.

—Podría conseguirle a tu hijo Hamdún un puesto de *katib*<sup>[17]</sup> en el Alcázar. Si es listo llegará lejos. Y tú usarás tu influencia entre los mercaderes para apoyarme.

—Yo ya puedo conseguir un puesto para mi hijo sin tener que humillarme a pedir ayuda para ti.

—Lo situaré cerca del gobernador.

—Puedes guardarte tus limosnas —dijo Ibrahim. Se dio media vuelta y se dirigió a la salida.

—No te conviene ser mi enemigo —le espetó Abu Bakr.

—Ni a ti el mío —respondió Ibrahim.

Ludovicus se hallaba sentado en un banco de madera a la sombra de la arcada de herradura. Contempló la pequeña alberca que tenía delante y el surtidor que la alimentaba. Hacía por lo menos una hora que aquella joven le había dicho que el médico, Nasir, lo atendería en un momento.

Por el rabillo del ojo vio que alguien entraba al patio desde la calle. Eran una

mujer y una niña que se detuvieron ante él. Gudrun le sonrió y Sabiñe levantó una mano a modo de saludo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Ludovicus.

—Te lo dije. Tengo una amiga a la que los de la *Mihna* le amputaron los miembros.

—Es verdad.

—Traigo buenas noticias. Los comerciantes de los que te hablé han accedido a llevar a Sabiñe con su familia.

—Enhorabuena. Me alegro mucho —le dijo Ludovicus a la muchacha. Ella sonrió tímidamente.

—Bueno —dijo Gudrun—, te dejo. Vamos dentro, a ver qué tal está Eloise.

—Espera un momento —repuso Ludovicus. Gudrun se detuvo—. ¿Conoces a Samara, la mujer de Masarra Ibn Abdala?

—No, no la conozco.

Gudrun comenzó a alejarse cuando Ludovicus se fue hacia ella y la agarró con fuerza del brazo.

—He visto tus frascos en su habitación.

—¿Pretendes que conozca a todos mis clientes?

—No me mientas.

—Suéltame.

—Si le has vendido veneno, dímelo. Te vas a meter en un lío.

—¡Suéltame!

—¿Todo bien, Gudrun?

Un hombre mayor, con el pelo y la barba blancos caminó hacia ellos. Ludovicus soltó el brazo.

—Todo bien, Nasir.

—Disculpa —dijo el gigantón avergonzado—. No pretendía...

—¿Qué quieres? —preguntó el médico.

Ludovicus miró a Gudrun y esta evitó sus ojos. Sabiñe los observaba a ambos en silencio.

—Ayer fuiste a ver a una mujer joven que dio a luz a un niño muerto.

—Así es.

—Te acompañó otro hombre.

—Sí.

—Necesito que me digas quién es.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Estoy en Córdoba buscando a mi hija desaparecida. Creo que ese hombre

me puede ayudar.

Nasir dirigió su vista hacia Gudrun.

—Dice la verdad —dijo esta, seria—. Es de fiar.

El médico suspiró. Meditó un instante sin responder y dijo:

—Se llama Judá Ben Saruq. Vive en la judería. Tiene el mismo problema que tú, solo que él busca a su mujer.

—Gracias —respondió Ludovicus. Después miró a Gudrun y esta se volvió con los ojos en el suelo y se adentró en el edificio con Sabiñe cogida de la mano—. ¡Gudrun! —exclamó. Ella siguió su camino sin mirar atrás.

Al salir de la casa del médico, Ludovicus vio, al final de la calle, al *sahib as surta*. Se hallaba apoyado en la pared, solo. Volvió la vista hacia el extremo opuesto. Tres guardias charlaban entre sí. El estudioso se dirigió hacia Elhabib.

—Ibn Ukasa quiere verte —dijo este.

—¿El gobernador? ¿Para qué?

—¿Te tengo que detener o vienes voluntariamente?

Ludovicus suspiró. ¿Cuántas veces le habían dicho lo mismo en esta maldita ciudad?

El cadáver de Abbas se hallaba como lo había dejado Elhabib, tendido sobre la mesa, y con el hueso de la columna asomando por la piel de su cuello. Ibn Ukasa observaba atento al gigante desde el muro en que estaba apoyado y el *sahib as surta* hacía lo mismo.

Ludovicus contempló los restos de magia que rodeaban el cuerpo. Pasó un dedo por la superficie de madera y lo restregó con el pulgar. Luego se lo llevó a la nariz.

—Es un conjuro extraño —dijo—. Alguien ha encontrado la forma de hacerlo regresar de la tumba. ¿Quién es?

—Se llamaba Abbas y era el hijo de al-Mutamid, el emir de Sevilla. Murió la noche en que me hice con el poder en la ciudad. Hace tres años. De la misma forma en que ha muerto ahora. Se cayó por las escaleras y se rompió el cuello.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Elhabib.

—Magia, brujería... Llamadlo como queráis —contestó Ludovicus.

—¿Sabes quién ha sido y por qué? —dijo Ibn Ukasa.

—No.

—¿Estás aquí por esto? Eres un estudioso de las señales.

—No. Ya se lo dije al *sahib as surta*. Busco a mi hija desaparecida.

—Bien. Pues tu nuevo cometido será encontrar al responsable de esto. Después podrás buscar a tu hija.

Ludovicus no se opuso, no alegó objeciones, no dijo nada. Se dirigió a las escaleras y salió de la cripta. Elhabib fue tras él.

Cuando Ludovicus atravesó la puerta del palacio, oyó que lo llamaban:

—¡Ludovicus!

Al volverse vio que Elhabib se dirigía hacia él a través de la explanada vacía que rodeaba el Alcázar.

—Te invito a una copa.

—No puedo.

—No estás en condiciones de rechazar una invitación mía. Vamos.

El tabernero colocó la jarra en el centro de una mesa coja. El *sahib* llenó los dos vasos.

—No has mostrado ningún desagrado cuando el gobernador te ha ordenado que busques a los responsables en lugar de a tu hija.

—¿Tenía alternativa?

—Supongo que no, pero ni siquiera has protestado.

Ludovicus se encogió de hombros y echó un trago.

—Todo esto está relacionado con tu hija. Por eso has aceptado sus órdenes sin problema.

El gigante suspiró.

—Tengo prisa —dijo.

Elhabib se le quedó mirando. Parecía calcular si podía confiar en él.

—Yo también he perdido a alguien. Mi mujer, Einat. No tengo tus conocimientos. Solo soy un negro que ha llegado demasiado alto por que a ese tipo al que acabas de ver le convenía. Pero tengo instinto. Eso sí te lo puedo decir. Estoy seguro de que todo lo que está ocurriendo en mi ciudad guarda relación con la desaparición de Einat.

—¿Tu instinto te dice si sigue viva?

—Eso me lo dijo una bruja.

—¿Y crees en ella?

—Sí, es buena. ¿Qué está pasando?

Ludovicus hundió la mirada en el vaso.

—No sé gran cosa —dijo—. No te hagas ilusiones.

—Seguro que sabes más que yo.

—La magia que acabo de ver, la de las siete cabezas y la de los niños muertos tienen el mismo autor. ¿Quién es ese mago? No lo sé. El tipo que ha traído a mi hija a Córdoba se hace llamar Sargón. Anoche fui a ver a una madre que ha perdido a su hijo recientemente y me contó que un hombre también anda

haciendo averiguaciones y que le preguntó por un tal Sargón. Esas son las únicas pistas que tengo. Guardo la esperanza de encontrar a ese hombre y que me abra algo los ojos.

—¿Sabes su nombre?

—Sí. Es un amigo del médico. Se llama Judá Ben Saruq.

—¡Joder! —espetó Elhabib.

—¿Qué ocurre?

—Judá es el marido de Einat.

—¿Marido? Creí que habías dicho...

—Da igual. Es una larga historia. Judá es el último que la vio antes de que desapareciera.

—¿Podría ser él el responsable?

—¿Judá? No. No es de esa clase de hombres. Seguro que la está buscando y sabe algo. ¡Maldito cabrón!

—Tengo que ir a verlo —dijo Ludovicus.

—Sí, sí, claro. Pero dime una cosa antes. ¿La *Mihna* tiene algo que ver con todo esto?

—Los de la *Mihna* son servidores de Atón. En esta lucha combaten contra la maldición. Estamos del mismo lado, aunque de forma distinta. Ellos son unos locos peligrosos. En cambio, los estudiosos intervenimos solo si están en riesgo vidas humanas y somos más aliados que servidores.

—¿Atón?

—Es un dios antiguo.

—¿Existen esos dioses?

Ludovicus asintió.

—Yo creí que los de la *Mihna* eran unos fanáticos musulmanes.

—La *Mihna* está en este mundo desde mucho antes de que existiera siquiera el Islam. Han tenido mil nombres y usan la religión para camuflarse. Son muy hábiles en eso.

—¿Y los nuevos dioses no hacen nada?

—No tengo ni idea. Yo solo conozco a Atón.

Elhabib se quedó en silencio. Se bebió el vino de un sorbo y vertió más en el vaso.

—Debería irme —dijo Ludovicus.

—Sí, es mejor que no vaya contigo. Judá se pondría a la defensiva.

En ese momento entró en el local un guardia, que llegó hasta la mesa de los dos hombres y se dirigió a Elhabib.

—*Sahib*, hemos encontrado un cadáver junto al río.

—Bien, ahora voy.

Elhabib se puso de pie y Ludovicus también.

—Nos vemos luego y me cuentas lo que has averiguado. ¿Te parece bien?

—Me parece bien.

## CAPÍTULO VII

### EL EJÉRCITO

*Enfurecidos, maquinan sin cesar de  
día y de noche. Están resueltos al  
combate; gruñidores, furibundos, han  
congregado concejo a fin de disponerse  
para la lucha.*

*Tablilla II*

*Enuma Elish, poema babilonio de la  
creación*

*Urko encendió una de las velas bajo el altar de Santa María y rezó una corta oración. Hacía semanas que no dejaba de pensar en Santzia. La prohibición de que acudiera con su hija a la iglesia le había servido para acercarse más a ella. La visitaba a menudo y sentía que cada vez se encontraban más próximos. Percibía su confianza, su fe en él. En su última visita, le había prometido que libraría a la pequeña Iradi del demonio que habitaba en ella. Después de decirlo, se arrepintió de inmediato, pero cómo se podría echar atrás. Arruinaría los avances en su relación con Santzia. Averiguaría la forma de realizar un exorcismo con éxito y ella le demostraría su agradecimiento.*

*Cada vez que tenía esos pensamientos, la vergüenza se apoderaba de su conciencia y se pasaba la noche en vela arrepintiéndose. Se repetía una y otra vez que esos eran unos propósitos pecaminosos y que debía ayudar a la niña sin esperar nada a cambio. No le servía de mucho. Al día siguiente, la imaginación volvía a recrear las fantasías que era incapaz de abandonar.*

*Tan obnubilado se hallaba en sus ideas que no advirtió la presencia de otra persona en la pequeña iglesia de piedra. Era un hombre alto y de barba blanca, envuelto en una capa negra y al que no recordaba haber visto antes. Se encontraba arrodillado en uno de los laterales del templo. Urko salió en dirección a la sacristía y dejó al hombre solo orando. Recogió más velas y*

*regresó a la nave principal. Las colocó alrededor de la imagen de la virgen. Cuando se dio la vuelta, el individuo se hallaba de pie, apoyado en la pared, y lo miraba.*

*—Sé bienvenido, buen hombre —dijo Urko.*

*Este lo agradeció con un gesto de asentimiento.*

*—¿Puedo ayudarte en algo?*

*—Busco a una niña.*

*—¿Una niña? ¿Para qué?*

*—Es una niña muy particular. Se curó de lepra hace unos meses.*

*Urko se quedó mirándolo.*

*—¿Quién eres?*

*El hombre no respondió.*

*—En este pueblo, no hay ninguna niña con esas características. Deberías probar suerte en otro lugar.*

*—Se llama Iradi.*

*—No la conozco.*

*—Sí que la conoces.*

*El hombre sacó un cuchillo de debajo de su capa y se dirigió a él. Urko retrocedió unos pasos en dirección a la sacristía.*

*—Espera. Te diré dónde encontrarla.*

*—Ya sé dónde está, pero no te puedo dejar vivo. Te inmiscuirías en mis propósitos.*

Ludovicus golpeó la aldaba. Menda tardó en abrir y cuando lo hizo, apareció en su cara una expresión de terror al verlo. Luego se recompuso y le preguntó qué quería.

*—Busco a un hombre llamado Judá Ben Saruq.*

*Ella observó al gigantón.*

*—¿Para qué?*

*—Estoy buscando a mi hija desaparecida. Creo que Judá puede haber averiguado algo. Necesito hablar con él.*

Menda se apartó para que Ludovicus entrara en la casa. Lo hizo pasar a la cocina y lo invitó a sentarse en la mesa.

*—No puedo ofrecerte vino —dijo—. En esta casa no bebemos. ¿Quieres leche con canela o agua?*

*—Agua estará bien.*

La criada cogió un vaso de un estante y lo puso sobre la encimera llena de verduras recién cortadas. Vertió agua de un ánfora y puso el vaso delante del

gigante. Se sentó frente a él y, con disimulo, lo miró a la cara.

—Es de nacimiento —dijo Ludovicus.

—Ah.

La anciana se quedó en silencio mirándose las manos. De pronto, su rostro encogió y comenzó a llorar. Ludovicus colocó una mano sobre las de ella y las apretó suavemente.

—¿Qué ocurre?

—Judá no vino a dormir anoche. No es propio de él. Estoy muy asustada.

—¿Sabes adónde fue?

Ella asintió.

—Fue a ver a un amigo del Alcázar. Un bibliotecario llamado Saúl. Le había prometido que le diría dónde localizar un libro. Al parecer era importante.

—¿Importante para qué?

—Para encontrar a Einat. Ella también ha desaparecido, como tu hija. Y ahora Judá... Tenía la esperanza de que hubiera salido muy temprano, mientras yo dormía y que vendría a almorzar, pero nada. Ahora estaba cortando esas verduras para la cena. Por si aparecía. Soy una idiota. Sólo hago lo que sé hacer en lugar de salir a buscarlo.

—No te preocupes, yo lo encontraré.

Menda comenzó a llorar con más fuerza. Se tapó el rostro con las manos. A continuación, se secó las lágrimas de las mejillas e inspiró hondo.

—¿Qué sabes de la desaparición de Einat?

—Nada, en realidad. Hacía mucho que no la veía, cuando hace unos días apareció aquí. Apenas estuvo un momento. Vino a ver un librito que había en la biblioteca, pero Judá la sorprendió y discutieron de nuevo. Se marchó. Luego vino ese hombre, Elhabib, y nos dijo que había desaparecido y Judá se puso a buscarla y ahora él ha desaparecido también y yo no sé qué hacer.

El llanto ahogó de nuevo las palabras de Menda.

—¿Sabes qué libro vino a ver?

—No. Era un librito rojo, pero no sé el título. Judá lo llevaba consigo cuando se fue.

—Bien. Empezaré por lo que me has dicho.

Ludovicus se levantó, se dirigió a la salida y Menda lo acompañó. Ella se quedó en la puerta en silencio y él le puso una mano en el brazo.

—No te preocupes, los encontraremos a todos. Ya lo verás.

Menda sonrió brevemente, más por cortesía que con sinceridad.

El bibliotecario observó a Ludovicus desde detrás de su pequeña mesa

repleta de legajos y libros viejos. Sus ojos recorrieron cada una de las deformidades del gigante con verdadero interés. Luego su mirada siguió por el resto del cuerpo y regresó a la cara.

—¿Puedo ver tu frente más de cerca?

—No.

—¿No? ¿Por qué? No te haré daño.

—No, pero yo a ti sí.

Saúl dio un respingo.

—Entiendo —dijo—. No pretendía ofenderte.

—No lo has hecho.

—Es que he leído sobre los que son como tú, pero no me había encontrado con uno nunca.

—¿Los que son como yo?

—Gigantes deformes.

—¿Hay más?

—Sí, claro. Al menos en los libros. Ya te he dicho que nunca he visto uno, pero hace tiempo leí sobre una raza de gigantes deformes que vive en unas tierras cercanas a las fuentes del Nilo. Claro que esos hombres son negros, al contrario que tú. Te puedo buscar el libro. Ven dentro de unos días y te lo tendré listo.

—No, gracias. Estoy buscando a Judá Ben Saruq. Tengo entendido que estuvo aquí ayer.

—Es cierto, pero mi amigo Judá es fácil de encontrar. Ve a la judería y pregunta por él. Todo el mundo sabe cuál es su casa.

—Ha desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Qué dices? Pero si estuvo aquí ayer.

Ludovicus apoyó sus manos en la mesa y se inclinó sobre Saúl.

—¿Te ríes de mí?

Saúl levantó las manos.

—Buscaba un libro llamado *Los cinco regresos*. Narra la historia de un viejo demonio de Babilonia. Ya no lo teníamos en la biblioteca del califa, así que le dije quién lo tenía. Supongo que fue hasta allí.

—¿Quién lo tenía?

—Hasday Ben Menahem Ben Hanina. Es un copista de libros. Vende ejemplares del Talmud por toda Europa. Así es como se ha hecho rico. No sé más.

Elhabib recorrió el camino de tierra que llevaba a los cañaverales. Con dos

dedos separó el cuello de su túnica y dejó que la brisa del río le refrescara el pecho. En un montículo cercano lo esperaba uno de sus hombres. Llegó a su altura y le preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—El cuerpo ha aparecido flotando a mediodía. Un hortelano lo ha visto y, con la ayuda de su hijo, lo ha sacado. Está ahí detrás, *sahib*.

Los dos hombres rodearon los matojos de cañas que surgían del río y llegaron hasta un terreno seco y algo elevado. Tres guardias rodeaban el cuerpo y se giraron cuando vieron aparecer a Elhabib.

—¿Sabéis de qué ha muerto?

—Apuñalado, *sahib*.

El cadáver se hallaba bocarriba y con las manos a ambos lados del cuerpo. Vestía una túnica larga y con grandes manchas de sangre por el pecho y el vientre. Su cara estaba vuelta hacia el oeste y tenía el pelo gris empapado y pegado a la frente.

—No sabemos quién es, *sahib* —dijo otro de sus hombres, el más joven.

Elhabib se acuclilló junto al cuerpo y le volvió la cara. Le cerró los ojos con los dedos y guardó silencio un instante.

—Se llama Judá Ben Saruq. Envolvedlo en una manta o en alguna sábana o algo...

—Sí, *sahib* —dijo uno de los guardias. Elhabib se puso de pie.

—¿Lo llevamos al cuartel, *sahib*? —preguntó otro guardia.

—No, no será necesario. Llévadlo a su casa. Vive en la judería. Allí se ocuparán de él.

Elhabib comenzó a caminar en dirección a Córdoba. Levantó la vista y vio las murallas y las torres del Alcázar y las decenas de minaretes que apuntaban al cielo. Se preguntó qué había averiguado Judá para que lo mataran de esa manera. Recordó las palabras del gigante. En su cabeza se mezclaban los magos, los dioses, los conjuros y la *Mihna*. ¿Qué oscura maldición escondían en su interior aquellas murallas?

Ibn Ukasa atravesó los arcos de la salida de la mezquita Aljama. Algunos hombres de leyes se acercaron a él y estrecharon sus manos. Uno de ellos inclinó la cabeza. El gobernador le puso la mano en el hombro y le susurró algo al oído. Este le hizo una reverencia y se retiró agradecido. El hombre de Moavia aguardaba su turno tras la guardia. Un soldado le impidió avanzar.

—¡Tengo un mensaje para ti, Hakam! —gritó.

Hakam Ibn Ukasa le dirigió una mirada intrigada.

—¡Habla! —ordenó el gobernador.

—La visita del joven Abbas es solo el principio.

Ibn Ukasa se puso lívido. Apretó los dientes y atravesó el grupo de alfaquies que lo acompañaba. Se plantó ante el hombre del imam, lo cogió del cuello y lo levantó.

—¿Qué sabes tú de eso?

El hombre susurró unas palabras que solo el gobernador oyó. Este levantó la vista y buscó entre la gente que se hallaba en el patio. Sus ojos se detuvieron en Moavia, apoyado en el murete de la fuente de las abluciones. Tenía un aspecto sereno. El imam lo observaba envuelto en su turbante azul y acompañado de su cayado. Hakam soltó al fiel y se dirigió rápido hacia él. Los guardias, sorprendidos, lo siguieron. Cuando se halló a la altura del clérigo le espetó:

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Moavia.

—Si todo esto es una broma, te haré decapitar.

—No es una broma.

—Explícate. ¿Qué sabes de lo que ha ocurrido?

—Crees que ese joven ha vuelto de su tumba para mortificarte —dijo Moavia—, pero no es así. Es solo una señal de que los equilibrios de poder están cambiando.

—¿De qué estás hablando?

—Te lo mostraré. Sígueme.

Moavia empezó a andar en dirección a la salida del templo. Ibn Ukasa se quedó paralizado viendo cómo el clérigo se alejaba. De pronto, este se detuvo y lo miró.

—¡Vamos! —dijo.

El gobernador, como si estuviera a sus órdenes, lo siguió de inmediato.

En aquella plazoleta de la judería, decenas de niños jugaban entre gritos y risas. Apoyada en el quicio de una puerta, observaba los juegos una mujer de unos cincuenta años con los brazos cruzados y la vista perdida en los pequeños. Esa era la dirección que le había dado a Ludovicus el bibliotecario. La mujer levantó la vista al verlo llegar y su rostro adquirió una expresión preocupada. El gigante se detuvo junto a la mujer. El griterío infantil cesó y los niños observaron expectantes a Ludovicus.

—¿Qué quieres? —dijo ella.

—Busco a un hombre llamado Judá Ben Saruq.

—¿Quién eres?

—Me llamo Ludovicus.

—¿Qué le ha pasado a Judá? ¿Por qué lo buscas?

—Eso es lo que intento averiguar.

La mujer giró la mirada hacia el interior de su casa. Ludovicus vio a un individuo observándolos desde la penumbra. Era un hombre medio calvo y con ojos inquisitivos.

—¿Quién es? —preguntó Ludovicus señalándolo.

—Es el criado principal. Mi marido y mi hijo están de viaje —dijo Miriam.

—Entiendo.

—¿Qué quieres?

—El bibliotecario del Alcázar me dijo que Judá buscaba un libro propiedad de tu marido.

La mujer guardó silencio y luego volvió la cabeza para mirar al criado de nuevo.

—Estuvo aquí ayer. A media mañana. Lo dejé pasar a la biblioteca. No sé más. Yo no me ocupo de los libros.

—¿Encontró el libro?

—No, no lo encontró. Ya no tenemos ese libro.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo sé qué?

—Que no tenéis el libro. Dices que no te ocupas de los libros.

La mujer volvió a girarse hacia el criado. Este la miró inmóvil.

—Debes irte. Yo no sé nada, te lo aseguro.

—Estás muerta de miedo.

Miriam se metió en la casa e intentó cerrar la puerta, pero el gigante interpuso su mano. El criado avanzó por el pasillo.

—¿Qué me ocultas?

—Si no te vas, llamaremos a los guardias —le advirtió el sirviente.

—Por favor, vete, te lo suplico. Me meterás en problemas graves con tu insistencia.

—Judá podría estar en peligro.

—Por favor. Yo no puedo ayudarle.

El criado llegó hasta ellos y apartó a Miriam.

—Hazle caso —dijo—, márchate.

Ludovicus retiró la mano de la puerta y esta se cerró de golpe. Acercó la oreja a la madera, pero no oyó nada. Se dio la vuelta y vio que un grupo de unos diez o doce niños lo observaban en silencio. El gigante levantó las manos, sacó

los dientes y comenzó a moverse hacia ellos muy despacio.

—¡Es un monstruo! —gritó uno de los niños y todos corrieron entre risas a esconderse donde encontrarán.

Ludovicus contempló la casa antes de irse. Todas las puertas y ventanas cerradas.

Los fieles de Moavia se entrenaban en la gran extensión de tierra que eran las ruinas del antiguo arrabal de Saqunda. Tanto los hombres como las mujeres golpeaban con decisión sus espadas contra unos troncos vestidos con harapos que simulaban ser enemigos. Con cada golpe, se oían los gritos de furia de quienes sabían que la Verdad estaba con ellos. El sol calentaba sus pieles y las hacía brillar a medida que transcurría el tiempo de instrucción.

Desde lo alto del promontorio en que se encontraba la mezquita, los observaba Moavia acompañado de Hakam Ibn Ukasa y sus guardias.

—¿Cuántos hay? —preguntó el gobernador.

—Más de trescientos.

Moavia levantó su cayado y uno de los jefes comenzó a gritarles que detuvieran el entrenamiento.

Los fieles se volvieron hacia el promontorio. Moavia les ordenó con la mano que se acercaran. El imam comenzó a mover el cayado arriba y abajo golpeándolo contra el suelo. Un susurro se extendió entre ellos al ritmo del movimiento de Moavia.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!

El susurro se convirtió en grito. El pequeño ejército levantó sus espadas sin dejar de gritar.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!

De pronto, Moavia detuvo el movimiento del cayado y los gritos cesaron. El silencio se extendió por el lugar y Hakam no pudo evitar estremecerse.

—Son disciplinados —dijo.

—Están a tu servicio, si los quieres —replicó Moavia.

—¿Eres tú quien ha hecho lo de Abbas?

—Tenemos poder, gobernador. Tenemos un ejército y la magia de nuestra parte.

—¿Eres el responsable de la muerte de los niños?

—Conozco al responsable. Es una magia poderosa, te lo aseguro —dijo Moavia.

—¿Qué quieres a cambio?

—Hablemos dentro. —Moavia se dio la vuelta y se dirigió a las puertas de la

mezquita. Ibn Ukasa lo siguió acompañado de sus guardias—. En privado —dijo el imam cuando vio que los seguían.

Ibn Ukasa lo pensó un instante y luego, con un gesto de la mano, les ordenó que esperaran fuera.

Moavia se descalzó de sus sandalias junto a la puerta e Ibn Ukasa hizo lo mismo con las botas. Ambos hombres se adentraron en el templo. El imam se dirigió a la alfombra que servía para el rezo y se sentó. Indicó a su invitado con la mano que lo acompañara.

—Lo que te pido a cambio —dijo Moavia— es que acabes con la *Mihna*.

—No puedo hacer eso.

—Claro que puedes.

—Si lo hiciera los alfaquíes de todo al-Ándalus pondrían el grito en el cielo y al-Mutamid no tardaría en echárseme encima.

—La *Mihna* no existe oficialmente. Nadie se atrevería a sacar la cara por ellos.

—Aun así, buscarían otra excusa.

—Te podrás defender. Te lo he dicho, tienes un ejército.

—Trescientos hombres y mujeres no son un ejército.

—Si me das acceso a la mezquita Aljama, serán mil en una semana. Y unos cuantos miles en un mes. Son como los almorávides, unos auténticos creyentes.

—¿Y qué hay de la magia?

—También estará a tu servicio. Ya has visto de lo que somos capaces.

Ibn Ukasa se quedó pensando. Se levantó de la alfombra y se dirigió a la salida. Se calzó de nuevo las botas sin decir nada. Moavia fue tras él. A su altura, el imam dijo:

—Serás el *amir al-umara*<sup>[18]</sup>, Hakam.

El gobernador salió del templo, se acercó al borde del promontorio y fijó su mirada en el ejército de fieles que se extendía por el descampado.

—El Califa de Córdoba —murmuró.

—Hace casi cincuenta años que no tenemos uno, Hakam. Mi gente te está esperando.

Ibn Ukasa se dirigió a su caballo con la vista fija en el suelo. Los guardias lo acompañaron. El gobernador montó y le dedicó una última mirada al imam antes de irse. Moavia lo vio cabalgar a él y a sus hombres en dirección al puente. Luego sonrió.

—Vino —dijo Ludovicus.

Cogió la jarra y se la llevó a una de las mesas de la calle. Se sentó mirando a

la plaza ancha y bebió un sorbo mientras se distraía con el deambular de la gente. Un tipo con un gorro rojo en forma de cubilete estiró una alfombra sobre el suelo y depositó sobre ella un canasto de mimbre. Levantó la tapa y agarró su flauta. Había visto esos espectáculos en Egipto, pero nunca en al-Ándalus. Comenzó a tocar una sintonía repetitiva y del canasto asomó la cabeza de una serpiente. Rápidamente se acumuló a su alrededor una multitud asombrada que tapó la visión del gigante. Tan solo oía la música y las ovaciones y los aplausos del público.

Ludovicus echó un largo trago y la vio. Gudrun apareció por una de las esquinas de la plaza cargada con su puesto de madera a la espalda y una bolsa al hombro. La acompañaba Sabiñe, que al verlo, levantó una mano a modo de saludo. Él le contestó con un gesto de la cabeza. Gudrun ni se dio cuenta. La niña se desvió hacia la multitud y se puso de puntillas para divisar el espectáculo. La hechicera la acompañó. Gudrun le dijo algo a Sabiñe y las dos se alejaron del grupo. La mujer lo vio entonces. Se le quedó mirando, pero no hizo ademán de acercarse. Ludovicus tampoco se movió. Ambas cruzaron la plaza y desaparecieron por la calle que conducía a las murallas.

Bahij apareció a su espalda y se sentó a su lado. Se recostó en la silla con una sonrisa en los labios.

—Es raro ver a esos tipos por aquí —dijo refiriéndose al flautista—. Sobre todo, ahora. Cuando yo era joven, venían artistas callejeros de todas partes. Córdoba los atraía. Es una pena.

—A ti no te va mal.

—No, claro que no. Mi familia se remonta a las viejas familias sirias que vinieron a la llamada de Abderramán, el primer emir. Es normal que nos vaya bien.

—Es normal —respondió Ludovicus.

—Hablando de familia. ¿Cómo va lo de mi hermano?

—Aún no sé nada.

—He oído que compraste una esclava con el dinero que te di. No me entiendas mal, amigo Ludovicus, puedes hacer lo que quieras con él, pero si te estás dedicando a tus asuntos y te has olvidado de Masarra...

—No me he olvidado de Masarra. Me he visto con sus dos amigos, sus únicos dos amigos. ¿Recuerdas?

—Sí. Masarra no es muy sociable. Pensé que eso lo haría más fácil de rastrear.

—También he conocido a su familia.

—Ah, bueno. Su familia es un poco peculiar. Sus matrimonios fueron arreglados. Él no se preocupaba mucho por eso, así que decidí tomar cartas en el asunto. Si no hay cariño, surgen rivalidades.

—La esclava de su primera mujer dice que su segunda mujer la está envenenando.

—No hagas mucho caso. Haala siempre ha sido una mujer delicada de salud. Estoy seguro de que se repondrá pronto.

—¿Tienes tú los libros de Masarra?

—¿Yo? ¿Por qué iba a tenerlos?

—Han desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Crees que se los ha llevado?

—No lo sé. ¿De qué trataban esos libros?

—De magia, supongo. Siempre le interesó.

—¿Qué tipo de magia?

—Oh, bueno. De todo, creo. Yo no entiendo mucho. De joven hacía conjuros de amor para nuestros amigos. Luego se volvió más oscuro. Invocaba a los muertos. Una vez dijo hablar con el espíritu de un hombre que vivía en una tierra lejana al otro lado del océano. ¿Te lo puedes creer, amigo Ludovicus? ¡Al otro lado del océano! ¿Qué puede haber allí? Le dije que no se lo contara a nadie o lo tomarían por loco. Siempre he lamentado que no me hiciera caso.

—¿Qué ocurrió?

—En una fiesta le contó al emir lo que había descubierto para conseguir que le financiara un viaje a esa tierra. Entonces, un judío advenedizo y con muchas ambiciones llamado Hasday Ben Hanina aprovechó para ridiculizarlo delante de todos. Sufrí mucho por él. Desde aquel momento se recluyó prácticamente. Vive en su mundo y no quiere saber nada de lo que le rodea.

—¿Crees que puede tener alguna relación con los niños muertos?

—¿Masarra? En absoluto. Es un hombre muy inteligente al que no se ha reconocido nunca su valía, pero no es un asesino. No, no creo que tenga nada que ver con eso.

La música del flautista había dejado de sonar y su público se dispersó por el lugar. Ludovicus se puso de pie y empezó a buscar una moneda en su bolsa.

—No te preocupes, Ludovicus. Te invito.

—Gracias. Debo irme.

—Espero tener pronto noticias tuyas.

—Las tendrás.

Ludovicus se alejó. Llegó al borde de la plaza y se detuvo. Le costó

orientarse. Vio entonces el minarete de la mezquita Aljama y tomó la dirección contraria.

Al torcer una esquina, se encontró de frente con Elhabib y sus guardias.

—Judá está muerto —dijo el *sahib*.

—¿Muerto?

—Lo han cosido a puñaladas. Parece que lo que fuera que averiguara molestó a alguien.

Elhabib se marchó calle arriba seguido por sus guardias y giró a la izquierda y Ludovicus dejó de verlo.

La respiración de Ruy no era más que un estertor sobre las sábanas húmedas. El vello ya casi le cubría todo el pecho y le habían salido nuevos círculos en las piernas. Tenía la mirada perdida en el techo cuando Sahalú entró y se sentó a su lado. Le puso una mano en la frente y él sintió cierto alivio.

—Mi vista ha vuelto a empeorar, solo veo bultos. Sin embargo, mi olfato y mi oído son una tortura. Lo huelo y lo oigo todo.

—No te preocupes, recuperarás la vista. Todo volverá a ser como antes.

Ruy cerró los ojos y se quedó muy quieto.

—¿Quién era el hombre que ha venido antes?

—Se llama Ludovicus. Investiga la desaparición de Masarra.

—¿La desaparición? No sabía que hubiera desaparecido.

—¿Cuánto hace que no lo ves?

—No lo sé. No puedo pensar con claridad. —La voz del ajedrecista no era más que un murmullo en la habitación oscura—. Es cierto, hace mucho que no lo veo. ¿De qué le conoces?

—¿A ese hombre? De nada.

—Lo oigo todo —dijo Ruy.

Sahalú guardó silencio. Su mirada se encontró con la de su marido fija en ella.

—Entonces, ya lo sabes —dijo.

—Sí. ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué me has embrujado? Yo te amo.

—Es por todas esas muchachas.

—¿Qué muchachas?

—Esas chicas muertas que has ido dejando por ahí. Todo ese sufrimiento que has causado.

El ajedrecista entornó los ojos para tratar de enfocar la imagen de Sahalú.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Dejaste a una viva. Me pidió ayuda.

—Eso es imposible. Las maté a todas.

—Una se te escapó.

—¿Cuál?

—Te has cruzado con ella y ni siquiera la has reconocido. Aunque te dijera quién es, no la recordarías. Fue hace mucho.

—Mis actos me han alcanzado.

Sahalú cogió la mano de Ruy.

—Así es.

—¿Cuánto me queda?

—No vas a morir.

—¿No? ¿Qué vas a hacer conmigo?

—Mírate.

—Seré una alimaña.

—Sí.

Ruy cerró los ojos de nuevo y su respiración se apaciguó. Giró la cabeza un poco a su derecha y, por un momento, pareció dormido. Sahalú se levantó y se alejó de la cama. Al alcanzar la puerta, la voz de su marido la retuvo.

—¿Por qué insistías tanto en que fuera al médico?

—Para alejar tus sospechas de mí. Tenías razón, ningún médico podía ayudarte.

—Entiendo.

—Pronto acabará todo.

—Te he pedido que me mates. Sería un castigo justo.

—No puedo hacer eso.

—Explícaselo a esa muchacha de la que hablas. Tal vez lo entienda.

—Ya está hecho. No vas a morir.

—¿Me has querido alguna vez?

—No se puede querer a alguien como tú —dijo Sahalú.

Elhabib encontró la puerta entornada. Entró en la casa despacio. Todo estaba en silencio. Echó un vistazo al fondo del pasillo y asomó la cabeza por la puerta de la biblioteca. Luego se dirigió a la cocina. El cadáver se encontraba tendido sobre la mesa. La expresión de su rostro era serena, como si durmiera profundamente, ajeno a las hendiduras que atravesaban su vientre y su pecho.

Menda sumergió un trapo blanco teñido de sangre en un barreño y luego lo pasó con delicadeza sobre las heridas. Lo deslizó por la barriga, el pubis y las piernas y lo volvió a sumergir en el agua.

—Solo buscaba a su mujer —dijo.

Elhabib se quedó plantado junto a la entrada observando el trabajo de la anciana. Esta le pasó el trapo a Judá por la cara y se esmeró más en la barba gris y rizada.

—¿Sabes si averiguó algo?

—Pues claro que averiguó algo, por eso lo mataron.

—¿Sabes qué fue?

Menda negó con la cabeza.

—Todo lo que sabía se lo he contado a ese hombre, el de la cara...

—Ludovicus.

La anciana soltó el trapo y apoyó las dos manos en la mesa y comenzó a sollozar.

—Puedo hacer que envíen a alguien para ayudarte —dijo Elhabib.

—Mis vecinas ya se han ofrecido, pero prefiero hacerlo sola.

Elhabib se quedó un momento quieto, sin decir nada. Luego se dio media vuelta y se dirigió a la puerta principal.

—Einat era nuestra niña —dijo Menda—. Quizá no fuéramos muy felices, pero éramos una familia hasta que apareciste tú. La sedujiste y nos la quitaste. Todo esto es culpa tuya. Eres el *sahib as surta* y yo solo una criada. No te puedo prohibir nada. Por eso, te lo voy a pedir como favor: no vuelvas más por aquí.

Elhabib oyó en silencio las palabras de la anciana y luego salió de la casa y cerró la puerta tras de sí.

Era la primera vez que dormía en la posada desde que había llegado a Córdoba. Se recostó en la cama, bocarriba y se quedó mirando al techo. Reflexionó sobre la muerte de Judá Ben Saruq. ¿Qué había averiguado? Revivió la escena en la casa de aquella mujer, la esposa de Hasday Ben Hanina. En cuanto amaneciera, tendría una conversación con ella. ¿Qué había dicho Bahij? Hasday Ben Hanina ridiculizó a Masarra de joven. «Todo está relacionado», pensó. ¿Y el envenenamiento de la mujer de Masarra? ¿Era real? ¿Era una pieza más del rompecabezas? Ludovicus tuvo la sensación de que su cerebro le hervía dentro del cráneo. La memoria se le fue sola a los frascos verdes sobre el tocador de Samara y al brazo de Gudrun y a su mano sosteniéndolo con fuerza. «No debí haberlo hecho», pensó. Se sintió profundamente avergonzado. «Debería pedirle perdón». Ludovicus cerró los ojos, pero fue incapaz de dormir.

Gudrun llevaba al menos una hora apoyada en el marco de la puerta. Su vista seguía fija en la entrada de la calle esperando ver aparecer al gigantón con su cara desfigurada. «No sé por qué estoy aquí, preocupada. Soy una idiota».

Se dio media vuelta y entró en la casa. Llenó un vaso de vino con la jarra de

la mesa y se lo bebió de un trago. «No debería haberle mentado». Se acercó a la habitación y descorrió la cortina que separaba el dormitorio de la sala. Sabiñe se hallaba acostada a un lado de la cama y levantó la vista cuando la vio aparecer.

—Duérmete.

La niña recuperó su posición. Gudrun se acostó a su lado. «No sé por qué me preocupo, si es el tipo más feo con el que he estado en mi vida». Cerró los ojos y esperó a que el sueño la venciera. Al cabo de un rato, se sentó en la cama. «Sé dónde está su posada, pero está loco si piensa que voy a ir tras él». Se pasó la mano por su pelo corto y anheló tener un mechón que liar en un dedo. Se tendió de nuevo y miró al techo. «No merece la pena un tipo que se pone como él se puso por una tontería. Si fuera a buscarlo, sería una imbécil».

Gudrun se levantó, tomó el manto de la silla y se lo puso sobre la cabeza y los hombros.

—¿Adónde vas? —preguntó Sabiñe.

—Voy a salir. Volveré en un rato. ¿No te importa quedarte sola?

—No.

Otmán vio salir de su casa a la hechicera envuelta en un manto y sumergirse en la oscuridad de la noche. Emergió de su escondite y la siguió.

Ludovicus abrió los ojos sobresaltado. Extendió su brazo hacia el otro lado de la cama. Se sintió un idiota cuando se sorprendió de encontrarlo vacío. «Tampoco debía contármelo todo. Tiene su vida», pensó. «¿Y si me esconde más cosas? ¿Y si está relacionada con todo esto de alguna manera?». Ludovicus se sentó en el borde de la cama. Se lamentó de no tener vino en la habitación. «No está relacionada, Samara era su cliente. Una más». Se puso de pie y se acercó a la ventana. Contempló la calle silenciosa y el candil de enfrente que iluminaba tan solo unos pasos a su alrededor.

Se miró las manos. «No debí haberla agarrado así. Aunque, al fin y al cabo, no fue más que una reacción cuando la descubrí mintiéndome. Está loca si cree que me voy a disculpar».

Ludovicus se puso el cinturón con sus armas y se fue a la calle.

La vio aparecer por la callejuela. Ella se detuvo. Tenía una expresión seria. Él se acercó despacio, cauteloso. Se paró a unos pasos y dijo:

—Perdóname. No debí reaccionar así. No quería hacerte daño.

—Perdóname tú —dijo Gudrun—. No debí mentirte.

Se acercaron. Él no podía apartar la vista de sus ojos azules. Rozaron sus labios un instante y luego ya no pudieron separarse.

—Ahí estás —dijo Otman desde las sombras.

Cuando iban camino de la posada, él le pasó su brazo por los hombros y ella se abrazó a su cintura.

—No sé qué he visto en ti —dijo—. Parece que te hayan hecho la cara a martillazos.

Gudrun jugueteaba con el vello del pecho de Ludovicus. Él acariciaba con las yemas su hombro.

—Cuando los brujos podían tener sus puestos en cualquier zoco, Samara vino a comprarme un filtro de amor. A los pocos días, apareció hecha una furia y me acusó de estafarla. Me amenazó con mover sus influencias con el *sahib as suq* para que me expulsaran del zoco de la medina, que era donde yo me encontraba entonces. Me pareció que estaba borracha.

»Lo de la expulsión no se llevó a cabo, por suerte, y no volví a saber de ella en un par de semanas. Un día, cuando la presión de la *Mihna* se hizo insoportable y ya me había trasladado al río, la vi por el zoco de los brujos. Parecía que me vigilaban, ella y su criada. Esa jovencita que la acompaña a todas partes.

»Se acercaron cuando ya me hallaba recogiendo para irme. Samara me preguntó si le podía vender cuatro o cinco frascos. Su tono era completamente diferente. Las amenazas habían dado paso a una actitud suplicante que me hizo sospechar. Le pregunté el motivo del cambio de opinión, pero ella no me contestó. Me dijo que me compraría más y pretendía que le jurara que toda transacción sería secreta.

»Me negué con la excusa de que los había vendido todos durante el día. Aquello me parecía muy turbio y no deseaba implicarme.

»Esa misma noche, Samara y su criada se presentaron en mi casa. Esta vez era obvio que estaba borracha. Se sirvió vino sin pedirme permiso y me contó que estaba ocurriendo algo terrible en su casa y que si la ayudaba salvaría una vida. Me prometió que me pagaría por mis filtros lo que quisiera.

»Nunca se los habría vendido si no necesitara el dinero. Los ingresos en el zoco de los brujos no tienen nada que ver con los que recibía en la medina. Ahora estamos todos en el mismo lugar y la competencia es mucho mayor. Pero no sabía nada de ella. Ni sabía que su marido era ese Masarra al que buscas. Cuando me preguntaste por esa mujer, me puse a la defensiva.

—¿Nunca te dijo para qué quería las pócimas?

—No. Es más, siempre insistió en que debía guardar el secreto.

—¿Te pidieron alguna vez veneno?

—No, nunca.

—¿Conoces que se lo pidieran a alguien más?

—Tampoco.

—Otro asunto que no me lleva a ninguna parte.

—¿Has encontrado al hombre que buscabas? ¿Al judío?

—Está muerto.

—Vaya. Qué mal huele todo esto.

—Sí. Siento que todo forma parte de lo mismo, pero no encuentro la forma de conectarlo.

Gudrun levantó la cabeza y miró a Ludovicus a los ojos.

—¿Por qué entregó tu mujer a tu hija?

El gigante suspiró.

—No lo sé. Iradi estaba muy enferma y encontré a un tipo que la curó. Vi a Santzia feliz el día que se la devolví. No sé qué ha podido pasar para que cambiaran tanto sus sentimientos.

—¿Qué le ocurría a la niña?

—Lepra.

—¿Lepra? ¡Vaya! No conozco a nadie capaz de curar esa enfermedad. ¿Quién lo hizo?

—Vive en un lugar apartado de las llanuras de Capadocia. Lo llaman el Sanador. Es más un espectro que un hombre.

—¿No le preguntaste a tu mujer por qué la entregó?

—Cuando la encontré, no estaba en condiciones de contestar a mis preguntas.

En ese instante sonaron unos golpes tímidos en la puerta. Ludovicus y Gudrun se miraron. El estudioso se levantó de la cama y cogió su cuchillo. Abrió despacio, con el arma preparada, y vio al criado de Bahij al otro lado.

—Mi señora, Tasmílah, quiere verte. Ha parido.

—¿Y qué quiere? ¿Qué tengo yo que ver con eso?

—El niño ha nacido muerto. Te ruega que acudas.

Ludovicus suspiró y cerró de nuevo la puerta dejando a su visitante fuera. Se volvió hacia Gudrun y la besó en los labios.

—Será mejor que vaya —dijo—. Quédate.

—No. Volveré a casa. He dejado sola a Sabiñe.

—Bien. Iré a verte en cuanto pueda.

El gigante se vistió y salió de la habitación.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó.

El criado se encogió de hombros y dijo:

—Sabíamos que estabas aquí alojado.

Einat se incorporó y miró al otro lado de la reja. A lo lejos, la mujer con la piel abrasada por el fuego se movía como si no supiera adónde ir. Se alejaba y Einat la perdía de vista en la oscuridad. Luego volvía a parecer y deambulaba en círculos.

—¿Quién es la mujer quemada?

—No la mires —respondió Iradi—. La vas a atraer.

—¿Todo esto está dentro de tu cabeza?

—Sí.

Einat se separó de la reja y se sentó en el banco de la niña.

—Dijiste que habías soñado conmigo. —Iradi la miró seria—. Cuéntame qué soñaste.

—No.

—¿Por qué no?

—Mis sueños no son buenos.

—¿Por qué dices eso?

—Provocan muertes.

—¿Has soñado que me moría?

Iradi guardó silencio. Einat se acercó más a ella y repitió la pregunta.

—No exactamente.

—¿Qué has soñado? Quiero saberlo.

La niña ocultó la cara entre los brazos y se quedó quieta en su rincón. Einat suspiró y regresó a su cama de piedra.

—Fue hace meses, antes de que me durmieran. Desde que estoy aquí, no tengo sueños.

—Cuéntamelo —insistió Einat—. Quizá nos pueda servir para salir de aquí.

Iradi meditó si hacerlo o no.

—Soñé que alguien te daba de comer con una cuchara y te decía que cuidaría de ti. Tú no parabas de llorar.

—¿Solo eso? ¿Qué significa?

—Nunca sé lo que significa.

—¿Qué tiene eso que ver con mi muerte?

—No lo sé. Es la forma en la que vas a morir.

—Comiendo de una cuchara, como si fuera una niña pequeña. ¿Y qué va a ocurrir? ¿Que me atragantaré?

—No lo sé.

Einat se levantó y se acercó a la reja. Apoyó los codos en uno de los barrotes

horizontales y murmuró para sí:

—¿Cuánto va a durar esto?

Cuando el criado abrió la puerta de la casa, Ludovicus y él se adentraron en el silencio. Una esclava les salió al paso en el patio con la cabeza agachada y cubierta por un manto negro.

—La señora te espera —musitó.

El criado se retiró y Ludovicus siguió a la esclava por las escaleras hasta la galería a oscuras. Una de las puertas se hallaba abierta y junto a ella esperaba otra esclava. Inclino la cabeza al verlo llegar y con la mano le indicó que pasara.

La habitación se hallaba iluminada por una decena de velas y una lámpara de aceite en una cómoda de cajones. La puerta se cerró a su espalda. Ludovicus contempló el cuarto y vio a Tasmilah envuelta en mantas con sus ojos cerrados. La frente le brillaba por el sudor y los cabellos oscuros empapados se le pegaban a la piel. De la cama salía un rastro de magia oscura que llegaba hasta una pequeña cuna arrimada a la pared. La misma magia oscura que había visto en la casa de Malika. Se acercó a la cuna y vio el cadáver del bebé de color azulado.

—Sabía que no iba a sobrevivir —dijo Tasmilah.

Ludovicus se giró y encontró los ojos violetas sobresaliendo de las mantas.

—¿Lo sabías?

—Detesto a Bahij. Cuando supe que estaba embarazada, recé con todas mis fuerzas para no tener un hijo suyo. Algo dentro de mí me decía que mis plegarias serían escuchadas. ¿Me convierte eso en un demonio?

—Supongo que no.

Tasmilah se incorporó y apoyó la espalda en la almohada.

—Siéntate a mi lado, por favor.

Ludovicus obedeció.

—Nunca he tenido amigos, ¿sabes? Ni siquiera cuando era niña. En la alquería en que vivía, pensaban que mis ojos eran obra de Satán. Mi padre, para no tener problemas con los vecinos, me recluyó en casa y me prohibió salir. Un día Bahij apareció por la alquería. Fue una casualidad que me viera. Solía negociar la compra del aceite con el jefe del molino, pero en aquella ocasión no estaba. Había tenido que traer a su mujer a un médico de Córdoba. Le dijeron a Bahij que mi padre negociaría la transacción. Se presentó por sorpresa en nuestra casa y yo no tuve tiempo de ocultarme. Cuando me vio, quedó prendado. Mi padre y él hicieron sus negocios y Bahij se marchó, pero a las dos semanas apareció con una oferta por mí.

»Nos casamos y yo pensé que mi vida, al fin, sería distinta. Conocería una

gran ciudad y sería la mujer de un gran señor. Qué idiota fui, ahora que lo pienso. Lo primero que hizo Bahij fue recluirme de nuevo. Parece que esté condenada.

Ludovicus se quedó en silencio y Tasmílah deslizó sus dedos en la mano de él. Se mantuvieron callados un buen rato hasta que la oyó respirar de forma acompasada. Se levantó despacio con cuidado de no despertarla. Ella apoyó la cabeza en la almohada y siguió dormida.

El gigante salió de nuevo al pasillo. Una criada aguardaba a unos metros.

—¿Dónde está Bahij? —preguntó.

—Ha ido a casa de Masarra. Su cuñada ha muerto y han acusado a Samara de envenenamiento.

Gudrun contempló a lo lejos la Puerta de la Pescadería cerrada. Vio a un guardia apostado junto a ella que sostenía la correa de un perro negro echado en el suelo. Cuando se halló más cerca, el animal levantó la cabeza y estiró las orejas. El guardia cambió de posición. Se puso derecho y se llevó la mano al mango del cuchillo que guardaba en el cinto. El perro ladró.

—Buenas noches, Ahmed —dijo Gudrun. El guardia pareció relajarse.

—Ah, *mayús*, eres tú.

Ahmed sacó unas llaves algo oxidadas y las tintineó en la oscuridad. Cuando Gudrun llegó junto a él, el perro gruñó y el guardia tiró de la cuerda que rodeaba su cuello.

—¿Sabes qué, *mayús*? —Ahmed se acercó a la puerta e introdujo la llave en la cerradura—. Está embarazada.

—¿Embarazada? Cómo me alegro, enhorabuena.

El hombre la miró serio y le dijo.

—Se enamoró de mí gracias a tu filtro. ¿No podrías darme algo para que el niño nazca vivo? Aún quedan unos meses, pero...

Gudrun le acarició la mejilla.

—Ojalá pudiera, Ahmed. Esta maldición es demasiado poderosa para mí. Quizá para cuando nazca tu hijo, haya desaparecido.

—Ojalá.

El guardia abrió la puerta y dejó que Gudrun cruzara al otro lado. Cuando se hubo alejado unos metros, el guardia la llamó.

—¡*Mayús*! —Gudrun se dio la vuelta—. Ten cuidado, he visto a la *Mihna* rondando por ahí.

Gudrun asintió y, en un gesto instintivo, se cubrió aún más con el manto de la cabeza. Apretó el paso y, en cada esquina a la que llegaba, se detenía y miraba

al otro lado. A la tercera o cuarta esquina los vio.

Eran tres. Estaban de pie, vueltos de espaldas a ella y charlando en voz alta. Reconoció la voz de Ocba. Todo el mundo conocía aquella voz.

—Es buena señal —dijo.

—¿Cómo va a ser buena señal que no encontremos a ningún hechicero? —preguntó uno de sus hombres.

Ocba se acercó a él y le pasó un brazo alrededor del cuello y lo atrajo hacia sí.

—Es buena señal, Morra. Significa que tienen miedo y se esconden como ratas.

—Pues yo prefería los tiempos en que podíamos cazarlos con facilidad —respondió Morra.

Gudrun cruzó la calle aprovechando que le daban la espalda. Cuando se encontraba a punto de llegar al otro lado, el tercer hombre, el que no había hablado, se giró. Gudrun recorrió a toda prisa el trecho que le quedaba y se pegó a la pared. No podía estar segura de que no la hubieran visto.

—Alguien ha cruzado la calle —dijo el hombre de la *Mihna*.

—Mierda —susurró Gudrun.

—¿Estás seguro? No se oye nada.

—Vamos a ver —dijo Ocba.

Gudrun emprendió la huida y oyó las voces a su espalda.

—¡Alguien está corriendo!

Giró a su izquierda en el primer cruce y sintió que los pasos cada vez estaban más cerca. Cambió de dirección, esta vez a la derecha, y se encontró en una calle angosta con el suelo de tierra. Se acurrucó en un hueco entre dos casas y oyó como los tres hombres pasaban de largo. Se dio cuenta entonces de que aguantaba la respiración. Tomó aire y se llevó la mano a la frente. Escuchó con atención y no oyó nada más que silencio. Salió de su escondite y comenzó a andar en la dirección contraria.

Su casa parecía tranquila. Abrió la puerta y asomó la cabeza. Todo estaba en orden. A través del hueco de la habitación, vio la cama vacía.

—¡Sabiñe! —la llamó.

De pronto, una mano le tapó la boca y un brazo fuerte le rodeó la cintura. Ante sus ojos apareció el rostro siniestro de Ocba.

—Sabía que eras tú, *mayús*. Vi tu silueta huir de nosotros y supe que eras tú.

Gudrun dio un tirón de la mano que le cubría la boca.

—¿Qué habéis hecho con la niña?

—¿Qué niña?

—¡Muerte a la bruja! ¡Muerte a la bruja!

El grito unánime de unas cien personas se extendía por las callejas de la medina en el silencio de la noche. Ludovicus lo escuchó cuando aún le quedaban unas cuantas calles para llegar a la casa de Samara. La muchedumbre se apilaba frente a la puerta. El gigante trató de abrirse paso, pero la gente se volvió contra él y le hubiera resultado imposible avanzar sin provocar una pelea.

Los gritos disminuyeron con el paso de los minutos hasta que los sustituyó un silencio expectante. La multitud estiraba sus cuellos tratando de ver más allá. Ludovicus, desde su altura, divisaba un ángulo de la puerta verde y la ventana del primer piso. Entonces, la puerta se abrió un palmo. Un guardia joven asomó la cabeza. Ludovicus lo reconoció. Era el muchacho que lo había apuntado con la ballesta el día en que la *surta* lo detuvo. La gente se lanzó contra él intentando entrar en la casa, pero este cerró rápido. Algunos jóvenes comenzaron a golpear la puerta con las palmas de las manos y la muchedumbre gritó de nuevo.

—¡Muerte a la bruja! ¡Muerte a la bruja!

El rostro oscuro del *sahib as surta* apareció en la ventana del primer piso y la gente se calló al verlo. Elhabib observó la calleja llena. Sus ojos se detuvieron un instante en Ludovicus y luego miró más allá. Su cara se ocultó de nuevo y cerró la ventana.

Tras Ludovicus, al inicio de la calle, apareció un grupo de guardias portando lanzas. Sujetaron las armas en posición transversal y empujaron con ellas a la muchedumbre. Después de un rato de brega, consiguieron abrir un estrecho carril de seguridad junto a la pared que conducía hasta la puerta. Elhabib salió de la casa, se alzó sobre el escalón y voceó con las manos en torno a su boca haciendo de altavoz:

—Las vamos a sacar. No quiero problemas. Si alguien se pasa de listo...

No se le oyó terminar. Los gritos acallaron el mensaje.

—¡Muerte a la bruja! ¡Muerte a la bruja!

Elhabib dio la orden con la mano y Samara y su criada salieron con las cabezas cubiertas con sus velos y abrazadas la una a la otra. La muchedumbre avanzó con rabia y a los guardias de las lanzas les costó mantener la línea de protección. Elhabib abría el paso, le seguían las dos mujeres y el muchacho de la ballesta, que ahora no llevaba armas. Tras ellos, trataban de contener a la masa los guardias de las lanzas. El *sahib* llegó a la altura del gigante.

—¿Qué haces aquí, Ludovicus? ¿Te has unido a la turba?

—Claro que no.

—Pues echa una mano. No querrás que las linchen.

Ludovicus se agachó bajo las lanzas y se pasó al lado de los guardias. Apoyó sus manos en la barrera hecha con las armas y mantuvo el parapeto con todas sus fuerzas. La multitud seguía empujando cada vez más. El gigante podía ver las caras furiosas de los hombres y las mujeres frente a él.

—¡Muerte a la bruja! ¡Muerte a la bruja!

Levantó la vista un instante y le pareció ver a Lambra y a Bahij en la puerta de la casa. Un muchacho de no más de quince años que no paraba de gritar le golpeó en la cara. Por un momento, la formación de parapeto se abrió y un grupo la superó. Recuperaron enseguida la alineación. Ludovicus miró a su espalda y vio aliviado que Elhabib y sus prisioneras se habían marchado. Volvió la vista hacia la puerta de la casa. Ahora se encontraba cerrada.

La agitación pareció calmarse poco a poco. Los guardias se retiraron y Ludovicus aguardó a que la gente también lo hiciera. Un joven barbilampiño apremió a sus amigos a ir al cuartel de la *surta* a por las brujas, pero no encontró mucho entusiasmo. Ludovicus esperó a que la calle quedara despejada y se dirigió hacia la puerta verde. La golpeó un par de veces con la palma de la mano. Una voz joven sonó al otro lado.

—Marchaos, aquí ya no queda nadie.

—Quiero hablar con Bahij —dijo Ludovicus.

Cuando se abrió la puerta, apareció el rostro de un adolescente.

—No está.

—Claro que está. No me he apartado de esta calle y no lo he visto salir.

—Se ha marchado por detrás, señor.

—¿Y Lambra?

—Se ha ido con él.

—¿Dónde está el cadáver de Haala?

—Aquí dentro, señor.

—Déjame pasar.

Ludovicus empujó al muchacho y se adentró en la casa.

—¿Dónde está?

—En su habitación.

Atravesó la sala, cruzó el pasillo y llegó al cuarto donde había visto a la mujer moribunda esa misma mañana. Su cadáver se encontraba sobre las sábanas con las manos recogidas en el regazo. Su rostro permanecía sereno y sus ojos cerrados. Ludovicus observó el cuarto con atención. Había una sola vela encendida en un rincón junto a la jarra de agua con los dos vasos. No halló resto

alguno de magia.

—Por favor, señor —dijo el joven criado—. Si te encuentran aquí... Me ordenaron que no dejara pasar a nadie.

Ludovicus, de mala gana, obedeció al muchacho. Ya en la calle, decidió ir a la casa de Bahij. Levantó entonces la vista y vio a Sabiñe al inicio de la callejuela.

## CAPÍTULO VIII

### LA TRAICIÓN

*Que los dioses para siempre se  
regocijen, que le tributen alabanza tras  
alabanza.*

*Tablilla VII*

*Enuma Elish, poema babilonio de la  
creación*

*El pueblo se había convertido en un lugar hostil para Santzia e Iradi. Sobre todo, para Iradi. Todos culpaban a la niña de lo sucedido con el padre Urko. Unos de forma más velada; otros, directamente. La tensión iba en aumento y Santzia temía que en cualquier momento ocurriera una desgracia. Aunque defendía a su hija ante los ataques de los vecinos, tampoco ella confiaba demasiado en la niña. El cadáver del sacerdote había aparecido sentado en un sillón, con las cuencas de los ojos vacías y los globos oculares en su mano derecha, como si se los ofreciera a alguien.*

*Santzia había recogido todas sus cosas y las había agrupado en fardos. Unos días atrás, llegó una carta de Ludovicus informándola de que volvería en dos semanas. En ese momento, decidirían qué hacer. De lo que si estaba segura era de que se marcharían del pueblo. Tal vez a Iradi le sentase bien un cambio de aires.*

*En todo esto pensaba Santzia, sentada a la mesa de la sala, mientras bordaba un paño para una cliente que ya no lo querría. Iradi, a su lado, observaba cómo traspasaba la tela con la aguja y trataba de imitarla en su propio paño. En ese instante se oyeron dos golpes secos en la puerta. Santzia se sobresaltó. Las dos se quedaron inmóviles. Los golpes volvieron a sonar y Santzia se levantó a abrir. Halló a un hombre de barba blanca y mirada severa.*

*—¿Qué quieres?*

*—Mi nombre es Sargón. He venido a por la niña.*

—¿De qué hablas?

—Iradi. Si me das permiso, me la llevaré.

—No te dejaré llevarte a mi hija.

—No es tu hija.

—Estás loco.

—¿Quieres que te lo demuestre? Ya sospechas que las cosas no son como aparentan; que hay algo que no sabes. Te enseñaré la verdad.

Sargón se alejó de la puerta y recorrió unos pasos por la calle. Cuando vio que Santzia no lo seguía, se dio la vuelta.

—Vamos —dijo.

—No pienso ir contigo a ningún sitio.

—Crees que es tu hija, pero, si vienes conmigo, te demostraré que no es así.

Santzia se quedó pensando.

—Quédate aquí —le dijo a Iradi.

La mujer lo siguió durante unos cientos de pasos hasta que llegaron a un establo al final de la calle. El hombre se adentró en el lugar y Santzia se detuvo en el umbral.

—Por aquí —dijo.

Santzia miró hacia el inicio de la calle. Iradi la observaba desde la puerta de la casa. Avanzó entonces tras Sargón hasta una caseta vacía en el fondo de los establos. Los caballos se agitaron ante la presencia de los intrusos. El visitante se dirigió al final del cuartucho y se paró junto a un bulto dentro de una manta y atado con cuerdas. Santzia observó el envoltorio desde la entrada de la cuadra.

—Ábrelo —dijo el hombre.

Santzia avanzó con cautela. Dirigió una mirada a Sargón y este asintió. La mujer se agachó y comenzó a desatar los nudos. Tardó un rato en poder apartar la manta. Cuando lo hizo, gritó y dio un salto hacia atrás hasta dar con la pared de la cuadra.

—¡Es un cadáver!

—Así es —respondió Sargón.

—¿Quién es?

—Tu hija.

—¿De qué hablas?

—La niña que tienes en tu casa es una impostora, una creación del diablo.

Santzia se levantó, salió de la cuadra y se dirigió a la calle. Iradi la observaba ahora desde el exterior del establo. Las palabras de Sargón

*detuvieron a Santzia.*

*—Digo la verdad y lo puedo demostrar.*

*La mujer lo miró por encima de la pared de madera de la caseta.*

*—¿Por qué no compruebas lo que tiene colgado al cuello?*

*Santzia se aproximó despacio al cuerpo. Se acuclilló a su lado y separó la tela de la camisa.*

*—¿Reconoces la ropa?*

*Claro que la reconocía. Ella misma se la había confeccionado a Iradi para que la llevara durante el viaje. Al apartar el cuello, vio la cruz de oro. Santzia se llevó una mano a la boca y rompió a llorar.*

*—Ludovicus no haría eso —dijo con la voz entrecortada.*

*—Ludovicus fue engañado. Como tú. —Sargón señaló el cadáver en la manta—. Tu hija murió de lepra.*

*—¿Quién lo engañó?*

*—Un brujo de Capadocia. Trajo al diablo a este mundo a través de la pequeña.*

*Santzia se puso de pie. Salió de nuevo de la caseta y giró la cabeza en dirección a la calle. Iradi esperaba fuera. La mujer se dirigió hasta ella, la agarró de la mano y emprendieron el camino de vuelta.*

*—Todo lo que te he dicho es verdad. Lo sabes —dijo Sargón mientras se alejaban.*

*—No sé cómo has hecho todo esto —respondió Santzia—, pero es mentira. Mi hija está viva.*

*—Sabes que no. Ya te darás cuenta.*

*Madre e hija entraron en casa y Santzia cerró la puerta y colocó el tope de madera para que Sargón no pudiera entrar.*

*—Todo lo que dice es mentira —dijo Iradi.*

*—¿Mentira? ¿Por qué ese cadáver tiene la cruz que te regalé?*

*La niña empezó a llorar.*

*—No lo sé. La perdí.*

*Ludovicus siguió a Sabiñe hasta las cercanías de la mezquita Aljama. Allí la perdió. Todo era soledad y silencio. Unos pasos rápidos resonaron a lo lejos, en uno de los laterales del templo. Se dirigió hacia allá y vio a la niña torcer una esquina. Cuando llegó al lugar, la calle estaba vacía. Avanzó despacio con la mano en la empuñadura de su espada.*

*—¡Sabiñe! —gritó, pero no halló respuesta.*

*En mitad de la calle se encontraba la alcaicería, el mercado de bienes de lujo,*

y vio abierta la verja que cerraba la entrada. La suave brisa hacía crujir los goznes. Ludovicus penetró en el lugar tratando de vislumbrar cualquier forma en la oscuridad.

—¡Sabiñe!

Recorrió un pasaje estrecho con comercios cerrados a ambos lados y llegó hasta un patio con más tiendas. En el interior de la única abierta, el estudioso vio a la niña vuelta de espaldas. Entró entonces en el establecimiento.

—Sabiñe —dijo—. ¿Qué haces aquí? ¿Le ha ocurrido algo a Gudrun?

—Mira —respondió la niña y señaló con la barbilla un gran tapiz colgado de la pared que tenía delante.

Ludovicus volvió su vista al mural y reconoció la figura principal. Se trataba de Atón, el dios albino. Había un hombre arrodillado ante él. La figura del dios se movió. Extendió su mano hacia el hombre y este se levantó. Ludovicus reconoció la cara de Abu Bakr al-Xantamari.

—¿Qué significa esto, Sabiñe?

—Sigue mirando.

Atón comenzó a hablar.

—Han traído a la niña a Córdoba —dijo—. Quiero que la encontréis. Que la *Mihna* mantenga los ojos bien abiertos.

—¿Qué hacemos con ella cuando la hallemos?

—Ludovicus ha pretendido engañarnos a todos. La niña no es quien parece ser. Debe morir.

El gigante volvió la cabeza hacia Sabiñe.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Clío.

—La musa de la Historia.

—Exacto. Conozco todo lo que ha sucedido en el mundo.

Ludovicus retrocedió y salió del establecimiento. Se detuvo en mitad del patio y miró al cielo. La niña apareció a su espalda.

—Sargón la tiene en su poder. No le hará daño.

—¿Qué quiere?

—Que abandones a Atón y te unas a él. Ya has visto lo que pretende el albino.

—Sargón está detrás de los sacrificios de niños y de las muertes.

—Todo eso es necesario para hacer revivir al nuevo dios que acabe con Atón.

—¿Un nuevo dios?

—Se llama Adramelec. Necesitan a tu hija para revivirlo, después te la devolverán.

—A cambio de que sea un asesino más. Como ellos.

—Deberías pensarlo bien. Es una oferta generosa. Si no la aceptas, lo perderás todo.

Clío atravesó el patio y se adentró en el pasaje que conducía a la salida. Allí la esperaba Yala, el esclavista.

—Atón no es tu aliado. Es tu enemigo.

Clío se detuvo junto a la verja y se giró:

—Despídeme de Gudrun.

La musa salió de la alcaicería y desapareció en la oscuridad.

Otmán vio cómo Ludovicus seguía a la niña que vivía con la bruja nórdica. Observó de cerca cómo recorrían las calles estrechas y enrevesadas de la medina. La llamó en voz alta sin obtener respuesta.

—¡Sabiñe!

El gigante rodeó el enorme templo y entró en una callejuela. Cuando Otmán llegó hasta allí, se encontró la calle desierta. El toledano se quedó parado. Contempló las casas que lo rodeaban y aguzó el oído. Avanzó despacio tratando de que sus pasos no sonaran y se detuvo frente a la cancela que daba acceso a la alcaicería. Al abrirla chirrió un poco y se quedó quieto. Vio al monstruo en el patio, al final del pasaje oscuro. Otmán retrocedió sobre sus pasos y se apostó en el hueco oscuro de la puerta de una casa vecina. Desde allí, tenía la visión de la salida de la alcaicería y se descolgó el arco de su hombro. Sacó una flecha del carcaj y se preparó para disparar en cualquier momento.

Aguardó bastante tiempo. De pronto, oyó que alguien se acercaba. Un hombre venía desde el inicio de la calle y pasaría al lado de Otmán en unos instantes. El toledano se aplastó contra la madera de la puerta y evitó incluso respirar. Colocó una mano en la empuñadura de su cuchillo y aguardó. El hombre pasó a su lado sin verlo. Llegó hasta la puerta de la alcaicería y asomó la cabeza al interior. Luego se apartó de la cancela y se apoyó en la pared opuesta.

Esperó allí, inmóvil, un buen rato, ajeno a la mirada de Otmán. De repente, oyó unas voces y la niña salió del edificio, se dio media vuelta y dijo:

—Despídeme de Gudrun.

El hombre que acababa de llegar y la niña se alejaron de la verja y se acercaron adonde se encontraba el toledano. Este se sumergió de nuevo en la oscuridad esperando, como antes, no ser visto.

—Que pases buena noche, Otmán —dijo la niña cuando pasó a su lado.

Otmán quedó tan sorprendido que ni siquiera le salió una respuesta. Los vio marcharse calle abajo y se quedó bastante tiempo en su escondite preguntándose quién era aquella niña.

Entonces, en la puerta de la alcaicería apareció Ludovicus. Miró a ambos lados de la calle y comenzó a caminar en la dirección opuesta a la que había recorrido la pequeña con su acompañante, dándole la espalda a Otmán. Este salió de su refugio y apoyó una rodilla en el suelo empedrado. Colocó una flecha en la cuerda, tensó su arco y se dispuso a atravesar al monstruo. Entonces, algo puntiagudo le pinchó en el centro de la espalda. La flecha salió desviada y sin fuerza y fue a caer a tan solo unos metros, muy lejos del gigante.

—¿Qué diablos...?

Otmán bajó el arco y se dio la vuelta. Lo rodeaban cuatro hombres armados con espadas que lo miraban con curiosidad. El más adelantado sonrió dejando ver el hueco que separaba sus dos dientes delanteros.

—¿Por qué quieres matar al deforme? —preguntó.

—No es asunto tuyo.

—Sí, sí que lo es. Te vas a venir con nosotros y nos vas a contar tu historia.

Otmán acercó su mano al cuchillo y se encontró con la espada de Ocba apuntándole al cuello.

Ludovicus deambuló por el contorno de la mezquita Aljama. Las puertas que daban acceso al patio de las abluciones se hallaban cerradas. Continuó caminando en dirección al sur. Las calles estaban vacías y en silencio y ni el frescor de la brisa nocturna atenuaba la ira que sentía. Levantó la vista buscando un lugar por el que acceder al templo. Vio la Puerta de los Visires algo entornada y parecía invitarlo a entrar. Empujó la hoja de bronce y escrutó las sombras del interior.

Cruzó una galería y se halló en una sala majestuosa llena de columnas de mármol que sostenían arcos de herradura formados por dovelas rojas y blancas. Contempló la sala desierta y las columnas que se extendían por cientos hasta el final de la nave. Allí vio el resplandor que tan familiar le resultaba. Atravesó el templo y llegó hasta los tres arcos que daban acceso a la *maqsurá*<sup>[19]</sup>. Detrás de esta, la luz de Atón se hizo más luminosa. Surgía de dentro del *mihrab*, en cuya entrada, decorada con mosaicos y caligrafía árabe de oro y guarnecida por dos columnas negras, apareció el albino.

—Sabía que te encontraría aquí. Te gusta alimentarte de las oraciones de los fieles, aunque no vayan dirigidas a ti.

—Me rezan a mí —respondió Atón—, solo que no lo saben. ¿Qué quieres?

—Clío me mostró la verdad.

—¿Clío? ¿La musa? ¿Qué hace en Córdoba?

—Trató de convencerme de que cambiara de bando.

—Mostrándote la verdad.

—Me enseñó cómo le has ordenado a ese tipo que mate a Iradi. No te atrevas a negarlo.

—No lo niego, Ludovicus. Te lo advertí. Todo esto es una trampa. Déjanos ocuparnos a nosotros. Márchate de Córdoba. Llévate a esa mujer con la que estás.

—Y dejo que esos locos de la *Mihna* asesinen a mi hija.

—No es tu hija. Te crees tus propias mentiras —dijo Atón—. ¿No te das cuenta de que te estás engañando a ti mismo?

—Si la vieras como la veo yo...

—Acabará con todo lo que hemos levantado.

—Me da igual. Haré lo que sea para protegerla.

—No vas a cambiar de bando. Te conozco.

—Quizá no me conozcas tan bien.

—No me hagas tomar una decisión que no quiero tomar —dijo Atón—. Eres de los nuestros.

—¿Qué decisión? ¿Vas a mandar a tu gente contra mí?

—Ni siquiera has sido consciente de que esta noche mi gente te ha salvado la vida.

—Tú y yo hemos terminado —dijo Ludovicus.

—No digas eso.

El resplandor del dios se apagó poco a poco y su figura se desdibujó. Pronto la imagen del albino se desvaneció y el templo quedó en penumbra.

Ludovicus observó la casa vacía y comenzó a preocuparse. Gudrun le había dicho que volvería, de eso estaba seguro. Se acercó a la cama deshecha y puso la palma de la mano sobre las sábanas. Frías. Se sentó a la mesa y meditó un instante. Tenía un mal presentimiento.

Salió a la calle desierta. Volvería a la fonda. Quizá estuviera allí. El arrabal dormía. Miró a ambos lados y vio a un hombre apoyado en la pared opuesta a la casa, a unos pasos, que lo miraba fijamente. Ludovicus entornó los ojos. Se dirigió hasta él. Era un hombre elegante, vestido con un caftán de seda de color naranja y una barba blanca perfectamente arreglada. Ludovicus se fue hacia él con la espada en la mano.

—¿Qué has hecho con Gudrun?

—No la tengo yo —dijo el hombre.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Me llamo Ibrahim Ibn Hixam y sé quién tiene a la *mayús*.

—Habla.

Ibrahim no perdió la calma.

—La tiene la *Mihna*.

—¿Cómo lo sabes?

El hombre se encogió de hombros.

—Lo sé.

—¿Sabes dónde puedo encontrarla?

—A ella no. Pero te puedo decir dónde hallar a al-Xantamari. Es quien está detrás de la *Mihna*.

Ludovicus pensó en el hombre arrodillado frente a Atón.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Sé que Ocba no la ha mutilado. Debe haber algún motivo para ello. Sospecho que la quieren usar contra ti. Me vendrá bien que no le salgan los planes.

—¿Solo eso?

—Con un poco de suerte, quizá los mates a todos.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—Tiene una casa enorme al otro lado de la Puerta de Amir, pasando el arroyo. En el pórtico de la entrada, encontrarás una inscripción que dice: «Alá, el más justo y sabio juez».

El gigante se quedó mirando a aquel hombre. No estaba seguro de que le hubiera dicho la verdad. Finalmente, se dirigió a la casa de al-Xantamari.

Abu Bakr al-Xantamari le dio la espalda a Ludovicus mientras contemplaba el valle que se extendía bajo las montañas de la sierra iluminado por la luna. El gigante acariciaba la empuñadura de su arma. En su mente imaginaba una y otra vez la cabeza de aquel tipo saliendo disparada de su cuerpo después de que se le rebanara de un tajo.

—Creo que Atón ha sido muy claro.

—¿Dónde está Gudrun?

—Lárgate de la ciudad. Así de fácil. Si no, Ocba se ocupará de cortarle las manos y los pies.

—Si no me devuelves a Gudrun, vas a salir volando por esa ventana.

—Ahórrate tus amenazas. Sabes lo que le ocurriría un minuto después de que me mataras.

—No puedo irme —dijo Ludovicus—. Tengo que encontrar a mi hija.

—Atón piensa lo contrario y Ocba y yo somos sus fieles servidores.

—Sé algo sobre ti. Lo revelaré si no liberas a Gudrun.

Al-Xantamari se giró.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que sabes?

—Sé que Samara es tu amante.

—¿Te lo contó ella? Lo negaré.

—Correrán los rumores. El amante de una bruja envenenadora.

—Yo también puedo haber sido embrujado. La gente lo entenderá.

—Te vi —dijo Ludovicus.

Abu Bakr tomó aire y demudó el rostro.

—¿Qué viste?

—Te vi lamerle los pies mientras te la meneabas.

Al-Xantamari no respondió. Levantó la barbilla y contempló al gigante con una mirada temerosa.

—Me embrujó. Tú debes saberlo. Usó filtros de amor que le vendió tu *mayús*.

—Eso no importa. Toda Córdoba se reirá de ti. Te pondrán apodos y te los gritarán cuando salgas de la mezquita. ¿Podrás vivir con las burlas de tus propios alumnos? Tal vez te acostumbres, pero si aspiras a algún cargo importante... El emir jamás nombrará para ningún puesto a un hombre con tus gustos.

—No puedo soltarla. Fue idea de Atón usarla para obligarte a obedecer.

—Ese es tu problema —dijo Ludovicus.

Al-Xantamari pareció pensar una solución.

—Ven conmigo —dijo.

Salió de la sala con una vela en la mano y recorrió un pasillo a toda velocidad. El gigante lo siguió. Accedieron a una cámara oscura y Abu Bakr cerró la puerta después de que Ludovicus también entrara. Encendió una lámpara de aceite con la vela y la cámara se iluminó de pronto. Ante sus ojos apareció un crucifijo de varias pulgadas con la figura tallada en marfil.

—Es una capilla cristiana —dijo Ludovicus.

—Está consagrada. Aquí el albino no podrá oírnos.

—Bien.

—Si la suelto, Atón acabará conmigo.

—Me da igual. La quiero libre. Si no, se lo contaré a todo el mundo.

Al-Xantamari suspiró y hundió el cuello entre sus hombros.

—Tiene que irse de Córdoba. No se puede saber que hemos liberado a una

hechicera. Al menos debo conservar la reputación de la *Mihna*. Y tú también te vas.

—En cuanto encuentre a mi hija.

Al-Xantamari exhaló un suspiro, resignado.

—De acuerdo —concedió.

Ludovicus vio la jarra de vino rota en varios tientos en un rincón. No se había dado cuenta antes, cuando buscaba a Gudrun. Seguro que se resistió a que se la llevaran y la jarra salió despedida. Se agachó y comenzó a recoger los trozos de barro uno a uno y a amontonarlos en su mano derecha. Los depositó con cuidado sobre la mesa, cogió un paño y secó del suelo las manchas de vino.

Cuando se levantó, vio que los frascos verdes de sus pócimas estaban todos ordenados sobre un estante del mueble que había junto a la pared. Tomó uno entre sus dedos y los demás cayeron unos sobre otros. Se sintió muy cansado con solo pensar en colocar de nuevo aquellas pequeñas botellas de cristal.

Se dirigió entonces al dormitorio. Vio las sábanas deshechas y el hueco donde dormía Sabiñe. No sabía si odiarla o estarle agradecido. Su mente se fue hacia la imagen del tapiz. ¿Cuántas veces había ayudado al albino a combatir la magia negra y a los demonios? Ahora estaba al otro lado. «Los dioses no admiten la desobediencia», pensó.

Se acostó en la cama y le llegó el olor del perfume de Gudrun. ¿Cumpliría al-Xantamari? Vio a Gudrun sin manos ni pies y trató de quitarse la imagen de la cabeza. Se lamentó de que la jarra de vino estuviera hecha añicos. Qué bien le hubiera venido un trago. Cerró los ojos y se durmió, pero no fue un sueño plácido.

Ocba entró en el cuartel de la *surta* y se paseó por la sala principal como si todo aquello fuera suyo. El guardia, sentado a la mesa, lo observó con inquietud. El jefe de la *Mihna* llegó hasta el pequeño armario en la pared, lo abrió y descolgó una de las llaves. Sus hombres se desplegaron por la sala y uno de ellos, Morra, se sentó a la mesa, frente al guardia. Ikram agitó el hombro de su señora. Cuando esta abrió los ojos, le señaló con la cabeza a Ocba. Samara se puso derecha y lo vio.

—Ya era hora —dijo—. Os envía Abu Bakr para sacarme de aquí, ¿verdad?

—Así es —dijo Ocba.

Este se adentró en un pasillo, llegó hasta el despacho de Elhabib y recorrió la cortina que cubría la entrada. Asomó la cabeza, echó un vistazo y su mirada se detuvo en una de las vigas del techo. Entonces, se dio la vuelta y se dirigió de nuevo a la sala principal. Puso una mano en el hombro del joven guardia y le

susurró al oído:

—Vamos a necesitar algo de intimidad.

Este lo miró como si no entendiera lo que decía.

—¡Que te largues! —exclamó Morra.

El guardia se levantó con rapidez, cogió el cinturón con sus armas y se lo abrochó a la cintura. Se dirigió entonces a la salida con la cabeza gacha.

Ocba se acercó a la reja de la jaula, empuñó su llave y abrió la puerta para que Samara saliera. Ikram también lo intentó, pero Ocba levantó la mano para indicarle que se quedara. Luego cerró de nuevo.

—Menos mal que habéis venido —dijo Samara—. Estaba dispuesta a hablarle al *sahib* de mi relación con Abu Bakr si no me protegía.

—Sí. Eso es lo que nos temíamos. Ven conmigo.

—¿Adónde?

Ocba se dirigió al pasillo que conducía al despacho de Elhabib. Samara lo siguió. Este se detuvo junto a la cortina y la apartó para que ella entrara. Samara se dio media vuelta y vio que los otros tres hombres le cerraban el paso.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —Le tembló la voz al decir esto. Le hubiera gustado aparentar más seguridad.

—Entra —ordenó Ocba.

La joven pasó al despacho seguida de la *Mihna*.

Elhabib se quedó quieto y observó la sombra moverse en la oscuridad del rincón. Sacó su espada un palmo.

—Voy armado —dijo en voz alta.

La sombra avanzó hasta la luz mortecina del sol que empezaba a iluminar la calle. Un hombre envuelto en un albornoz gris ajado se detuvo ante el *sahib as surta*. Tenía el pelo blanco y la barba sin afeitar. Elhabib avanzó despacio hacia él.

—No deseo hacerte daño, *sahib*.

El hombre se arrodilló y acercó su cara al suelo. Extendió las manos y tocó las botas de Elhabib. Este quedó sorprendido al verlo.

—¿Qué es lo que quieres?

—He venido a pedirte por la vida de mi hija, *sahib*. Ella no es una envenenadora. Se ha dejado llevar por su señora. No sabe nada de la vida y, cuando fue a servir a esa casa, le advertí que obedeciera en todo lo que le ordenaran. Castígame a mí. Yo soy el único responsable.

Elhabib agarró de los brazos al hombre y lo ayudó a levantarse. Cuando estuvo de pie, el *sahib* vio la cara empapada en lágrimas del enterrador que ni se

atreví a levantar siquiera la mirada.

—Tu hija es la criada de Samara.

—Así es, *sahib*. Ella no ha hecho nada. Te lo suplico, no la mates.

—No depende de mí. La juzgará el *sahib al medina*. Si no ha hecho nada malo, no tiene por qué temer.

—Por favor, *sahib* —dijo el hombre—. Sabes que las cosas no funcionan de esa manera.

Sacó de debajo de su albornoz una pequeña bolsa de cuero arrugada y se la entregó a Elhabib.

—¿Qué es esto?

—Son quince dinares, tres *dirhams* y ocho *feluses*. Es todo lo que tengo. Lo que he podido ahorrar en mi vida. Te daré también mi casa. No es gran cosa. Es pequeña y está extramuros, pero puedes venderla, *sahib*. Algo sacarás. Mis muebles y mi ropa también son tuyos. Tengo unas babuchas de terciopelo guardadas en mi arca. Me las dio un señor al que serví hace años. No me las he puesto nunca. Todo tuyo, *sahib*. Todo por la vida de mi hija.

Elhabib se quedó mirando la pequeña bolsa y también al enterrador. Este lo observó esperando una respuesta. El *sahib as surta* le entregó de vuelta la bolsa. El hombre se negó a recibirla, pero Elhabib le agarró la mano y se la puso en ella.

—Haré lo que pueda por tu hija —dijo—. Vete a casa.

El enterrador se arrodilló de nuevo en el suelo y, llorando, empezó a besar las botas del jefe de la policía.

—Gracias, *sahib*, gracias. Si tú la ayudas, sé que no la matarán. Gracias, *sahib*. Trabajaré para ti en lo que quieras e Ikram entrará a tu servicio.

Elhabib se apartó de él y continuó su camino.

—¡Vete a casa, buen hombre!

—Sí, *sahib*. Gracias, *sahib*.

Al llegar al cuartel de la *surta*, encontró al guardia apoyado en el marco de la puerta. Elhabib subió los escalones y se paró a su lado.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—La *Mihna* está dentro.

Elhabib puso cara de extrañeza y luego entró en el cuartel. La sala principal estaba vacía. En la celda, la criada de Samara se hallaba sola y sentada en el camastro. Levantó la cabeza cuando él apareció.

—¿Dónde está tu señora?

—Se la han llevado a aquel cuarto. —Con la barbilla señaló la cortina tras la

que se encontraba su despacho.

Elhabib caminó hasta allí. Oyó unas voces que susurraban y se llevó la mano al arma. Al llegar, apartó la cortina de un tirón. Los cuatro hombres de la *Mihna* volvieron sus caras hacia él. Identificó a Morra y a Ocba, pero los otros dos le parecieron nuevos. Ocba se hallaba junto a Samara. La joven, subida a un taburete y con una soga al cuello, tenía la cara empapada en lágrimas. El maquillaje de sus ojos le corría negro por las mejillas.

—Por favor, *sahib* —suplicó—, no dejes que me maten.

Elhabib fijó su mirada en Ocba. Este se la devolvió sin decir nada. Observó de nuevo a la mujer.

—¿Vas a tomar partido contra la *Mihna*, *sahib*? —preguntó Ocba.

Elhabib posó sus ojos en aquella sonrisa lobuna y en el hueco entre los dientes delanteros. Qué ganas tenía de atravesarlo con la espada. El *sahib* bajó entonces la mirada, corrió la cortina y se dio la vuelta.

—¡No! ¡*Sahib*, te lo ruego! ¡Ayúdame!

Las súplicas cesaron cuando Elhabib oyó la patada al taburete. Llegó de nuevo a la sala y cogió el manajo de llaves de la mesa. Se acercó despacio a la puerta de la celda y la abrió. La muchacha se puso de pie.

—Sal —ordenó Elhabib. Ikram obedeció.

—Han matado a Samara, ¿verdad?

—Lárgate.

La joven salió corriendo en dirección a la calle. Elhabib se sentó a la mesa, cogió un vaso y se sirvió vino de la jarra que había en el centro. Dio un largo trago y se volvió a servir. Oyó los pasos de los cuatro hombres que se aproximaban a su espalda. Ocba lo rodeó y se quedó mirando al interior de la celda.

—¿Dónde está la criada?

—Ha escapado —respondió Elhabib.

El jefe de la *Mihna* miró el manajo de llaves sobre la mesa.

—Ya —dijo—. ¡Salid tras ella!

Los hombres corrieron hacia la calle. Ocba se quedó quieto frente al *sahib as surta*.

—Tú y yo ajustaremos cuentas un día de estos —le dijo a Elhabib y salió del cuartel despacio. Se cruzó con el guardia de la *surta* que entraba en ese instante.

—Un paje del Alcázar me ha dado un mensaje —dijo.

—Habla.

—El gobernador quiere verte, *sahib*.

Hakam apoyó los brazos en la baranda de mármol. Los criados sabían que en la terraza debían dejarlo solo. Contempló la huerta del Alcázar. Desde la altura en que se hallaba, disfrutaba del aroma de los limoneros en flor y del rumor de las pequeñas fuentes repartidas por los jardines. Un chorro de agua salía de un caño justo debajo de él y se fijó en una avispa que revoloteaba alrededor de la corriente. Inconscientemente, se rascó el antebrazo. Aún recordaba el dolor que sintió de niño ante la picadura de uno de esos insectos. Lo peor vino después. Acudió a su madre, como siempre, envuelto en llantos a que lo consolase. Aquel día, su padre se encontraba en casa. Se interpuso en su camino y le arreó una bofetada que lo derribó. Recordó su cara airada rodeada por una barba negra y el dedo índice apuntándole.

—Nada de lloriqueos —le espetó.

La avispa levantó el vuelo y se fue a posar sobre los pétalos blancos de unas flores de manzanilla. Envidió la simpleza de su vida. Ahora en un caño, después en una flor y más tarde, quién sabe, en los cañaverales del río. Una vida sin tomar decisiones. Sin cruce de caminos. ¿A dónde llevaba el que él había decidido tomar? ¿A la muerte? Nada de lloriqueos.

Elhabib se aclaró la garganta a su espalda. Hakam siguió contemplando el esplendor de los árboles y los grandes muros y, más allá, la campiña que se extendía por el norte del Guadalquivir. Se volvió y frunció el ceño al ver a Elhabib.

—¿Qué te pasa? No tienes buena cara.

—Que la mierda ha llegado al cuello y sigue subiendo.

—Qué metáfora más poética.

—¿Por qué me has hecho venir?

—Tengo buenas noticias. He decidido hacerte caso. Quiero que acabes con la *Mihna*. Detenlos a todos. Los ejecutaremos ante el pueblo.

—¿De qué estás hablando?

—Sé lo que te dije, pero las cosas han cambiado. Ahora somos más fuertes.

Elhabib dio un paso al frente y se situó a un palmo del gobernador y lo miró con furia.

—Hace un rato la *Mihna* ha matado a una mujer en mi propio despacho por culpa de lo que me dijiste. Te lo advertí, se harían los dueños de la ciudad. Y ahora, cambias de opinión. Si me hubieras hecho caso en su momento, Samara estaría viva.

Ibn Ukasa lo miró serio.

—Elhabib, te tengo gran aprecio, pero no olvides con quién estás hablando.

Yo tomo las decisiones y tú las ejecutas. Así es como funciona esto. Si no te gusta...

—Acabaré con la *Mihna*. Luego dejaré mi puesto.

Ibn Ukasa suspiró. Sus facciones se relajaron. Pasó un brazo por el hombro de Elhabib y caminó con él.

—Vamos, muchacho, no te pongas así. Va a empezar una nueva era. Aún no te puedo hablar de ello, pero las cosas han cambiado para nosotros. Te necesito a mi lado.

Elhabib se desembarazó del brazo del gobernador y se dirigió a la salida.

—Ya no tengo estómago para esto —dijo mientras se iba.

Al-Xantamari descendió los escalones de piedra que conducían a los establos. No era su casa, sino un refugio que muy poca gente conocía. El lugar seguro en el que esperar a que pasara la tormenta.

Sus pasos resonaron impacientes en las baldosas. Llegó hasta la cuadra. Percibió el nerviosismo de los animales. Siempre les ocurría cuando entraba alguien extraño. Ocba se volvió al oírlo llegar.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó al-Xantamari.

—No es fácil encontrar esto. ¿Por qué te escondes?

—Hakam Ibn Ukasa nos ha traicionado. Uno de mis informadores me ha contado que tiene el apoyo de ese loco de Saqunda. Te dije que lo vigilaras.

—Y lo he vigilado. He tenido hombres día y noche a las puertas de su mezquita.

Abu Bakr se acercó a la cuadra de uno de sus caballos. Un corcel negro traído de África no hacía mucho para participar en las carreras. Sería la envidia de todo al-Ándalus.

—No pueden detenernos, Ocba. Ni a ti ni a mí.

—No nos detendrán.

—Atrapa al imam de Saqunda. Debemos dejar al gobernador sin aliados.

—Lo haré.

—¿Has encontrado a la niña?

—No. Aún no.

Al-Xantamari se acercó a su hombre y le puso una mano en el hombro.

—Hay otra cosa —dijo—. Voy a liberar a la *mayús*.

—¿Qué? Ese no era el plan. Solo la liberaríamos si el deforme se iba de Córdoba.

—No es un plan realista. Ludovicus nunca abandonará la ciudad sin la niña.

Ocba se alejó de Abu Bakr y se apoyó en uno de los tabiques de madera. Se

quedó un rato mirando al suelo.

—Te ha chantajeado, ¿verdad? —murmuró.

—No digas tonterías.

—De alguna forma se ha enterado de tus vicios y los ha utilizado en tu contra.

—No es verdad.

Ocba se dio la vuelta y miró a al-Xantamari.

—Eres el eslabón débil de nuestra cadena. Debería matarte ahora mismo.

Ocba desenvainó su cuchillo.

—Escúchame bien, maldito idiota. ¿Has visto a ese gigante? ¿Crees que es humano? Cuando decida rescatar a la *mayús*, acabará con todos nosotros. Lo sabes. Demos con la niña y que Atón se ocupe de ella. Luego Ludovicus y Gudrun se largarán y la ciudad quedará para nosotros.

Ocba apartó la mirada, pensativo.

—Mira lo que hemos construido —continuó al-Xantamari—. La *Mihna* es respetada en Córdoba más que en ningún otro sitio.

—Yo he hecho el trabajo sucio.

—Es cierto, pero sé sincero. ¿Lo habrías conseguido tú solo? Somos un equipo imparable. El paso en falso que ha dado Ibn Ukasa ha hecho cambiar el viento a nuestro favor, aunque aún no lo vea nadie. Seremos más poderosos que antes. ¿Quieres estropear eso?

Ocba no respondió.

—Claro que no quieres —siguió Abu Bakr—. Dejemos libre a la *mayús*.

—Pero, Atón...

—Atón está jugando una partida y nosotros solo somos los peones. Cuando esto acabe, iré a mover sus piezas a otro sitio. Nunca se le pregunta al peón si quiere ser sacrificado. Pues yo tengo una respuesta, no quiero serlo. ¿Y tú?

Ocba lo miró largamente. Asintió sin decir nada y se dio la vuelta. Desapareció por el pequeño sendero que conducía a la ciudad. El resplandor de Atón iluminó la espalda de al-Xantamari mientras este veía irse a Ocba. Abu Bakr se giró y contempló la barba blanca y su pelo y la piel tan brillante. Se arrodilló ante el dios.

—No me gusta lo que he oído.

—No te valgo para nada si mi reputación se arrastra por los suelos. Ocba encontrará a la niña. Te lo aseguro.

—Si Ludovicus la encuentra antes, tú serás el peón sacrificado.

—Te prometo que no será así —contestó al-Xantamari.

Miriam salió de su casa ajena a los ojos que la vigilaban. Caminó despacio con la bolsa de tela en dirección al zoco. Recorrió varias calles de la judería y miró hacia atrás cuando notó que la seguían. El hombre avanzaba. Miriam se percató entonces de que se encontraban los dos solos en la calle y se arrellanó contra la pared. Le temblaron las manos y las rodillas cuando aquella cara desfigurada se detuvo a un palmo de la suya.

—No te voy a hacer daño —la tranquilizó Ludovicus.

—Te dije ayer que yo no sé nada.

—Ayer me mentiste.

La mujer se tapó la cara con las manos y comenzó a sollozar.

—Yo jamás habría hecho nada a sabiendas que provocara la muerte de Judá.

—Lo mataron por lo que averiguó en tu casa.

—Eso me temo.

—¿Quién era el tipo que estaba ayer contigo? El que no te dejó hablar.

—Le tengo mucho miedo. Me ha advertido que no revelara nada relacionado con Judá. De hecho, ayer te dije demasiado cuando te hablé del libro. Creí que me mataría.

—¿Quién es?

—Es un criado, o eso pensaba. Ahora ya no estoy tan segura. Se llama Dunas. Se presentó ante mí después de que mi marido y mi hijo se hubieran ido de viaje. Aseguró que Hasday lo había dejado a cargo del taller y de la casa. Creo que él mató a Judá, pero no tengo forma de demostrarlo. Temo que haga lo mismo conmigo. Tengo la esperanza de que ni a Hasday ni a Ezra les haya sucedido nada. Hace semanas que deberían estar de vuelta.

—¿Dónde está Dunas ahora?

Miriam se encogió de hombros.

—Supongo que estará en el taller de copias. Allí se pasa la mayor parte del tiempo.

—¿Dónde está el taller?

—Extramuros. Pasando el cementerio judío.

Ludovicus se puso en camino y dejó atrás a la mujer. Tres calles más adelante se encontró con la casa de Judá Ben Saruq. La puerta estaba entornada y dos mujeres agarradas del brazo llegaron hasta ella y entraron. El gigante agachó la cabeza y sintió una enorme compasión por la anciana.

Los guardias de la *surta* llenaban las escaleras que conducían al cuartel, la calle adyacente y también la taberna que había delante. Elhabib salió y contempló a sus hombres que charlaban animados entre ellos. Aguardó un

instante.

—¡Silencio! —gritó alguien.

—¡Callaos, va a hablar el *sahib*!

La calma se extendió entre los guardias y Elhabib se aclaró la garganta. Dio un paso al frente y se llenó los pulmones de aire.

—Como sabéis, las mutilaciones han aumentado en las últimas semanas.

—¡Qué se jodan los brujos!

Elhabib interrumpió su discurso.

—¡Silencio! —gritó Yojámir a su lado.

—La población tiene miedo —continuó Elhabib—, y nuestro deber es protegerla. Si la *surta* no es capaz de asumir el control de su propia ciudad, no tendrá razón de ser. Los guardias debemos demostrar quién manda aquí.

Una ovación se extendió entre los hombres que escuchaban atentos a su jefe.

—Todos sabéis quienes son los responsables de esas mutilaciones.

—¡Sí! ¡La *Mihna*!

—Exacto. La *Mihna*. No podemos permitir que la *Mihna* sustituya a hombres honorables como nosotros en la defensa de los ciudadanos cordobeses. Nos corresponde gobernar esta ciudad y no a ellos. No podemos existir los dos. Uno tiene que desaparecer.

—¡Sí! ¡Muerte a la *Mihna*!

Elhabib observó cómo una parte de sus guardias no se unían a estos gritos. En el sector cercano a la taberna de la esquina, Johanne permanecía en silencio. Todos los que lo rodeaban seguían taciturnos el discurso.

—La *Mihna* lucha contra la maldición —dijo uno de ellos.

—La maldición es una excusa —respondió Elhabib—. La *Mihna* ha mutilado a sus anchas y los niños han seguido muriendo. Nos han engañado. Ha llegado el momento de acabar con ellos. Quiero que los detengáis a todos. Que los busquéis hasta en los retretes. Que no se escape ninguno. Vamos a llenar las celdas del cuartel con todos ellos. Si alguno se resiste, no quiero ningún miramiento. No se castigará a nadie por usar su arma. ¡Que no se escapen!

—¡Sí! —gritaron los guardias.

Johanne levantó la mano.

—¡Habla! —dijo el *sahib*.

—¿A Ocba también?

—Sobre todo a Ocba.

Elhabib contempló cómo sus hombres se alejaban del cuartel para cumplir su misión. Johanne y los suyos pasaron frente a él sin desviar la mirada. El *sahib*

tampoco lo hizo. Era un claro desafío y, cuando todo aquello acabase, se las iba a ver con aquel tipo de tú a tú. Se volvió hacia uno de sus guardias y le dijo:

—Yojámir, elige a dos hombres y acompáñame.

—Sí, *sahib*.

El guardia señaló a dos muchachos y siguió a Elhabib calle abajo.

—¿Adónde vamos, *sahib*?

—A detener a Abu Bakr al-Xantamari.

—¿Estás seguro?

—Más seguro que nunca.

La casa de al-Xantamari parecía más un palacio que un hogar. Los suelos eran de mármol blanco y las paredes se hallaban decoradas con mosaicos de distintos motivos. El zócalo lo componían azulejos verdes floreados y culminados con una cenefa de yeso tallada con versículos del Corán. Elhabib elevó la vista al techo artesonado de madera oscura labrada en formas estrelladas y entrelazadas las vigas en un laberinto simétrico.

El criado que tenía delante era un hombrecillo vestido lujosamente con una túnica de seda y un turbante azul. Tenía recogidas sus manos en el regazo y la mirada baja. Elhabib dio un paso al frente y lo miró directamente a la cara.

—Conocemos mil formas de sacar la información de nuestros detenidos.

—*Sahib*, te juro sobre el sagrado Corán que no sé dónde se encuentra mi señor.

—Tus juramentos no te van a servir. Es más sencillo: o hablas o te hacemos hablar.

El hombre se puso de rodillas y levantó las manos entrelazadas implorando:

—Te lo suplico, *sahib*. Si supiera algo ya te lo habría dicho. No soy un hombre valiente.

En ese momento, Yojámir bajó por las escaleras que venían de la planta alta. Los otros dos hombres también llegaron hasta el zaguán donde se hallaba Elhabib.

—Esta casa es enorme —dijo el guardia—. Vamos a necesitar un buen rato para registrarla entera.

—¿Hay más criados?

—Sólo mujeres —dijo Yojámir—. Están todas asustadas en una habitación.

—Bien, dejadlas allí. Pongámonos a buscar.

—Sí, *sahib*.

Moavia divisó en la distancia cómo los guardias de la *surta* se llevaban a los dos hombres de la *Mihna*. Estos protestaron y uno de los captores sacó una porra

y comenzó a golpearle en la espalda. El grupo se alejó de su vista por la carretera en dirección a la ciudad.

—Es la hora —dijo una mujer a su espalda.

El imam parpadeó, se dio la vuelta y se dirigió al templo. Dentro encontró a los fieles de rodillas, mucho más numerosos y apretados que en otras ocasiones. Se movió entre ellos con su cayado tratando de pisar en la alfombra en lugar de alguna mano o algún pie. Se paró delante del *mihrab* y los observó. Estos aguardaban atentos las palabras de su guía. Moavia inspiró, levantó la barbilla y empezó a hablar.

—El diablo no habita la misma realidad que nosotros —dijo—. No lo encontraremos en el mundo de los vivos.

Los hombres y mujeres mantenían sus ojos atentos en el sacerdote.

—Quien quiera enfrentarse a él deberá viajar a una tierra lejana y a la vez tan cercana —prosiguió—. Esa tierra es la tierra de los sueños. Un lugar en el que todos hemos estado. Un mundo caprichoso que nunca nos muestra la parte que deseamos. Es, desde esos sueños, desde donde el diablo nos trae crímenes de otro tiempo y se apropia de vuestros hijos. Sé cómo os lo imagináis. Pensáis que es un ser horrible y poderoso, con unos ojos fieros que expulsan fuego; con una cola larga que os azotará sin piedad. Sin embargo, el diablo es un mentiroso. Engaña incluso con su apariencia. Yo lo he visto y sé cómo es.

Todos los fieles se miraron inquietos.

—Sí, sé que os preocupa. Pensáis que podría estar a vuestro lado y no lo reconoceríais. Es cierto. Sin embargo, ahora no está aquí. Yo sé dónde está. Se encuentra en esa tierra de los sueños de donde trae todo el mal. Y sé qué aspecto tiene. El diablo parece una niña de doce años. Se mueve como una niña de doce años y habla como tal.

»Sí, estáis sorprendidos. Pensáis: «¿Cómo es posible?». Lo es. Se oculta bajo esa apariencia inocente que lo hace mucho más peligroso. Pero no debéis tener miedo. Os he enseñado a luchar. Os he hablado de liberar vuestra ciudad. Sabéis que está en vuestra mano recuperar la grandeza del califato. No podremos hacerlo si nuestros niños se mueren al nacer. Debéis cazar al diablo. Cuando lo veáis, os parecerá inofensivo. No os dejéis engañar. Llegado el momento, no dudéis. Despedazadlo, aunque parezca una niña.

Dunas apareció en la sala de rezo de la mezquita acompañado de tres mujeres. Los cuatro llevaban unas vasijas de barro cubiertas con un corcho. Las destaparon y comenzaron a verter el líquido de su interior en unos cuencos.

—Ahora beberéis —dijo Moavia—. Este líquido os transportará al mundo de

los sueños. Cuando lleguéis hasta allí, ya sabéis lo que debéis hacer.

Los fieles bebieron y el líquido empezó a hacerles efecto enseguida. Se tendieron en el suelo y apoyaron las cabezas sobre sus brazos. Dunas instó a las tres mujeres a que hicieran lo mismo. Estas obedecieron.

—El diablo se hace llamar Iradi —dijo Moavia—. ¡Matadlo!

—Tú tienes la llave —dijo una voz profunda que provenía de la oscuridad—. Déjame salir.

La voz se convirtió en un eco susurrante que recorrió el viento y los espacios y la celda en que se hallaban las dos cautivas. Einat abrió los ojos y se quedó callada escuchando las palabras.

—Déjame salir. Déjame salir.

—¿Qué quiere decir con que tú tienes la llave? —preguntó.

—Ya te lo he advertido —respondió Iradi—. No escuches las voces. No son buenas.

Einat cerró los ojos de nuevo y se concentró en cómo subía y bajaba su vientre al ritmo de su respiración. Entonces, el susurro regresó:

—Di la maldita palabra, niña. Haz que se retire la lápida.

—¿Qué palabra? ¿A qué se refiere? —dijo Einat.

—No escuches.

La escritora se levantó y se sentó en el poyete que le servía de cama. Dirigió la vista hacia el espacio oscuro y se quedó sorprendida de lo que vio.

—Iradi —dijo. La niña se hallaba tumbada en su banco de piedra y vuelta contra la pared.

—No hagas caso de las voces —respondió—. Enseguida se irán.

—La reja ha desaparecido —dijo Einat.

Iradi se incorporó y la miró extrañada y luego volvió la cara hacia la puerta. Era cierto. La reja que las protegía ya no estaba. En su lugar, la entrada era un hueco vacío.

Iradi se puso de pie y Einat hizo lo mismo. Asomaron la cabeza por la abertura. No había nada, tan solo un eco parecía acercarse desde la distancia:

—¡Eh, eh, eh!

Solo eso. Un grito uniforme emitido por cientos de personas. No se detenía y se oía cada vez más cerca.

—¡Eh, eh, eh!

En el horizonte oscuro y vacío, una línea de muchos colores comenzó a dibujarse. A medida que se acercaba, se hizo más grande y adquirió forma.

—¿Qué es eso?

Iradi no respondió. La línea se convirtió en una multitud que corría hacia las dos emitiendo su grito siniestro al unísono:

—¡Eh, eh, eh!

Cuando se hallaron más cerca, ni a Iradi ni a Einat les costó distinguir los palos y las espadas que portaban en sus manos.

—¡Corre! —gritó la niña.

Corrieron como si les persiguiese el mismo diablo. A Einat se le enrollaba la falda a las piernas y no podía mantener la velocidad de Iradi. El grito se oía cada vez más cerca a sus espaldas. ¡Eh, eh, eh! Iradi iba unos metros por delante y cada vez la veía más lejos. ¿Adónde se dirigía? No había nada alrededor. Einat notó el corazón latirle en la garganta y cada vez le quedaba menos aire.

De repente, la niña se detuvo. Einat se paró a su lado y dobló el cuerpo por la cintura tratando de recuperar el aliento.

—¿Qué sucede? —dijo.

—Mira.

Einat levantó la cabeza. Una multitud tan numerosa como la que las seguía se aproximaba por delante. En poco tiempo, se encontraron rodeadas por decenas de personas armadas que solo gritaban:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!

Entonces, se callaron. Lo hicieron todos a la vez, como si alguien invisible se lo hubiera ordenado. Uno de ellos le dijo a Iradi en voz alta:

—Moavia te conoce. Eres el demonio. Hemos venido a acabar contigo.

Aquellas personas comenzaron a avanzar despacio hacia ellas y a gritar de nuevo:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!

Einat trató de abrazar a Iradi para ofrecerle consuelo, pero esta la apartó de un manotazo.

—¡Tápate los oídos! —le gritó.

—¿Los oídos? —dijo Einat.

—Sí. Tápatelos.

La escritora obedeció e Iradi comenzó a gritar algo. Con los dedos en las orejas y los aullidos de los atacantes, le resultó imposible escuchar. Entonces, Iradi se calló y los que las rodeaban también.

Einat se descubrió los oídos. Algunos de los atacantes tosieron, otros se agarraron las gargantas y otros se metieron los dedos en la boca. Al cabo de un momento, todos ellos, hombres y mujeres, empezaron a escupir unos gusanos negros que se retorcían en el suelo. Pronto la cantidad de estos gusanos era tan

grande que no podían escupirlos todos. La multitud comenzó a asfixiarse y a caer al suelo. Decenas de cuerpos quedaron inertes ante ellas y se hizo un silencio universal.

De pronto, un ruido rasgó la calma. Parecía que alguien arrastrara una gran roca.

—La lápida —dijo Iradi.

—«Una palabra tuya y será libre». Se refería a ti. Lo que has dicho...

El ruido de unos pasos las sorprendió. Alguien se acercaba. A lo lejos, se esbozó una figura. Se aproximaba despacio en la penumbra y sus rasgos parecieron concretarse.

Era un ser de una altura considerable, de piel muy oscura y cubierta por un espeso vello negro. Tras él, como si fuese su aura, lucía una espléndida cola de pavo real con colores muy vivos y brillantes. Su rostro parecía humano, pero en su expresión se reflejaba una maldad sin matices. A Einat le resultaba hipnótico mirarlo.

—Adramelec —dijo.

Este la miró con desdén.

—El mismo —respondió—. Es el momento de despertar.

Iradi abrió los ojos y se encontró en una pequeña habitación iluminada por velas. A su lado, Einat se restregaba los párpados con las manos. Un hombre las observaba a unos metros apoyado en la pared. Einat lo reconoció:

—Ocba —dijo.

# CAPÍTULO IX

## EL DEMONIO

*Su comportamiento me es  
verdaderamente aborrecible; de día no  
encuentro alivio, y en la noche no duermo.*

*Tablilla I*

*Enuma Elish, poema babilonio de la  
creación*

*Las gotas de lluvia chocaban con las ventanas de madera y ni siquiera ese ruido uniforme que a Santzia solía ayudarla a dormir, esa noche le servía. Por primera vez desde la muerte de su madre, no le había permitido a Iradi acostarse junto a ella. Ahora la cama le resultaba demasiado grande y vacía y no paraba de dar vueltas.*

*Oyó unos pasos fuera de su habitación, en la galería que daba a la sala. El primer rayo de la noche iluminó la casa y Santzia vio una sombra en el suelo. Luego estalló el trueno. Se sentó en la cama y se quedó mirando el hueco de la puerta. Un nuevo resplandor de la tormenta le confirmó lo que había visto antes.*

*Se levantó y se dirigió a la entrada. Se apoyó en la jamba, se llevó la mano a la boca y se echó a llorar. No podía dejar de temblar. Iradi estaba inmóvil en mitad de la galería. Esta vez, sus ojos en blanco no se hallaban perdidos en la nada, sino que la observaban a ella. En un arranque de terror, Santzia se volvió a meter en la habitación y cerró de un portazo. Acercó una silla que tenía junto a la pared y la apoyó contra la puerta procurando que el respaldo encajara en el pomo. Retrocedió unos pasos mientras esperaba que la puerta se abriera en cualquier momento. Un nuevo rayo seguido de un trueno iluminó la habitación y Santzia corrió hacia la cama y se tapó hasta la nariz con la manta.*

*Toda la noche aguardó aterrorizada a que la niña llegara hasta ella. Tan solo dejó de temblar cuando la primera luz del amanecer entró por la ventana. Aún necesitó un buen rato para armarse de valor y retirar la silla de la puerta.*

Abrió una rendija y miró al otro lado. Todo parecía tranquilo y en silencio. La galería donde había visto a Iradi, ahora se encontraba vacía. Al avanzar por esta y llegar hasta la puerta de la habitación de la niña vio que no había nadie en la cama. Se acercó a la baranda. Su hija se hallaba sentada abajo, a la mesa de la sala. Ella misma se había calentado un tazón de leche y lo sostenía entre sus manos.

Santzia descendió la escalera. Observó a Iradi de espaldas. Respiró hondo y se aproximó a la mesa. Se sentó frente a su hija, la miró fijamente y la niña le devolvió la mirada.

—Ese hombre no dice la verdad —murmuró—. Yo soy tu hija. No tengo la culpa de soñar estas cosas.

—¿Qué soñaste anoche?

A Iradi comenzó a temblarle el labio inferior y las lágrimas cayeron por sus mejillas. Luego negó con la cabeza.

—Nada. No soñé nada.

—Tenías los ojos en blanco.

Iradi se cubrió el rostro con las manos. Santzia se levantó de su silla de un impulso y le retiró a su hija las manos de la cara.

—¡Dímelo!

La niña se quedó seria.

—No —dijo.

—Soñaste conmigo, ¿verdad?

—No.

—¡Dime la verdad!

Iradi comenzó a llorar.

—Sí —dijo entre sollozos—. Soñé contigo.

—¿Qué has soñado?

—No te lo puedo decir.

—¡Maldita sea! ¡Dime qué has soñado!

—Te he visto arder —respondió la niña.

Santzia retrocedió unos pasos. La señaló con el dedo y le espetó:

—Tú no eres mi hija. Tú eres el demonio.

Se dio la vuelta y corrió hacia la puerta. Se lanzó calle arriba sin saber muy bien adónde se dirigía. Vio a su vecina Régula en el umbral de su casa. Santzia avanzó hacia ella. Necesitaba contarle a alguien lo que sucedía; que le dijeran que no se había vuelto loca. Sin embargo, cuando Régula la vio acercarse se dio la vuelta y cerró la puerta.

*Santzia se encontró sola en mitad de la calle. No podía regresar. Aquel demonio que hablaba y actuaba como su hija la aterrorizaba. Levantó la vista y vio a Sargón al final de la cuesta. La miraba fijamente. Giró a su izquierda y se metió en los establos. Santzia recorrió la calle. Observó el interior de las cuadras. Sargón se hallaba con la espalda apoyada en la pared del fondo y junto a él, en el suelo, el cuerpo de la niña envuelto en la manta. La mujer llegó hasta él, se arrodilló y con las manos temblorosas descubrió el rostro del cadáver.*

—Iradi —sollozó.

*Acarició con suavidad el cabello castaño.*

—¿Dónde está? —dijo Sargón. Santzia lo miró.

—En la casa. ¿Adónde te la vas a llevar?

—A Córdoba. Puedes decírselo a Ludovicus.

—¿Por qué a Córdoba?

—Allí es donde debe estar.

Ocba caminó despacio entre los cadáveres que inundaban la mezquita. Los gusanos formaban un reguero que conducía desde la boca de los muertos hasta el suelo. Casi todos tenían los ojos muy abiertos, con el blanco enrojecido y expresiones crispadas.

El hombre permanecía impasible con el codo apoyado en la hornacina de azulejos que era el *mihrab*. Observó a Ocba y a sus secuaces aproximarse.

—¿Quién eres? —preguntó Ocba.

—Dunas.

—Debes estar sorprendido de verme. Sobre todo, después de que nos hayáis echado a la *surta* encima. ¿Dónde está el imam?

—Se ha ido.

—¿Ido? ¿Adónde?

—Ya no lo podrás encontrar.

—Habéis sacrificado a todos vuestros fieles. ¿Por qué?

Dunas no respondió.

—Aquí hay unas escaleras —dijo uno de los hombres de Ocba desde detrás de la nave.

—¿Ahí es donde tenéis a la niña?

—Sé que la queréis muerta —dijo Dunas.

—Bueno, es lo lógico. Conoce una palabra que nadie debería conocer.

—Cuando la niña muera, más vale que estéis todos muy lejos de ella.

Ocba se acercó a un palmo de Dunas.

—¿Qué quieres decir?

—¿Eso no te lo ha dicho tu dios albino? Cuando la palabra salga de su cuerpo muerto, arrasará con todo lo que encuentre a su paso. ¿Se lo vas a ordenar a alguno de los tuyos mientras tú te alejas?

Ocba observó a Morra y a los otros dos hombres que estaban con él. Estos lo miraron con pánico en los ojos.

—Que no escape —dijo—. Nos lo llevamos también.

El jefe de la *Mihna* se dirigió a la parte trasera del templo. Encontró una puerta de madera vieja tachonada con clavos de bronce y algo entornada. La empujó y observó unos escalones que bajaban. Al pie de esta escalera había luz. Descendió despacio cada peldaño. Al llegar al final, viró a la izquierda y vio a una mujer y a una niña tiradas en el suelo. Sobre una mesa, había un cuenco encima de un hornillo apagado. Ocba cogió el cuenco y se lo llevó a la nariz. La habitación pareció dar vueltas y casi se cae. Se apoyó en la pared. Necesitó un momento para recuperarse. Luego se quedó mirando a las durmientes y reconoció a la mujer. Era esa judía que se acostaba con el *sahib as surta*. La niña despertó y lo miró. La mujer comenzó a restregarse los párpados, enfocó la vista y dijo al verlo:

—Ocba.

El taller desierto desprendía un olor a tinta que a Ludovicus le penetró por las fosas nasales nada más entrar. Las mesas llenas de hojas de papel y pieles curtidas no ofrecían ninguna actividad. Todo parecía haber sido abandonado por los copistas de repente. Avanzó por el taller y llegó hasta una mesa con algunos ejemplares del Talmud ya terminados y expuestos en una vitrina de madera clara. Contempló las tapas de uno de ellos. Lo abrió, lo tomó en sus manos y admiró la destreza con la que el libro había sido compuesto y la belleza de las miniaturas dibujadas en los márgenes del texto. Lo cerró y lo volvió a colocar en su lugar.

Se dirigió entonces hacia el fondo del local. Halló un espacio separado del resto por unas columnas delgadas de mármol sobre las que se apoyaban unos arcos de herradura sin decorar. Se acercó a un escritorio inclinado. En él había un libro abierto con textos antiguos y algunas letras rodeadas por unos círculos rojos. El tintero a su lado estaba seco y una pluma de ganso se había caído al suelo. Ludovicus sostuvo la página con dos dedos y pasó a la siguiente. En esta, continuaban los círculos. Apenas dos o tres. Observó que en las sucesivas también seguían hasta que se detuvo en una en particular. Cuatro letras rodeadas y fáciles de adivinar: I-R-A-D.

Volvió atrás y empezó a juntar las letras desde el principio. S-H-E-M. Pasó la

página. H-A-M-E-P. De nuevo, siguió leyendo en la posterior. H-O-R-A-S-H. La siguiente hoja contenía las cuatro letras I-R-A-D y la última una "I" solitaria, pero en uno de los márgenes alguien había escrito con la misma tinta: «Sargón sabrá cómo encontrarla».

—Shem ha-mephorash. Iradi —leyó en voz baja.

Al levantar la vista, vio que un hombre se acercaba por el taller. Miró a Ludovicus con el ceño fruncido.

—¿Te envía Masarra?

—Así es —mintió Ludovicus.

—Bien. Te enseñaré dónde están sus cosas. Ven por aquí.

El tipo se dirigió a una esquina del taller y salió a un corral lleno de papeles descartados y tarros de tinta vacíos y sucios. Ludovicus lo siguió de cerca. El hombre se adentró en un pasillo por el que podía caminar sin problemas, pero el gigante tuvo que hacerlo agachado para no dar con su cabeza en el techo.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —dijo su guía.

—Me golpearon en una batalla.

—Lo siento, amigo. Al menos puedes contarlo. Mi cuñado se alistó en el ejército de al-Mutamid y el primer día se le disparó la ballesta y murió. Ahora tengo que cuidar de mi hermana viuda y sus hijos. ¿Estarías interesado? Es una buena mujer. Todavía es joven. Te puede dar descendencia.

—No, gracias.

—Bueno, como quieras. Es por aquí.

Giraron a la izquierda y llegaron hasta un pequeño patio en el que había una entrada a un cuarto sin puerta. El hombre lo invitó con la mano a que pasara.

—Tienes que recoger todo esto y llevártelo adonde te hayan dicho. El viejo judío casi da con nosotros. No sabemos si se lo habrá contado a alguien antes de que lo despacháramos.

Ludovicus entró en el pequeño cuarto y encontró que las paredes se hallaban cubiertas por unos anaqueles de madera llenos de unas pequeñas figuras de color negro.

—Te dejo, tengo cosas que hacer —dijo su guía a su espalda.

El gigante tomó una de las figuras entre sus dedos y la observó a la luz que entraba del patio. Torpemente esculpida, recordaba vagamente a la forma de un bebé. Vio que todas las demás tenían formas parecidas. Cientos de ellas. Contempló los restos de magia a su alrededor. El mismo autor.

En la pared opuesta, un estante bajo que apenas le llegaba por la cintura se hallaba lleno de libros de distintos tamaños y colores. Ludovicus sacó uno de

ellos y leyó el título. *De invocaciones y maleficios*. Abrió la tapa y encontró un nombre escrito en la primera página con tinta negra.

—Masarra Ibn Abdala Ibn Asuad —murmuró. Volvió a poner el libro en su lugar.

Observó una mesa pequeña a un lado de la entrada. Sobre esta había varios documentos y un cuaderno negro. Ludovicus lo reconoció de la noche en que se encontró con las cabezas de los infantes de Lara. Recordó a Judá leyéndolo a unos pasos de él. Lo abrió y hojeó las páginas. Encontró una en la que hablaba de una lista de regresos. Comenzó a leer con atención. La palabra: su mente se fue a la magia que envolvía el cuerpo de Iradi cuando salió de la gruta del Sanador. Sargón: el nombre pronunciado en los labios de Santzia. Los niños muertos: el bebé de Tasmílah solo en su cuna con la piel amoratada. Los crímenes del pasado: el joven Abbas tendido en aquella cripta del Alcázar. Y Adramelec.

Volvió la vista a la mesa y vio que uno de los documentos era una carta doblada. La levantó a la luz y leyó el encabezado: Querido Masarra. Ludovicus salió al pequeño patio y comenzó a leerla:

*Querido Masarra,*

*a la llegada de esta misiva espero sinceramente que hayas podido olvidar mis ofensas hacia ti. En mi descargo diré que era joven y que no pensaba en lo que hacía. Con los años he aprendido humildad y respeto por el talento. Sobre todo, por un talento como el tuyo. He descubierto tus éxitos y solo puedo decir que eres un campeón entre los que solo rascamos la superficie de la Verdad.*

*Ha llegado a mis oídos que también vas tras los pasos del Gran Dios. Cuánta alegría sentí cuando me enteré de que habías iniciado un camino que yo llevo años recorriendo. La búsqueda de Adramelec ha sido difícil y solitaria y, sin embargo, aquí estamos los dos en la misma ruta.*

*Sé que has buscado hasta el agotamiento un libro que hace años que yo guardo en mi biblioteca y que, quizá por aquellas antiguas disputas nuestras, no te has atrevido a pedirme. Los cinco regresos es tuyo si lo quieres, pero te advierto que no dice nada que no hayas averiguado ya por tu cuenta. Sin embargo, puedo afirmar que yo sí que he descubierto algo que quizá tú no sepas. La palabra ha sido desvelada. Después de siglos, alguien la ha oído y camina por la tierra. Los viejos libros no se equivocan. Me han desvelado su nombre. ¿Te lo puedes creer? Se llama Iradi. Es nombre de mujer. ¿Cómo podríamos dar con ella? Solo Sargón es capaz. Y sólo tú puedes invocar a Sargón. Serás nuestro factótum y él el guía de nuestra comunidad. Juntos*

*devolveremos a Adramelec a este mundo. Ven a verme, por favor, Masarra. Te lo ruego.*

*Me despido de ti con profunda admiración y con el deseo de que el viento de los años haya borrado mis ofensas.*

*Hasday Ben Menahem Ben Hanina.*

Ludovicus contempló el sello de cera con el dibujo de una paloma al pie de la carta.

—El factótum y el guía de la comunidad —murmuró. Las mismas palabras empleadas por el imam Moavia.

Arrugó el papel y lo tiró al suelo con ira. Recorrió de vuelta el pasillo oscuro y el corral con los residuos de los libros y el taller. No había rastro del tipo de antes. No le importó. Salió a la calle y se encaminó hacia Saqunda.

Ludovicus dejó atrás el puente y avanzó entre las ruinas del antiguo arrabal. Divisó la mezquita de Moavia en lo alto de la loma y recordó la última vez que había estado allí. Ahora no se acercaba una multitud para escuchar el sermón del imam. Comenzó a subir la cuesta. Nadie le habló de lo maravilloso que era Moavia, del acierto de sus palabras.

Ludovicus llegó hasta el templo y vio que en la puerta había al menos seis cuerpos, todos ellos con una expresión agónica en sus rostros. Asomó la cabeza al interior. Los cadáveres se acumulaban por todas partes y de sus bocas salían unos gusanos negros que se retorcían en el suelo. La mujer que le había contado aquel día las cualidades del imam se encontraba ahora tirada bocabajo y con los ojos abiertos y enrojecidos por la asfixia. En sus manos, los gusanos se arrastraban entre los dedos. Alargó la pierna y apoyó la planta del pie en un hueco entre los cuerpos. Debía haber decenas de ellos, unos sobre otros. Al pisar, sintió aplastarse los gusanos bajo la suela de su bota. Se detuvo en mitad de la nave.

—¡Moavia! —gritó.

Esperó una respuesta que no llegó. Fue hasta el final de la mezquita y encontró unas escaleras que descendían al subsuelo tras un viejo postigo. Bajó los escalones y se encontró con una habitación vacía. En una mesa, un cuenco apoyado sobre un hornillo contenía una pócima mágica con el sello de Masarra. No había nada más. Se dio la vuelta y ascendió los peldaños.

Al regresar a la nave principal, vislumbró unos trapos amontonados en un rincón oscuro del templo. Se acercó a ellos pisando con cuidado entre los cadáveres de los fieles. Apoyado en la pared estaba el cayado de Moavia y a sus pies, el turbante color turquesa, su túnica blanca y una barba postiza junto a una

peluca. Ludovicus cogió la barba y la estiró. Tuvo entonces la certeza de que aquello había sido depositado allí solamente para que él lo viera.

—Llevad a ese tipo al sótano —ordenó Ocba. Dos de sus hombres condujeron a Dunas sujeto por los brazos hasta unas escaleras.

—¿Qué hacemos con la niña? —preguntó Morra.

Ocba meditó la respuesta. Contempló a través de la ventana la plaza vacía.

—Deja que lo piense —dijo.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —inquirió Einat.

Ocba volvió la cara y la miró fijamente y una sonrisa sardónica se dibujó en sus labios.

—Creo que te devolveremos a tu novio. Ese negro me va a estar muy agradecido.

Ocba volvió a dirigir su vista a la plaza. Encontró cierto placer al observar el silencio. Entonces, un luminoso resplandor brilló al inicio de una de las callejuelas. Se quedó mirándolo y contempló la presencia del albino tan solo un instante antes de que se ocultara de nuevo. Ocba se restregó los ojos y los enfocó otra vez hacia el lugar. La luz no se atenuó ni un ápice. Se apartó de la ventana, abrió un palmo la puerta y miró al otro lado.

—Vuelvo enseguida —dijo.

Salió a la plaza y la atravesó en dirección a la luz. Al llegar a la callejuela, Atón lo esperaba vuelto de espaldas. Se quedó inmóvil contemplando su melena blanca y su silueta luminosa. El dios se volvió y Ocba hincó una rodilla en el suelo y agachó la cabeza.

—¿Por qué sigue viva? —dijo.

—Señor, estoy pensando cuál es la mejor forma de acabar con ella sin que todos terminemos muertos.

—¿Has olvidado tu juramento?

—No, Señor.

—¿Juraste que pondrías tu vida a mi servicio? Porque eso es lo que recuerdo.

—Sí, Señor.

—Sabes lo que eso significa, ¿verdad? Si es preciso, entregarás tu vida para que esa niña desaparezca.

El dios se alejó por la callejuela y el resplandor lo acompañó. Ocba se levantó y apoyó una mano en la pared. En sus oídos resonaron las palabras de al-Xantamari: «Nunca se le pregunta al peón si quiere ser sacrificado».

Recorrió el camino de vuelta arrastrando los pies y cabizbajo. Entró en el edificio y miró a sus hombres. Estos le devolvieron la mirada serios. Los dos que

habían llevado a Dunas al sótano aparecieron al principio de la escalera.

—¿Qué vamos a hacer con el toledano, Ocba? —dijo uno de ellos.

Por un momento, Ocba no supo de quién le hablaban. Entonces recordó a Otmán con su arco apuntando a Ludovicus y de pronto halló la solución. Se fue directo a la escalera y descendió a toda prisa hacia el sótano. Abrió la puerta y contempló la celda. Dunas lo miraba sentado en un rincón. El toledano levantó la cabeza por encima de una vieja manta. Ocba se acuclilló a su lado.

—Quieres matar al deforme, ¿cierto? Para vengarte.

Otmán guardó silencio. Mantuvo su mirada en el jefe de la *Mihna*.

—Si yo estuviera en tu lugar, no me conformaría con matarlo.

El viejo se apartó la manta de la cara.

—¿Qué quieres decir?

—Aquí está el gran Ocba —dijo Dunas—, en todo su esplendor, asegurándose su supervivencia.

—¡Silencio! —Ocba volvió a dirigirse a Otmán—. Tengo a su hija. ¿No sería justo que sufriera lo mismo que tú?

—¿Me vas a entregar a su hija?

—Así es. Con una condición. Te la llevarás lejos de aquí.

—¿Por qué?

—No quiero que me salpique.

—No. ¿Por qué me la entregas?

—Simpatizo con tu causa.

—Sí. Seguro que es por eso —replicó Dunas.

—Apenas conozco Córdoba.

—Te diré adónde llevarla —contestó Ocba.

Ludovicus se apostó en la tapia de una casa vecina, frente a la puerta de al-Xantamari. El guardia de la *surta* con el que se había encontrado en la Puerta del Puente le indicó que allí encontraría a Elhabib. Escuchó los sonidos que venían del interior: gritos de los guardias, arrastre de muebles, golpes... Después de un buen rato, todo quedó en silencio. Entonces, apareció por la puerta el *sahib* acompañado de sus hombres. Levantó las cejas al ver al gigante.

—¿Qué haces aquí? ¿Has averiguado algo?

—Masarra Ibn Abdala es el nombre del mago que está detrás de la maldición y Moavia, el imam de Saqunda, es Sargón.

—¿El tipo al que buscas?

—Así es. Tengo que hablar de nuevo con Samara. Sabe algo, estoy seguro.

Elhabib guardó silencio. Su mirada se perdió al final de la calle.

—Puede que sepa dónde está mi hija... y tu mujer.

El *sahib* lo miró fijamente.

—Samara se ha suicidado.

—¿Suicidado? ¿De qué hablas? Estaba bajo tu custodia.

A Elhabib le vino a la mente la cara de Ocba mientras Samara se sostenía a duras penas sobre un taburete con la soga atada al cuello.

—No pude hacer nada.

—¿Y la criada? Ikram. Hablaré con ella.

—La criada escapó.

—¿Cómo que escapó? ¿De una celda cerrada y vigilada por guardias?

Elhabib se encogió de hombros.

—¿De qué va todo esto? —Ludovicus agarró del pecho al *sahib* y lo empujó contra la pared. Los guardias desenvainaron sus espadas y Elhabib los detuvo levantando la mano—. ¿Estás implicado de alguna manera?

—No digas tonterías. Suéltame.

Ludovicus lo liberó y retrocedió un paso.

—Lo que le ocurrió a Samara no tiene nada que ver con Masarra y los demás. No pude hacer nada por ella.

—¿Quién la mató?

Elhabib se quedó mirándolo.

—Ocba, el jefe de la *Mihna*.

Ludovicus recordó a al-Xantamari a los pies de la cama de Samara. «La han silenciado por mi culpa», pensó. Se alejó de Elhabib y comenzó a caminar calle arriba.

—¡Espera! —gritó el *sahib*. Ludovicus no le hizo caso—. Voy a registrar la casa de Masarra. Quizá las tengan allí. ¿Quieres venir?

El gigante se detuvo y se dio la vuelta. Meditó la propuesta de Elhabib un instante. Luego asintió.

Ludovicus se detuvo en medio de la habitación de Samara. Se quedó mirando los frascos de Gudrun en la mesita y se le hizo un nudo en la garganta. Echó un vistazo a su alrededor. La cama estaba deshecha y el armario vacío. Salió a la sala y se acercó a una portezuela en un rincón y giró el pomo. Al otro lado había un jardín. Recorrió un sendero con rosales a ambos márgenes y se detuvo al inicio de un claro. Se quedó mirando un pozo situado a unos pasos. Contempló la magia alrededor del brocal. Se asomó y vio que las señales se extendían por las paredes de piedra y se sumergían en el agua oscura.

Elhabib apareció a su espalda. Llegó hasta él e inclinó la cabeza sobre el

borde del pozo.

—No hemos encontrado nada. Ni cuartos secretos, ni pasadizos ocultos...

—Hay algo ahí abajo —dijo Ludovicus.

—¿En el pozo? ¿Cómo lo sabes?

—Hay magia de invocación por todas partes. El mismo autor.

—Masarra.

—Así es.

—Bien. Lo revisaremos.

Los guardias de la *surta* trajeron a dos poceros. Estos levantaron una plataforma de madera sobre el agujero y colgaron de ella unas poleas con sogas gruesas. Uno de los poceros se ató con destreza alrededor de la cintura y por las ingles y, ayudado del otro, se sumergió en la oscuridad del agujero y estuvo abajo un rato. Cuando su compañero lo subió, este avisó de que había encontrado algo.

—Dos cuerpos —dijo.

A Ludovicus se le tensaron los músculos de la cara y pudo percibir que a Elhabib le ocurrió lo mismo.

—¿Son mujeres?

—Por la ropa parecen hombres, *sahib*.

—Subidlos.

Los guardias tendieron los dos cadáveres en la tierra. Su piel mostraba un color grisáceo y ambos estaban hinchados y con los ojos abiertos. Sus labios morados enmarcaban los dientes de una forma grotesca. Ludovicus se acuclilló junto al que tenía el pelo blanco y tomó su mano. Observó el sello con forma de paloma grabado en su anillo. Elhabib se agachó a su lado.

—El agua estancada ha debido de detener la descomposición —dijo—. ¿Quiénes serán?

—Este es Hasday y ese supongo que será su hijo Ezra.

—¿Cómo lo sabes?

Ludovicus levantó la mano del muerto y le mostró a Elhabib el anillo.

—Encontré en su taller una carta lacrada con este símbolo.

—Nadie ha denunciado su desaparición.

—Su mujer cree que están de viaje.

—El agua del pozo envenenó a Haala, pero ¿por qué no se envenenaron los demás miembros de la casa?

En ese instante, Ludovicus vio a un niño aparecer en el jardín. Nadie le hacía caso. Parecía un cuerpo extraño en una decoración ajena. Elhabib siguió la

mirada del gigante y gritó:

—¿Qué hace este niño aquí? ¡Echadlo a la calle!

Uno de los guardias se dirigió hacia el pequeño y lo cogió del hombro.

—Traigo un mensaje para ese.

—¿Para quién? —dijo el guardia.

El niño señaló a Ludovicus. Este se levantó y se acercó al pequeño.

—¿Cuál es el mensaje?

—Gudrun quiere verte antes de irse.

—¿Gudrun? —Ludovicus se agachó delante del niño—. ¿Dónde está?

El pequeño se encogió de hombros.

—El mensaje me lo dio en Sabular.

—Está en su casa. Tengo que irme.

—Pero... —balbuceó Elhabib.

Un guardia que venía de la calle atravesó el jardín y se cruzó con el gigante. Llegó hasta el *sahib as surta*, se detuvo a su lado y aguardó a que este le preguntara.

—Habla. ¿Qué pasa?

—*Sahib*, hemos detenido a Ocba.

Elhabib entró en el cuartel y se fue directo a la celda. Cinco o seis de sus hombres custodiaban a Ocba en la sala y se pusieron de pie cuando lo vieron llegar.

El *sahib as-surta* se paró ante la puerta de barrotes y observó al jefe de la *Mihna*. Este sonrió como si hubiera visto a un viejo amigo.

—Abrid.

Uno de los guardias vino con el manajo de llaves en las manos y giró la cerradura. Elhabib entró en la jaula. Ocba, rodeado de sus hombres, no le quitaba ojo.

—¿Dónde está al-Xantamari?

—¿Crees que te lo voy a decir así, sin más? No nos conocemos lo suficiente, *sahib*.

Elhabib echó un vistazo a todos los detenidos. Lo miraban con furia, sin atisbo de miedo.

—Sal de la celda —dijo.

Ocba se levantó y recorrió los pocos metros que lo separaban del exterior sin apartar la mirada de Elhabib. Cuando el prisionero se halló fuera de la celda, el *sahib* señaló una silla vacía a sus hombres.

—Atadlo ahí —les dijo a sus guardias.

Ocba le lanzó una mirada a Elhabib. Dos guardias lo agarraron de los hombros y lo obligaron a sentarse. Lo ataron a la silla con las manos a la espalda.

—Quitadle los zapatos.

Los guardias obedecieron. Yojámir llegó al lado de Elhabib con unas tenazas en la mano y se las entregó.

—Ahora sí que me vas a decir dónde está al-Xantamari.

—¿No preferirías que te dijera dónde está tu judía? —preguntó Ocba.

Elhabib se quedó inmóvil. Luego se acercó a él y le apretó la garganta con sus dedos.

—¿Sabes dónde está Einat?

Ocba no podía hablar. Trató de zafarse moviendo la cabeza y miró al *sahib* congestionado. Este lo soltó y el prisionero tosió dos o tres veces.

—Claro que sé dónde está. La rescaté y así me lo agradeces.

—Habla.

—Me detuvieron cuando regresaba de tu casa. La dejé allí.

—Si me mientes...

—Vamos, *sahib*. Soy sincero. Después de esto, seremos amigos para siempre.

Elhabib salió corriendo hacia la calle.

—¡Einat! —exclamó.

No obtuvo respuesta. Fue rápidamente hasta la habitación, se asomó a la puerta y su corazón le palpitó de alegría. Se lanzó sobre la cama. Einat se encontraba dormida y tapada con una manta hasta el cuello. La abrazó y la besó y la volvió a abrazar y a besar y llenó sus mejillas de lágrimas.

—¡Einat! ¿Dónde has estado?

No podía dejar de llorar. Ella abrió un poco los ojos y lo miró confundida.

—¿Elhabib? ¿Qué haces aquí? ¿Dónde estoy?

Levantó la vista y contempló la habitación como si se encontrara en un lugar extraño. Él le tocó las mejillas y después la frente.

—Estás ardiendo —dijo.

Apartó la manta y quedó paralizado al ver su cuerpo. Unas vendas cubrían sus muñecas sin manos convertidas en muñones. Comprobó que en los pies le sucedía lo mismo. Einat se acurrucó.

—Elhabib, no me destapes —murmuró—, tengo frío.

Apretó los puños y se quedó allí de pie sin saber que hacer. Quería gritar, retorcerle el cuello a Ocba.

—Elhabib, déjame, por favor. Quiero dormir.

El *sahib* entró en razón. Vio que Einat trataba de tirar de la manta para taparse de nuevo y supo que eso no podía ser; que la perdería si no hacía algo. Se inclinó sobre ella, metió los brazos bajo su cuerpo y la levantó en peso.

—No, cariño, no puedes dormir. Vamos a que te vea un médico.

Salió con ella en brazos a la calle. Notó que Einat le apoyaba la cara en el hombro.

—Te he echado de menos, Elhabib.

Él corrió con todas sus fuerzas hacia la casa de enfermos de Nasir.

Ludovicus entró en la casa de Gudrun y oyó el ruido de cajones en la habitación. Apartó la cortina y la encontró en cuclillas llenando de prendas una bolsa grande de tela. Lo miró y se puso de pie. Él se fue hasta ella, le sujetó las mejillas con las manos y la besó.

—Creí que te había perdido —dijo.

—Fui una idiota. Subestimé a la *Mihna*.

—No, así es como actúan.

—¿Qué tienes que ver con ellos?

—Nunca he tenido nada que ver con esos fanáticos. En la mayoría de los casos, los estudiosos nos encontramos luchando en el mismo bando. En este caso, ni siquiera eso. Van a por Iradi. Quieren matarla.

Gudrun se separó de él y se sentó en la cama.

—Al-Xantamari dice que todo lo que cuentas es mentira. Que te has vuelto loco. Que la niña a la que buscas no es tu hija.

Ludovicus se sentó a su lado. El gigante suspiró y Gudrun entrelazó los dedos con los de él.

—Puedes contarme lo que sea —le dijo—. No te juzgaré.

—No fui a ver al Sanador para curar a mi hija, sino para curarme a mí. Mi mujer y yo ya no vivíamos juntos. Yo iba a ver a Iradi siempre que podía, pero fue Santzia la que cargó con sus cuidados. Un día alguien me habló de un tipo en Capadocia que hacía años curaba toda clase de enfermedades. Ya no lo hacía, pero seguía vivo. Hablaban de él como de una especie de fantasma que se movía por la zona y al que nadie se acercaba.

»Pensé que merecería la pena intentarlo. Convencí a Santzia de llevar a la niña. Ella también quiso venir, pero acordamos que eso nos retrasaría e Iradi ya estaba muy mal. Tan mal que, mientras cruzábamos el reino de Aragón, unas fiebres muy altas la dejaron inconsciente. Entonces me di cuenta de mi error. No debí haberla movido de su casa. El viaje era muy duro para una niña tan

enferma.

»Encontré una granja bastante alejada. El granjero, Anselmo, era un hombre honesto y se ofreció a ayudarme. Tenía una hija casi de la edad de Iradi. Su mujer no estaba del todo conforme. Al final la convenció. Acostamos a mi hija en su cama y aquella familia y yo la cuidamos lo mejor que supimos. Iradi agonizó durante cuatro días hasta que murió. La enterramos en una loma alejada. Anselmo me hizo jurar que jamás le diría a nadie que había llevado a su casa a una niña leprosa.

»Las siguientes semanas son una nebulosa de recuerdos. Me marché a Barcelona y pasé la mayor parte del tiempo borracho. No me atrevía a volver y darle la noticia a Santzia. Me imaginaba a Iradi sentada a mi lado, tomando mi mano y contándome sus cosas. Todo era terriblemente doloroso.

»La imaginación me jugó una mala pasada. Comencé a hablar con mi hija como si fuera real. Cuanto más lo hacía más sufría y, sin embargo, era incapaz de parar. La veía con sus llagas en la piel y sus dedos mutilados, como era ella en los últimos meses. Hubo un momento en que ya no podía distinguir la realidad de mis invenciones. Fui muy consciente de que me estaba volviendo loco. Y esa locura no era ningún consuelo. Verla y saber que estaba muerta me dolía más que el haberla enterrado.

»He conocido a muchos que veían y oían cosas. Hay quien dice que están endemoniados, otros que han sido poseídos por los espíritus de los muertos o que son simplemente locos. Sé que la locura es una enfermedad. Yo me sentía enfermo. Así fue como decidí seguir el camino previsto y acudir al Sanador. Tenía que dejar de verla. No podía soportarlo más. Mi hija imaginaria me siguió a mi pesar.

»Cuando llegué hasta allí, encontré algo prodigioso. El Sanador no estaba vivo. Tampoco muerto. Vi la magia que lo rodeaba. Era una especie de ente entre los dos mundos. Lo más fascinante es que compartía mi visión. Como yo, veía a Iradi y hablaba con ella. La tomó de su mano y se la llevó a una gruta. Al regresar, mi hija estaba viva. Lo supe. Ya no era un producto de mi imaginación. Incluso sus llagas habían desaparecido. Pero eso no fue todo. Identifiqué el conjuro utilizado para sanarla. Es el encantamiento más poderoso de este mundo. Solo sabía de él por los libros. El Nombre Centésimo de Dios.

—¿Qué es eso? —dijo Gudrun.

—Hasta entonces pensaba que era solo una leyenda. Ahora sé que es real. Según la tradición musulmana, sólo se puede conocer a Dios a través de los noventa y nueve nombres que aparecen en el Corán y que se refieren a sus

atributos. Según Mahoma, quien conozca esos noventa y nueve nombres entrará en el Paraíso. Pero existe un nombre además de esos noventa y nueve que describe la esencia de la divinidad. Antes del Profeta, ya se hablaba de un Nombre Máximo que solo conocía Hermes. Algunos creen que el Nombre Máximo es el Centésimo de la tradición musulmana, el que no menciona Mahoma y que ningún oído humano está preparado para escuchar.

»Los judíos llaman a ese nombre *Shem ha-mephorash*. La última vez que se pronunció fue hace más de mil años, en el sanctasanctórum del Templo de Salomón en Jerusalén. El sumo sacerdote musitaba la palabra cada año el Día de la Expiación, hasta que el general romano Tito arrasó con la ciudad y saqueó el templo. Desde entonces, nadie más la ha pronunciado ni ha sido dicha en ningún lugar. Hasta aquel día en que el Sanador se la susurró al oído a Iradi.

»El Centésimo Nombre la devolvió a la vida. Lo más asombroso es que yo reconocí la magia. Lo cual era imposible. El Centésimo Nombre es una magia divina, no humana. Un estudioso de las señales no podría reconocerla nunca. Por eso sé que lo que le ocurre es algo diferente. Su propia madre renunció a ella y se la entregó a un grupo de asesinos. Pero yo no lo voy a hacer. Yo la enterré y era yo quien hablaba con ella después de que muriera. Yo la vi regresar a la vida. Es mi hija, Gudrun. Siento que es así. Están todos equivocados. Solo me tiene a mí. La protegeré contra Atón y contra quien haga falta.

—¿Qué relación hay entre tu hija y lo que ocurre en Córdoba?

—Aparte del Sanador, mi hija es la única persona en el mundo que conoce el Nombre Centésimo. Y no creo que el Sanador sea una persona. Un grupo de locos han decidido revivir a un demonio y la única manera de hacerlo es a través de la palabra que solo puede decir Iradi. Judá Ben Saruq descubrió todas las estaciones que llevan a la llegada de Adramelec. Todas se han cumplido. Es posible que ese demonio ya esté aquí, entre nosotros. Tengo que resolver esto. Encontraré a mi hija y acabaré con los responsables de esta locura.

En ese instante dos individuos entraron en la casa y deambularon por la sala. Ludovicus los vio por el hueco que quedaba entre la cortina y la pared. Agarró la empuñadura de su espada, pero Gudrun puso su mano sobre la de él.

—Los conozco —dijo ella—. Son los hombres de al-Xantamari.

Uno de ellos se asomó a la habitación y se quedó mirando la mano de Ludovicus agarrada a la espada.

—Estamos aquí para asegurarnos de que la *mayús* se va. Solo eso.

Gudrun se puso de pie y Ludovicus hizo lo mismo. Él le acarició las mejillas con ambas manos y la besó en los labios.

—Iré a Málaga. Encuentra a tu hija y luego búscame.

—Lo haré.

—Te esperaré el tiempo que haga falta.

La casa le pareció más vacía que nunca. Aún conservaba el olor de Gudrun y Ludovicus se quedó tendido un rato sobre las sábanas. Se incorporó y vio que una mano de mujer recorría la cortina de la entrada. Sus ojos violetas hicieron aparición en la penumbra del cuarto. Tasmílah sonreía con timidez.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el gigante.

—He sabido lo de la hechicera. Su destierro.

—¿Cómo te has enterado?

—Córdoba ya no es tan grande como antes. Bahij conoce a mucha gente. Ahora es más fácil oír los rumores.

Ludovicus se puso de pie.

—Me apoyaste en un mal momento —prosiguió la mujer—, estoy aquí para devolverte el favor.

—Gracias, pero no era necesario, Tasmílah. Estoy bien.

Se acercó a él y lo sujetó de la mano. Luego se alzó sobre sus pies y posó sus labios en los de Ludovicus. El gigante cerró los ojos y sintió cómo la soledad retrocedía. A medida que los labios de Tasmílah acariciaban los suyos, la sensación de vacío se atenuaba. Se dejó llevar por la corriente de bienestar y la abrazó y correspondió a su beso. De repente, un pensamiento se le cruzó en la mente. «Esto no está bien», se dijo. Apartó la cara y se quedó mirando al suelo, avergonzado.

—Lo siento, Tasmílah. Amo a Gudrun.

La mujer acarició su mejilla y sonrió con ternura.

—Eres demasiado íntegro —dijo—. Nunca te unirás a nosotros.

Ludovicus frunció el ceño. ¿Nosotros? Experimentó entonces un dolor punzante en el costado izquierdo. Cuando bajó la vista, vio que Tasmílah empuñaba un cuchillo ensangrentado que lanzó de nuevo contra su vientre. Sintió el metal traspasar su piel y retrocedió.

—Estás con ellos —dijo.

—No importa lo que te hiciera Atón, tú nunca traicionarás tus principios.

Ludovicus trató de sacar su espada, pero ella se arrojó sobre él y lo tumbó en la cama e intentó apuñalarlo en el pecho. El gigante la agarró por la muñeca y notó cómo las fuerzas lo abandonaban con el torrente de sangre que salía de su cuerpo. Tasmílah empujaba el cuchillo con furia. A él le dolían muchísimo el costado y el vientre mientras la sujetaba. No podría resistir mucho tiempo.

De repente, la mujer emitió un grito desgarrado. Se apartó de Ludovicus y se llevó la mano al hombro y se la puso frente a sus ojos manchada de sangre. Luego se dio la vuelta y dijo:

—¿Qué haces tú aquí? ¿Qué tienes que ver con esto?

Sahalú le lanzó una nueva cuchillada y Tasmílah la esquivó dando un paso atrás. Retrocedió entonces hasta la salida y desapareció tras la cortina. El gigante echó la cabeza hacia atrás y gritó de dolor.

—Te estás desangrando —dijo Sahalú.

Buscó por la habitación. Salió a la sala y volvió con unos trapos en las manos. Los apretó sobre su vientre.

—Aguántalos —ordenó.

Ludovicus presionó la tela y Sahalú se pasó un brazo del gigante sobre los hombros y empujó con todas sus fuerzas para levantarlo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el estudioso—. Estás al tanto de todo, ¿verdad? Como siempre.

—Ya me conoces. Tengo mil cosas de las que ocuparme.

—Madre, ¿por qué eres tan retorcida?

Después de dejar a Einat en la casa de Nasir, Elhabib se dirigió al cuartel de la *surta* como un animal sediento de sangre. Cruzó la sala principal y se detuvo frente a la puerta de la celda. Ocba lo miraba sonriente entre sus hombres.

—Abrid —ordenó el *sahib*.

Yojámir se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—*Sahib*, no lo hagas —le dijo—. Vuelve con tu mujer. Deja que nosotros ocupemos de Ocba.

—¡Abrid la puerta!

Un guardia joven llegó con un manojito de llaves en la mano. Tembloroso giró la cerradura y la puerta de la celda quedó abierta. Ocba se puso de pie y avanzó despacio.

—Dale tu arma —le dijo Elhabib a Yojámir.

—*Sahib*, hazme caso. Las cosas no son como crees. Deja que Ocba se vaya.

—¿Que se vaya? Estás loco. Te he dado una orden. Obedece.

Yojámir suspiró. Desenvainó su espada y se la extendió al jefe de la *Mihna*.

—¿Qué pretendes que haga con esto? —preguntó Ocba.

Elhabib empuñó su arma.

—Tú y yo. Los dos solos, maldito cobarde.

De repente, un dolor agudo y frío penetró por su espalda y le salió por el vientre. Elhabib bajó la mirada y vio la punta metálica de una lanza que le

asomaba por la barriga. Giró la cabeza apretando la mandíbula. Mientras empuñaba la lanza que había atravesado al *sahib*, Johanne lo miró a los ojos henchido de satisfacción. Un chico muy joven, en el fondo de la sala, lo apuntó con su ballesta. Era uno de los últimos guardias reclutados. Elhabib trató de recordar su nombre. La flecha salió despedida y se clavó en su pecho agitando con fuerza su cuerpo, pero se mantuvo en pie.

—No se muere —dijo el chico mientras cargaba de nuevo el arma.

—Lo siento, Elhabib —dijo Yojámir—. El dinero de al-Xantamari...

—¿Tú?

—No estoy en esto, pero tengo familia. No puedo ayudarte.

Un nuevo disparo lanzó otra flecha, esta vez contra su hombro izquierdo. Elhabib cayó de rodillas. Johanne se acercó furioso al chico de la ballesta.

—Maldito idiota. Dame eso.

—¡Ya basta! —ordenó Ocba. Los hombres se quedaron quietos y en silencio. El prisionero salió de la celda, se aproximó a Elhabib y se acuclilló a su lado.

—Cobarde —dijo el *sahib*.

—No eres nada. Solo un negro que ha llegado demasiado alto. Has tenido a mucha gente engañada mucho tiempo. En la primera oportunidad en que podías brillar, has fallado. Mírate.

—Ahórrate tus malditas palabras. —espetó Elhabib y miró la espada en la mano de Ocba—. Hazlo ya.

El jefe de la *Mihna* mostró en su sonrisa el hueco entre los dientes delanteros. Cuánto le hubiera gustado a Elhabib habérselos reventado.

La primera vez que Ludovicus abrió los ojos, las sombras tras las paredes de tela parecían tener vida propia. Modificaban su naturaleza ante su mirada nebulosa. A ratos eran monstruos dispuestos a devorarlo y luego jóvenes doncellas que le ofrecían sus favores.

La segunda vez que Ludovicus abrió los ojos, Nasir, el médico, le palpó la frente y Sahalú lo observó desde el fondo de la habitación con expresión preocupada.

—Tiene algo de fiebre —dijo Nasir—, pero nada preocupante si no va a más. Lo he cosido y he cortado la hemorragia. Si todo va bien, en unas cuantas semanas podrá levantarse de la cama.

La tercera vez que Ludovicus abrió los ojos, Sahalú hablaba con una joven en el rincón entre dos telas que hacían de paredes. No podía ver a la muchacha, Sahalú la tapaba. Entonces, esta giró la cabeza y lo vio despierto. Sacó una bolsa llena de monedas de su escote y se la entregó a la chica. Fue entonces cuando la

vio. Luego desapareció tras la tela blanca. Ludovicus sabía quién era, y también que la *Mihna* la andaría buscando.

Sahalú se sentó en el taburete.

—¿Por qué le has dado dinero a Ikram? —preguntó él.

—El médico dice que tardarás semanas en levantarte de la cama —dijo Sahalú. Se alzó del taburete y acercó la boca al oído de su hijo—. No cuenta con que eres una aberración. Es lo que siempre te han dicho, ¿verdad? Quizá puedas aprovechar eso. Ahí al lado hay una mujer que tiene una pista sobre tu hija. Deberías hablar con ella cuanto antes; así que, ponte en marcha, monstruo.

Sahalú se alejó de la cama y cruzó las telas. Se volvió antes de irse y le sonrió. Ludovicus le devolvió la sonrisa. Luego giró su cabeza hacia la derecha. La sombra de un camastro con alguien acostado encima se reflejaba a través de la sábana que separaba a los dos pacientes. El gigante se arrastró por su cama apretando la mandíbula ancha del dolor que sentía en el costado. Consiguió sentarse en el borde y necesitó un instante para recuperar el aliento. Se impulsó con los brazos y se puso de pie. Toda la habitación dio una vuelta a su alrededor y estuvo a punto de caer. Cerró los ojos y esperó a que su cabeza se estabilizara. Se dirigió entonces a la sábana que lo separaba de su vecina y descorrió la tela.

Al otro lado, una mujer de unos treinta años, de pelo rizado y negro, descansaba en el camastro con los párpados cerrados. Tapada por una manta, su frente humedecía de sudor.

Ludovicus se inclinó sobre ella, la agarró de los hombros y la zarandéó. Ella abrió los ojos y recorrió con ellos todo el espacio hasta que los fijó en el gigante.

—¿Conoces a Iradi? —dijo él.

—Claro que la conozco, monstruo; y acabará contigo con una sola palabra si te acercas a ella.

Einat cerró los ojos y pareció dormirse de nuevo. Ludovicus la volvió a zarandear.

—¿Dónde está?

—No pienso decírtelo.

—Soy su padre. Dime dónde está.

—¿Su padre? Eso es imposible.

—Es cierto. Lo soy. Tengo que encontrarla antes de que la maten.

Einat lo miró en silencio. Luego cerró los ojos. Ludovicus la zarandéó por tercera vez.

—La tiene Ocba.

—¿Ocba? ¿Dónde?

—En su guarida.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Déjame dormir.

Ludovicus la sacudió por los hombros.

—Dime dónde está.

—Recuerdo una plaza con un pozo en el centro. Encima tenía un arco con un pez de hierro.

Ludovicus la dejó, se puso recto y salió al pasillo. Lo recorrió tambaleante agarrándose a las sábanas a uno y otro lado. Se llevó la mano al costado y se detuvo. Se dobló, puso las manos en sus muslos y respiró hondo. Luego siguió andando.

Encontró a Nasir sentado junto a la salida al patio en una mesita estrecha iluminada por la luz de una vela. Leía un pergamino. Levantó la cabeza cuando notó la presencia del gigante y se quedó asombrado.

—¿Cómo has conseguido levantarte?

—¿Dónde están mis armas?

No hizo falta que le respondiera. Ludovicus vio su espada y su cuchillo colgados de un gancho metálico a la espalda del médico. Cogió su cinturón y se lo colocó alrededor de la cintura y después se colgó sus armas.

—¿Conoces una plaza con un pozo en el centro bajo un arco con un pez de hierro?

—Claro. ¿Vas a ir hasta allí con tus heridas?

—Soy un monstruo —respondió Ludovicus. Luego se miró las piernas desnudas y dijo: —¿Me ayudas a vestirme?

Nasir se encogió de hombros y comenzó a dibujar un plano que le sirviera para llegar a la plaza.

—Va a ser difícil encontrar ropa de tu tamaño.

Cuando Ludovicus encontró el pez de hierro, quedó como hipnotizado al ver a una mujer extrayendo agua del pozo. Ella tiró de la cuerda gruesa con todas sus fuerzas, colocó el cubo en el borde del brocal y luego vertió el contenido en un cántaro. Tiró de nuevo el cubo al pozo y repitió la misma operación hasta que el recipiente quedó lleno. A continuación, se lo colocó sobre su cabeza y se perdió calle abajo.

«Un pozo de agua envenenada», pensó Ludovicus. Entonces recordó la jarra de agua en la habitación de Haala y los dos vasos.

Los goznes de la puerta del edificio que tenía enfrente chirriaron cuando a esta la movió la brisa. Ludovicus regresó a la realidad. Se acercó a la guarida y

empujó la hoja entornada. Se asomó al interior y vio una sala envuelta en un caos de muebles tirados y sangre por todas partes, como si fuese un matadero.

El gigante desenvainó su espada y se adentró en el edificio. Atravesó la sala ensangrentada midiendo los pasos y atento a cualquier movimiento. En una esquina, halló una entrada hacia unas escaleras de piedra que descendían en la oscuridad. Bajó los peldaños uno a uno con cuidado de no hacer ruido. Al pie de la escalera comenzaba un pasillo sombrío con una única puerta en una de las paredes.

Ludovicus se acercó y pegó la oreja a la madera. No oyó nada. Descorrió un cerrojo oxidado y abrió. Era una pequeña celda medio a oscuras en la que entraba algo de luz desde un agujero en una esquina del techo. Un hombre sentado en un camastro lo observaba. Ludovicus contempló su figura. La cabeza calva y el pelo rubio encanecido alrededor de las orejas, la barba casi blanca y la expresión displicente en su cara. Era el criado de Miriam, Dunas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Ludovicus.

—Estaba donde no debía.

El estudioso de las señales contempló las manos del hombre. Los restos de magia manchaban sus dedos. Reconoció la autoría. Dunas levantó las muñecas atrapadas en unas cadenas mohosas.

—Puedes ver mi magia, ¿verdad?

—Eres Masarra.

—Así es. —El mago dirigió sus ojos hacia los pantalones algo cortos del gigante y hacia sus tobillos desnudos. Luego observó los vendajes que se veían por debajo de la camisa blanca—. Ya veo que Tasmílah ha fallado en su cometido. Le dije tanto a ella como a Sargón que era demasiado arriesgado atraerte a Córdoba; que nunca te unirías a nosotros.

—¿Por qué has hecho todo esto?

—¿Por qué? Porque puedo. Porque soy capaz y porque nadie más lo es. Para que todos conozcan mi nombre. Para que todos sepan que no hay nadie como yo.

—Por vanidad.

—He tenido que aguantar que me ignoraran demasiadas veces. La mediocridad me ha cerrado el camino cada vez que he intentado hacer algo grande.

—Por eso has decidido matar a decenas de inocentes.

—Si algo me ha enseñado la vida es que no hay inocentes.

—Mataste a Judá.

—Sí. Se estaba acercando y era demasiado pronto.

—Mataste a Hasday y a su hijo.

—También. Pensó que podía aprovecharse de mí después de lo que me había hecho. Creyó que yo era tan tonto que me dejaría engañar por sus falsas disculpas. Cuando trajimos a Sargón del inframundo necesitábamos calmar al dios Hades. No le gusta que le arrebaten sus almas. Los antiguos griegos arrojaban sangre a un pozo para apaciguarlo. Eso fue lo que hicimos. Arrojamus mucha sangre. La de esos dos.

—¿Por qué te fuiste?

—Fue culpa de Samara. Empezó una relación con el tipo ese, al-Xantamari. Todo el mundo sabe que es él quien financia a la *Mihna*. Lo último que me podía permitir era que esos locos entrasen en mi casa y viesen lo que estaba haciendo. Tomé la identidad de Dunas para mantener vigilada a la mujer de Hasday y que no diera la voz de alarma entre los judíos. En aquel momento, la discreción era esencial. Al menos hasta que Sargón trajera a la niña.

—¿Dónde está mi hija?

—Eso se lo tendrás que preguntar a Ocba. Él es quien se la entregó al tipo ese de Toledo.

—¿Qué tipo?

En ese momento, entró alguien en la celda. Un muchacho con un cuenco lleno de gachas se quedó paralizado en la puerta. Ludovicus se lanzó hacia él y lo empujó contra la pared del pasillo. El cuenco salió volando.

—¿Qué habéis hecho con mi hija?

—Ocba se la entregó a Otmán el toledano.

—¿Quién es ese?

—Quería vengarse de ti. Por lo visto mataste a su hijo en Toledo.

Ludovicus recordó al joven que protegía a Santzia.

—¿Dónde está?

El muchacho se encogió de hombros con los ojos aterrorizados. El gigante lo soltó y se dirigió a las escaleras.

—¡Eh, deforme! —exclamó Masarra—. Si me liberas te digo dónde encontrar a Sargón.

—Sé dónde encontrar a Sargón —respondió.

Cuando el gigante llegó a la sala, Ocba abría la puerta de la guarida. Lo acompañaban Morra y los demás. Ludovicus desenvainó su espada. El jefe de la *Mihna* levantó las manos y ordenó a sus hombres que no sacaran sus armas.

—No quiero pelear contigo. Compartimos el mismo dios.

—Dime dónde está mi hija.

—En el cementerio de Umm Salama. Si no te das prisa, el toledano se va a impacientar.

Ludovicus se dirigió a la puerta. Antes de marcharse dijo:

—El tipo que tenéis abajo se llama Masarra y es un brujo. El peor de todos.

Al principio le pareció irreal lo que veía: una masa oscura que ascendía por las paredes del pozo. Sus manos grandes se agarraron al borde y la criatura se alzó sobre su peso. Un cuerpo musculoso apareció ante Tasmílah y Yala. Desplegó su cola de pavo real y sus ojos furiosos miraron a su alrededor. Se fijó en el cadáver de Hasday y de su hijo y no le dio importancia.

Tasmílah se arrodilló ante él. Se sostuvo el hombro y emitió una queja. Adramelec la observó desde su altura y dijo:

—Estás herida.

—No es nada, Señor. Yala me ha cosido.

—Vosotros me habéis hecho volver.

—Sí, Señor.

El demonio volvió la cabeza y fijó sus ojos en el esclavista. Yala lo contemplaba a un lado del patio. Se agarró las manos a la altura de su pecho y tembló como una hoja al viento.

—Soy tu servidor, Señor —dijo.

—¿Este es el cuerpo que me has conseguido? —le preguntó Adramelec a Tasmílah.

—Así es, mi Señor.

—¿El cuerpo? —dijo Yala—. ¿Qué quieres decir, Señor?

Adramelec avanzó hacia él. Este retrocedió un paso y el temblor lo hizo encogerse como si se resguardara del frío. El demonio lo miró fijamente y él se encogió aún más.

—Necesito un cuerpo para moverme en este mundo.

El esclavista meneó la cabeza.

—Te conseguiré otro —dijo.

Adramelec dio un paso hacia adelante. El enorme ser que era atravesó la piel del esclavista y los huesos y este gritó como Tasmílah nunca había oído gritar a nadie. Vio cómo el demonio se acomodaba dentro de los límites de su cuerpo humano y la expresión de dolor extremo en el rostro de Yala desapareció.

En un instante los gritos cesaron. La cara del esclavista adquirió una paz que no tenía cuando era humano y sus ojos miraban con una nueva fuerza. Tasmílah se levantó y se acercó a él. Adramelec extendió los brazos y le apretó las manos. Contempló su vientre aún hinchado y puso la palma sobre él:

—Soy consciente del sacrificio que me has ofrecido. Eres mi diosa.

—Soy tu servidora, Señor.

Adramelec asintió.

—Debemos irnos —dijo.

Ella levantó las cejas y arrugó la frente:

—¿Irnos? ¿Adónde?

—Puedo sentir la debilidad de este reino. Necesitamos un imperio.

Cuando Hakam Ibn Ukasa se acercaba con sus escoltas a la mezquita de Moavia supo que algo iba mal. Las ruinas del viejo arrabal estaban desiertas. No presentaban el trasiego de los fieles del imam que anteriormente llenaban la carretera. Espoleó su caballo y el grupo de jinetes ascendió la loma y se detuvo frente al pórtico de entrada. El gobernador desmontó y observó los cadáveres que asomaban por la puerta del templo con los gusanos saliéndoles de la boca. Se detuvo a la entrada y contempló el funesto escenario de su derrota.

Se dio la vuelta y se dirigió al borde del promontorio. Extendió su mirada a la explanada en la que el día anterior se entrenaban los fieles. Recordó cómo había imaginado un ejército numeroso recibiendo adiestramiento en aquel lugar y cómo este ejército masacraba las huestes de al-Mutamid.

—Mi ejército —murmuró.

De pronto, sin poder evitarlo, Hakam empezó a llorar. Las lágrimas inundaban su rostro sin que el gobernador fuera capaz de pararlas. Su cuerpo se agitaba de tristeza y se tapó la cara con las manos embargado por la vergüenza. Los escoltas se miraron, pero ninguno se atrevió a decir nada.

Después de unos minutos, Ibn Ukasa se recompuso. Respiró hondo y echó los hombros hacia atrás. Levantó la cabeza y se aclaró la garganta. Entonces, como si se hubiera cargado de nuevo de energía, se subió a su caballo sin necesidad de que lo auparan y dijo:

—Cuando llegemos a Córdoba, buscad a Elhabib. Quiero hablar con él.

—Sí, señor.

—Y otra cosa. Lo que habéis visto ha sido una pequeña indisposición por mi parte. Si contáis algo, aunque sea a vuestras mujeres...

Los escoltas se miraron serios. Ibn Ukasa espoleó su caballo. Pronto el grupo atravesó el puente y el gobernador contempló la entrada a Córdoba y se preguntó cómo iba a salir de aquel apuro.

La última luz de la tarde iluminaba las lápidas del cementerio musulmán desierto. Las había de mármol, de piedra caliza e incluso de madera. Casi todas ellas sencillas con los datos mínimos del difunto y unos versículos del Corán.

Ludovicus vio el resplandor de la hoguera nada más abandonar la carretera y adentrarse entre las tumbas. Se dirigió hacia ella subiendo por un estrecho sendero hasta lo alto de una pequeña colina. Luego recorrió unos metros por un camino irregular y llegó a la fogata.

Tendido, con la cabeza apoyada en el suelo y la mirada fija en el horizonte, se hallaba el cadáver de Otmán. En sus pupilas brillaban las llamas y de su boca aún salían los gusanos negros que lo habían devorado por dentro. Ludovicus se acuclilló a su lado y observó los insectos. Luego se puso de pie y contempló la ladera que descendía desde la colina en que se encontraba. A lo lejos, junto a la carretera de tierra que había abandonado un rato antes, vio una casilla encalada de cuya ventana salía algo de luz.

—La hija del sepulturero —dijo en voz baja. Suspiró y se dio la vuelta.

Ludovicus deambuló entre las tumbas un buen rato hasta que encontró una recién estrenada. Miró a su alrededor y vio una inscripción de madera. La sacó de la tierra y la partió por la mitad.

—Lo siento —susurró.

Inmediatamente, utilizó la madera para cavar con brío en la tierra suelta de la tumba reciente. El sol se ocultaba en el cielo a medida que él iba alcanzando profundidad. Cavó sin descanso mientras su sudor le humedecía la ropa y la frente y la propia tierra. Cuando llegó a al cadáver, el día ya moría en el horizonte. «Es una suerte que los entierren sin ataúd», pensó.

Ludovicus cogió su cuchillo y se cubrió la nariz y la boca con la manga. El cadáver era el de un anciano y debía llevar tres o cuatro días muerto. Se hallaba envuelto en una tela de algodón teñida de ocre por la tierra que tenía encima y manchada con los flujos de la descomposición. El estudioso de las señales hizo un pequeño corte en la mortaja y tiró del cabo. Extrajo una banda larga y estrecha, como si fuera una venda.

Estiró el trozo de tela y comprobó su fuerza. Cogió su espada y comenzó a liar el tejido en torno a la hoja, muy fuerte, con cuidado de que cubriera todo el metal. Cuando terminó, ató el cabo a la empuñadura y toda su espada quedó envuelta. La envainó con cuidado de no deshacer los nudos y emprendió el camino de vuelta a la ciudad.

## CAPÍTULO X

### SARGÓN

*Ha hecho surgir a la Hidra, al  
Dragón y al Lahamu, al Gran-León, al  
Perro-Rabioso y al Hombre-Escorpión,  
poderosos Demonios-Tempestades, al  
Hombre-Pez y al Capricornio.*

*Tablilla II*

*Enuma Elish, poema babilonio de la  
creación*

*Sargón se despegó la barba de la cara y la colocó sobre el hueco libre de la piedra en la que se hallaba sentado. Luego se quitó el gorro de lana y sacudió la cabeza. El pelo largo se liberó y cayó sobre sus hombros.*

*—Eres una mujer —dijo Iradi.*

*—Sí, así es.*

*Sacó de su bolsa un pequeño cuenco de barro y vertió en él un poco de agua de su odre y lo puso al fuego.*

*—Engañaste a mi madre.*

*—Bueno, solo a medias. El cuerpo que le enseñé era el de Iradi. La verdadera Iradi. Ella ató cabos y relleno los huecos.*

*—No soy un demonio.*

*Sargón sacó una bolsa pequeña de tela y desató el nudo que la mantenía cerrada. Con dos dedos, extrajo una pizca de un polvo gris y lo echó en el cuenco.*

*—¿Que no eres un demonio? Con tu poder has matado a tu abuela y quién sabe a cuántos más matarás.*

*La niña se le quedó mirando con furia, apretó los dientes y se le hincharon las venas de las sienes.*

*—Te puedes ahorrar soltarme la palabrita —dijo Sargón—. Vengo del*

*inframundo. Las palabras divinas no tienen efecto en mí. Ni siquiera puedo oírlas.*

*La mujer agitó el cuenco en el fuego sosteniéndolo con los dedos como si no le quemara. Lo movió a un lado y a otro y dejó que los vapores ascendieran.*

*—¿Para qué es eso? —preguntó Iradi.*

*—Para que duermas. Esa cabecita tuya es prodigiosa. A través de tus sueños puedes acceder a la tumba de Adramelec. Tendrás que estar dormida cuando llegue el momento de liberarlo.*

*—No me lo pienso beber —respondió Iradi.*

*—No será necesario. Los vapores ya están haciendo su trabajo.*

*A la niña los párpados se le volvieron muy pesados. Hizo un esfuerzo por mantenerlos abiertos y bostezó. Se levantó para alejarse del lugar, pero las piernas le fallaron. Cayó al suelo y quedó sentada con las manos apoyadas. Trató entonces de impulsarse de nuevo y, en vez de eso, su cuerpo se tendió y sus párpados se cerraron como si actuaran por propia voluntad.*

*Cuando abrió los ojos, se encontró en una pequeña celda con las paredes de piedra y dos poyetes, uno a cada lado. La entrada la cubría una reja mohosa e Iradi vio que la llave estaba puesta. La giró y se asomó al otro lado. No había nada, tan solo oscuridad. A lo lejos notó un movimiento. Oyó un sonido de pasos que se acercaban. Una figura se dibujó en el horizonte oscuro. A medida que se aproximaba, Iradi pudo distinguir a una mujer. Cuando estuvo más cerca, comprobó que se trataba de una anciana. A tan solo unos pasos, vio que la anciana era su abuela. Emilia se detuvo y la miró con odio.*

*—Eres una asesina —le dijo—. Una maldición para nuestra familia.*

*La niña retrocedió asustada. Se introdujo de nuevo en su celda y su abuela la siguió hasta la entrada. Iradi cerró la reja y le dio vuelta a la llave. Entonces, Emilia desapareció.*

*Ludovicus pasó junto al cadáver del criado de Bahij que se hallaba tendido en el patio. Se asomó a una sala iluminada por una lámpara y contempló al propio Bahij tumbado entre unos cojines y con la mirada perdida en algún lugar de la estancia. El pecho de su caftán estaba manchado de la sangre que salía del tajo de su cuello. Oyó entonces los pasos que se acercaban a su espalda y Ludovicus se giró. Lambra se hallaba en el centro del patio. La miró fijamente a los ojos. ¿Cómo no se había dado cuenta de que aquellos ojos eran también los de Moavia? «Y los de Sargón», pensó.*

*—¿Dónde está Tasmílah?*

*—Lejos de aquí. Con Adramelec. No los encontrarás.*

—Lo habéis liberado.

—¿Acaso lo dudadas?

—Cuando te vi en aquel callejón con aquellos chicos que iban a matarte...

¿Lo preparaste tú?

—No. Te estaba buscando cuando se enfrentaron a mí. Les salvaste la vista. Yo los iba a matar cuando apareciste.

—¿Me estabas buscando?

—Sí. Quería verte. Contemplar tu aspecto. ¿Nunca te has preguntado por qué eres así?

—Miles de veces.

—Reconociste la magia del Centésimo Nombre, ¿verdad? ¿También te has preguntado por qué?

Ludovicus no respondió.

—No eres humano. Esa es la respuesta. Atón te oculta muchas cosas. Únete a mí y todo será transparente.

El gigante permaneció callado. Sargón suspiró.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

—Por la jarra de agua.

—¿Qué jarra?

—Me corroía una pregunta. Si el pozo estaba envenenado, ¿por qué no cayeron todos enfermos?

—¿Y cuál era la respuesta?

—No puedo asegurar que Samara e Ikram bebieran agua de ese pozo, pero tú sí lo hiciste. De eso estaba seguro. Junto a la jarra, en la habitación de Haala, había dos vasos por la mitad. Uno para ella y otro para ti. ¿Por qué no te envenenaste? Porque ya estabas muerta. Caí en la cuenta demasiado tarde.

—Así es.

—Aquel día procuraste que te viera en una habitación en penumbra. No podías arriesgarte a que te reconociera. No estabas segura de que pudiera unirme a vosotros y no querías que os echara abajo los planes tan pronto. Contabas con que no relacionaría a Sargón con la apariencia de una mujer.

—Siempre se me ha dado bien ocultar mi condición. En los tiempos en que estaba viva, era imposible que una mujer llegara a ser sumo sacerdote de un dios como Adramelec. Tuve que disfrazarme. Aprendí a engañar a todos.

—Ya veo.

—¿Has podido encontrar a la niña? —preguntó Sargón.

—Aún no, pero sé dónde se encuentra. Está a salvo.

—Aunque no lo creas, me alegro. Nunca pretendí hacerle daño.

—No, tan solo utilizarla para revivir a tu demonio. ¿Por qué todo el montaje en torno a Samara? ¿Por qué no las mataste a todas?

Lambra se movió despacio por el patio. Sacó una espada y la blandió en el aire.

—Yo no quería matarlas. Me resultaban insignificantes. Pero Haala se envenenó con el agua del pozo. Samara empezó a meter a al-Xantamari en la casa. E Ikram... Esa chica era la que más curiosidad me despertaba. Estoy segura de que trabajaba para alguien. Siempre la encontraba espiando. Creo que sabía algo. Luego me enteré de que había escapado de la cárcel y de que la *Mihna* era incapaz de encontrarla. Reconozco que es un misterio para mí.

—Acusaste a Samara para que todas las miradas se desviarán hacia ella.

—Exacto. La ciudad estaba histérica con la muerte de los niños. Si se hubiera sabido que estábamos detrás... Bueno, esa fue la forma en la que acabó mi vida como sumo sacerdote. Mi propio pueblo me arrojó a un pozo para que me ahogara. Sé de lo que son capaces.

Sargón se puso en guardia. Ludovicus sacó su espada envuelta en la tela blanca.

—Una mortaja para acabar con un renacido —dijo la mujer—. A veces se me olvida quién eres.

El ataque de Sargón fue más fiero de lo que Ludovicus esperaba. Un primer golpe chocó con su espada envuelta en vendas; con el segundo, retrocedió un paso; y el tercero casi le abre el vientre de una cuchillada.

Luego Sargón sonrió y dijo:

—Sé que estás herido. No aguantarás mucho.

El sumo sacerdote, en su cuerpo de mujer, embistió al gigante con un grito de ira. Ludovicus levantó su arma y los dos metales chocaron. Sargón empujó, espada con espada. El gigante sintió por primera vez el desgarró de la puñalada de Tasmílah y empezó a ceder.

De la mortaja ocre surgieron unas tiras de tela que se movían con voluntad propia y se enrollaron alrededor de las muñecas de Sargón como si fueran serpientes. Esta retrocedió y cortó de un mandoble las cuerdas que la ataban.

—El mundo de los muertos te reclama —dijo Ludovicus.

El gigante blandió su espada. La mortaja cimbreaba en varias vendas separadas. El arma parecía una hidra de siete cabezas. Ludovicus se lanzó contra Sargón y golpeó su hoja una, dos y tres veces. Saltaron algunas chispas. La sacerdotisa se agachó veloz cuando el cuarto mandoble de Ludovicus le iba a

rebanar el cuello. Sargón aprovechó la guardia baja de su oponente para lanzar una estocada contra su pierna y producirle un corte en el muslo. El gigante gritó e hincó la rodilla y Lambra soltó una risita.

A Ludovicus le costó trabajo ponerse de pie. Levantó su espada y se preparó para el siguiente ataque. Su oponente se lanzó contra él con un grito horrendo, cortó las cabezas de la hidra, esquivó la espada de Ludovicus y dirigió la punta de la suya contra el corazón del gigante. A este le pareció que el tiempo se movía muy lentamente. Echó el hombro hacia atrás y sintió como la hoja de Sargón le cortaba la piel del pecho. El dolor lo hizo gritar y perder el equilibrio. Ludovicus cayó de espaldas contra el suelo duro y se golpeó en la nuca con las baldosas. Por un momento, lo vio todo negro. Cuando pudo enfocar la vista, Sargón estaba ante él con la espada levantada. La sacerdotisa se dispuso a rematar al estudioso de las señales. La hoja dio en el suelo con un estruendo metálico cuando Ludovicus rodó a su derecha. Arrojó su espada a modo de lanza y esta se clavó en el costado de Sargón. La mujer gritó. Echó mano a la empuñadura y se sacó el metal ensangrentado del cuerpo. Miró a Ludovicus con la respiración entrecortada. Las tiras de la mortaja comenzaron a liársele alrededor de la mano. Cortó la tela con su arma, pero nuevas tiras surgieron de su herida y treparon hasta el cuello. Sargón arrojó su espada al suelo y empezó a quitarse la mortaja que cada vez la envolvía más. Pronto sus propias manos estaban cubiertas por la tela y ya casi no las podía mover.

De repente, el suelo tembló. Ludovicus tuvo que agarrarse para no caer. Una enorme grieta se abrió en mitad del patio. Las serpientes de tela tiraron de la sacerdotisa hacia el agujero. Esta clavó sus uñas en la juntura entre dos baldosas y trató de resistirse, pero las uñas saltaron por los aires. Finalmente, la mortaja la arrastró hasta el interior de la tierra. Su grito se oyó un segundo antes de que el suelo se volviera a cerrar sobre ella.

Ludovicus se detuvo ante la pequeña casa junto al cementerio. Tenía el cuerpo dolorido y ensangrentado. Le costaba respirar y se sentía cansado, muy cansado. El enterrador lo miró con el ceño fruncido y una espada mohosa en la mano. Se interponía en su camino dispuesto a defender lo suyo.

—No vengo a pelear —dijo el gigante.

—¿Eres el padre de la niña?

—Así es.

El hombre bajó su espada y se echó a un lado. Ludovicus pasó junto a él y apartó la cortina que cubría la entrada. Halló una pequeña estancia iluminada por la luz de una sola vela encajada en una palmatoria sobre la mesa. Sentada a la

misma, Ikram lo observó seria. Extendió su brazo y zarandeó levemente a la niña dormida en un camastro. Iradi abrió los ojos y vio a Ludovicus. Su cara se iluminó. Se puso de pie y se lanzó sobre él y se colgó de su cuello y lo apretó con fuerza. Se quedó allí abrazada durante un rato. El gigante se quejó un poco. Su hija se apartó de él y le miró el torso.

—Padre —dijo—, estás herido.

—Tranquila, no es nada.

Se sentó en el camastro junto a ella ante la mirada atenta de Ikram. Su hija no podía apartar los brazos de él.

—Gracias —le dijo a la criada.

Esta asintió.

—¿Cómo sabías dónde encontrarla?

—La señora Sahalú me lo dijo.

—¿Cómo lo sabía ella?

—Paga a mucha gente en Córdoba. Le llega todo tipo de información. Creo que tiene a alguien dentro de la *Mihna*. Fue ella la que le dijo a mi padre lo que debía contarle al *sahib* Elhabib para que me liberara. Ya sabía lo que iba a hacer Ocba.

—Pero no salvó a Samara.

—Era imposible salvar a mi señora.

—A ti también te pagaba.

—Ella y su marido eran amigos de mis señores. Venían a casa a cenar a menudo. En una ocasión se acercó a mí y me ofreció dinero a cambio de que le contara todo lo que viera en la casa. Solo tenía que mantener los ojos abiertos. Al principio no quise aceptar, pero luego me lo pensé mejor. Mi padre y yo siempre hemos sido muy pobres. No nos vinieron mal esas monedas.

—¿Y qué le contaste?

—Sobre todo, le hablé del amor de Samara y de lo desdichada que era.

—¿Estaba enamorada de al-Xantamari?

—¿De ese? ¡No!

—¿De quién, entonces?

—Es una historia enrevesada.

—Tenemos tiempo —respondió Ludovicus.

La muchacha tomó aire. Miró la vela y comenzó a hablar.

—Cuando entré a servir en esa casa, yo era una ignorante que no conocía la vida. Me di cuenta enseguida. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza que una mujer podía enamorarse de otra. Samara amaba a Tasmílah con toda su

alma, pero esa mujer era mala como no he visto nunca a nadie. Jugaba con ella, la humillaba, no le correspondía en absoluto.

»Una amiga le habló a mi señora de una *mayús* que vendía conjuros de amor. Al parecer tenía mucho éxito. Sus conjuros funcionaban. La acompañé al zoco y le compró a la hechicera algunos frascos. Enseguida se los dio a beber a Tasmílah sin que esta se diera cuenta. Después de eso, Samara siguió con sus acercamientos, pero la actitud de su cuñada no varió. Siguió con sus juegos y mi señora sufría más que nunca. Le advertí que los conjuros no eran infalibles, pero a mi señora no le sirvió mi explicación.

»Un día Tasmílah le contó que estaba embarazada y que era muy feliz con su marido. Creo que lo hizo solo para hacerla sufrir. Samara se emborrachó y se fue hasta el zoco. Abroncó a la *mayús* y la amenazó. Esa noche lloró y lloró hasta el amanecer. No hubo manera de consolarla.

»Entonces, comenzaron a nacer los niños muertos. Todo el mundo hablaba de lo mismo en Córdoba. La *Mihna* empezó con sus mutilaciones. Un día vi que Tasmílah iba al pequeño cuarto que tenía el señor Masarra. El que te enseñé. Los oí hablar. Parecía que tenían demasiada información del asunto y se lo dije a Samara. Sabíamos que al señor le gustaba la magia. Mi señora ató cabos y relacionó lo de los niños con Tasmílah y su propio marido. Entró en cólera. Pensó contárselo a su cuñado. Bahij es un celoso enfermizo y apartaría a su mujer de Masarra, pero luego temió que también la apartara de ella. Le dio miedo de que cualquier día apareciera la *Mihna* y la mutilara; así que se le ocurrió una idea.

»Sin pensárselo dos veces, cogió uno de los frascos de la *mayús* y nos fuimos a ver a al-Xantamari a su casa. Casi todo el mundo sabía que era él quien estaba detrás de la *Mihna*. Como excusa, le planteó una duda sobre la ley. Creo que debía de ser una tontería, por la cara que puso él. Yo aproveché un descuido para verter la pócima en su bebida. No había funcionado con Tasmílah, pero Samara parecía desesperada. Pensó que quizá esta vez sí funcionara. Y tenía razón. El alfaquí cayó enamorado de ella. La buscaba por todas partes y yo ayudé a que entrara en la habitación a escondidas. La idea de mi señora era la de chantajearlo cuando detuvieran a Tasmílah y aparecer ella como su salvadora. En su fantasía creía que esa mujer caería en sus brazos.

—Por eso le comprasteis más filtros a Gudrun. Porque funcionaba con al-Xantamari.

—Así es.

—¿Ya vivía Lambra con vosotros?

—Nos la presentaron un día como la nueva esclava de Haala, pero al poco tiempo Masarra la envió a un viaje largo. Haala estaba muy enfadada y no paraba de quejarse de que le hubieran arrebatado a su esclava de esa manera.

—Debió de ser cuando secuestró a Iradi. ¿Cuándo desapareció Masarra?

—Un día mi señor me preguntó quién era el amante de su mujer. No lo hizo enfadado. No parecía celoso, más bien sentía curiosidad, así que se lo dije. Al día siguiente, se fue.

—¿Supiste lo que hicieron en el pozo?

—No, señor. He sabido que han encontrado dos cadáveres allí dentro.

—¿Por qué no bebías su agua?

—Formaba parte de las cosas de Haala.

—¿Las cosas de Haala?

—Cuando la señora Samara entró a vivir en la casa, después de haberse casado con el señor, Haala le entregó una lista de las cosas que le pertenecían a ella y que la segunda esposa no podía tocar. Entre ellas estaba el pozo. Yo tenía que acudir a la fuente de la plaza para que mi señora y yo pudiésemos asearnos como es debido.

—¿Le contaste todo esto a Sahalú?

—Todo, señor. La señora Sahalú se ha portado muy bien conmigo. Cuando el *sahib* me dejó salir de la cárcel, ella me ocultó.

Ludovicus miró a su hija. Iradi había escuchado atenta todo el relato de la criada. Luego dirigió la mirada a su padre.

—Entonces, ¿esa Lambra era Sargón?

—Sí.

—¿Está muerta?

—Sí.

—Bien.

Ludovicus se puso de pie. Iradi e Ikram también lo hicieron.

—Es el momento de que nos vayamos.

Al salir de la casa, el enterrador se hallaba sentado sobre un tocón junto a una hoguera y una jarra caliente en la mano. Ludovicus lo saludó con un gesto de asentimiento. Este le correspondió. Empezaron camino hacia la ciudad y, después de unos pasos, Iradi se giró y levantó la mano. Ikram le contestó levantando también la suya.

—Padre —dijo—, madre ha muerto. La mató el hombre que me trajo al cementerio.

Ludovicus guardó silencio. «Pobre Santzia», pensó.

—¿Adónde vamos ahora?

—A ver a tu abuela.

—¿Dónde está? —preguntó el gobernador.

—En la Puerta de la Justicia.

—La Puerta de la Justicia. No hace falta ser muy listo para entender el mensaje.

Ibn Ukasa siguió a los guardias por los pasillos del Alcázar. Salió al patio y vio a lo lejos a los soldados parados y mirando todos en la misma dirección. Hakam divisó la cuerda atada al arco de la puerta. Reconoció el bulto que colgaba de ella y que se balanceaba al albur de la suave brisa. Atravesó la planicie, se detuvo y se obligó a mirar la cabeza sin cuerpo. Contempló la piel negra brillando a la luz de las antorchas y los ojos del decapitado vueltos hacia el cielo.

Ibn Ukasa observó al eunuco que esperaba a unos pasos con su rostro inclinado y las manos en el regazo. Vestía una túnica larga y blanca con dibujos bordados en plata que disimulaba sus carnes sobrantes y un turbante también blanco sujeto por un broche de esmeralda.

—¿Habéis encontrado el cuerpo de Elhabib?

—No, señor —respondió el eunuco—. Solo su cabeza.

—Ibn Obada —dijo Hakam—, dime que sabéis quien lo ha hecho. Dime que tenéis al asesino de mi *sahib as surta*.

—Señor, creemos que ha sido ese tipo de la *Mihna*: Ocba. Pero no lo tenemos.

—Quiero a toda la *surta* buscándolo.

—La mitad de la *surta* no responde a nuestras órdenes, señor.

—¿Qué quiere eso decir? ¿Han desertado?

—No lo parece, señor.

—¡Maldito seas, Ibn Obada! ¡Sé más claro!

—Pensamos que obedecen a al-Xantamari.

A Ibn Ukasa se le tensaron los músculos de la cara. Volvió a mirar la cabeza de Elhabib.

—Tengo otra noticia que darte —dijo el eunuco con una voz que apenas le salía del cuerpo. Sacó un papel de la ancha manga de su túnica y se lo entregó al gobernador. Este ni siquiera se molestó en aceptarlo.

—¿Qué dice? —preguntó.

—Son noticias de Sevilla, señor. Nuestros informadores nos advierten de que los alfaquíes y los imames han comenzado a predicar en las mezquitas y en las

plazas contra nosotros. Instan a al-Mutamid a invadir Córdoba como su dueño legítimo.

Ibn Ukasa suspiró.

—Prepara una carta para el emir de Toledo. Elógielo todo lo que seas capaz y luego pídele ayuda militar.

—Sí, señor.

—Recuérdale que Córdoba está entre sus posesiones y que yo no soy más que un gobernador nombrado por su abuelo. Háblale de la amenaza de Sevilla. Quizá podamos convencerlo.

—Sí, señor.

El eunuco bajó la cabeza al pasar junto al gobernador y se dirigió hacia el Alcázar. Ibn Ukasa aún se quedó un rato echando de menos a Elhabib.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Iradi.

—Quédate aquí —dijo Ludovicus.

En la casa olía a enfermedad y podredumbre. La niña paseó por la sala y se sentó en un cojín junto al tablero de ajedrez. Ludovicus atravesó la cocina y entró en un corredor no demasiado largo, con el suelo de baldosas y un zócalo de azulejos al que le faltaban algunas piezas.

—¡Sahalú! —dijo en voz alta. No halló respuesta.

Avanzó por el corredor y se detuvo frente a la primera habitación. Había alguna ropa tirada por el suelo y un armario vacío abierto de par en par. Se dirigió entonces a la otra habitación. Era la alcoba donde había visto al ajedrecista enfermo. La cama estaba deshecha y vacía. Oyó un pequeño grito. Parecía el lamento de un animal. Rodeó la cama y encontró una jaula de madera con una rata enorme en su interior. Distinguió la magia a su alrededor y se agachó a su lado.

—Ruy Fáñez, ¿qué has hecho para que Sahalú te castigue de esta manera?

El gigante abrió la puerta de la jaula y el roedor huyó del cuarto a toda prisa y se perdió de vista. Ludovicus salió del dormitorio y recorrió el pasillo de vuelta sin mirar atrás. En la sala halló a Iradi jugando con dos marionetas.

—Mira lo que he encontrado —dijo la niña.

—Son muy bonitas. Tenemos que irnos.

—¿Crees que podría pedirle a su dueño que me las deje un tiempo?

—Llévatelas. No creo que al dueño le importe.

Cuando Ludovicus estaba casi en la salida, vio que su hija no lo seguía. Se dio la vuelta. Iradi, quieta en mitad de la sala, observaba pensativa a las marionetas.

—¿Qué ocurre?

—Si me las llevo sin que su dueño lo sepa, será como robar, ¿no?

Ludovicus suspiró, se acercó a ella y sacó su bolsa. Extrajo una moneda de cobre y la puso sobre el tablero de ajedrez. Luego le dio la mano a Iradi y juntos se dirigieron a la puerta.

—¿Crees que es un precio justo?

—Más que justo —respondió el gigante.

Al salir vieron que una multitud recorría la callejuela en dirección a los arrabales.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Ludovicus a un hombre anciano que caminaba más lento que los demás.

—Ha nacido un niño vivo —dijo este—. Vamos a darle nuestra bendición.

# CAPÍTULO XI

## EL DESTINO

*He lanzado para ti el encantamiento,  
exaltándote en la asamblea de los dioses.*

*Tablilla III*

*Enuma Elish, poema babilonio de la  
creación*

*Santzia descendió por la larga cuesta de la carretera de tierra. Llevaba días andando y al fin vio a lo lejos el promontorio sobre el que se alzaba Toledo. Iba tan ensimismada que no oyó el sonido de los cascos hasta que ya los tuvo encima. Se sintió una idiota por ser tan descuidada. Una mujer sola por los caminos debía ser mucho más precavida. Miró a su alrededor buscando un lugar en el que ocultarse, pero ya era demasiado tarde. Rezó para que no se detuvieran al verla.*

*Cuatro jinetes la sobrepasaron y ella se quedó quieta esperando a perderlos de vista. El que iba al frente giró la cabeza en su dirección y tiró de las riendas. Los otros tres lo imitaron unos pasos más adelante. Dejaron que ella llegara a su altura. Santzia siguió andando con la mirada baja. Sus dedos se aferraron a la correa de la bolsa que llevaba al hombro.*

*—¿Cómo te llamas, mujer? —exclamó el jinete más joven.*

*Santzia lo ignoró, pasó a su lado y siguió adelante. Otro de los hombres interpuso su caballo en su travesía. Ella trató de esquivarlo, pero el jinete maniobró para cerrarle el paso. El joven descendió de su montura y con las riendas en la mano se acercó a Santzia. Ella lo miró por primera vez a la cara.*

*—Mi nombre es Soleimán.*

*Santzia no respondió. Se quedó inmóvil con la esperanza de que los jinetes se aburrieran de ella y se marcharan.*

*—¿No sabes hablar? —insistió Soleimán—. Disculpa a mi amigo. No te vamos a hacer daño. Puedes irte si quieres.*

*Ella comenzó a andar.*

—Dime al menos tu nombre.

—Santzia —susurró.

—¿Sancha?

—Santzia.

—¿Eres vascona?

Santzia asintió.

—¿Qué haces por estos parajes sola? ¿Adónde vas?

—A Toledo.

—¿En serio? ¡Qué casualidad! —Santzia levantó la vista—. Yo vivo en Toledo. Te acompañaré.

Ella miró la carretera que serpenteaba en dirección a la ciudad y dijo:

—No hace falta. Ya no queda lejos.

—No es ninguna molestia, más bien al contrario. —Soleimán subió a su caballo y extendió una mano hacia la mujer—. Vamos, sube.

Santzia volvió a mirar la carretera y después la mano. Agarró esta última y se encaramó a la grupa. Los jinetes se pusieron entonces en marcha.

—¿Sabes, Santzia? —dijo Soleimán—. Hace un par de años una bruja me leyó la mano y me advirtió de que una mujer vascona sería mi perdición. ¿No serás tú esa mujer?

Santzia bajó los ojos y sintió que se ruborizaba.

Sentada en el banco de piedra, apartó la vista de los navíos y vio venir a la mujer andando junto a la muralla de Málaga. Vestía un paño azul que cubría su cabeza, una larga túnica roja y un velo negro sobre el que asomaban sus ojos almendrados. Caminaba esbelta, con el cuello estirado y la mirada firme e indiferente a los hombres que se volvían al cruzarse con ella. Gudrun siempre pensaba que contemplaba a una reina cuando la veía.

Sahalú se sentó a su lado y retiró el velo de su cara.

—Saludos, Gudrun —dijo.

—Saludos, Sahalú.

Las dos mujeres mantuvieron las miradas fijas en los barcos que tenían delante.

—La poción que hice con tu pelo funcionó. Ahora es una rata.

Gudrun se llevó la mano al vientre y la dejó en el lugar en que tenía las cicatrices. Vio de nuevo a Ruy Fáñez en el bosque con el cuchillo en la mano y, por primera vez, no se asustó del recuerdo.

—Gracias —respondió—. Un trato es un trato. ¿Qué quieres a cambio?

—¿Ves ese bajel? —Sahalú señaló con la cabeza a una embarcación con las

velas plegadas en sus mástiles—. Va a salir hoy. Quiero que lo tomes.

Gudrun dirigió su mirada a Sahalú.

—No puedo hacer eso.

—Yo he cumplido. He convertido a un hombre en una alimaña por ti. Tú lo has dicho: un trato es un trato. Esto es lo que quiero a cambio.

—Le dije a Ludovicus que lo esperaría.

Sahalú suspiró.

—Vuestro destino se bifurca en varios caminos. Si cogéis aquel que recorréis juntos, acabaréis muertos. Los dos.

—¿Cómo sabes tú eso?

Sahalú guardó silencio. Se levantó del banco y se quedó de pie contemplando el puerto.

—¿Qué tienes tú que ver con Ludovicus?

—Soy su madre. —Gudrun la miró extrañada—. Lo sé, parece que tengamos la misma edad. A lo largo de los siglos he enterrado a todos mis hijos. También enterraré a Ludovicus, pero no quiero hacerlo antes de tiempo.

Mientras se marchaba la madre del gigante, Gudrun se quedó mirando el bajel. Sahalú se dio la vuelta en mitad de la calle y le dijo:

—Sé que quieres a Ludovicus, *mayús*. Coge el maldito barco.

Habían colocado las cruces frente a la Puerta de la Azuda, mirando al río, para que todos pudieran ver bien al condenado. Hakam llevaba días agonizando ante la mirada de los cordobeses. Había tenido que soportar las burlas y los insultos del público mientras seguía consciente. Ahora ya no los oía. Abría los ojos de cuando en cuando y veía una multitud informe de rostros apostados frente a él. En esos momentos, se preguntaba cuánta vida le quedaba.

Los guardias abrieron paso entre la gente y al-Xantamari se adentró en la explanada. Pasó al lado del perro crucificado junto al que habían ajusticiado a Ibn Ukasa y se detuvo frente al antiguo gobernador. Este levantó los párpados levemente y los volvió a cerrar.

—Abu Bakr —murmuró.

Al-Xantamari recorrió con la mirada el cuerpo de Ibn Ukasa. Sus brazos atados a la cruz se hallaban hinchados, como sus piernas. Levantaba el pecho a duras penas para poder respirar y Abu Bakr supo que pronto moriría. Una lechuga voló desde la multitud y fue a dar en la cara del gobernador. Las risas se extendieron entre la gente. El condenado pareció despertar un instante y se quedó mirando a al-Xantamari.

—Podías haberte mantenido en el poder —dijo este—. Ahora no te verías en

esta situación. Solo tenías que haber cumplido tus promesas.

—¿Poder? —susurró Ibn Ukasa—. No existe tal cosa. Ya lo comprobarás.

Al-Xantamari contempló durante un rato al antiguo gobernador. Luego se dio la vuelta y se dirigió al hueco entre la gente que mantenían abierto sus guardias. Al frente de ellos, lo esperaba el nuevo *sahib as surta*, Ocba Ibn Harb. Cuando llegó a su lado, lo encontró nervioso.

—¿Se te ha aparecido Atón últimamente?

—No —respondió Abu Bakr.

—Nos ha abandonado.

—No digas tonterías. Ya te lo dije. Nos utilizará cuando nos necesite.

—Le traicionamos con lo de la niña. Acabará con nosotros.

—¿Has liberado a Masarra? —preguntó al-Xantamari.

—No creo que deba hacerlo. A Atón no le gustaría. Soltar a un brujo sin castigo va en contra de todo en lo que creemos.

—Tú mismo has dicho que nos ha abandonado. Libéralo y déjame lo demás a mí.

Ocba vio alejarse a Abu Bakr entre el gentío. Meneó la cabeza. Cada vez confiaba menos en aquel hombre.

Le abrieron la puerta de la mazmorra y al-Xantamari entró altivo. Echó un vistazo a su alrededor y arrugó la nariz cuando le llegó el olor de los excrementos. Sus ojos se fijaron en el cubo de madera que había en un rincón.

—¿Qué pasa? —dijo Ibrahim—. ¿No te gusta el olor a mierda? Ya deberías estar acostumbrado.

Estaba sentado junto a la pared envuelto en una manta gris y raída y llevaba un gorro negro de lana que cubría sus cabellos. Mantuvo su mirada desafiante mientras al-Xantamari lo observaba.

—Me han contado que llorabas pidiendo clemencia mientras te torturaban.

—No me humillas recordándomelo, Abu Bakr. Cualquier hombre en mi situación habría hecho lo mismo.

Al-Xantamari se acuclilló junto a Ibrahim.

—¿Por qué no aceptaste mi oferta?

—Era humillante.

Al-Xantamari miró a su alrededor.

—Humillante —dijo.

—¿Ya eres el cadí de Córdoba?

—Así es.

—¿Debo darte la enhorabuena?

El cadí se encogió de hombros.

—He leído la sentencia del *sahib al medina*. Te ha condenado a muerte.

—¿Leído? ¿No se la has dictado tú?

—No ha hecho falta. Sabe lo que tiene que hacer.

—¿Qué harás con mi familia?

—He ordenado confiscar todos tus bienes. Serán subastados.

—Y tú los adquirirás.

—Así es. Le he ofrecido a tu mujer un puesto de criada en mi casa.

—No aceptará. Preferirá morirse de hambre.

—Claro que aceptará. Lo hará por el bien de vuestras hijas.

—¿Y mi hijo?

—También será ejecutado. No quiero futuras venganzas. He ordenado que lo hagan después de tu muerte, para que no tengas que verlo.

—Qué detalle.

—Habrías hecho lo mismo por mí.

—No lo dudes —dijo Ibrahim.

Al-Xantamari se puso de pie y se dirigió a la salida.

—¡Abu Bakr! —lo llamó Ibrahim—. Dime una última cosa.

Al Xantamari lo escuchó.

—¿Qué tenía el deforme contra ti para que dejaras marchar a la *mayús*?

El cadí se encogió de hombros.

—Una tontería, en realidad.

Menda vertió con un cazo las gachas de harina en el cuenco y puso este en la bandeja. Tomó una naranja y la colocó a su lado. Luego cogió una cuchara y un cuchillo y subió cada peldaño con cuidado de no caerse. Al llegar arriba se dirigió a la habitación de Judá y se sentó en la cama. Esperó a que Einat se pusiera derecha y colocó la bandeja sobre sus piernas. A continuación, sumergió la cuchara en las gachas, después la acercó a la boca de Einat y esta comió.

—Esta tarde vendrá el médico a cambiarte los vendajes y a ver cómo te encuentras.

Una nueva cucharada entró en su boca y se sintió como una niña pequeña. Al recordar el sueño de Iradi, una lágrima resbaló por su mejilla y se la secó con la venda de su muñeca.

—No llores, mi niña. Voy a cuidar de ti. Como he hecho siempre.

Unos pasos llegaron por el rellano. Menda y Einat giraron la cabeza. El rabino de la comunidad se detuvo en el umbral.

—Lamento haber entrado así —dijo—. He visto la puerta entreabierta... Si

molesto puedo volver en otro momento.

—Oh, no, rabí Ben Yosef, tú nunca molestas. ¿Quieres que te prepare algo?

—Un té estará bien.

Menda salió de la habitación y Ben Yosef deambuló alrededor de la cama ante la atenta mirada de Einat. ¿Por qué ya no podía ver el aura de la gente?

—¿Cómo te encuentras?

—Bien —dijo la mujer.

—He estado pensando en cuál sería mi decisión más justa respecto a ti.

—¿Respecto a mí?

—Así es. Teniendo en cuenta tus circunstancias. Verás, Einat. Hay numerosas pruebas respecto a tu adulterio, pero no voy a iniciar ningún proceso contra ti. Tu marido me dejó bien claro que no quería que lo hiciera. Sin embargo, creo que eres un mal ejemplo para las mujeres que sí cumplen sus votos matrimoniales. No puedes seguir viviendo en la judería. No eres digna de pertenecer a nuestra comunidad. Quizá debas vivir en alguna otra zona de la ciudad, si te dejan, o probar suerte en otra comunidad judaica. Esperaré a que te repongas de tus heridas, no pretendo cebarme en tus desgracias. Buscaré a alguien que te pague un precio justo por esta casa y te irás.

El rabino no dijo nada más. Salió de la habitación en silencio y rechazó el té de la criada de buenas maneras. Menda entró en el cuarto y se sentó junto a Einat.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada que no esperase.

La fila de carromatos ocupaba toda la carretera y se extendía por las llanuras vecinas a Constantinopla. Se adentraba como una serpiente entre la gran muralla blanca y roja. La caravana avanzaba lenta y la gente comenzaba a impacientarse. Ya se veían algunas peleas entre los conductores de los carros. Delante de ellos un hombre se alzó en el banco de su carromato y gritó algo en griego a los guardias de la puerta Pege. Estos, entretenidos en cobrar el peaje a cada visitante que pasaba por su lado, levantaron la vista. Uno de ellos descendió por la cuesta y se aproximó a la carreta. Se pusieron a charlar. Tasmílah era incapaz de entender lo que decían.

—Le está pidiendo más dinero —dijo Adramelec sentado a su lado.

No se acostumbraba a ver al dios con la cara y el cuerpo de Yala. El conductor que charlaba con el guardia se enfadó y arrojó las riendas contra la grupa de la mula. El guardia se encogió de hombros y se dirigió de nuevo a su puesto. La caravana se había detenido por culpa de la discusión y empezó a

avanzar de nuevo.

Cuando llegaron a la puerta, Adramelec sacó una moneda de plata de su bolsa y la puso en la mano de uno de los guardias. Este la tiró a un cajón repleto de monedas. El otro guardia se quedó mirando a los ojos violetas de Tasmílah y le sonrió. Esta bajó la mirada y golpeó las riendas contra la grupa del caballo haciendo que la carreta reanudara su paso.

—¿Por qué Constantinopla? —inquirió Tasmílah.

—Es la capital de un imperio.

—Será más difícil hacerse con el poder aquí.

—No, solo nos llevará más tiempo. Habrá que tener paciencia, pero el miedo de esta gente alimentará mis poderes.

Ocba abrió la puerta del calabozo y Masarra levantó la cabeza. El jefe de la *Mihna* se apoyó en la pared y lo miró. Masarra estaba sentado en el suelo, con la espalda en el muro de piedra y los brazos apoyados en las rodillas.

—¿Ya eres el nuevo *sahib as surta*? —preguntó el brujo.

—Sí.

La expresión de Ocba era puro odio.

—¿Qué hago todavía aquí?

—Estoy pensando qué hacer contigo.

—¿Vas a romper el trato? Sé que no me vas a ejecutar. He visto mi destino. Ningún ser humano me matará.

—No tientes a tu suerte.

—He cumplido mi parte. Le he entregado mis bienes y los negocios de mi hermano a al-Xantamari. ¿Es él quien no lo va a respetar?

—Sí que lo va a respetar, aunque a mí me repugne.

—No deberías tomártelo así. Habéis ganado. Tenéis el poder.

Ocba contempló por la pequeña ventana enrejada el cielo azul claro y despejado.

—Eres un brujo —dijo.

—Es verdad —respondió Masarra—. El mejor de todos.

—Fui un niño huérfano, ¿lo sabías? Mi madre murió en el parto y mi padre cuando yo tenía cuatro años.

—Pobre Ocba, debió ser una vida durísima la tuya. ¿Me puedo ir ya?

—Me crie en las calles de El Cairo. Hasta que me reclutó la *Mihna* con trece años, solo me preocupaba sobrevivir. La lucha contra la brujería le dio sentido a mi vida. Un camino que seguir. Con los años he aprendido que la política y el dinero se inmiscuyen siempre en las luchas nobles y pervierten su naturaleza. He

visto a tanta gente librarse de las consecuencias de sus actos porque tenían dinero o porque sus familias eran importantes que no lo creerías. Se han perdido tantas oportunidades de que el mundo sea mejor por esta causa.

—¿Crees que los fanáticos como tú hacen el mundo mejor? ¿Piensas que lo que te guía es una causa noble? No es más que resentimiento. Detestas a todo aquel que haya tenido una vida mejor que la tuya y pretendes hacérselo pagar.

—También debería hacértelo pagar a ti.

—Al-Xantamari me dio su palabra.

—Ya no estás tan seguro de la profecía, ¿verdad? Ningún humano te matará. Tiene gracia que sea yo el que vaya a decidir si la profecía se cumple o no.

Los dos hombres se quedaron en silencio. Ocba miraba el cielo desde la celda y Masarra lo miraba a él.

—Tranquilo, no te voy a matar. —Ocba se dirigió a la puerta y dio dos golpes. Esta se abrió y apareció un guardia—. Tráeme algún cubo grande donde hacer una hoguera.

—Sí, *sahib*.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Masarra.

—Lo que les hago a todos los brujos. Me voy a quedar con tus manos y con tus pies antes de que te vayas.

Masarra empezó a temblar.

—¿Falta mucho? —dijo Iradi.

—No, ya casi estamos.

Ludovicus le llevaba unos pasos de ventaja. Subió la loma a buen ritmo, se paró para que su hija se pusiera a su altura y esperó a que esta recuperara el resuello. Miró el camino recorrido, serpenteante entre las montañas. Los valles pirenaicos parecían interminables desde aquella altura.

A media tarde llegaron a la cima del monte. Los árboles habían desaparecido y podían ver la ladera verde que descendía a sus pies. A lo lejos, tras un nuevo bosque que empezaba más adelante, una columna de humo ascendía hacia el cielo.

—Es allí —dijo Ludovicus.

Iradi asintió.

El gigante comenzó a descender. La niña suspiró y lo siguió. Pronto se hallaron en otro bosque, este de pinos negros. Atravesaron un pequeño arroyo y subieron por un terraplén. Ludovicus se detuvo junto a un tejo gigantesco con un tronco que no podrían abrazar entre diez hombres. Su hija llegó a su lado con la respiración agitada. Frente a ellos se abría un claro con pasto bajo y verde y en la

puerta de una pequeña cabaña de madera les sonreía una anciana.

—Ha pasado demasiado tiempo, chico.

Ludovicus se acercó a ella y esta a él. Se encontraron en mitad del claro y se abrazaron. La anciana le puso la mano en la mejilla con ternura y luego miró a Iradi que los observaba unos pasos por detrás.

—Ella es Iradi, mi hija. Ven aquí —le dijo a la niña. La anciana le acarició la barbilla.

—Me llamo Antígona. Yo crie a tu padre. Vamos, entrad. Aún nos queda algo de tiempo.

El interior de la cabaña se encontraba iluminado por la luz que entraba por un ventanal al fondo de la sala principal. Estaba tal cual lo recordaba Ludovicus, con la chimenea en el centro y un guiso al fuego; las pilas de pergaminos acumuladas sobre el baúl de madera y la mecedora de acebo junto a la ventana.

—Ven —le dijo Antígona a Ludovicus—. Tómate un caldo antes de que te tengas que ir.

Se acercó al guiso e introdujo en él un cazo que colgaba del borde de la chimenea. Llenó un vaso y se lo dio al gigante. Luego llenó otro y se lo entregó a la niña.

—Necesito que se quede aquí un tiempo.

—Lo sé. Lo he visto todo.

—¿Lo has visto? —preguntó Iradi.

—Sí. Yo también sueño. Como tú.

—Estarás bien —le dijo Ludovicus a su hija. Esta lo miró sin decir nada.

—Claro que estará bien.

Ludovicus saboreó el caldo sentado en la mecedora y recordó su infancia en ese mismo lugar antes de que supiera siquiera que Sahalú era su madre.

—Ven, te enseñaré tu habitación —le dijo Antígona a Iradi. Ambas subieron por una escalera angosta a la planta alta.

Ludovicus oyó sus pasos en el techo y giró la cabeza hacia el ventanal. Contempló los bosques que se perdían en el horizonte y las nubes grises inmóviles en el cielo. Podría estar días enteros mirando aquel paisaje.

De pronto, una mano agitó su hombro. Ludovicus vio la cara de Antígona a un palmo de la suya.

—¿Me he dormido? —dijo.

—No, llevas un buen rato abstraído en la ventana. Siento interrumpirte, pero te tienes que ir. Si te quedas más tiempo, el albino te seguirá el rastro y no servirá de nada que la niña se oculte aquí.

Ludovicus asintió y se dirigió a la salida. Iradi lo tomó de la mano. Salieron al claro y el gigante se arrodilló junto a su hija.

—Vendré a verte cuando sea seguro —le dijo. Luego la abrazó y la sintió llorar sobre su hombro. Tuvo que hacer un esfuerzo ímprobo para separarse de ella. Se puso de pie, le imploró con la mirada a Antígona que cuidara de la niña y se alejó despacio. Antes de desaparecer en el bosque, se volvió y cruzó sus ojos con los de Iradi. Lo vieron alejarse entre los pinos y más tarde apareció su figura en la loma calva a lo lejos.

La anciana puso una mano en el hombro de la niña.

—Cuidaré de ti —dijo—. Te enseñaré a controlar tus sueños.

Iradi fijó su mirada en ella.

—¿Puedes hacer eso?

—Claro que sí.

—No tenía estos sueños antes de que el Sanador me curase.

—El Sanador es un gran hombre.

—¿Lo conoces?

—Sí, desde hace mucho. Te ha traído al mundo después de siglos sin que supiéramos nada de ti.

La niña vio cómo su padre se hacía cada vez más pequeño en el horizonte hasta que desapareció por completo.

—No soy Iradi, ¿verdad?

—No, no lo eres.

## EPÍLOGO

Veintidós años antes

Galilea apoyó la espalda en el tronco de un árbol y se quedó muy quieta. Le pareció que su corazón le latía demasiado fuerte y que sus perseguidores podrían oírlo. Escuchó atenta en el silencio del bosque. Los pasos se acercaban.

—¿Dónde estás, mestiza?

Galilea salió corriendo.

—¡Allí!

Los tres hombres comenzaron a perseguirla. La muchacha saltó un tronco tendido en el suelo y giró a la derecha. Corrió hasta que pudo sentir el corazón en la boca. Oía los pasos de los hombres detrás. Vio un pequeño hueco entre unos matorrales y se adentró en él. Recorrió un sendero estrecho todo lo rápido que pudo y llegó hasta un claro. Se detuvo y escuchó atenta. Ya no oía nada.

Dejó atrás el claro y avanzó despacio entre los árboles tratando de no hacer ruido. Apoyó una mano en un tronco y volvió la cabeza. Ni rastro de los tres hombres. Siguió andando con cuidado de dónde ponía sus pies para que ni el sonido de una rama rota delatase su posición. Se internó en la parte más espesa del bosque. Allí los árboles crecían tan cerca unos de otros que los rayos del sol apenas si llegaban al suelo.

—¡Bu! —La cara de uno de los hombres apareció de detrás de un tronco.

Galilea gritó. Se dio la vuelta y al intentar correr de nuevo se topó con el pecho de otro de los perseguidores. Este la agarró por los brazos y ella lo empujó para liberarse. Unas nuevas manos la sujetaron por la cintura y la levantaron. La muchacha pataleó y chilló cuanto pudo. El que la llevaba en peso la tiró al suelo y su nuca fue a dar contra una piedra. Por un momento, no supo dónde estaba. Sintió entonces cómo unas manos le levantaban la falda y otras le recorrían las rodillas y los muslos. Uno de ellos se le subió encima y ya casi no se podía mover. Lo único que oía eran sus risas. Vio cómo el tipo se desabrochaba los cordones del pantalón y sacaba su pene.

Galilea gritó y entonces el hombre se puso a gritar con ella. Y los otros dos también lo hicieron. El que tenía encima se levantó tapándose los párpados con las manos. La muchacha vio a los perseguidores cubriéndose los ojos entre gritos de dolor. Uno de ellos se puso las manos en los oídos. Por sus mejillas corría la

sangre como si fueran lágrimas. Los otros dos hicieron lo mismo. Cayeron al suelo y comenzaron a retorcerse. De pronto, todo se volvió silencio. Ni siquiera los ruidos del bosque sonaban. Galilea se quedó mirando a los tres hombres inmóviles en el suelo.

Entonces, de la boscosidad surgió una figura. Un hombre con una flecha clavada en un muslo y otra en el costado se detuvo a unos pasos de ella. Tenía un corte en la garganta del que no paraba de manar sangre.

—¿Los has matado tú? —le preguntó.

El Sanador no dijo nada.

—¿Quién eres? ¿Qué te ha pasado?

Tampoco respondió a estas preguntas.

Galilea se puso de pie y se sacudió la falda. Después, sin dejar de mirarlo, emprendió su camino.

—¿Adónde vas? —dijo el hombre. Galilea se detuvo.

—A casa.

—Eres una esclava. No tienes casa.

—Si no vuelvo pronto, me castigarán.

—Atraviesa el bosque. No muy lejos hay una carretera de piedra. Síguela y no te pares hasta que llegues a una ciudad llamada Constantinopla. Allí serás libre.

Galilea miró en la dirección que le conduciría al castillo de su dueño y después al lugar que le había indicado el hombre de las flechas.

—No puedo hacer eso —dijo.

—Si vuelves, solo tendrás esclavitud el resto de tu vida.

La muchacha se quedó mirando al Sanador. Luego empezó a caminar en la dirección en que este le había dicho.

La vio alejarse entre los árboles y sonrió por primera vez en años. Su rictus adquirió seriedad de nuevo cuando oyó los pasos de Atón acercarse a su espalda. Se detuvo a su lado y la observó.

—Esa esclava no debería estar viva —dijo.

—La protegeré cueste lo que cueste.

—¿Crees que no sé lo que estáis tramando Sahalú y tú?

El Sanador guardó silencio un instante y luego dijo:

—En realidad, no tienes ni idea.

## NOTA DEL AUTOR

Llegados a este punto, si has disfrutado al leer esta novela tan solo una parte de lo que yo lo he hecho escribiéndola ya me puedo dar por satisfecho. Mi intención era que el lector se sumergiera en la historia y viviera en el ambiente de la Córdoba andalusí durante unos días, acompañando a los personajes en sus vicisitudes. Es cierto que es una novela, sobre todo, de fantasía y misterio, y no tiene más propósito que el de entretener, pero he intentado ser lo más fiel posible al entorno histórico en el que se desarrolla; tan interesante para la Historia de España como son los reinos de Taifa. Casi todos los personajes son de mi invención y algunos elementos históricos han sido adaptados para que encajen en la trama de la novela, aunque tratando de mantenerme fiel a la realidad.

Sin embargo, algún personaje real sí que se ha colado, como es el caso de Hakam Ibn Ukasa. Fue gobernador de Córdoba entre los años 1075 y 1078 d. C. y la forma en que se le ejecutó es la misma que yo relato, aunque las razones de su caída sean algo distintas. He tratado de reflejar también con la mayor exactitud las relaciones que mantuvo con los emires de Toledo, así como con el emir de Sevilla, al-Mutamid, y de encajarlas dentro del argumento.

En cualquier caso, no creo necesario hacer esa advertencia de las novelas antiguas: “Cualquier parecido con la realidad...”

Por último, te estaría muy agradecido si te tomaras unos minutos de tu tiempo para expresar tu opinión en los comentarios de la novela en la web de Amazon. También puedes escribirme a [manucriba75@gmail.com](mailto:manucriba75@gmail.com) si te apetece comentarme alguna cosa.

Antes de que te vayas, te invito a que sigas leyendo. En las próximas páginas encontrarás un avance de la siguiente novela de la serie, *El barco de los ahorcados*, que pronto estará a la venta. Espero que lo disfrutes.

# PRÓXIMAMENTE...

## PREFACIO

Aldea de Akhet, a orillas del Nilo

Año 1338 a. C.

Penanuqet vio los cadáveres colgados de las ramas del sicomoro nada más empezar a subir la cuesta. Cuando llegó hasta el árbol, se detuvo y contempló el lugar. Si tenía razón el sacerdote, el círculo hecho con piedras de río debía estar por allí, en algún sitio.

Lo halló tras una roca redondeada a unos pasos del tronco. Se acuclilló junto a él y agarró una de las piedras entre los dedos. La pesó a pulso y luego acarició su borde plano. Se quedó pensando un momento y volvió a colocarla en su lugar. Entonces, giró la cabeza y observó los cadáveres. No menos de treinta, la aldea al completo. Se levantó y se acercó a ellos. Todos con cara de satisfacción, hinchados y hediendo, con la soga alrededor de sus cuellos. Todos contentos de haberse sacrificado. Maldita la gracia que le hacía a Penanuqet tener que ocuparse de ese asunto. Recordó las palabras del sacerdote:

—Son esos dos espíritus malignos: Bakmut y Tii. Han vuelto.

—¿Por qué me llamas a mí? —le preguntó Penanuqet—. Me detestas.

—Atón le ha susurrado tu nombre en sueños a la reina.

Penanuqet suspiró resignado. Cuando ya se iba, se fijó en uno de los cuerpos. Apenas un muchacho con el pelo rizado y una cara de pillo que no reflejaba paz alguna. Sus dedos habían quedado atrapados entre la cuerda y el cuello cuando trató de liberarse.

—Te arrepentiste en el último momento, ¿eh? —murmuró—. Eso me servirá.

Desató las sandalias del joven y dejó que cayeran al suelo. Después extrajo un puñado de sal de la pequeña bolsa de cuero que llevaba al cinto y extendió el polvo blanco por los pies del chico: por la suela, el talón y entre los dedos.

—Mi nombre es Penanuqet —dijo con solemnidad—, hijo de Penanuqet el

Viejo. No soy mago, tan solo un estudioso de las señales. Te lavo los pies con sal para que puedas recorrer el camino que te aleje de la maldición. Espero que, una vez libre, me prestes tu ayuda.

Mientras lo observaba, se quedó pensativo. El muchacho vestía un faldellín blanco y de su cinto colgaba una *ostraca* como las que usan los aspirantes a escriba para aprender su oficio. Volvió a mirar al resto de los cadáveres buscando al maestro del chico. Rodeó el árbol y examinó a los que se hallaban al final. Nada.

—¿Dónde estás? —dijo en voz baja.

Regresó al inicio del camino que conducía a la aldea. Levantó la vista y contempló las chozas de adobe. Penanuqet ya sabía que se hallaban vacías, las había inspeccionado antes.

«Estás por aquí. Escondido en alguna parte», pensó.

Se cargó a la espalda la cesta de mimbre que había traído con las dos estatuas de bronce y el tarro. Sujetó la lanza y descendió por la estrecha cuesta de tierra desde el sicomoro hasta el poblado. Vio a un buey de cuernos largos que se alimentaba con las flores azules del lino sin cosechar. Más allá, una cabra comía hierbajos atada a un poste clavado al terreno. El buey tenía más sangre, pero una cornada accidental en el momento del sacrificio podría acabar con Penanuqet malherido. La cabra sería más manejable.

Sacó de la cesta de mimbre el tarro cubierto con una tela y lo destapó. Introdujo los dedos y extrajo la resina de *silfio* del tarro. Con cuidado, embadurnó la punta de la lanza y después la puso en mitad de la explanada que separaba el conjunto de chozas de las parcelas cultivadas al borde del Nilo. Dudó si embadurnar también su espada, pero pensó que eso delataría sus intenciones en el momento decisivo.

—No funcionará, vas a tener que sacrificarte —dijo una voz a su espalda. Se dio la vuelta y vio al dios albino allí en medio. Tenía la apariencia de un hombre joven, con su melena blanca y brillante que le caía sobre los hombros, su barba del mismo color y la piel nívea que reflejaba la luz del sol como el mármol.

—Funcionará —respondió con sequedad—. Supe lo que hiciste.

—¿Qué hice?

—¿En serio? ¿Te burlas de mí? Le susurraste mi nombre a Nefertiti en sueños. Eso es jugar sucio.

—Eres el único que puede detener a las dos hermanas —dijo Atón.

—Soy el único imbécil dispuesto a venir a morir al último pueblo miserable de Kemet.

Penanuqet se dirigió hacia un extremo de la explanada con la cesta al hombro. Puso en el suelo una de las figuras de bronce y la cubrió con ramas y tierra. Con el pie derecho dibujó un caminito en el suelo que empezaba en la estatua y atravesaba todo el terreno hacia las primeras casas. Una vez allí, dispuso la otra estatua de la misma manera.

Luego, el estudioso de las señales se adentró en la aldea. Accedió a una de las chozas de adobe y examinó los enseres. Levantó un cuenco de barro que le pareció demasiado pequeño. Lo descartó y se dirigió a la siguiente choza. En su interior encontró una fuente. Pensó que esta era más apropiada y después se encaminó hacia la cabra. Junto al animal había un pequeño taburete con las patas hacia arriba. Lo colocó derecho y se sentó en él. Puso la fuente de barro en el suelo y sacó el cuchillo de su cinto. Atrajo hacia sí al animal sujetándolo con firmeza por el cuello. La cabra baló y comenzó a brincar con sus patas traseras tratando de zafarse. Con un rápido movimiento, le abrió la garganta y la sangre salió despedida hacia delante. Le sujetó entonces la cabeza y procuró que el líquido se vertiera todo en la fuente.

Cuando Penanuqet consideró que tenía sangre suficiente, la soltó, ya casi sin vida, y se guardó el cuchillo en el cinto de nuevo. Dejó al animal tirado en el suelo, agonizante, y se fue a verter su sangre sobre la raya dibujada con el pie desde una estatua a otra. Formó un camino rojo y recto que unía las dos figuras. Luego se agachó y recogió un puñado de tierra con sus manos. Despacio, la esparció sobre la sangre. Lo hizo varias veces hasta que logró cubrir toda la raya.

Cuando terminó, se secó el sudor con el envés de la mano y levantó la vista. Vio que en el horizonte se formaba una tormenta de arena. Las columnas de polvo gris ascendían hasta el cielo y a Penanuqet le sorprendió que cogiera tanta fuerza y que lo hiciera tan rápido.

—¿Eso es cosa tuya? —le preguntó al albino. Atón asintió.

—Por si no funciona tu idea.

—Ya te he dicho que funcionará.

Penanuqet se dirigió entonces al taburete y se sentó. El sol ya buscaba el horizonte detrás de la tormenta. Le quedaba poco a la tarde. Con la oscuridad, los muertos empezarían a aparecer.

CAPÍTULO I  
LA DIOSA DE LOS AHORCADOS  
Constantinopla, año 1080 d. C.

*(...) porque es mi hijo, salido de mi  
cuerpo, quien me alimenta*

*Conjuro LXXII*

*Libro egipcio de los muertos*

*Arrodillada junto al bulto, Galilea separó los extremos de la lona que envolvía el cadáver. Observó la piel lívida de sus párpados y los labios azulados, mientras la luz de la vela apenas iluminaba un círculo en aquel sótano excavado en la tierra.*

*—¿Quién es? —preguntó.*

*—La última metedura de pata de Prokopios Botaniates —respondió Marco desde su esquina.*

*Cuando abrió algo más la lona, vio a la muchacha desnuda. Unas líneas finas tatuadas por todo su cuerpo llamaron su atención. Eran unos dibujos brillantes que se apagaban cuando se les acercaba la luz de una vela y volvían a encenderse en la oscuridad. Cubrían la mitad derecha de su frente, descendían por la mejilla y el cuello y continuaban por sus pechos y el vientre. En las piernas los tatuajes recorrían uno de los muslos y las pantorrillas con formas semicirculares que se enredaban unas con otras.*

*—Quiero que la escondas aquí —dijo Marco—. Mientras, iré a ver a un amigo que vende cuerpos a los médicos.*

*—¿Cómo ha muerto? —inquirió Galilea sin dejar de mirar a la joven.*

*—Su sangre tenía algo especial. Se la han estado sacando hasta que se les*

fue la mano.

—Esto es un asesinato.

—Pues sí —respondió Marco—, pero no la hemos matado nosotros. Solo nos deshacemos del cadáver y nos ganamos un buen dinero. Eso es todo.

—Nadie va a pagar por una chica asesinada.

—Por esta sí pagarán.

Galilea se puso de pie. El resplandor de la vela amplió su radio e iluminó a Marco, que permanecía impassible con los brazos cruzados.

—¿Qué tenía de especial su sangre? —preguntó.

Marco observó a su mujer y sonrió.

—La suerte nos ha tocado, Gali.

—¿De qué hablas?

Marco miró a ambos lados como si tuviera que asegurarse de que nadie los oía antes de hablar.

—Es un hada del bosque. Todos los médicos de Constantinopla se pelearán por rajarla y ver lo que hay dentro. Nos darán lo que pidamos.

Galilea contempló de nuevo los dibujos luminosos en la piel blanca y sintió una pena honda por la muchacha.

—Solo es una joven con unos tatuajes raros.

—Escúchame bien —dijo Marco agarrando con fuerza la muñeca de su mujer—. Prokopios pagó una fortuna por ella a un brujo llamado Muñones. No se paga ese dinero por unos tatuajes.

Galilea tiró de su brazo y se zafó. Marco se acercó a ella y trató de acariciarle la tripa, pero se resistió. Él lo intentó de nuevo, la rodeó con sus brazos y apoyó la barbilla en el hombro de su mujer. Después de besar la piel mestiza de su cuello, le susurró al oído:

—El niño que esperas nos ha traído suerte.

Ella negó con la cabeza. Apartó las manos de su marido y se encaramó a la escalera fijada en la pared. Cuando ascendió hasta la trampilla que daba al suelo de la cocina, Marco la siguió. Él cerró la portezuela y la aseguró con un candado de hierro dejando que el cuerpo de la muchacha descansara allí abajo.

—Esto no está bien —se quejó Galilea.

—Ahora tengo que irme —respondió Marco—. No se lo cuentes a tus hijos.

Tarik cenaba en el silencio de la madrugada, envuelto en un abrigo de lana marrón. Sostenía entre sus dedos un muslo de cordero estofado y lo devoraba

con total concentración cuando Galilea bajó la escalera, cruzó la sala y se sentó a la mesa frente a su hijo. Lo observó un instante. ¿Cuándo se había convertido en un hombre? ¿En qué momento? Le robó una costilla y este la miró como si fuera de su propio cuerpo.

—Ahora como por dos —dijo ella.

Tarik no respondió. Rodeó su plato con el brazo izquierdo a modo de parapeto y mordió un pedazo de carne.

—No seas crío.

—¿Qué le pasa a Marco? —preguntó Tarik sin apartar la vista de la comida.

—¿Por qué lo preguntas?

—Me he cruzado con él y no me ha reconocido.

—Tiene muchas cosas en la cabeza.

Tarik soltó el muslo del cordero, señaló a su madre con el dedo y dijo:

—Las cosas que tiene ese imbécil en la cabeza nos van a meter en un buen lío cualquier día de estos.

—No te preocupes por Marco —repuso Galilea—. ¿Dónde está tu hermano?

—En la cama, supongo.

—No está en la cama. Creí que estaba contigo.

El sonido de un cristal al romperse los interrumpió. Galilea giró la cabeza hacia el lugar del que provenía: la trampilla de la cocina. El candado que la cerraba se hallaba en el suelo, abierto. Se levantaron y corrieron hacia allí. Ella abrió la portezuela. Unas pequeñas llamas ardían en el suelo del sótano junto a los pedazos del candil roto y, a su lado, permanecía inmóvil una sombra.

—Mosele, ¿eres tú? —dijo Galilea.

—Deberías bajar —respondió el niño desde la oscuridad.

Galilea se reclinó sobre el hueco y dio los primeros pasos con las piernas por delante. Tarik la sostuvo de los brazos hasta que ella misma pudo agarrarse a los peldaños. Al fin puso los pies en el suelo y tocó en el hombro a su hijo.

—¿Qué pasa? —susurró.

No hizo falta que Mosele respondiera. En el extremo opuesto del sótano, un dibujo enrevesado de líneas que se cruzaban brillaba en la oscuridad. El tatuaje desprendía una luz azulada que permitía ver la silueta desnuda de la muchacha. Estaba de pie, con los brazos extendidos hacia delante y las manos abiertas como defensa. Galilea pudo ver el miedo en los ojos del hada iluminados por los tatuajes de la frente y la mejilla.

En ese instante, Tarik saltó a su lado, silbó al ver a la joven y preguntó:

—¿Quién es esta?

—Quítate el abrigo —le ordenó Galilea.

—¿Qué?

—Que te quites el abrigo.

Tarik miró a su madre confuso. Luego dirigió su mirada a la muchacha desnuda y comprendió. Le entregó la prenda a Galilea y esta se acercó despacio al hada con el abrigo extendido.

—Tranquila —le dijo—. No te voy a hacer daño.

La joven retrocedió y tocó con la espalda en la pared. Galilea se detuvo, alargó el brazo con el abrigo en la mano y esperó a que fuera ella quien lo aceptara. El hada miró la ropa y después la cara de Galilea en la oscuridad. Esta asintió y la muchacha agarró entonces la prenda con una mano y se la acercó al cuerpo.

—¿Sabes hablar? —dijo Galilea, y le hizo señas imitando el acto de ponerse el abrigo.

La chica introdujo sus brazos en las mangas y se cubrió. Después, Galilea le señaló la escalera y Tarik le indicó con gestos cómo subir.

—Sé hablar —dijo el hada.

---

[1] Mihna: Institución que funcionó como inquisición del Estado durante el siglo IX en la corte de Damasco contra aquellos que contradecían la doctrina oficial del islam. El término es utilizado en la novela para referirse a una inquisición ficticia, fruto de la imaginación del autor.

[2] Saqaliba: Esclavos de origen norte-europeo en su mayoría y que fueron empleados en Palacio y en las milicias de los emires y los califas de Córdoba.

[3] Alcázar: Palacio del gobernador y antes del califa.

[4] Medina: Zona amurallada de la ciudad.

[5] Sahib as surta: Jefe de la policía.

[6] Cadí: Juez supremo de una provincia islámica del que derivaba todo el sistema judicial.

[7] Mayús: Término con el que los andalusíes denominaban a los normandos y a los vikingos.

[8] Surta: Policía.

[9] Mezquita Aljama: La mezquita más importante de la ciudad.

[10] Alfaquí: Experto en la ley islámica. Actuaba como guía de la comunidad y gozó de una gran influencia sobre los emires andalusíes durante los reinos de Taifa.

[11] Sahib al medina: Juez de asuntos criminales además de otras atribuciones.

[12] Sahib as suq: Señor del zoco. Funcionario encargado de supervisar en los mercados de la

ciudad las transacciones, los pesos, las medidas, etc.

[13] Parias: Tributos que pagaban los reinos de Taifa a los reyes cristianos para no ser atacados.

[14] Muecín: Hombre que efectúa la llamada a la oración desde lo alto del alminar de la mezquita.

[15] Mihrab: Hornacina orientada hacia La Meca dentro de la mezquita, que sirve como referencia para el rezo.

[16] Sharía: Ley islámica

[17] Katib: Funcionario de la administración. Podía tratarse tanto del simple escribano como del jefe del departamento o de un secretario importante.

[18] Amir al-umara: Rey de reyes.

[19] Maqsura: Lugar de la mezquita reservado a los gobernantes.